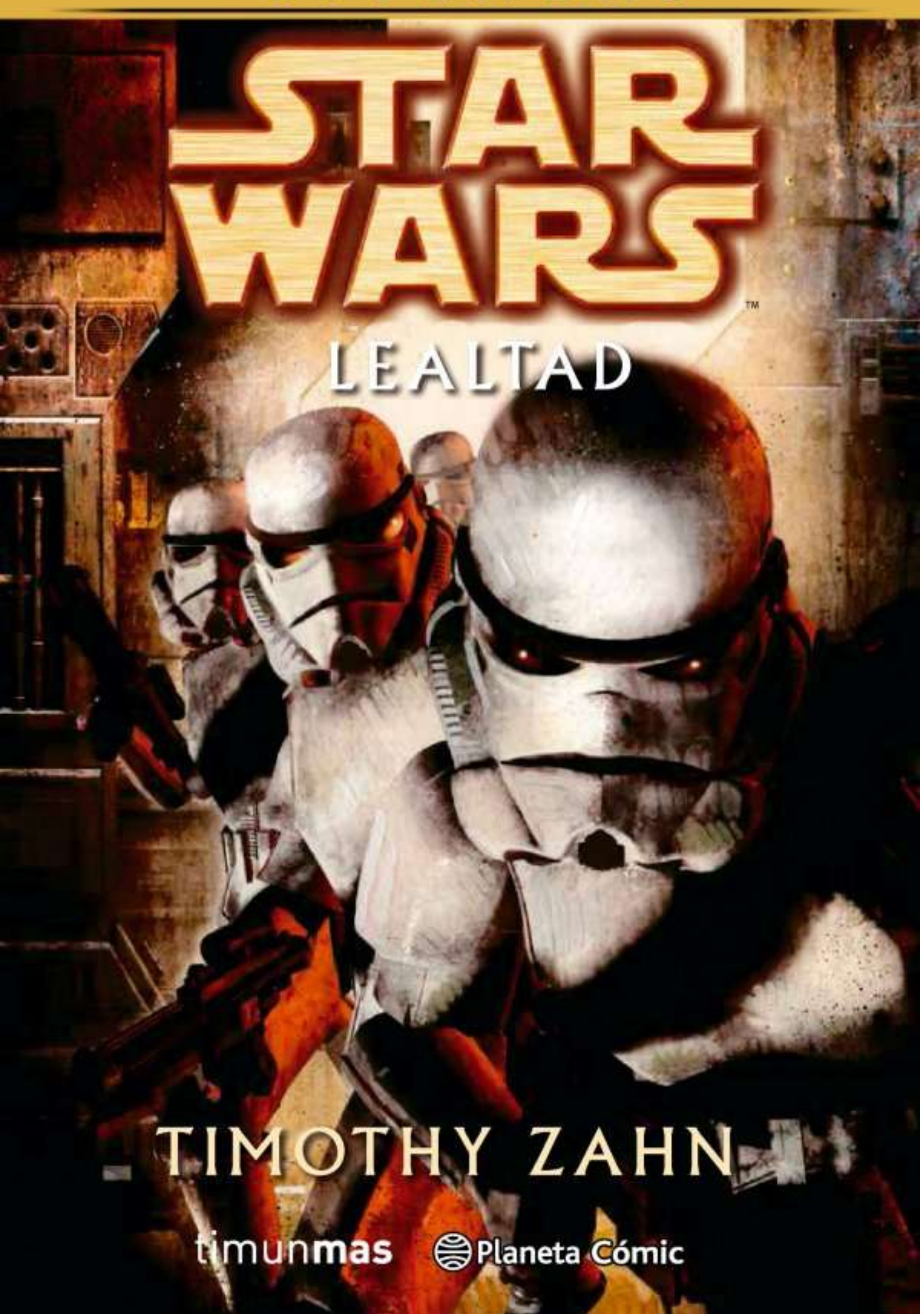

LEYENDAS
STAR WARS
LEALTAD
TIMOTHY ZAHN
timunmas
Planeta Cómic

La destrucción de la Estrella de la Muerte por parte de la Alianza Rebelde es un golpe decisivo contra el Imperio, pero Palpatine y su monstruoso lacayo, Darth Vader, siguen siendo igual de peligrosos.

Entre los que se alzan contra ellos están Luke Skywalker, Han Solo y la princesa Leia Organa. Los tres son enviados al sector Shelsha para mediar en una disputa entre facciones de la Alianza Rebelde. Al mismo tiempo, Mara Jade, con solo dieciocho años y muy lejos aún de conocer a su futuro marido, Luke, sirve a su malvado señor, Palpatine, investigando supuestas traiciones en el seno del Imperio. Y además un soldado de asalto imperial hasta entonces leal, Daric LaRone, comete un acto de indisciplina repentino y violento.

Cada una de estas historias, pública o secreta, sacará a la luz brutalidad y corrupción, provocará agitaciones destinadas a sacudir los cimientos del Imperio y dará forma a trascendentales acontecimientos venideros.

La característica mezcla de acción e intriga de Timothy Zahn nunca ha sido más evidente que en esta aventura épica de Star Wars. Las leyendas crecerán, las traiciones abundarán y las vidas resultarán irrevocablemente alteradas en su peligrosa lucha por devolver la esperanza a una galaxia sumergida desde hace demasiado tiempo en la oscuridad.



Lealtad

Timothy Zahn



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Allegiance*
Autor: Timothy Zahn
Arte de portada: John Van Fleet
Traducción: Albert Agut Iglesias
Publicación del original: enero 2007

menos de un año después de la batalla de Yavin

Digitalización: cnmcleod
Revisión: Holly
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 2.0
04.01.17
Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

En recuerdo de Katie, y para sus hermanas Allie y Emily, por su amor, ánimos y fuerza.

AGRADECIMIENTOS

La idea de la Mano del Juicio surgió en una conversación informal con el fundador de la Legión 501, Albin Johnson, en la StellarCon de marzo de 2004. Aunque su idea original era distinta de la que finalmente utilicé, aquella conversación prendió la chispa creativa.

La mente de un escritor funciona a menudo como un gigantesco procesador de alimentos, asimilando ideas de todas partes para después combinar y encajar las piezas y hacer surgir algo nuevo (o como mínimo irreconocible). En las raras ocasiones en que somos capaces de localizar el verdadero origen de algo, es justo que lo reconozcamos.

Gracias, Albin.

LÍNEA TEMPORAL DE LAS NOVELAS DE STAR WARS

3954 AÑOS ANTES DE STAR WARS. UNA NUEVA ESPERANZA

Old Republic: Revan

3650 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

Cosecha Roja

1020 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

Darth Bane: Camino de destrucción
Darth Bane: Regla de dos
Darth Bane: Dinastía del mal

67 AÑOS ANTES DE STAR WARS. UNA NUEVA ESPERANZA

Darth Plagueis

33 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

Velo de traiciones
Darth Maul: Saboteur*
Darth Maul: El cazador de las tinieblas

32 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

STAR WARS. EPISODIO I: LA AMENAZA FANTASMA

29 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

El planeta misterioso

27 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

Outbound Flight

22'5 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

La llegada de la tormenta

22-19 *años antes de Star Wars. Una nueva esperanza*

STAR WARS. EPISODIO II: EL ATAQUE DE LOS CLONES

The Clone Wars
The Clone Wars: Espacio Salvaje
Republic Commando
Hard Contact
Triple Zero
True Colors
Order 66
Punto de ruptura
Traición de Cestus
The Hive*
Medstar I: Médicos de guerra
Medstar II: Curandera Jedi
La prueba del Jedi
Yoda: Encuentro Oscuro
El laberinto del mal

STAR WARS. EPISODIO III: LA VENGANZA DE LOS SITH

Darth Vader: El Señor Oscuro
Coruscant Nights
Jedi Twilight
Street of Shadows
Patterns of Force

10-0 *años antes de Star Wars. Una nueva esper*

Trilogía de Han Solo
La trampa del paraíso
La maniobra Hutt
Amanecer rebelde

10-0 *años antes de Star Wars. Una nueva espera*

The Adventures of Lando Calrissian
The Han Solo Adventures
El poder de la Fuerza
Las tropas de la muerte

STAR WARS. UNA NUEVA ESPERANZA AÑO 0

Death Star

STAR WARS. EPISODIO IV: UNA NUEVA ESPERANZA

0-3 *años después de Star Wars. Una nueva esp*

Tales from the Mos Eisley Cantina
Lealtad
Galaxies: The Ruins of Dantooine
El ojo de la mente

3 *años después de Star Wars. Una nueva esp*

STAR WARS. EPISODIO V: EL IMPERIO CONTRAATACA

Tales of the Bounty Hunters

3'5 *años después de Star Wars. Una nueva esp*

Sombras del Imperio

4 *años después de Star Wars. Una nueva esp*

STAR WARS. EPISODIO VI: EL RETORNO DEL JEDI

Tales from the Jabba's Palace
Tales from the Empire
Tales from the New Republic
The Bounty Hunter Wars
Tha Mandatorian Armor
Slave Ship
Hard Merchandise
La Tregua de Bakura

5 *años después de Star Wars. Una nueva esp*

Luke Skywalker y las sombras de Mindor

6'5-7'5 AÑOS DESPUÉS DE STAR WARS. UNA NUEVA ESPERANZA

Ala-X
El escuadrón rebelde
Wedge's Gamble
The Krytos Trap
The Bacta War
Wraith Squadron
Iron First
Solo Command

años después de Star Wars. Una nueva esperanza

El Cortejo de la princesa Leia
A Forest Apart*
Tatooine Ghost

años después de Star Wars. Una nueva esperanza

Trilogía de la Nueva República
- Heredero del Imperio
- El resurgir de la Fuerza Oscura
- La última Orden

X-Wing: Isard's Revenge

años después de Star Wars. Una nueva esperanza

Trilogía de la Academia Jedi
- La búsqueda de los Jedi
- El discípulo de la Fuerza Oscura
- Campeones de la Fuerza

I, Jedi

3 **años después de Star Wars. Una nueva esperanza**

Hijos de los Jedi
La espada oscura
Planeta de penumbra
X-Wing: Starfighters of Adumar

años después de Star Wars. Una nueva esperanza

Estrella de cristal

7 **años después de Star Wars. Una nueva esperanza**

Trilogía de la Flota Negra
- Antes de la tormenta
- Escudo de mentiras
- La prueba del tirano

años después de Star Wars. Una nueva esperanza

La nueva rebelión

años después de Star Wars. Una nueva esperanza

Trilogía de Corella
- Emboscada en Corellia
- Asalto en Selonia
- Ajuste de cuentas en Centralia

años después de Star Wars. Una nueva esperanza

The Hand of the Thrawn Duology
- Specter of the Past
- Vision of the Future

años después de Star Wars. Una nueva esperanza

Fool's Bargain*
Survivor's Quest



25 AÑOS DESPUÉS DE *STAR WARS. UNA NUEVA ESPERANZA*

Boba Fett: A practical Man*

La nueva Orden Jedi
- Vector Prime
- Marea oscura I: Ofensiva
- Marea oscura II: Desasatre
- Agentes del caos I: La prueba del héroe
- Agentes del caos II: Eclipse Jedi
- Balance Point
- Recovery*
- Edge of Victory I: Conquest
- Edge of Victory II: Rebirth
- Star by Star
- Dark Journey
- Enemy Lines I: Rebel Dream
- Enemy Lines II: Rebel Stand
- Traitor
- Destiny's Way
- Ylesia*
- Force Heretic I: Remnant
- Force Heretic II: Refugee
- Force Heretic III: Reunion
- The Final Prophecy
- The Unifying Force

35 **años después de Star Wars. Una nueva esperanza**

The Dark Nest Trilogy
- The Joiner King
- The Unseen Queen
- The Swarm Warm



40 AÑOS DESPUÉS DE *STAR WARS. UNA NUEVA ESPERANZA*

Legacy of the Force
- Betrayal
- Bloodlines
- Tempest
- Exile
- Sacrifice
- Inferno
- Fury
- Revelation
- Invincible

El Halcón Milenario

The Fate of the Jedi
- Outcast
- Omen
- Abyss

* Novela en formato *ebook*

DRAMATIS PERSONAE

Barshnis Choard; gobernador, sector Shelsha (varón humano).
Caaldra; mercenario (varón humano).
Carlist Rieekan; general, Alianza Rebelde (varón humano).
Cav'Saran; patrullero jefe en Janusar, Ranklinge (varón humano).
Chewbacca; copiloto, *Halcón Milenario* (varón wookie).
Daric LaRone; soldado de asalto.
Darth Vader; Señor Oscuro de los Sith.
Han Solo; capitán, *Halcón Milenario* (varón humano).
Joak Quiller; soldado de asalto y piloto.
Kendal Ozzel; capitán del destructor estelar imperial *Represalia* (varón humano).
Korlo Brightwater; soldado explorador.
Leia Organa; princesa y rebelde (hembra humana).
Luke Skywalker; Jedi y rebelde (varón humano).
Mara Jade; Mano del Emperador (hembra humana).
Mon Mothma; comandante suprema, Alianza Rebelde (hembra humana).
Palpatine; emperador, Imperio Galáctico (varón humano).
Saberan Marcross; soldado de asalto.
Shakko; capitán, nave pirata *Cabalgata* (varón humano).
Tannis; piloto, nave pirata *Cabalgata* (varón humano).
Taxtro Grave; soldado de asalto y experto tirador.
Thillis Slanni; director de planificación de *Brillante Esperanza* (varón ishi tib).
Vak Somoril; agente de alto rango, Departamento de Seguridad Imperial (varón humano).
Vilim Disra; administrador jefe, sector Shelsha (varón humano).
Ydor Vokkoli; líder de Freedonna Kaisu (varón mungra).
Yeeru Chivkyrie; líder de República Redux (varón adariano).

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

CAPÍTULO UNO

El destructor imperial *Represalia* surcaba silenciosamente la oscuridad espacial, preparándose para actuar contra las fuerzas rebeldes que amenazaban con destruir la galaxia.

De pie en la pasarela de mando, con las manos cruzadas a la espalda, el capitán Kendal Ozzel miraba el planeta Lágrima, que tenía justo delante, con una mezcla de expectación y malos presagios. En su opinión el planeta era un nido de víboras, plagado de contrabandistas, bandas de piratas de tercera y otros desechos de la sociedad. Si él hubiese estado al mando de la Estrella de la Muerte, en lugar del idiota de Tarkin, pensó, habría elegido Lágrima en vez de Alderaan para realizar el primer ensayo serio con aquel arma.

Pero no había estado al mando; y ahora tanto Tarkin como la Estrella de la Muerte habían desaparecido, pulverizados sobre Yavin 4. En un instante terrible la Alianza Rebelde había dejado de ser un incordio menor para convertirse en un enemigo implacable.

Y el Centro Imperial había respondido. Tres días antes les habían comunicado que no debían mostrar piedad alguna con los rebeldes ni sus simpatizantes.

No es que Ozzel se hubiese mostrado piadoso en ningún momento. Eliminar rebeldes, y sus simpatizantes, se había convertido en la mejor manera y más rápida de progresar en la flota imperial. Quizá hasta alcanzar el rango de almirante.

—¿Situación? —preguntó.

—Cuarenta y cinco minutos hasta la órbita, señor —respondió el oficial de navegación desde el pozo de tripulación.

Ozzel asintió.

—Mantened los ojos bien abiertos —ordenó—. Nadie puede salir del planeta.

Frunció el ceño mientras observaba la esfera luminosa que tenían delante.

—Nadie —añadió en voz baja.

—¿Luke? —dijo Han Solo desde la cabina del *Halcón Milenario*—. Vamos, muchacho… muévete. No tenemos mucho tiempo.

—¡Están dentro! —respondió la voz de Luke Skywalker—. Rampas selladas.

Han ya lo sabía por las lecturas de su tablero de control. Si el chico se quedaba tendría que aprender a no sobrecargar el ambiente de la nave con cháchara innecesaria.

—Vale, Chewie, písale —dijo.

Tras él, Chewbacca lanzó un gruñido asertivo y el *Halcón* se elevó suavemente del espeso terreno de Lágrima.

Aunque, al parecer, el despegue no fue lo bastante suave. A su espalda, Han oyó un par de exclamaciones contenidas pero airadas.

—¡Eh! —gritó alguien.

Han puso los ojos en blanco mientras desviaba la energía hacia los motores subluz.

—Es la última vez que llevamos pasajeros —le dijo con firmeza a su socio.

La respuesta de Chewbacca fue directa y un tanto irreverente.

—No, lo digo en serio —insistió Han—. A partir de ahora, o pagan o no vuelan.

Detrás oyó ruido de pasos y se giró, descubriendo a Luke sentándose detrás de Chewbacca.

—Ya están instalados —anunció.

—Genial —dijo Han sarcásticamente—. Cuando entremos en el hiperespacio les preguntaré qué quieren tomar.

—Oh, vamos —le reprendió Luke—. Además, si este grupo te parece despreciable deberías haber visto a los que salieron en los transportes anteriores. Estos solo son los técnicos encargados de recoger las últimas cajas de material.

Han hizo una mueca. En aquel momento aquellas cajas llenaban las bodegas del *Halcón,* sin dejar espacio para carga pagada, aunque pudiese conseguirla en el punto de encuentro. El viaje iba a ser cien por cien caritativo, como todo lo que habían hecho con Chewbacca para Luke y sus nuevos amigos de la Alianza Rebelde.

—Sí, bueno, he conocido a muchos técnicos inútiles —dijo.

Esperaba que Luke defendiese a los técnicos cuando una ráfaga de fuego láser impactó en el deflector trasero.

—¿Pero qué demonios…? —gruñó, lanzando el *Halcón* en un tirabuzón descendente.

Probablemente aquella maniobra instintiva les salvó el pellejo. Otra descarga, llegada desde otro punto, atravesó el espacio que acababan de dejar vacío. Han giró la nave, deseando que los pasajeros llevasen los cinturones puestos, y dedicó un segundo a revisar el monitor trasero.

Le bastó con echar un vistazo a la media docena de naves variadas que volaban tras ellos.

—Piratas —les dijo a sus compañeros, desviando potencia a los motores y haciendo subir la nave.

Enfrentarse a piratas dentro de un pozo de gravedad planetario, sin nada para cubrirse ni posibilidad de saltar rápidamente al hiperespacio, era casi la peor situación en la que un piloto podía encontrarse.

Y ni siquiera el *Halcón* podría esquivar tantas naves eternamente.

—Chewie, sácanos de aquí —dijo, desabrochándose el cinturón—. Vamos, Luke.

El chico ya estaba en marcha, corriendo a toda la velocidad por el pasillo de la cabina. Han lo siguió, dobló la esquina justo a tiempo para verle agachándose para esquivar a los pasajeros apiñados en el asiento colgante y subió por la escalera que llevaba al puesto del láser cuádruple.

—¿Capitán? —le gritó un pasajero.

—Ahora no —respondió Han, bajando por la escalera hacia los cuádruples inferiores. Se agarró fuerte mientras la gravedad daba un giro de noventa grados y se sentó.

Desde allí abajo aquello tenía aún peor aspecto que desde la cabina. Una segunda oleada de naves piratas se había unido a la primera y estaba lanzando fuego láser desde los extremos de la primera comitiva, formando una especie de cilindro letal alrededor del vector de vuelo del *Halcón*. Intentaban obligar a su presa a mantener la línea para que las primeras naves pudieran cazarla.

Pues se iban a llevar una sorpresa. Activó los cuádruples con una sola mano y agarró los auriculares con la otra.

—¿Luke?

—Aquí estoy. ¿Alguna estrategia en particular o empezamos por las más grandes para ver cuánto tardamos en destruirlas?

Han frunció el ceño mientras sujetaba el mando, se le estaba ocurriendo una idea extraña. La forma en que estaba colocado el segundo batallón de naves…

—Tú ocúpate de la nave grande que va delante —dijo—. Yo voy a intentar algo especial.

La respuesta de Luke fue una ráfaga de fuego láser directa contra la proa de la nave pirata delantera.

Esta reaccionó virando violentamente; era evidente que no esperaba semejante potencia de fuego en un sencillo carguero ligero. Pero su piloto se recuperó rápidamente y devolvió la nave a la formación de combate. Todo el primer batallón de naves se apiñó, cerrando filas para lograr la máxima protección de sus escudos unidos. Han las observaba atentamente, esperando la obvia maniobra siguiente, y su monitor emitió un pitido cuando las naves más adelantadas cambiaron la potencia de sus escudos a doble frontal.

Y eso significaba inevitablemente que habían reducido la potencia de sus escudos traseros. Perfecto.

—Chewie, desciende y rodéalos —ordenó por el comunicador.

El *Halcón* descendió repentinamente y, por un segundo, pudo ver el grupo de naves más retrasadas tras los escudos de las delanteras. Han estaba preparado y lanzó una doble descarga que superó al batallón delantero y alcanzó en un costado a la nave más grande del segundo, haciéndola virar violentamente mientras su sistema de dirección volaba en pedazos.

Al hacerlo, el fuego de láser que había formado el cilindro de aprisionamiento del *Halcón* se propagó con una fuerza devastadora por las popas de las naves delanteras.

Justo lo que esperaba. Dos de las naves más pequeñas viraron de forma instantánea y violenta, rompiendo la formación mientras sus motores volaban por los aires. La primera rebotó contra otra de las naves piratas en su mortal trayectoria; la segunda chocó frontalmente a toda velocidad contra otra nave. Cayeron juntas y Luke aprovechó la distracción para abatir otra de las naves delanteras.

Después, para sorpresa de Han, el *Halcón* descendió en un arco curvado hacia la superficie del planeta.

—¿Chewie? —gruñó—. ¿Qué demonios…?

El wookie graznó una advertencia. Han frunció el ceño, estiró el cuello para mirar en la misma dirección que su ayudante y descubrió la familiar forma de un destructor estelar imperial tras el borde oscuro del planeta.

—¡Han! —gritó Luke.

—Lo veo, lo veo —dijo Han. Su cabeza era un hervidero.

Quedaba claro que la célula rebelde de Lágrima había escapado justo a tiempo.

Aunque los últimos seis miembros de aquella célula estaban sentados un par de metros sobre su cabeza, en el compartimento de pasajeros del *Halcón.* Si los imperiales los encontraban…

Después comprendió lo que pretendía Chewbacca con su última maniobra.

—Luke, apágalos —ordenó, haciendo lo propio con sus cuádruples. Lo último que quería era que los imperiales hicieran un escáner de potencia y descubrieran el armamento del *Halcón*—. Chewie, comunícame con ellos.

Se oyó un clic.

—¡Socorro! —gritó con un punto de desesperación—. El carguero *Argos* solicita ayuda a las defensas planetarias de Lágrima.

No recibió respuesta desde el planeta, por supuesto. Visto el carácter turbio de la mayoría de sus residentes y visitantes, Han ni siquiera estaba convencido de que allí abajo *existiese* realmente una fuerza de defensa. Pero no le importaba demasiado que en Lágrima le estuviese oyendo alguien o no. Lo único que le importaba era…

—Carguero *Argos,* comunique sus planes y la emergencia —respondió una voz militar entrecortada.

—Equipo médico de emergencias de Briston desplazado por el reciente terremoto de la isla Por'ste —respondió Han. Vio que, tras el *Halcón,* las naves piratas restantes se recolocaban para continuar con el ataque. Al parecer no habían detectado al nuevo visitante de Lágrima—. Nos están atacando… creo que son piratas.

—*Argos,* recibido —dijo la voz—. Mantenga su trayectoria actual.

—Pero si es lo que estoy haciendo…

No pudo terminar su protesta. Un grupo de relucientes descargas verdes dobles de turboláser alcanzaron a la formación pirata y destruyeron cuatro de las naves.

Esta vez sí que captaron el mensaje. Las supervivientes rompieron filas y se dispersaron en todas direcciones, algunas de vuelta al planeta, otras intentando escapar saltando al hiperespacio.

Nada de eso les funcionó. El destructor estelar siguió disparando de forma tranquila, sistemática y precisa; aniquilando uno a uno a todos los piratas hasta que el *Halcón* quedó solo.

—¿Y ahora qué? —murmuró Luke por la radio.

Han le ignoró.

—Muchas gracias, capitán —dijo—. Celebro que el Imperio se tome en serio el problema de los piratas.

—De nada, *Argos* —dijo otra voz—. Puede dar media vuelta y marcharse a casa.

—¿Qué? —preguntó Han, intentando parecer enfadado y desconcertado a la vez—. Pero, capitán…

—Es una orden, *Argos* —le cortó bruscamente la voz—. Ahora mismo Lágrima está bajo bloqueo imperial. Vuelva a Briston y espere que se levante el cerco.

Han lanzó un suspiro.

—Entendido —murmuró, intentando mostrarse impávido. En ocasiones, un tipo particularmente listo y perceptivo podía detectar una sonrisa de satisfacción incluso a través de un canal de comunicación de audio. No es que aquel imperial pareciese particularmente listo *ni* perceptivo—. Ya lo has oído, piloto —dijo—. Da media vuelta. Gracias de nuevo por rescatarnos, capitán.

Se levantó del asiento del cuádruple y subió por la escalera.

—Capitán Solo, exijo saber qué está pasando —dijo severamente uno de los pasajeros cuando Han cruzó el compartimento en el que estaban, camino a la cabina.

—Los estamos llevando al punto de encuentro —le dijo Han, mostrando su mejor cara de perplejidad e inocencia—. ¿Por qué?

Se marchó antes de que su interlocutor pudiese asimilar su respuesta y hacerle más preguntas.

Cuando se sentó en su asiento en la cabina, Chewbacca prácticamente los había sacado del pozo de gravedad de Lágrima.

—Buena maniobra, Chewie —dijo mientras iniciaba un informe de situación. El ataque había añadido unos cuantos impactos al blindaje trasero pero, teniendo en cuenta los muchos que ya había sufrido, parecía poco probable que fuesen a notarlos—. Siempre es agradable obedecer órdenes imperiales. Para variar.

Luke llegó a la cabina.

—¿Se lo ha tragado? —preguntó, inclinándose sobre el hombro de Han para mirar alejarse el destructor imperial.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —replicó Han—. Nos ha visto bajando hacia el planeta y le *he dicho* que estábamos bajando. A veces solo hace falta un leve empujoncito para que la gente crea lo que tú quieres que crean.

—Supongo que sí —dijo Luke en un tono levemente dubitativo—. Pero podrían haber pedido subir a bordo para registrar la nave.

—Imposible —dijo Han—. El hecho de que se paseen con naves enormes y sofisticadas no los hace inteligentes. Están aquí para cazar rebeldes, no para inspeccionar cargas. Cuando Chewie viró hacia el planeta, la única duda seria era si al capitán le apetecería obsequiar a sus artilleros con unas prácticas de tiro.

—Lástima que no sepan lo que se han perdido —murmuró Luke, echando un último vistazo y sentándose—. Menos mal que vosotros dos estáis de *nuestro* bando.

Han frunció el ceño y lo miró por encima del hombro. Pero Luke estaba concentrado en el monitor de navegación, como si no fuese muy consciente de lo que acababa de decir. Han miró a Chewbacca, que le estaba mirando de reojo.

—¿Qué? —preguntó.

Chewbacca encogió sus enormes hombros y se giró hacia su monitor. Han volvió a mirar a Luke, pero el muchacho no parecía haberse percatado de nada.

Miró su monitor con un sabor amargo en la boca. *Nuestro bando.* El bando de Luke, en otras palabras. *Y* el bando de la princesa Leia Organa, del general Rieekan y probablemente de toda la maldita rebelión.

El problema era que Han no lograba recordar en qué momento se había pasado al bando de la rebelión.

Había pulverizado los cazas TIE que perseguían a Luke en la disparatada batalla de Yavin. ¿Y qué? Lo había hecho estrictamente como un favor al chico. Y quizá también para vengarse por la manera en que los imperiales habían llevado por la fuerza su nave hasta la Estrella de la Muerte y después habían puesto sus sucios pies en el *Halcón.* No esperaba el agradecimiento de los rebeldes.

Pero eso no significaba que se hubiese sumado a la Gran Causa.

Chewbacca estaba dispuesto a hacerlo, sin duda. Su historia personal con el Imperio, aparte del trato que este había dispensado a su pueblo en general, habían creado en él un odio profundo. Si Han le diese su consentimiento, se alistaría en la rebelión sin dudarlo ni un segundo.

Pero Han no estaba dispuesto a que las pasiones de otro le involucrasen en todo aquello. Ni las de Chewie ni mucho menos las de Luke. Tenía que vivir su vida.

El destructor estelar estaba instalándose en órbita cuando el *Halcón* alcanzó la velocidad de la luz.

Tras la descarga final, más sentida que oída, los turboláseres de la *Represalia* quedaron en silencio.

Sentado en el banco de babor de la «Nave de Desembarco de Soldados de Asalto» número tres, Daric LaRone subió el volumen del audio de su casco, preguntándose si la batalla continuaría gracias a unos ajustes más lejanos del armamento del destructor estelar. Pero no logró oír nada y volvió a bajarlo.

—Me gustaría saber de qué va todo esto —murmuró.

Junto a él, Saberan Marcross encogió ligeramente los hombros, un movimiento que provocó un leve crujido en su armadura.

—Quizá los rebeldes intentan escapar —respondió en un susurro.

—De hacerlo, no habrán llegado muy lejos —comentó Taxtro Grave desde su asiento en el banco de estribor, sujetando de otra forma su fusil largo de repetición BlasTechT-28.

—Mira el lado bueno —sugirió Joak Quiller, que estaba al lado—. Si ya están todos muertos, podremos cancelar la operación e ir a algún sitio más agradable.

—Los que están hablando ahí detrás, basta —dijo una voz firme desde la parte delantera de la nave de desembarco.

—Sí, señor —respondió Marcross por todos ellos.

LaRone se inclinó levemente para mirar al airado oficial, sentado junto al teniente Colf. En el pecho lucía las barras de rango de mayor y sobre ellas una cara que LaRone no recordaba haber visto nunca.

—¿Quién *es* ese? —preguntó en voz baja.

—El mayor Drelfin —susurró Marcross—. DSI.

LaRone volvió a enderezarse y sintió que un escalofrío le recorría la espalda. El Departamento de Seguridad Imperial era la herramienta más oscura y brutal del emperador Palpatine.

—¿Qué hace en la *Represalia*?

—Alguien importante debe de haber decidido que necesitábamos ayuda adicional —dijo Marcross. Su tono era cuidadosamente neutro, pero LaRone lo conocía lo suficiente para percibir el desdén en sus palabras—. Han traído a unos cuantos tipos del DSI para dirigir el asalto.

LaRone hizo una mueca de desagrado.

—Entiendo —dijo, imitando el tono de su compañero.

Desde la cabina de la nave de desembarco llegó una alarma de advertencia.

—Preparados para el desembarco —dijo el piloto—. Desembarco en cinco minutos.

LaRone miró a Quiller, al otro lado del pasillo, percibiendo su sutil nerviosismo. Quiller era un piloto excelente y, por consiguiente, un pésimo pasajero.

—Tranquilo —murmuró.

Quiller ladeó la cabeza levemente y LaRone sonrió ante la expresión de tensa paciencia que sabía que le estaba dedicando su compañero detrás de su anónima placa facial blanca.

Abruptamente el banco dio una sacudida bajo él y la nave de desembarco se desvió.

La sonrisa que esbozaba tras su placa facial desapareció y sus pensamientos regresaron al fatídico día, diez años estándar antes, en que los reclutadores imperiales llegaron a Copperline. Se vio a sí mismo, junto a otros adolescentes, arremolinados alrededor del puesto de alistamiento, fascinados por la presentación, los uniformes relucientes y el mensaje, no manifiesto pero evidente, de que aquella era la manera más rápida y mejor de escapar de su pequeño mundo perdido.

Aunque en aquella ensoñación LaRone no se enrolaba.

Al principio creyó en el Imperio. Sinceramente. Cuando llegaron la flota y la infantería, que dedicaron cinco meses a limpiar los nidos de piratas que habían asolado Copperline durante décadas, solo tenía diez años. Ocho años después, cuando aparecieron los reclutadores, se abalanzó sobre la oportunidad de unirse a un grupo de gente tan noble. Tres años después, cuando le ofrecieron un puesto en el cuerpo de élite de los soldados de asalto imperiales, aceptó aún más convencido, decidido a esforzarse y luchar, rezando por estar a la altura de aquel enorme reto.

Durante seis años todo había ido bien. Había servido con todo su corazón y energía, combatiendo a las fuerzas del mal y el caos que amenazaban con destruir el nuevo orden

del emperador Palpatine. Y había servido con honores, o como mínimo eso es lo que opinaban sus mandos.

Para LaRone las condecoraciones y distinciones militares no significaban nada. Llevaba una armadura blanca y estaba haciendo algo útil. Aquello era lo realmente importante.

Pero entonces llegó Elriss. Allí, todos los habitantes de un pueblo tuvieron que pasar seis horas bajo la lluvia mientras revisaban sus identidades dos y tres veces. Después vino Bompreil, con todas aquellas víctimas civiles en el combate con una célula rebelde a la que había derrotado.

Y después, Alderaan.

LaRone se movió, incómodo, en el banco. Los detalles seguían sin estar completamente claros, pero todos los informes oficiales coincidían en que aquel planeta era un núcleo de las fuerzas rebeldes y que no lo habían destruido hasta que desobedeció la orden de entregar a los traidores.

LaRone no criticaba el motivo. Los rebeldes eran cada vez más fuertes, más audaces y más peligrosos. Debían detenerlos antes de que destruyesen todo lo que el Emperador había creado y devolviesen la galaxia al caos de la época de las Guerras Clon.

Pero era evidente que *todo* el planeta no podía estar del lado de los rebeldes. ¿No?

Y después empezaron los rumores. Algunos decían que Alderaan no era una base rebelde, que su destrucción solo había sido la consecuencia de la necesidad de probar la nueva Estrella de la Muerte imperial. Otros decían que el gran moff Tarkin, el comandante casi psicótico de la Estrella de la Muerte, había destruido a aquellos miles de millones de personas por su inquina personal contra Bail Organa.

Pero el motivo apenas importaba. Lo fundamental era que la represalia había estado a años luz de cualquier hipotética provocación de los rebeldes.

Algo estaba pasando en el imperio que LaRone había servido tan bien, durante tanto tiempo. Algo terrible.

Y él mismo estaba atrapado en todo aquello.

—En tierra en tres minutos —dijo el mayor Drelfin desde la parte delantera de la nave de desembarco—. Soldados de asalto, prepárense para el despliegue.

LaRone respiró hondo, obligándose a apartar sus dudas. Era un soldado de asalto imperial y cumpliría con su deber. Aquello era lo único que importaba.

La primera nave de desembarco sobrevoló cautelosamente un par de metros sobre el suelo. Cuando bajó las rampas, Korlo Brightwater aceleró su motojet 74-Z y salió haciendo rugir el motor.

—TBR Cuatro-siete-nueve, retroceda —gruñó en sus oídos la voz cortante de su comandante, el teniente Natrom—. Vuelva a la formación de exploración Jenth.

—Aquí Cuatro-siete-nueve: recibido —dijo Brightwater, echando un vistazo rápido alrededor mientras trazaba un círculo amplio que le devolvió junto al resto de soldados de exploración, que aún estaban saliendo del transporte.

Descendieron en vuelo rasante al norte de unas colinas bajas salpicadas de árboles, con los límites de la ciudad que tenían como objetivo a unos doscientos metros de distancia. Tras activar los sensores del casco, hizo un escaneado rápido pero concienzudo mientras volvía hacia la nave. No parecía que hubiese ningún tipo de actividad por ninguna parte, lo que le resultó altamente sospechoso. En las colinas había zonas para picnics, varios senderos y media docena de árboles criados y manipulados pacientemente durante décadas para convertirlos en una elaborada estructura escalable para niños. *Algún* habitante de la ciudad debería de estar pasando su tiempo libre allí en una tarde tan buena y apacible como aquella.

Pero no había nadie. Al parecer aquel día los habitantes de la ciudad tenían algún motivo para no salir de sus casas.

¿Como el aviso de un inminente ataque imperial?

Brightwater sacudió la cabeza, molesto. Todo aquello era una chapuza. Se había corrido la voz y cualquier rebelde que hubiese estado allí escondido ya estaría camino del Borde Exterior.

—Comandante; aquí TBR Cuatro-siete-nueve —dijo por su comunicador—. Sin actividad en la zona de acantonamiento. Puede que la operación se haya arruinado. Repito, puede que…

—Soldados de exploración, pueden asegurar el perímetro —le interrumpió una voz desconocida.

Brightwater frunció el ceño.

—¿Comandante, me ha recibido? —preguntó—. Le decía que la ausencia de actividad…

—TBR Cuatro-siete-nueve, limite sus comentarios a informes tácticos —volvió a interrumpirlo aquella nueva voz—. A todos los transportes: adelante.

Brightwater estiró el cuello. Pudo ver las naves de desembarco de soldados de asalto sobre su cabeza, descendiendo hacia el suelo como aves de presa abalanzándose sobre sus víctimas.

Aunque allí abajo no quedaba ninguna presa sobre la que mereciera la pena lanzarse.

Un movimiento a la derecha llamó su atención y vio llegar a su compañero, Tibren. Brightwater levantó la mano en un gesto que era una pregunta silenciosa; el otro explorador negó con la cabeza en una advertencia también silenciosa.

Brightwater hizo una mueca. Pero Tibren tenía razón. Quienquiera que fuera el idiota que estaba dirigiendo la operación era o demasiado testarudo o demasiado estúpido para ver la evidencia. Los soldados de asalto solo podían seguir con la operación y planteársela como otro ejercicio. Asintió a Tibren y dirigió su moto hacia el sector de contención designado.

Cuando cerraron el cerco, las naves de desembarco ya estaban en tierra, sus armas pesadas ametrallaban hileras de edificios, mayoritariamente de una sola planta, mientras sus escotillas escupían soldados de asalto y oficiales de mando uniformados. Brightwater mantuvo su moto en movimiento, observando con interés profesional a la tropa mientras formaba un doble anillo y avanzaba hacia la ciudad. Para variar, todo parecía estar saliendo a la perfección, sin los habituales fallos que solían acompañar las operaciones de aquella envergadura. Era una verdadera lástima que no quedase ningún rebelde en la ciudad para poder apreciarlo.

Los soldados de asalto y los oficiales desaparecieron de su vista, metiéndose entre los edificios o entrando en ellos, y desvió su atención hacia la zona que quedaba fuera del perímetro marcado por los soldados exploradores. Estaba prácticamente seguro de que los rebeldes habían huido del planeta, aunque ciertas células, con más agallas que cerebro, decidían no huir y prepararles emboscadas.

Brightwater prefería que alguna hubiese optado por aquella opción. Así la tarde no sería una completa pérdida de tiempo y los soldados de asalto tendrían la oportunidad de aniquilar a los rebeldes a campo abierto, en lugar de tener que detenerlos entre civiles.

Dio un rodeo hasta la cresta de la colina más cercana, con los sensores del casco a máxima potencia, y oyó disparos de bláster a su espalda. Giró la moto rápidamente, buscando el cerco del otro lado de la ciudad. Pero los soldados exploradores de aquella zona seguían sobre sus motos y nada indicaba que les estuviesen disparando. Oyó otra ráfaga de bláster y se dio cuenta de que provenía de la ciudad.

Detuvo su moto y frunció el ceño. Las ráfagas de disparos se habían convertido en un tiroteo desordenado, pero todas emitían el ruido característico de los rifles bláster E-11 BlasTech de los soldados de asalto. ¿Dónde estaba la mezcla cacofónica del armamento militar, recreativo y de autodefensa que caracterizaba a la Alianza Rebelde?

Y entonces, con un escalofrío repentino, lo entendió todo.

Aceleró a fondo, giró el morro de la moto junto a la ladera y se dirigió a la ciudad. ¿Qué demonios creían estar haciendo en nombre del Emperador?

—TBR Cuatro-siete-nueve, regrese a su puesto —le dijo la voz del teniente Natrom por el auricular.

Brightwater pasó la lengua por el selector de control del co-municador, colocando la frecuencia privada del escuadrón.

—Señor, está pasando algo en la ciudad —dijo apresuradamente—. Solicito permiso para investigarlo.

—Permiso denegado —dijo Natrom. El tono de su voz era firme y comedido, pero puedo detectar la ira que escondía—. Regrese a su puesto.

—Señor…

—Es una orden, TBR Cuatro-siete-nueve —dijo Natrom—. No pienso repetirlo.

Brightwater respiró hondo. Conocía a Natrom y conocía aquel tono. Pasara lo que pasara en la ciudad, ninguno de ellos podría hacer nada al respecto.

—Sí, señor —dijo. Tras volver a respirar hondo para intentar sosegarse, dio media vuelta a su moto.

El ruido del fuego de bláster no terminó hasta mucho después del atardecer.

CAPÍTULO DOS

El campo de tiro estaba desierto cuando llegó LaRone. Desierto excepto por Grave, que estaba en la última cabina con su T-28 apoyado sobre su hombro blindado.

—Grave —LaRone lo saludó solemnemente—. ¿Cómo te va? Grave tardó un minuto en responder. Siguió disparando, fría y metódicamente, completando la rutina que le habían preparado. LaRone miró el monitor mientras su compañero acertaba blanco tras blanco con la precisión que se espera de un francotirador de los soldados de asalto.

Se preguntó si le habrían pedido que utilizase aquella habilidad ese mismo día.

Finalmente, el bláster quedó en silencio. Grave mantuvo su postura de tirador un par de segundos más, mientras se disipaba el eco de los disparos, dejó el arma sobre la repisa y se quitó el casco.

—Ha sido como en las Guerras Clon —dijo, sin girarse para mirar a su amigo—. Toda la ciudad… todos… masacrados.

—Lo sé —dijo sobriamente LaRone—. Acabo de hablar con Korlo Brightwater… el explorador. ¿Lo conoces? Dice que ha oído que el informe del oficial dirá que los rebeldes les lanzaron una emboscada durante la exploración.

—Imposible —dijo firmemente Grave—. Yo estaba en un tejado, preparado para eliminar francotiradores, y no vi absolutamente a nadie. Incluso los rebeldes son lo bastante listos para colocarse en el terreno más elevado para un combate.

—Quizá —coincidió LaRone, con una sombra de duda—. De todas formas, supongo que *pudo* existir actividad rebelde en alguna zona de la ciudad que no veías.

—Por supuesto que *pudo* haberla —replicó Grave—. Y puesto que ninguno de nosotros ha podido verlo todo, quizá podremos hacernos a la idea de que eso es lo que ha pasado. El típico truco del DSI —se volvió a colocar el T-28 sobre el hombro y realizó otra media docena de disparos—. Pero no han podido taparnos los oídos, ¿verdad? —gruñó al volver a bajar el arma—. Y todos los disparos que he oído eran de E-11.

—Lo sé —asintió LaRone—. ¿Pero había *algún* rebelde en la ciudad? ¿O no ha sido nada más que una extraña lección ejemplarizante?

Grave sacudió la cabeza.

—Dímelo tú, LaRone —dijo—. Lo único que sé… —se interrumpió—. Bueno, por lo que he podido ver, el primer objetivo eran los alienígenas.

—Lo mismo ha pasado en mi escuadrón—dijo LaRone—. Aunque nadie ha dado una orden específica. Los hombres del DSI los señalaban y nos ordenaban disparar.

—¿Y vigilaban que nadie disparase deliberadamente a fallar?

LaRone sintió un nudo en el estómago. No se le había pasado por la cabeza.

—¿Estás sugiriendo que quizá nos estaban poniendo a prueba a *nosotros*?

Grave se encogió de hombros.

—Por lo que he oído, al DSI nunca le ha gustado la idea de abrir el ejército a voluntarios como nosotros. Preferirían que los soldados de asalto siguieran siendo estrictamente clones.

LaRone resopló.

—De eso ya hace nueve años. Ya deberían de haberse acostumbrado.

—Si fuesen normales lo habrían hecho —dijo amargamente Grave—. Pero estamos hablando del DSI —miró a LaRone—. Espero que hayas disparado bien.

—He hecho mi trabajo —dijo LaRone fríamente—. Grave, no pensarás que el DSI quizá sabe algo que nosotros no sabemos, ¿verdad? ¿Como que todos *eran* simpatizantes de los rebeldes?

—¿Como todos los habitantes de Alderaan?

A LaRone se le hizo un nudo en la garganta.

—Grave, ¿qué nos está pasando? —preguntó en voz baja—. ¿Qué le está pasando al Imperio?

—No lo sé —dijo Grave—. Quizá sea culpa de los rebeldes. Puede que estén presionando demasiado y todas las costuras sueltas empiecen a saltar —frunció los labios—. O quizás el Imperio siempre ha sido así. Aunque no nos dimos cuenta hasta Alderaan.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No vamos a hacer nada, LaRone —dijo Grave con un tono de advertencia—. ¿Qué *podemos* hacer?

¿Unirnos a la rebelión? La idea pasó fugazmente por su cabeza. Pero era absurda y lo sabía. Él, como los demás, había jurado defender el Imperio y a sus ciudadanos, y era impensable que ninguno de ellos colaborase con aquellos que intentaban imponer el caos.

—No lo sé —dijo—. Pero no nos enrolamos para esto.

—Te enrolaste para obedecer órdenes —dijo Grave, girándose hacia la diana. Quitó la celda de energía de su bláster, se sacó una nueva del cinturón y la colocó—. Lo que está *claro* es que no te enrolaste para que el DSI te detenga por tendencias sediciosas.

—Eso seguro —coincidió LaRone con un escalofrío. Traducción: no vuelvas a decir algo así nunca más.

—Porque se supone que, dentro de uno o dos días, recibiremos a una unidad táctica completa del DSI —continuó Grave—. Con sus propios transportes, su propia cadena de mando y, probablemente, sus propios soldados de asalto también.

—¿Dónde has oído eso?

—Marcross, por supuesto —dijo Grave, esbozando una sonrisa picara, casi sin querer, entre tanta seriedad—. No tengo ni idea de dónde saca esas cosas.

—¿Crees que podría ser del DSI?

—Imposible —dijo firmemente Grave—. Es demasiado buena persona. No. Pero le gusta tener los oídos abiertos, por si cae algo del cielo.

—Supongo que sí —dijo LaRone—. En cualquier caso, parece que se están tomando muy en serio la caza de rebeldes.

—Por mí perfecto —dijo Grave—. Pienso estar preparado la próxima vez que nos topemos con rebeldes *de verdad* —se giró, se colocó el casco y apretó el botón que colocaba una nueva diana.

LaRone se marchó silenciosamente de la cabina a mitad de su nueva rutina de tiro.

La fiesta estaba en su apogeo, el gran salón de baile del palacio del moff Glovstoak resplandecía con una elaborada iluminación, los estandartes ondeando al viento y una música suave interpretada por un grupo de músicos. Los ricos y poderosos que lo abarrotaban también resplandecían y su conversación colectiva añadía un contrapunto apagado a la música. Había como mínimo quinientos hombres y mujeres presentes, calculó Mara Jade mientras saltaba tranquilamente de conversación en conversación, la élite de la élite del sector. Aquella noche Glovstoak se estaba superando a sí mismo.

Cualquiera se preguntaría de dónde sacaba los créditos para pagar todo aquello.

—Ah… Condesa Claria.

Mara se dio la vuelta. Un hombre mayor, con uniforme de general, se le acercó entre la gente, seguido por otro hombre más joven con un traje formal y sencillo.

—Hola de nuevo, general Deerian —Mara lo recibió con una sonrisa y miró a su acompañante. Lo identificó; era Mink Bollis, uno de los asistentes de Glovstoak. Bien. Si empezaba a llegar su círculo más próximo, el moff no podía tardar—. Creía que iba a echarle una ojeada al buffet.

—Iba, pero me he encontrado con el Maestro Bollis —dijo el general Deerian, señalando al joven—. Y he recordado lo que hemos hablado sobre los problemas de piratería en su planeta, me parece que podría ofrecerle cierta ayuda.

—Condesa —Bollis la saludó, levantando su mano derecha y besándola al estilo del Viejo Núcleo. Su mirada de depredador fue de los ojos verdes al pelo rubio cobrizo de ella, pasó por su hombro, adornado con unas flores entretejidas en cascada, y siguió bajando por su esbelta figura envuelta en un escotado vestido de noche. Los piratas y sus problemas con ellos eran, claramente, lo último en lo que estaba pensando Bollis—. Le aseguro que el moff Glovstoak y todo el gobierno del sector están dispuestos a ayudarla. ¿Por qué no buscamos un rincón tranquilo para que pueda darme más detalles sobre la situación?

—Eso sería —Mara se interrumpió, permitiéndose fruncir el ceño brevemente antes de proseguir—, sería maravilloso.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Deerian.

—He sentido un breve mareo —dijo ella. Volvió a fruncir el ceño, añadiendo esta vez cierto titubeo a su habitual aplomo.

—Quizá debería sentarse —dijo Deerian, mirándola detenidamente—. La ambrostina puede subirse a la cabeza si no se está habituado.

—Creía que lo estaba —dijo Mara, añadiendo un deje de ronquera a su voz. En realidad estaba bastante familiarizada con la ambrostina y los síntomas que provocaban su exceso.

Y parecía que Bollis también sabía algo sobre la consabida pérdida de inhibiciones.

—Deje que la acompañe a algún sitio en que pueda acostarse —le ofreció, con un brillo algo más intenso en la mirada. Se colocó al lado de ella y la sujetó de un brazo para ayudarla.

Para sorpresa de Mara, Deerian estuvo más raudo.

—El moff Glovstoak quiere que atiendas a sus invitados —le recordó el general a Bollis, apartando hábilmente a Mara del joven—. Conozco el palacio… le buscaré un sitio en el que pueda descansar.

Antes de que Bollis diese con las palabras adecuadas para protestar educadamente, Deerian había rodeado con Mara a una pareja vestida completamente de brilloseda, camino de una de las puertas laterales.

Fuera del salón de baile, los pasillos estaban desiertos, excepto por las parejas de guardias en librea que vigilaban cada cruce. Ninguno de ellos los detuvo ni le dijo nada a Deerian cuando este la hizo entrar en un despacho oscuro, dos pasillos más allá.

—Mis sucursales compran el mobiliario al mismo proveedor que el moff Glovstoak utiliza en las oficinas de sus subordinados —le dijo mientras ajustaba la luz y la llevaba al círculo de reuniones de la habitación—. Puedo asegurarle, por experiencia personal, que estos sofás son perfectos para una siesta rápida.

—Creo que, ahora mismo, podría dormir en un pozo de grava —murmuró ella, arrastrando ligeramente las palabras mientras cerraba los párpados—. Gracias.

—No se merecen, condesa —dijo Deerian mientras la ayudaba a estirarse en uno de los sofás—. Como le he dicho, la ambrostina es un enemigo sutil.

—Me refería a… ya sabe.

Él la sonrió.

—No hay de qué —le dijo—. ¿Cuántos años tiene? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve?

—Dieciocho.

La sonrisa de Deerian se tensó un poco.

—Tengo una nieta de su edad —dijo—. Y no me habría gustado dejarla a solas con Bollis. Duerma tanto como quiera, condesa. Me aseguraré de que nadie la moleste.

Se marchó y cerró la puerta. Mara se levantó del sofá, cruzó la habitación y apoyó la oreja contra la puerta, poniendo en práctica las técnicas de amplificación de sonido que le había enseñado el Emperador.

A pesar de aquella ayuda solo pudo oír algunas de las palabras que Deerian le decía a la pareja de guardias más cercana. Aunque entendió que daba instrucciones, muy claras, de que nadie molestara a la joven señorita. La conversación terminó y los pasos de Deerian se disiparon en dirección al salón de baile. Recuperó su audición normal, apagó la luz y volvió a cruzar la habitación.

Era hora de trabajar.

En su lógicamente breve carrera como Mano del Emperador, había detectado la extraña combinación de cautela y chapucería que definía a muchos de los políticos más destacados del Imperio. Glovstoak no era ninguna excepción. Incluso allí, en la décima planta del palacio, las ventanas estaban protegidas con una rejilla antiintrusos. Pero había un interruptor de aquella rejilla escondido bajo el alféizar para que los ocupantes de la habitación pudiesen respirar aire puro sin tener que solicitar permiso a la central de seguridad. Tras estudiarlo un momento desentrañó su funcionamiento, desactivó la rejilla, abrió la ventana con cuidado y se asomó.

Aparte de los guardias que hacían ronda a pie, muchos pisos más abajo, y los distantes aerocoches que patrullaban el perímetro exterior del recinto del palacio, no se veía a nadie. Proyectándose con la Fuerza, percibió el paquete que había escondido poco antes bajo uno de los arbustos que decoraban la pared perimetral y tiró de él.

Al principio no pasó nada. Se concentró más intensamente y la bolsa se soltó de donde estaba atrapada y se elevó rápidamente, con la cuerda conectora colgando tras ella. Poco después estaba en sus manos. Tocó un interruptor y sus motores internos empezaron a recoger la cuerda, subiendo el paquete negro, mucho más pesado, que había en el extremo.

Un minuto después, este paquete estaba en el despacho y su contenido esparcido por el suelo. Dos minutos después, se había cambiado el vestido de noche por un traje de combate gris, había convertido el delicado adorno floral del hombro en un bastón rociador Stokhli colgante y el fajín bordado de su cintura se había transformado en un cinturón y una espada de luz.

El paquete también contenía un tubo de aire comprimido y un maniquí inflable de su tamaño con un vestido idéntico al que llevaba puesto hasta hacía un momento. Lo infló y lo colocó en el sofá, como señuelo para fisgones; escondió su verdadero traje bajo la mesa, volvió a la ventana y salió por ella.

Hacía apenas unos meses que le habían mostrado el funcionamiento del bastón rociador y en aquel tiempo había trabajado duro para dominarlo y añadirlo a su ya extenso repertorio de herramientas y armas. De hecho, aquella maniobra completa la había practicado una y otra vez en su centro de entrenamiento del Palacio Imperial. Sentada sobre el alféizar, apuntó el artefacto hacia arriba y en paralelo a la pared exterior y apretó el gatillo de pulgar.

Oyó un siseo agudo y el bastón rociador retrocedió contra el cabestrillo del hombro, mientras por la boquilla salía un chorro fino. Al contactar con el aire, el chorro se convertía en un flujo turbio de líquido que se solidificaba rápidamente contra la mampostería, creando una especie de pasarela de superficie irregular escalable. Apagó el rociador, guardó el bastón en su funda y empezó a subir.

Tuvo que parar dos veces para alargar su pasarela privada hasta llegar a la planta veinte y los aposentos privados de Glovstoak. Las ventanas estaban protegidas con la misma rejilla antiintrusos del despacho, con su mismo punto flaco. Proyectándose con la

Fuerza a través del transpariacero, desactivó primero la rejilla y después abrió el pestillo. Al cabo de un minuto estaba dentro.

Los aposentos estaban desiertos, Glovstoak y toda su gente estaban en la gran fiesta de la planta baja. Aun así, Mara se mantuvo alerta mientras recorría en silencio las habitaciones. El moff podía haber dejado uno o dos droides vigilando sus estancias privadas.

Aunque los droides podían reprogramarse y analizarse y, al parecer, Glovstoak no quería correr aquel riesgo. Prefería confiar en dos alarmas muy sofisticadas instaladas en la caja fuerte escondida en el vestidor.

Sofisticadas según el punto de vista del moff, en cualquier caso. Los ladrones profesionales que el Emperador había utilizado para que le enseñasen su oficio se habrían reído de ambas. La propia Mara, ni mucho menos tan experta, las anuló en apenas diez minutos.

Tras tantos preliminares, abrir la caja fuerte fue casi un anticlímax. Dos minutos más tarde había abierto la pesada puerta y estaba dentro de una caja fuerte del tamaño de una habitación pequeña.

Una de las paredes estaba completamente cubierta de estanterías repletas de tarjetas de datos que contenían un duplicado de todos los registros administrativos del sector. Muy interesante, sin duda, pero aunque Glovstoak hubiese sido lo bastante descuidado para dejar un reguero de datos que demostrasen sus supuestas irregularidades financieras, se necesitaba un pequeño ejército de contables para interpretarlos. Fue hacia el fondo de la caja fuerte, buscando artículos más personales.

Y allí encontró la prueba que necesitaba.

Pasó un buen rato contemplando la media docena de obras de arte que iluminaba el haz de su vara de luz. A primera vista, aquella colección privada parecía bastante exigua, sobre todo si se tenía en cuenta la cantidad de planas, esculturas, tressles y volmans que decoraban los espacios públicos del palacio.

Mara no se dejó engañar. Las piezas de la planta baja eran pomposas pero relativamente baratas. Es más, se correspondían con el sueldo de un honesto administrador de la posición de Glovstoak.

Las seis piezas de la caja fuerte eran completamente distintas. Cualquiera de ellas habría alcanzado un precio de cien millones de créditos entre los coleccionistas privados más adinerados de la galaxia, sin ninguna duda. En conjunto, probablemente valían el triple que el palacio de Glovstoak y todo su contenido.

Lo que significaba que las sospechas del Emperador eran ciertas. Glovstoak se estaba quedando una parte del dinero de los impuestos que debía enviar al Centro Imperial.

Mara tomó una de las planas y le dio la vuelta. Iluminada por su vara de luz, la superficie parecía lisa e intacta. Pero los marchantes de arte solían hacer una cosa que quizá Glovstoak desconocía. Ajustó la vara de luz a una frecuencia específica de luz ultravioleta y volvió a examinar la plana.

Allí estaba: un listado completo de todos los marchantes, casas de subastas y agentes por cuyas manos había pasado aquella obra en su larga historia.

Mara sonrió. Los marchantes grababan aquellas listas invisibles para evitar que el burdo mercantilismo penetrase en la cuidada elegancia de su mundo. Los ladrones de arte profesionales siempre borraban las marcas para dificultar el rastreo de sus nuevas adquisiciones. Glovstoak no lo había hecho, lo que dejaba claro que no las había obtenido a través de un profesional. Muy interesante.

Copió la última lista —Casa de subastas Peven, Crovna— y volvió a dejar la plana donde la había encontrado. Revisó otras dos obras de la misma manera, después salió de la caja fuerte, cerró la puerta y reactivó las alarmas antes de irse.

El descenso por la pared fue mucho más sencillo y rápido que la subida. El Stokhli solidificado se evaporaría en un par de horas, borrando cualquier rastro que pudiesen buscar los hombres de Glovstoak.

Cuando la puerta del despacho se abrió, con un chirrido, volvía a llevar puesto el vestido de noche y todo el equipo que había utilizado volvía a estar escondido bajo el arbusto del jardín.

—¿Condesa? —dijo Deerian en voz baja.

—Sí, general —respondió ella, sentándose en el sofá y desperezándose—. Pase, por favor.

—Parece que ya se encuentra mejor —dijo él, entrando en el despacho.

—Mucho mejor —le aseguró ella, sonriendo y avanzando hacia él—. Gracias por sus cuidados.

—Ha sido un placer —respondió él, devolviéndole la sonrisa y ofreciéndole su brazo—. ¿Volvemos a la fiesta?

—Sí, claro —dijo ella, tomando su brazo.

«Esperemos que todo el mundo lo pase estupendamente», pensó Mara al pasar junto a los centinelas. «Esta será la última fiesta que da Glovstoak.»

CAPÍTULO TRES

La información de Marcross, como de costumbre, resultó ser cierta. Seis días después de la masacre de Lágrima, una unidad táctica del DSI subió a bordo de la *Represalia*.

Una auténtica multitud: diez escuadrones completos, incluidos oficiales, tropas, droides e incluso su propio grupo de análisis e inteligencia. A LaRone lo que más le inquietaron Rieron los dos escuadrones de soldados de asalto que llegaron con ellos.

—Eso significa que, hagan lo que hagan, masacrar otra ciudad o lo que sea, lo harán con *nuestra* armadura puesta, y eso significa que todo el cuerpo de soldados de asalto será culpado por ello —les advirtió a Quiller y Grave mientras los tres contemplaban el hangar 5 desde la pasarela de observación. Los del DSI habían traído un extraño surtido de vehículos, desde cargueros ligeros hasta transportes militares viejos y desfasados, o incluso un yate de recreo desvencijado.

—Ya estamos acostumbrados a cargar con las culpas de todo —añadió Quiller con un punto de amargura—. Eso es porque siempre nos ocupamos del trabajo duro.

—Porque somos la élite del Imperio —replicó Grave con un matiz de orgullo—. Está *claro* que tenemos mejores transportes que esos payasos.

—¿Te refieres a *eso*? —preguntó Quiller, señalando el grupo de naves que tenían a sus pies—. No creas, colega. Esa Suwantek TL-1800, por ejemplo, ¿ves esas marcas onduladas en las boquillas de los motores?

—¿A cuál te refieres? —preguntó LaRone, frunciendo el ceño ante aquellos diseños desconocidos.

—Esa plana y angular, con unos enormes motores subluz —dijo Quiller, señalándola—. Normalmente, la 1800 suele ser un montón de chatarra… es resistente, pero es lenta, dispone de poco armamento y sus blindajes son pobres. Además, la computadora de navegación falla mucho.

—Suena perfecta para el DSI —murmuró Grave—. Mandamos a nuestros soldados dentro de eso y que sea lo que Dios quiera.

—No creas, ya te lo he dicho —dijo Quiller—.Probablemente esos motores se han actualizado hasta seis veces desde que salió del Centro Imperial y, muy posiblemente, todo lo que hay bajo el casco también. Y lo mismo se puede decir del resto de naves.

—¿Crees que vuelan con identificaciones falsas? —preguntó LaRone.

Quiller resopló.

—Probablemente tienen estanterías llenas de ellas —dijo—. Quizá seamos la élite del Imperio pero, tratándose del DSI, nunca se sabe…

—¿Tienes algún problema con el DSI, soldado? —preguntó una voz lúgubre, tras ellos.

LaRone sintió un nudo en el estómago. Era el mayor Drelfin, el tipo del DSI que había ordenado la masacre de Lágrima.

—No, señor, en absoluto —le aseguró rápidamente Quiller.

—Celebro oír eso —dijo Drelfin, caminando hacia ellos con la mano apoyada en la empuñadura de su bláster, enfundado—.

Tenéis exactamente cinco segundos para decirme qué hacéis en una zona restringida.

—Somos soldados de asalto imperiales, señor —le dijo LaRone, esforzándose por mantener el nivel adecuado de respeto militar en su voz—. Disponemos de libertad de acceso a toda la nave.

—¿De verdad? —dijo Drelfin, mirando el uniforme de LaRone—. ¿Y por qué no lleváis la armadura?

—En esta zona se nos permiten ciertas libertades, señor —dijo LaRone, escogiendo cuidadosamente sus palabras. Las reglas dejaban meridianamente claro que los soldados de asalto debían llevar puesta su armadura siempre que estuvieran fuera de la zona de barracones. Pero al capitán Ozzel le molestaba tenerlos a bordo de su nave y le irritaba ver tipos paseándose en armadura en sus horas libres. Los mandos de los soldados de asalto, por su parte, se habían negado a confinar a los barracones a los hombres de permiso, por lo que se alcanzó un acuerdo extraoficial.

—¿Y quién os las ha permitido? —preguntó Drelfin—. ¿Vuestro teniente? ¿Vuestro mayor?

—¿Algún problema, mayor? —dijo otra voz desde el otro extremo de la galería de observación.

LaRone se giró y vio a Marcross y Brightwater caminando hacia ellos, este último con un trapo metido en el bolsillo del uniforme y manchas de grasa en las manos.

—¿Qué es esto, el patio de recreo del club infantil? —gruñó Drelfin—. Identificaos.

—Soldado de asalto TKR 175 —dijo Marcross, con un deje de orgullo y desafío en la voz—. Y este es TBR 479.

—Veo que tampoco lleváis la armadura —volvió a gruñir Drelfin—. Y que tampoco conocéis las reglas sobre zonas no autorizadas —volvió a mirar a LaRone—. ¿O es que los reclutas de los mundos fronterizos no sabéis leer lo suficiente para entender las reglas?

—Ya se lo he dicho, señor —empezó a responder LaRone.

—Quizá creéis que esas reglas no os conciernen —añadió Drelfin con sarcasmo—. Supongo que os habréis dado cuenta de que estáis equivocados.

—Sí, señor —dijo Brightwater, que tocó el brazo de LaRone—. Vamos, LaRone. Dijiste que me ayudarías a cambiar las veletas de dirección de mi deslizador.

—¿LaRone? —repitió Drelfin en un tono repentinamente extraño—. *¿Daric* LaRone? ¿TKR 330?

LaRone miró a Marcross y vio que había empezado a sudar de repente.

—Sí, señor —dijo.

—Vaya, vaya —dijo en voz baja Drelfin, que desenfundó su bláster—. He estado repasando los informes de la operación Lágrima —prosiguió con una extraña expresión y detuvo el arma a la altura del estómago de LaRone—. Tu escuadrón recibió la orden de

ejecutar a algunos simpatizantes rebeldes. Fallaste tus disparos deliberadamente. Eso es incumplimiento del deber.

LaRone sintió una opresión en la garganta. Así que alguien había notado su falta de precisión de aquel día. Aquello tenía mala pinta.

—Mi deber es proteger y preservar el Imperio y el nuevo orden —dijo, obligándose a mantener la calma en su voz.

—Tu *deber* es obedecer las órdenes —replicó Drelfin.

—Eran civiles desarmados y no peligrosos —dijo LaRone—. Si había cargos o sospechas contra ellos, deberían haber sido arrestados y procesados.

—¡Eran simpatizantes rebeldes!

Quiller dio un paso adelante.

—Señor, si tiene alguna queja sobre este hombre…

—No te entrometas, soldado —le advirtió Drelfin—. Ya te has metido en bastantes problemas.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Marcross.

—No vais adecuadamente uniformados, estáis en una zona restringida sin autorización —Drelfin inclinó la cabeza hacia LaRone—. Y es evidente que sois amigos de un traidor al Imperio.

—¿Qué? —preguntó Grave—. Eso es una locu…

—Con el debido respeto, mayor, TKR 2014 tiene razón —le interrumpió Marcross—. Las reglas dicen que una acusación de esa magnitud debe ser trasladada inmediatamente al oficial de mayor rango de los soldados de asalto.

—A ver si me explico, TKR 175 —gruñó Drelfin—. Somos el Departamento de Seguridad Imperial. Nuestra palabra es sagrada; nuestras decisiones son reglas; nuestros actos son ley.

—¿Y si dan la orden de disparar a alguien ya puede darse por muerto? —dijo LaRone.

—Veo que por fin lo entiendes —dijo Drelfin, esbozando una sonrisa malévola—. *Yo* comandaba esa operación, lo que significa que seré *yo* el que decida qué voy a hacer contigo. Ni tu teniente, ni tu mayor, ni por supuesto tu estúpido capitán Ozzel.

Se acercó aún más y apoyó el bláster en la frente de LaRone. Este se dio cuenta de que tenía un diseño extraño: era grande y feo, con un añadido peculiar al final del cañón.

—Y si decido ejecutarte sumariamente por traición… —su dedo se ciñó visiblemente al gatillo.

Era un farol, en un rinconcito de su mente LaRone lo sabía. Estaba jugando con su víctima a uno de aquellos juegos macabros que tanto divertían a aquellos tipos sádicos y mezquinos.

Pero LaRone era un soldado de asalto imperial, entrenado despiadadamente en las artes del combate y la supervivencia, con unos reflejos profundamente interiorizados que no entendían de juegos mentales del DSI. Su mano izquierda se levantó sola, golpeó la muñeca de Drelfin y apartó el bláster de su frente.

Seguramente era lo último que esperaba Drelfin. El golpe lo tiró al suelo, maldiciendo e intentando apuntar el arma de nuevo hacia su blanco. Pero LaRone levantó la mano derecha, cogió la muñeca del mayor y dio otro empujón. Durante una angustiosa fracción de segundo el bláster volvió a apuntarle a la cara, después pasó de largo, desviándose hacia la izquierda. LaRone giró sobre su pie derecho y dio media vuelta, sujetando con fuerza la muñeca del mayor. Un segundo después Drelfin rodó sobre sí mismo, con la muñeca torcida y el bláster apuntando inofensivamente al techo.

—¿Qué me estaba contando sobre los caprichos del DSI que son ley? —dijo entre dientes.

—LaRone, ¿te has vuelto *loco*? —le preguntó Brightwater, con los ojos como platos.

—Puede —dijo LaRone. Su ira estaba amainando y, para su consternación, se dio cuenta de que Brightwater tenía razón. Hasta aquel momento puede que aún no se no hubiese metido en un verdadero lío, pero a partir de allí no había duda de que ya estaba con el agua el cuello—. Pero eso tendrá que decidirlo el comité *apropiado* —añadió. Subió una mano, le quitó el bláster y soltó a Drelfin.

El mayor se levantó, clavando sus ojos como vibrocuchillos en LaRone, su cara era una mueca de cólera y su boca profería maldiciones apagadas.

En la mano izquierda llevaba un pequeño bláster de mano.

LaRone supo que aquello no era un juego. Se produjo un suave destello y se oyó una descarga sorda…

Drelfin se desmoronó silenciosamente sobre la cubierta.

Por un instante nadie se movió ni habló. LaRone miró el cuerpo tendido y después el bláster, aún en manos del mayor… su mente intentaba creer lo que estaba viendo. No… no podía ser cierto. Quizás el mayor había sufrido un ataque al corazón. O le habían disparado desde algún punto desconocido. Ni siquiera había sonado como una auténtica descarga de bláster, por el amor de Dios…

—Oh, no —murmuró Brightwater, claramente desconcertado.

LaRone tragó saliva y aquella burbuja de especulaciones disparatadas estalló y la fría realidad ocupó su lugar. Daric LaRone, a pesar de toda su noble palabrería sobre el deber y el honor, acababa de matar a un hombre a sangre fría.

No solo un hombre. Un oficial. Un oficial del *DSI*.

Y en ese segundo paralizado supo que era hombre muerto.

Los otros también lo sabían.

—Ha sido defensa propia —dijo Quiller; la voz le temblaba de una manera que LaRone no había oído ni en las situaciones de combate más desesperadas—. Todos lo habéis visto. Drelfin ha desenfundado primero.

—¿Crees que eso va a importarle al DSI? —dijo Grave.

—Solo quiero decir…

—Les trae sin cuidado —dijo Marcross en tono tenso mientras echaba un vistazo rápido a la plataforma de observación—. La cuestión es hasta qué punto van a buscarnos.

—Espera un poco —dijo Brightwater—. ¿Qué quieres decir con *buscarnos*?

—Tiene razón, Marcross —coincidió LaRone, cuyo corazón empezaba a acelerarse—. Esto no es cosa vuestra… es solo *mía*. Vosotros no habéis hecho nada.

—Dudo que *eso* tampoco le importe al DSI —masculló Quiller.

—Por supuesto que les importará —dijo contundentemente Marcross—. Lo que les importará es que ninguno de nosotros haya hecho nada para impedirte disparar.

—No habéis tenido *tiempo…*

—Cállate, LaRone —interrumpió Grave—. Tiene razón. Estamos todos con el agua al cuello.

—No si no pueden identificarnos —sugirió Brightwater, mirando alrededor furtivamente—. Aquí no hay nadie más y ha muerto de un disparo de su propia arma. Quizá crean que ha sido un suicidio.

Grave resopló.

—Oh, *vamos*. ¿Un mayor del DSI en la cúspide de su carrera? Estos matan, no se suicidan.

—Solo podemos hacer una cosa —dijo LaRone. Dio un paso hacia un lado y sacó su bláster—. Todos al suelo.

Ninguno se movió.

—Buen gesto —dijo Grave—. Pero no funcionará.

—Tengo el bláster —dijo LaRone, levantando el arma para enfatizar—. No podéis detenerme de ninguna manera y las reglas no os obligan a sacrificar vuestras vidas por una bobada.

—No, LaRone, Grave tiene razón —dijo Marcross, sacudiendo la cabeza—. Nos torturarán. Y si descubren que sabíamos que no ibas a dispararnos volveremos a estar en un buen lío.

—Además, no puedes pilotar solo una de esas naves del DSI—dijo en voz baja Quiller—. Como mínimo *yo* tengo que acompañarte.

—*Todos* tenemos que acompañarte —dijo Grave sonoramente—. Y estamos perdiendo el tiempo.

—No puedo permitirlo —protestó LaRone—. No puedo pediros que lo abandonéis todo así. Tendréis que renunciar al Imperio, convertiros en fugitivos…

—No tenemos elección —dijo Grave—. Además, después de lo que pasó en Lágrima, no estoy muy convencido de volver a sentirme cómodo con esa armadura.

—Respecto a lo de abandonar al Imperio —añadió sobriamente Quiller—, tengo la impresión que el Imperio nos ha abandonado a nosotros primero. Al menos el Imperio en el que creíamos cuando nos alistamos —miró a Brightwater—. Bueno, Brightwater, pronúnciate.

Brightwater frunció los labios.

—No estoy preparado para renunciar al Imperio —dijo—. Pero tampoco puedo quedarme de brazos cruzados y esperar que el DSI venga a buscarme. ¿Cuál es el plan?

LaRone bajó la vista hacia el cuerpo de Drelfin, intentando pensar más deprisa.

—Lo primero es esconder el cuerpo —dijo—. Bastará con una de esas taquillas de material. Quiller, ¿qué nave nos llevamos?

—La Suwantek —dijo Quiller, señalando la nave de la que habían estado hablando—. Teniendo en cuenta nuestras habilidades mecánicas combinadas, necesitamos la nave más fiable que podamos conseguir. Si han sido lo bastante considerados para dejar los sistemas en reposo, puedo tenerla preparada en diez minutos.

—No podemos marcharnos con la *Represalia* en el hiperespacio —dijo Brightwater.

—Puede que haya una manera —dijo LaRone, al que se le estaba ocurriendo una idea audaz—. Ve a preparar la nave… Grave, Brightwater, acompañadlo. Marcross y yo nos ocuparemos del cuerpo.

Las taquillas de material estaban muy llenas, pero moviendo un poco su contenido lograron hacer espacio suficiente para el cuerpo de Drelfin. Cuando terminaron y bajaron al hangar, Quiller y los demás ya estaban dentro de la Suwantek. Intentando mostrarse tranquilo, LaRone le tocó un brazo a Marcross y se dirigió hacia la rampa de embarque.

Nadie los detuvo en su trayecto, circunstancia que a LaRone le pareció sospechosa y de mal agüero. Estaban a mitad de camino cuando se le ocurrió que lo más probable era que no hubiese nadie en la sala de control del hangar para ver aquel extraño desfile. Llegaron a la nave sin incidentes y subieron a una sala para tripulantes pequeña pero bien acondicionada. Una vez dentro y tras sellar la rampa fueron al puente.

Quiller estaba en el asiento de piloto, tecleando aquí y allá para activar todos los sistemas de la nave.

—¿Dónde están Grave y Brightwater? —preguntó Marcross al sentarse en el asiento de copiloto, junto a Quiller.

—Asegurándose de que no hay nadie durmiendo a bordo —dijo Quiller—. Bueno, estamos listos —miró a LaRone por encima de su hombro—. ¿No decías que tenías una idea?

LaRone asintió, se sentó detrás de Marcross, en el puesto de astronavegación/comunicación, y examinó rápidamente los controles.

«¿Comunicador interno del hangar…? Aquí.»

Intentó recuperar el aplomo, se esforzó por pensar como uno de los canallas del DSI y activó el comunicador.

—Mayor Drelfin al habla —dijo en su mejor imitación de la voz de Drelfin—. Estamos listos.

—¿Señor? —respondió una voz ligeramente desconcertada.

—Le digo que estamos listos para despegar —dijo LaRone, añadiendo un matiz de irritación a su voz—. Saque la *Represalia* del hiperespacio para que podamos hacerlo.

—Eh… un momento, señor.

El comunicador quedó en silencio.

—¿*Este* es tu gran as en la manga? —masculló Quiller.

—Dadme un minuto —dijo LaRone, intentando sonar más convencido de lo que estaba. Si tenían que salir de allí por las malas…

—Mayor, comandante Brillstow al habla —dijo una nueva voz—. No veo ninguna salida programada.

—Por supuesto que no —gruñó LaRone—. Y tampoco la apuntará en el cuaderno de registro. Y ahora salgan del hiperespacio para que podamos ocuparnos de nuestros asuntos.

Contuvo la respiración. Quiller tenía razón, por supuesto; aquella orden obligaría al oficial de cubierta a confirmar con el capitán o, como mínimo, algún miembro del contingente de Drelfin, una solicitud de salida no programada.

Pero el Departamento de Seguridad Imperial tenía sus propias reglas y todo el mundo en la flota lo sabía. Si el comandante Brillstow había oído suficientes historias sobre lo quisquillosos que podían llegar a ser los del DSI…

Para su alivio y sorpresa el cielo moteado del hiperespacio en el exterior del hangar se convirtió en la oscuridad salpicada de estrellas del espacio real.

—Recibido, mayor —dijo Brillstow con una voz firme y formal—. Tiene autorización para despegar.

LaRone desactivó el comunicador.

—Vámonos de aquí antes de que cambien de idea —le dijo a Quiller.

—Puede ser una trampa —le advirtió Quiller mientras activaba los repulsores y giraba la Suwantek hacia la pantalla de atmósfera—. Quizá nos dejan salir para dispararnos con su armamento pesado.

—No creo —dijo Marcross—. No se arriesgarían a sufrir ningún daño sin antes intentar cogernos vivos para descubrir qué demonios creemos que estamos haciendo.

—Espero que tengas razón —dijo Quiller—. Allá vamos…

Pocos segundos después estaban fuera. Quiller ascendió en arco por el flanco del destructor estelar, rodeando la superestructura camino al espacio profundo. Un minuto después, mientras LaRone miraba el monitor táctico en busca de algún posible arrepentimiento de última hora, la *Represalia* parpadeó en pseudomoción y desapareció en el hiperespacio.

—Fiuuu —Quiller resopló—. Tiene gracia utilizar todas las bobadas mafiosas del DSI en su contra.

—Pero no podemos quedarnos aquí sentados, esperando a que se den cuenta —les advirtió Marcross—. ¿Alguien tiene alguna idea de adónde vamos ahora?

—He pensado que Drunost podría ser un buen sitio para la primera escala —dijo Quiller, tecleando en un monitor situado sobre su cabeza—. Está a unas tres horas de aquí. Es un lugarcito perdido con una sucursal de Transportes Consolidados, lo que significa que tendrán todo el combustible y provisiones que necesitemos. El borde del Imperio queda muy lejos, ya lo sabéis.

—Eso *si* decidimos que debemos ir tan lejos —dijo Marcross—. Podríamos escondernos en muchos otros sistemas más cercanos.

Quiller asintió y tecleó en su tablero de mandos, las estrellas del exterior centellearon y se convirtieron en líneas estelares.

—Por supuesto, antes de llegar deberíamos decidir qué vamos a hacer para ganar dinero —señaló.

El intercomunicador emitió un pitido.

—¿Quiller? —dijo la voz de Brightwater—. ¿Estamos a salvo?

—A salvo y libres, la *Represalia* se ha marchado —le tranquilizó Quiller.

—Genial —dijo Brightwater—. Podríais poner el automático y venir al camarote de tripulación número dos… el segundo a la derecha, justo después del salón. Tengo que enseñaros algo interesante.

Cuando LaRone, Marcross y Quiller llegaron Brightwater y Grave les estaban esperando. Como la propia sala de la tripulación, el camarote estaba diseñado con el cuidado que se podía esperar de alguien que disponía del presupuesto del DSI. El mobiliario incluía una cama estrecha aunque aparentemente cómoda, un armario empotrado, un pequeño escritorio para la computadora —un monitor que mostraba en todo momento la dirección y el estatus general de vuelo— e incluso una pequeña zona de aseo privada.

—Qué bonito —comentó Quiller, mirando alrededor, satisfecho—. Este debe de ser el del piloto.

—En realidad es el mío —le dijo Grave—. Pero no te preocupes, son todos iguales.

—Y si crees que esto es *bonito*, prepárate —añadió Brightwater. Se acercó al monitor y pasó el dedo por debajo del marco. Se oyó un chasquido apagado y una parte del mamparo que quedaba al pie de la cama se abrió ligeramente. Brightwater terminó de abrirlo del todo y mostró un vestidor secreto oculto.

Mejor dicho, una armería oculta.

En una pared lateral había una docena de blásters alineados, de todo tipo, desde pistolas BlasTech DH-17 de la flota hasta rifles E-ll estándar de soldado de asalto, o un par de blásters de mano de marca y modelo que LaRone no conocía. Bajo las armas había hileras de celdas de energía y cartuchos de gas, además de varios contenedores de piezas de recambios surtidas. En la otra pared lateral había uno de los rifles de precisión T-28 que tanto gustaban a Grave, junto a una selección de vibrocuchillos, granadas, esposas aturdidoras y un par de cazadores/rastreado res remotos de Arakyd.

Y el espacio central lo ocupaban dos relucientes armaduras de soldado de asalto completas.

—El camarote número uno tiene un surtido un poco diferente —dijo Grave para romper un silencio de estupefacción—. Aún no hemos revisado los otros, pero apuesto que están todos igual de equipados.

—Hay dos motojets Aratech 74-Z en una de las bodegas de carga, así que supongo que en alguno de los camarotes debe de haber una o dos armaduras de soldado explorador —añadió Brightwater—. Me pido uno.

—Esos tipos venían muy preparados —comentó Mar-cross—. ¿No habrán dejado algo de dinero por algún sitio?

—Si no lo han hecho, podemos robar un banco —dijo secamente Quiller, señalando al armamento.

—Aún no hemos encontrado ni un solo crédito —le dijo Brightwater a Marcross—. Además, esto lo hemos encontrado por pura casualidad. Buscábamos polizones, no tesoros enterrados en la arena.

—Creo que deberíamos ocuparnos de esto —sugirió Marcross.

—Por supuesto —coincidió LaRone—. Faltan tres horas para el aterrizaje, soldados. Dispersaos y veamos qué más nos ha dejado amablemente a bordo el DSI.

El recuento final era impresionante. Había quince armaduras de soldados de asalto: ocho estándar, seis especializadas y un uniforme completo de soldado espacial; cincuenta blásters de diversas clases; un centenar de granadas, de conmoción y explosivas, incluso un par de detonadores termales; treinta y cinco mudas de ropa civil; dos deslizadores terrestres; dos motojets; un camión deslizador de tres asientos para seis pasajeros; y numeroso material de rastreo, combate y detención, incluida una pequeña máquina para fabricar etiquetas de identificación personales. También había el estante lleno de códigos de transpondedor falsos que Quiller había pronosticado.

Y dinero en efectivo. Más de medio millón de créditos.

—¿Pero para qué demonios esperaban necesitar esto? —masculló Brightwater mientras se sentaban en la sala a contrastar sus respectivas listas.

—Creo que pensaban asestarle un buen golpe a la rebelión —dijo Marcross—. Los cargueros camuflados serían perfectos para infiltrarse en los convoyes de suministro enemigos.

—O hacerse pasar por renegados interesados en unirse a ellos —dijo LaRone.

—Bueno, pensaran lo que pensaran, lo que está claro es que nos deja en muy buena posición —dijo Grave—. ¿Hacia qué punto exacto del Borde Exterior nos dirigimos?

—Podríamos probar en el espacio hutt —sugirió Quiller—. El Imperio allí mantiene un perfil muy bajo y podríamos encontrar trabajo fácilmente, como matones o guardaespaldas.

—No trabajaremos para criminales —dijo severamente Brightwater.

—Solo quería decir…

—No, tiene razón —secundó LaRone—. Somos soldados de asalto imperiales, no matones a sueldo.

—Ya no somos soldados de asalto imperiales —masculló Quiller, dejando su datapad sobre la mesa de holojuegos.

—Pero no trabajaremos para criminales —insistió Brightwater.

—Hay otra posibilidad —propuso Marcross—. En lugar de correr hacia el Borde Exterior como toongs asustados, ¿por qué no nos quedamos aquí, en el sector Shelsha?

—No sé —dijo Quiller, dubitativo—. Antes he repasado la lista de sistemas y no hay muchos lugares en los que podamos instalarnos sin que alguien termine reparando en nosotros.

—A no ser que viajemos permanentemente —sugirió Brightwater.

—Tenemos suficientes créditos para hacerlo, al menos durante un tiempo.

Marcross carraspeó.

—En realidad, se me había ocurrido que podríamos probar suerte en un sitio como Shelkonwa —dijo.

LaRone frunció el ceño, sorprendido. Viendo las caras de los otros, todos habían reaccionado igual.

—¿Quieres que nos escondamos en la *capital* de Shelsha? —preguntó Quiller.

—Es el último lugar en el que al DSI se le ocurriría buscar a unos fugitivos —señaló Marcross—. Y conozco gente que podría ayudarnos.

—Si tienes amigos allí, es el último sitio al que nos conviene ir —replicó Grave—. ¿Recuerdas el nombre de la primera chica a la que besaste?

Marcross gruñó.

—Por supuesto.

—¿Y de la segunda?

—Bueno… no, en realidad no —reconoció Marcross.

—Bueno, pues el DSI los sabe —dijo Grave—. O los sabrá dentro de poco. Somos *fugitivos*, Marcross. Eso significa que jamás podremos volver a ponernos en contacto con nadie que nos conozca. Jamás.

—No nos volvamos locos haciendo planes a largo plazo —intervino LaRone—. Lo primero es entrar y salir de Drunost sin llamar la atención. Cuando tengamos los tanques y la despensa llenos, ya discutiremos más detenidamente nuestras opciones.

Marcross seguía sin parecer muy convencido, pero asintió.

—Bien —dijo—. Pero quiero que me deis la oportunidad de defender la opción de Shelkonwa.

—La tendrás —le prometió LaRone—. Opinaremos todos y tomaremos una decisión conjunta. Como ha dicho Grave, solo nos tenemos los unos a los otros.

Brightwater sacudió la cabeza.

—Eso no me resulta particularmente tranquilizador —dijo.

CAPÍTULO CUATRO

En ese caso —dijo el emperador Palpatine, con los ojos brillándole entre las sombras de su capucha—, es lo que sospechaba. El moff Glovstoak es un traidor.

—Como mínimo, un malversador, milord —dijo Mara—. Aún no sé si ha cometido o no auténtica traición.

—Considero el robo de fondos imperiales una traición —replicó el Emperador—. Aquí termina tu cometido en este asunto, hija… otros tomarán el relevo. Lo has hecho muy bien.

—Gracias —dijo Mara, sintiendo la calidez de aquella felicitación corriendo por su interior—. En ese caso, a no ser que haya pendiente alguna otra urgencia, me gustaría recibir permiso para investigar las seis obras de arte que encontré en la caja fuerte de Glovstoak. Las que he examinado parecen pertenecer a una remesa de diez piezas robada hace cinco años en una galería, durante un ataque a una célula rebelde en Krintrino.

La cara del Emperador se ensombreció.

—¿Así que, además de malversador, puede que Glovstoak tenga contactos con la Alianza Rebelde?

—O algún contacto en las fuerzas imperiales que llevaron a cabo el ataque —comentó Mara con cierta cautela. El Emperador era un hombre sabio y bueno, pero tenía la extraña tendencia de ver rebeldes o conspiraciones rebeldes donde en realidad no existían—. O pudo tratarse de piratas o ladrones que sencillamente aprovecharon el caos del ataque para cometer sus fechorías. Lo interesante es que Glovstoak las compró a través de una casa de subastas, lo que sugiere que el vendedor y él mismo querían dar marchamo de autenticidad a la transferencia.

—Has dicho que robaron diez —dijo el Emperador—. Pero en la caja fuerte de Glovstoak solo había seis.

—Sí —confirmó Mara—. *Y,* al parecer, las seis fueron adquiridas en el mismo momento, hace unos dieciocho meses.

—¿Dónde están las otras cuatro?

—Por lo que sé, siguen desaparecidas —dijo Mara—. Esa es una de las preguntas a las que me gustaría dar respuesta. Otra es por qué, hace año y medio, el dueño original decidió, de repente, que necesitaba una suma de dinero tan considerable.

El Emperador se quedó en silencio durante un minuto y Mara sintió un escalofrío de satisfacción. En todo el Imperio se producían constantemente transferencias privadas de objetos valiosos, con infinidad de motivos legítimos o más o menos oscuros, si aquello se lo llega a plantear al Emperador alguno de sus otros asesores o asistentes lo más probable era que lo hubiese considerado irrelevante.

Pero Mara era la Mano del Emperador, reclutada y entrenada personalmente por él, y confiaba en sus instintos.

—La pérdida de la Estrella de la Muerte fue un gran golpe, hasta para mis partidarios más fieles —dijo finalmente—. Quizás alguno pueda tener dudas sobre si mi Imperio terminará venciendo esta guerra con la Alianza Rebelde.

—Por supuesto que vencerá —dijo Mara automáticamente.

El Emperador volvió a sonreír levemente.

—Por supuesto —coincidió—. Pero no todo el mundo ve las cosas con tanta claridad como tú y yo. Si Glovstoak no tiene contactos con la rebelión, es posible que uno de nuestros ciudadanos más adinerados haya decidido jugar a dos bandos. Dime, ¿qué presencia tienen los rebeldes actualmente en el sector Shelsha?

—Aún no lo sé —dijo Mara—. Pensaba ponerme en contacto con Shelkonwa y pedirle a la oficina del gobernador Choard que me redacte un informe.

—No lo hagas —dijo el Emperador, cuyas comisuras de la boca descendieron en una mueca de desdén—. Barshnis Choard es un administrador competente, pero tiene demasiados vínculos con los ricos y poderosos de su sector. Podría filtrar información sobre tu investigación a la misma gente que estás buscando. No, utiliza mi biblioteca personal para tu investigación.

Mara inclinó la cabeza.

—Gracias, milord.

El Emperador extendió una mano hacia ella.

—Vete —dijo.

Mara dio un paso adelante, tomó la mano tendida, sintiendo una oleada fresca de calidez y fuerza fluyendo hacia su interior, y después retrocedió un paso.

—Una cosa más, milord —dijo ella—. Cuando haga arrestar al moff Glovstoaky su administración, solicito que se excluya del castigo a un miembro de su equipo, el general Deerian.

El Emperador la miró fijamente.

—¿Crees que no ha participado en la traición de Glovstoak?

—Estoy completamente segura —dijo Mara—. Es un hombre honesto y honrado. No quiero que el Imperio pierda sus servicios.

Puede que el labio del Emperador temblase ligeramente al oír la palabra *honrado,* pero se limitó a asentir.

—Como quieras, hija —dijo—. Haré que trasladen inmediatamente al general Deerian aquí, al Centro Imperial, donde quedará completamente al margen de la inminente caída de Glovstoak.

—Gracias —dijo Mara. Se dio la vuelta, cruzó toda la sala del trono, pasó entre los silenciosos guardias reales de capa roja y entró en el turboascensor.

La biblioteca del Emperador era un lugar grande y muy privado, utilizado solo por escasas personas de su máxima confianza; y solo con su permiso expreso. Normalmente había un puñado de asistentes a mano para ayudarte, pero mientras avanzaba entre los altos estantes repletos de tarjetas de datos, camino a las estaciones de recuperación del

centro, le impactó aquel inusual silencio. Al parecer todos aquellos asistentes habían sentido la imperante necesidad de largarse de allí.

Cuando rodeó la última estantería descubrió el motivo de esta ausencia. Darth Vader estaba sentado a solas ante una de las estaciones informáticas.

—Lord Vader —dijo ella educadamente al pasar junto a él, mirando automáticamente la pantalla que tenía delante.

Él levantó el brazo justo lo suficiente para tapar su visión.

—Mano del Emperador —la saludó él, con una voz profunda, firme y más oscura de lo habitual—. ¿Qué quieres?

—He sido autorizada a realizar una investigación —dijo Mara, sin detenerse, y se sentó en otra de las estaciones.

Cuando encendió la consola y empezó a teclear su búsqueda, pudo sentir la perturbadora atención de Vader concentrada en ella. Siempre había sido educado con ella, pero incluso sin su sensibilidad en la Fuerza habría tenido meridianamente claro que no le caía simpática.

Nunca había entendido por qué. No había duda de que sus objetivos eran los mismos: servir al Emperador y su nuevo orden. Quizás él pensaba que el entrenamiento de Mara había requerido de demasiado tiempo y atención por parte del Emperador, o quizá sospechaba que intentaba suplantarlo ante el gran hombre.

Pero ambos pensamientos eran ridículos, por supuesto. Mara y Vader tenían cada uno su cometido, no tenía ningún sentido dudar que el Emperador no los estuviese empleando con inteligencia.

Sin embargo, aún tenía que dar con la fórmula que pudiese hacerle llegar aquel mensaje a Vader.

—¿Buscas información sobre los rebeldes? —preguntó Vader.

—¿No es lo que hacemos todos? —dijo secamente Mara—. En concreto, estoy interesada en los del sector Shelsha. ¿Por casualidad sabes algo al respecto?

—No hay bases conocidas ni presuntas en el sector —masculló el Señor Oscuro—. El único puesto de espionaje importante fue asaltado y destruido hace unos días. Sospecho que también hay vías de suministro importantes, pero aún está por verificar.

—¿Algún simpatizante importante?

La sensación de frialdad que rodeaba a Vader arreció.

—Tienen simpatizantes por todas partes —dijo—. Sin contar a los conspiradores que aspiran a derrocar a sus superiores.

Mara sintió que la recorría un escalofrío desagradable.

—Lord Vader, puedes estar seguro que no tengo la menor intención de…

—Buenos días, Mano del Emperador —la cortó Vader. Sacudió su capa negra, se levantó y apagó la consola. Después se dio la vuelta y se marchó.

—Gracias por tu ayuda, Lord Vader —dijo Mara.

Él no respondió y aquella sensación de frío se disipó con su marcha. Vader abrió la puerta con un gesto y salió de la biblioteca.

Ella respiró hondo y soltó el aire en un suspiro de hastío. ¿Pero *qué* le preocupaba a Vader? La lealtad, al fin y al cabo, era una de las mayores cualidades del Emperador; lealtad para con todos aquellos que le eran leales. ¿Cómo podía pensar Vader que su maestro lo apartaría para colocar a otro en su lugar? ¿En particular alguien tan joven e inexperto como Mara?

Sacudió la cabeza y se giró hacia su consola, obligando a su mente a concentrarse en el trabajo. Así que los rebeldes tenían vías de suministro en el sector Shelsha. Era bueno saberlo. Terminó de teclear su búsqueda de datos rebeldes en general, después añadió la búsqueda de vías de comunicación, grandes y pequeñas, puertos espaciales apartados y cualquier centro conocido de contrabando u otras actividades criminales.

La computadora se puso a trabajar, Mara se reclinó sobre el respaldo y esperó… Y mientras encogía sus hombros cansados desvió la vista hacia la consola de Vader. El Señor Oscuro nunca era demasiado agradable, pero al repasar este encuentro le pareció que había estado más a la defensiva de lo habitual.

Quizá pudiera descubrir por qué.

Miró hacia la salida mientras se levantaba y fue hacia la otra consola, preguntándose por un instante qué haría Vader si la pillaba haciendo aquello. Pero era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla. Se sentó y encendió la máquina. Había un truquillo informático que quizás el Señor Oscuro no sabía contrarrestar…

No sabía. Mara introdujo el código adecuado y recuperó el último archivo al que se había accedido desde aquella terminal.

Era un programa de búsqueda. Uno enormemente sofisticado que estaba cribando registros personales de centenares de sistemas estelares cuando Vader interrumpió su trabajo y lo desconectó.

No solo registros personales, también informes de movimientos y avistamientos, perfiles financieros, permisos de viaje y cualquier otro de los medios de que disponía el Imperio para localizar y seguir el rastro de alguno de sus ciudadanos.

Subió hasta la parte superior de la pantalla, intentando encontrar la lista de nombres buscada. Si Vader estaba intentando localizar otra vez los contactos del príncipe Xizor con Sol Negro, el Emperador se iba a enfadar mucho.

Pero, para su leve sorpresa, solo había un nombre en la lista.

Luke Skywalker.

Mara frunció el ceño, rebuscando en su memoria. ¿Había oído alguna vez aquel nombre?

Le parecía que no. Pero bueno, apenas tenía dieciocho años y era nueva en la corte imperial.

Por el momento, tenía trabajo que hacer. Archivó el nombre en su memoria para futuras pesquisas, apagó la consola y volvió a su propia investigación.

A Han no le sorprendió lo más mínimo que el punto de encuentro fuese como todos los demás escondrijos que el general Rieekan parecía tener repartidos por todo el Imperio. Era un lugar tranquilo, razonablemente recóndito y tan poco apropiado para una base militar como el que más.

Aun así, había algo que lo redimía. Leia estaba allí.

—Han —ella lo recibió con su habitual sonrisa formal cuando bajó por la rampa del *Halcón*—. Parece que te has llevado un buen susto.

—No creas —la tranquilizó, devolviéndole la sonrisa. La fría formalidad de la sonrisa de Leia no le engañó ni por un momento, por supuesto—. ¿Han llegado todos bien?

—La mayoría —dijo ella, frunciendo levemente el ceño—. Chivkyrie aún no ha aparecido.

Han miró hacia atrás y vio a Luke y Chewbacca ayudando a los técnicos a sacar su equipo de las bodegas del *Halcón.*

—¿Quieres que Chewie y yo vayamos a buscarlo?

—Me temo que no se trata de eso —dijo sombríamente—. Estamos teniendo algunos problemillas internos en la organización.

—Ah… política—dijo Han, asintiendo—. En ese caso, puedes ahorrármelo.

—Sí, eso pensaba hacer —dijo Leia—. Por cierto, Mon Mothma quiere vernos a todos… tú, Luke y yo… en el centro de mando.

—¿Quién?

—Mon Mothma —repitió Leia pacientemente—. La comandante suprema de la Alianza, ¿te suena?

—Oh —dijo Han al recordar el nombre—. Ella.

—Sí, *ella* —dijo Leia—. Tiene un trabajo para nosotros.

Han reprimió una mueca de desagrado. Otra vez lo mismo: todo el mundo daba por sentado que Chewbacca y él estaban oficialmente a bordo de aquella ruinosa nave.

—Genial —dijo—. Iremos en cuanto terminemos.

Leia arqueó las cejas ligeramente y por un segundo Han pensó que iba a recordarle cuál era su sitio. Aunque quizá recordó que en realidad no tenía ninguno.

—Allí nos vemos —dijo y se marchó.

—¿Problemas? —preguntó Luke tras él.

Han se dio la vuelta para mirar al chico, que se le acercaba.

—Solo los habituales —dijo—. ¿Por qué?

—Leia parecía preocupada.

—Su Alteza Real *siempre* está preocupada —gruñó Han, molesto. Desde que rescataron a la princesa de la Estrella de la Muerte, Luke había estado muy preocupado por ella, y desde Yavin creía que entre ellos existía una especie de conexión espiritual que le permitía percibir los estados de ánimo de la princesa.

Quizá todo formaba parte de aquellas bobadas de caballeros Jedi en que se había metido. A Han a veces le costaba saber qué parte de la personalidad de Luke le resultaba más irritante.

Aunque el chico, en general, era bueno. Mejor que mucha de la gente con la que había tenido que tratar en su vida.

—Tiene muchas responsabilidades —le recordó Luke sosegadamente—. Y no hace tanto de Alderaan.

Han hizo una mueca de desagrado. El chico tenía razón, por supuesto. En aquel momento Leia había estado demasiado ocupada para reaccionar, pero después de Yavin había tenido tiempo más que suficiente para que el dolor y el horror por la destrucción de su mundo empezasen a pesarle.

Aunque también era cierto que Luke había sufrido un par de golpes durísimos, primero con la pérdida de sus tíos y después al ver con sus propios ojos cómo mataban al viejo Kenobi. Lo menos que podía hacer era darles tiempo. A los dos.

—Sí, lo sé —dijo—. Por cierto, nuestra gloriosa comandante suprema quiere vernos en el centro de mando cuanto antes.

—Genial —dijo Luke, visiblemente contento ante la expectativa de otra misión—. Vamos. Chewie puede dirigir el resto de la descarga.

Saltad en cuanto os lo ordenen. El viejo dicho militar cruzó la mente de Han. *Y preguntad ¿hasta qué altura? Cuando ya estéis subiendo.* Cualesquiera que fuesen sus reservas sobre aquella rebelión, Han tenía claro que Luke se había involucrado completamente en ella.

Había saltado, estaba subiendo y ni siquiera se molestaba en preguntar hasta qué altura.

«Dales tiempo», se recordó Han con firmeza. «Mucho tiempo.»

—Claro —dijo—. Veamos qué quiere su Altísima Alteza.

Mon Mothma era una mujer de aspecto noble con el pelo corto castaño rojizo y unos ojos verde pálido. Llevaba una toga sencilla decorada solo con una especie de medallón al cuello. Estaba sentada a la cabeza de la mesa de planificación, flanqueada por el general Rieekan a la derecha y Leia a la izquierda, y era exactamente como Luke esperaba que fuese un jefe de la Alianza Rebelde: cálida, fuerte y decidida.

—Gracias por tu tiempo, capitán Solo. Maestro Skywalker —dijo, haciendo gestos serios hacia ambos—. Ambos habéis servido con gran valor a la rebelión y toda la galaxia está en deuda con vosotros. Ahora os tengo que pedir otro servicio.

Luke miró a Han y vio una mirada preocupada y un leve mohín en los labios.

—Será un placer —empezó a contestar.

—Te escuchamos —le cortó Han.

Luke parpadeó. Mon Mothma no percibió la brusquedad o prefirió ignorarla.

—Como sabéis, la Alianza Rebelde está formada por muchos grupos que antiguamente libraban sus propias guerras contra la tiranía del emperador Palpatine —dijo—. Hasta que empezamos a unirnos y a coordinar nuestros esfuerzos…

—Ya nos sabemos la historia —volvió a interrumpir Han—. ¿Cuál es la misión?

Junto a Mon Mothma, Leia se agitó nerviosa en su silla y lanzó una advertencia muda a Han. Pero si Mon Mothma se había molestado o sentido insultada, no dio muestras de ello.

—Uno de nuestros grupos miembros, República Redux, está liderado por un adariano llamado Yeeru Chivkyrie —dijo la mujer—. Tiene una propuesta que cree que puede dar un fuerte impulso a la rebelión.

—Los impulsos son buenos —dijo Han—. ¿Cuál es el problema?

—El problema —dijo Mon Mothma—, es que los líderes de otros dos grupos del sector se oponen radicalmente al proyecto auspiciado por Chivkyrie.

—¿Y merece la pena conservar a esos grupos? —preguntó Han.

Luke le miró con incredulidad.

—¿Qué pregunta es esa?

—Una muy buena —dijo Han, ligeramente a la defensiva—. Creía que la razón por la que se retiró el puesto de espionaje de Lágrima era que la Alianza prácticamente no tenía presencia en Shelsha.

—En realidad, Skywalker, *es* una buena pregunta —dijo Rieekan—. Hemos tenido muchos problemas para afianzarnos en ese sector, en parte por problemas culturales y en parte por luchas internas como esta.

—Si nos fijamos solo en los números, el grupo de Chivkyrie es el más pequeño de los tres que estamos hablando —añadió Leia—. Los adarianos tienen un estricto sistema social estratificado, lo que significa que Chivkyrie ha reclutado a sus miembros entre la gente del segundo escalafón, como él mismo. El resto de la población no parece interesado en combatir contra el Imperio.

—Creía que se suponía que todo el mundo abandonaba ese tipo de luchas internas cuando se unía a la Alianza—dijo Luke.

—Ese fue el acuerdo —dijo Rieekan—. Pero los adarianos son testarudos. Cuando toman una decisión es casi imposible hacerles cambiar de opinión —desvió la mirada hacia Leia—. *A no ser* que alguien de un estrato superior proponga una idea alternativa, por eso vamos a mandar de mediadora a la princesa Leia.

—Entiendo que no esperáis gran cosa del plan de Chivkyrie, ¿verdad? —preguntó Luke.

—En realidad no tenemos la menor idea de qué se trata —dijo Rieekan—. Se niega a hablar del tema vía HoloRed, ni siquiera en transmisiones encriptadas. La única manera de averiguar de qué va todo esto es que vayáis al sector Shelsha y habléis con él.

Luke tardó un segundo en asimilar el número verbal. Han, como siempre, lo pilló a la primera.

—¿Que *vayamos*? —preguntó enfáticamente.

—Sí —dijo Rieekan, mirándole a los ojos—. Me gustaría que Luke y tú acompañaseis a la princesa.

Luke sintió que el corazón se le aceleraba ligeramente. Otra misión para la rebelión… y además con Leia.

—Queremos que sea lo más discreto posible —explicó Leia—. Eso significa que nada de naves de la Alianza, ni personal claramente vinculado a ella.

—¿Ni personal *claramente* vinculado? —repitió Han.

Luke frunció el ceño. ¿Qué demonios le pasaba a Han?

—Quiere decir que aún no tenemos rango ni estatus oficial —le explicó, intentando ayudar.

Al parecer fueron las palabras equivocadas. Han le miró casi enfurecido y después se giró hacia Rieekan.

—¿Adónde vamos a ir, exactamente?

—Como ha dicho la princesa, queremos la máxima discreción, también con Chivkyrie —dijo el general—. Vive en Ciudad Makrin, la sede del gobierno en el mundo capital de Shelkonwa, aunque en realidad os reuniréis en un sistema deshabitado, a unas horas de viaje de allí.

—No sabemos si el Imperio controla sus movimientos —añadió Leia—, pero si es así, debería poder escabullirse durante ese tiempo sin hacer saltar ninguna alarma.

—Eso si eres capaz de solucionar las luchas internas con menos de una semana de negociaciones —dijo Han.

—Las solucionará —dijo Mon Mothma, serenamente confiada—. ¿Estáis dispuestos a acompañarla?

—Yo sí —dijo Luke con firmeza, atreviéndose a sonreír levemente a Leia, que lo recompensó con una sonrisa igual de sutil.

—Sí, supongo que sí —dijo Han en un tono mucho más reacio—. ¿Cuándo nos marchamos?

—Dentro de unos días —dijo Rieekan—. Antes tenemos que cerrar algunos detalles con Chivkyrie y los otros líderes.

—¿Como el tamaño de la mesa de conferencias? —sugirió Han.

Leia y Rieekan se miraron.

—Os daremos la planificación detallada en cuanto esté cerrada —dijo el general—. Gracias por venir.

—Una vez más, la Alianza está en deuda con vosotros —dijo Mon Mothma.

—Eso es verdad —dijo Han. Se levantó y cruzó la habitación. Luke le miró marcharse, preguntándose qué estaba pasando en realidad.

Al parecer no era el único que se lo preguntaba.

—¿Por qué está tan preocupado? —preguntó Rieekan.

—No lo sé —dijo Luke—. Lleva así desde que volvimos de Lágrima.

—Iré a hablar con él —se ofreció voluntaria Leia, levantándose—. Gracias por tu tiempo, Mon Mothma. General Rieekan.

—Gracias a ti —dijo seriamente Mon Mothma.

—Avísame si puedo hacer algo por Solo —dijo Rieekan—. Necesitamos toda la buena gente que podamos conseguir.

—¿De verdad crees que bajo ese caparazón se esconde buena gente? —preguntó secamente Leia.

—Por supuesto —dijo Rieekan encogiéndose de hombros—. En algún sitio.

Leia encontró a Han en el *Halcón,* justo cuando los técnicos estaban terminando de sacar el último material traído desde Lágrima.

—Han —le saludó, seria.

—Su Adorabilísima —contestó él, haciéndole una reverencia con la cabeza.

Hizo un esfuerzo para reprimir la réplica que quería salirle de dentro. ¿Por qué *hacía* aquello? *Sabía* que odiaba aquel tipo de sarcasmo.

Quizá lo hacía precisamente por eso.

—Has estado un poco brusco antes —le dijo—. *E* irrespetuoso.

A Han le temblaron los labios.

—No era mi intención —dijo él—. Yo los respeto. Bueno, a Rieekan no… he visto bastantes malos oficiales para reconocer uno bueno cuando lo veo.

—Bueno, si no ha sido falta de respeto, se ha parecido bastante —dijo Leia.

Han le dio la espalda y empezó a juguetear con una pieza de la parte baja del *Halcón.*

—Es solo que no me gustan los políticos —dijo por encima del hombro.

—Esto no tiene nada que ver con políticos —dijo ella—. Esto tiene que ver con la supervivencia frente…

—Por supuesto que es política —le interrumpió él, girándose para mirarla—. Siempre es *política.* Un líder rebelde presiona para conseguir lo que quiere, los otros líderes intentan evitar que se lleve todo el mérito, y Mon Mothma, Rieekan y tú intentáis calmar los ánimos de unos y otros. Eso no es supervivencia, princesa, es política.

—¿*Eso* es lo que te preocupa? —preguntó Leia, repasando rápidamente aquella diatriba en busca de pistas—. ¿No te sientes suficientemente reconocido?

—Por supuesto que me siento reconocido —dijo él—. ¿No recuerdas la medalla reluciente que me colgaste al cuello?

Leia sintió que le ardían las mejillas.

—Disculpa, capitán Solo —espetó, con más acritud de la que pretendía—. Solo intento entenderte.

Por una brevísima fracción de segundo le pareció ver algo casi vulnerable en los ojos de Han. Pero el momento pasó y la máscara de cínica indiferencia volvió a su sitio.

—No te molestes —le aconsejó él—. Aunque lo lograses, no darías crédito.

Volvió a darle la espalda, simulando estar atareado con piezas sueltas del *Halcón.* Leia se quedó plantada donde estaba durante unos segundos, hasta que le quedó claro que la conversación había llegado a su fin. Se dio la vuelta y se marchó, cruzando el hangar,

con las mejillas ardiéndole aún. No había conocido jamás a un hombre cuyas bondades admirase tanto y que al mismo tiempo desease tan intensamente estrangular con sus propias manos.

Luke la esperaba junto a la puerta del hangar.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Las bravatas habituales —dijo suspirando Leia—. Quizá tú puedas sacarle algo.

Luke miró rápidamente por encima del hombro de ella.

—Probablemente será mejor que espere a que se calme un poco.

—Me gustaría saber qué lo ha alterado de esa manera —dijo Leia—. Me ha hablado de política, pero sé que no es solo eso.

—En cualquier caso, tenemos que ir al sector Shelsha —dijo Luke—. Espero que el general Rieekan tenga algún plan alternativo para el transporte.

—Seguro que sí —dijo Leia—. Pero aún tenemos unos días. Quizá podamos convencer a Han.

—Sí —dijo Luke en tono dubitativo—. Quizá.

CAPÍTULO CINCO

Desde el aire, la sucursal de Transportes Consolidados de Drunost era exactamente igual que su célebre logo corporativo, en forma de estrella y espiral. Detrás de Marcross, mirando por encima de su hombro, LaRone pudo ver una docena de naves de transporte grandes aparcadas en diversos puntos alrededor de su perímetro, con varias zonas pequeñas de aterrizaje/ servicios que formaban un amplio anillo que se extendía unos kilómetros hacia el exterior. A un par de kilómetros al sudeste de la sucursal, había una ciudad mediana acurrucada a la ribera de un río de aguas bravas.

—¿Veis todas esas naves? —dijo Quiller, señalando el edificio de la sucursal—. Debe de haber llegado un convoy hace poco. Eso está bien… significa que hay mucha gente, vehículos y naves moviéndose de un lado para otro para recoger su carga.

—Gente entre la que pasaremos desapercibidos —comentó Marcross.

—Exacto.

—¿Qué son esas pequeñas zonas de aterrizaje alrededor del perímetro de la sucursal? —preguntó LaRone.

—Pistas de servicio privadas —le dijo Quiller—. Para los que quieren comprar directamente en la tienda de Consolidados.

—No vamos a ir a su tienda, ¿verdad? —preguntó Grave desde la estación escudo/sensor que había detrás de Quiller.

—No la vamos ni a ver —le tranquilizó Quiller.

—Consolidados tiene su propia fuerza de seguridad y no son gente muy agradable. Pero esas pistas privadas tienen sus propias zonas comerciales. En realidad, después de aterrizar no tendremos que alejarnos de la nave más de doscientos metros para comprar toda la comida que necesitamos.

—¿Y qué hay de los imperiales? —Brightwater preguntó desde el asiento de astronavegación/comunicación, situado detrás de LaRone—. Debe de haber algún destacamento.

—Lo más probable es que no —le dijo Marcross—. A Consolidados no le gusta tener lacayos del gobierno metiendo las narices en sus asuntos y es lo bastante grande para que el Centro Imperial le dé cierta rienda suelta.

—Por eso he elegido este lugar —confirmó Quiller.

—Eso no descarta que tengamos que usar los láseres —advirtió Brightwater—. Aunque no haya ningún imperial, a los piratas les encanta merodear por las estaciones de transporte.

—Sobre todo si no hay imperiales —dijo secamente Grave.

—Bien visto —coincidió LaRone—. ¿Por qué no vais Brightwater y tú a activar los cañones?

—Claro —dijo Grave. Hizo un gesto y salió de la cabina con Brightwater. LaRone se volvió y los vio rodear la estación de soporte vital y la de las computadoras de

navegación a ambos costados de la antesala, cruzar las puertas blindadas y entrar en los dos pozos de cañones que flanqueaban el morro de la nave.

—Esos láseres van a ser una sorpresa muy desagradable para cualquiera que dispare contra ellos —comentó Quiller mientras encendía los intercomunicadores del pozo de los cañones—. Antes he echado un vistazo y han sido muy mejorados respecto al estándar de este tipo de nave.

—Por supuesto —dijo LaRone, estudiando el anillo de zonas de aterrizaje mientras descendían hacia la superficie—. Quiller, ¿qué os parece si vamos hacia esa pista medio llena, al este de la sucursal?

—Me parece bien —dijo Quiller—. Aterrizaré cerca de esos dos cargueros Barloz del extremo norte.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Marcross—. ¿Nos dispersamos cada uno con una lista de la compra?

—Creo que será mejor no separarnos tanto —dijo LaRone—. He pensado que Grave y yo podemos hacer las compras mientras los demás os quedáis aquí. Compraremos provisiones para un par de días, las traeremos a la nave y después iremos a otra tienda y haremos lo mismo. Así será menos obvio que estamos abasteciéndonos para un viaje largo.

—Suena razonable —dijo Marcross—. ¿Supongo que los demás podremos hacer peticiones especiales?

—Eh, claro, paga el DSI —le recordó LaRone—. Pasadme vuestras peticiones.

La pista de aterrizaje era irregular y vieja, el pavimento de permacreto estaba lleno de grietas y baches, las señales de navegación estaban descoloridas o habían desaparecido. A pesar de todo, posaron la nave con suavidad sobre la superficie, con bastantes menos sacudidas que la típica nave de desembarco. O Quiller era mejor piloto de lo que LaRone creía, o el tren de aterrizaje de la Suwantek había sido adaptado, como el resto de la nave.

—Mantened los ojos bien abiertos —les dijo LaRone mientras Grave maniobraba uno de los dos deslizadores terrestres hacia el montacargas.

—Vosotros también —dijo Marcross—. Si han dado la alerta, este sitio ya estará empapelado con nuestras fotos.

—Espero que no —dijo Grave, palmeando el bláster que llevaba a la cintura—. Por su bien.

Drunost parecía estar fuera de los canales habituales del Imperio, o quizás el capitán Ozzel y el DSI aún intentaban encontrar la manera de lanzar una orden de busca y captura de unos soldados de asalto desertores. LaRone observaba atentamente a los comerciantes mientras llenaban sus cestas con Grave, pero no daban indicios de reconocerlos, ni siquiera parecían interesarse por aquellos dos extraños.

Pagaron sus compras con créditos del DSI y se marcharon. Al oeste, una oleada de aerodeslizadores cargados despegaron del complejo de Consolidados con las bodegas llenas, y una hilera de camiones y deslizadores terrestres brilló en la carretera y la tierra curtida que la flanqueaba. Entre ellos avanzaba penosamente media docena de hombres y mujeres vestidos con harapos de granjero, arrastraban un par de vagones tirados por animales cargados con grandes cajas de plástico.

—La granja más cercana parecía estar a unos quince kilómetros —comentó en voz baja Grave, inclinando la cabeza hacia aquella procesión mientras cargaban sus paquetes en el deslizador terrestre—. Les espera una buena caminata.

—Quizá monten en los carros más adelante —dijo LaRone.

—Lo dudo —dijo Grave—. Las cajas están llenas de herramientas agrícolas… Ese es el logo de la compañía Johder. Tecnología de segunda y pesada como la caja fuerte de un mofF. No se arriesgarán a saturar a los animales añadiendo el peso de pasajeros a la carga.

LaRone hizo una mueca de desagrado, recordó a los paupérrimos granjeros de Copperline.

—Me enrolé en la flota para huir precisamente de ese tipo de vida —murmuró.

—¿Quieres que los llevemos? —sugirió Grave—. Podríamos subir la carga a una de las bodegas de la Suwantek, y los animales y carros a la otra.

—¿Y que un día se encuentren al DSI llamando a su puerta? —contestó LaRone—. No. Ya tienen suficientes problemas.

Grave exhaló ruidosamente.

—Supongo que sí.

Desde algún lugar a espaldas de LaRone llegó una especie de zumbido suave. Frunció el ceño y se giró…

Se agachó instintivamente junto al deslizador terrestre mientras un par de motos deslizadoras pasaban medio metro por encima de su cabeza.

—¡Grave! —gritó cuando otra media docena pasó a rebufo de las dos primeras, todas en dirección a los granjeros y sus carros.

LaRone desenfundó el bláster, analizando la situación instantáneamente. Las dos motos delanteras habían roto la formación y estaban trazando círculos estrechos alrededor de los dos carros, mientras esperaban la llegada de sus compañeros. Los pilotos habían pasado como un borrón pero, por sus atuendos extravagantes y los cañones de bláster colgantes ilegales disparando alrededor de los carros, era evidente que se trataba de una especie de banda. Los demás camiones deslizadores de la carretera se dispersaban, como humo llevado por el viento, dejando a los granjeros completamente solos.

—Salen de ese carguero —dijo Grave. LaRone se giró y vio un par de camiones deslizadores descapotados cargados de humanos y alienígenas de aspecto rudo descendiendo por la rampa de uno de los dos cargueros Barloz aparcados cerca de la Suwantek.

Lo que significaba que no eran un grupo de delincuentes que se divirtiera aterrorizando a lugareños indefensos. Eran bandidos o saqueadores y pretendían robarles sus herramientas nuevas a los granjeros.

—Estamos aquí —el tono de Quiller fue serio y profesional—. ¿Queréis que os recojamos?

—Quiero potencia de fuego —respondió LaRone—. Vamos a terminar con ellos.

Se produjo una breve pausa.

—¿Estáis seguros de que queréis hacerlo?

—Estamos seguros —le espetó Grave—. LaRone y yo nos ocuparemos de las motos… Vosotros mirad qué podéis hacer con el carguero.

—Recibido —dijo Quiller—. Estad preparados.

LaRone guardó el comunicador en su cinturón y recogió su arma, que estaba al lado del deslizador. A la distancia que tenían a los saqueadores, iba a ser un disparo complicado, sobre todo porque estaban trazando un cerco alrededor de su presa mientras esperaban la llegada de los camiones deslizadores. Y aún más complicado con la pistola que había elegido entre el surtido de la Suwantek.

Pero tendría que arreglárselas con lo que disponía. Apuntó al piloto más cercano y entornó los ojos sobre el cañón.

—¡Cuidado! —una voz tenue dijo por su comunicador. Frunció el ceño y levantó la cabeza…

Y vio a Brightwater enfundado en una armadura completa de soldado explorador pasando a toda velocidad subido en su moto deslizadora, con un cañón de bláster colgante disparando mortalmente a los lejanos saqueadores.

LaRone apenas tuvo tiempo de verlo ya que le llamó la atención un segundo objeto que avanzaba a toda velocidad. Giró la cabeza y vio a Marcross dirigiéndose hacia ellos con el otro deslizador terrestre de la Suwantek.

—¡Toma! —gritó, lanzándole un par de objetos grandes y oscuros. LaRone bajó el bláster y se levantó, siguiendo los objetos con la mirada y abriendo los brazos.

Un segundo después sintió limpiamente en su mano derecha el peso reconocible del rifle de precisión BlasTech T-28 de Grave. Un instante después su propio BlasTech E-11 le aterrizó en la izquierda.

—¡Grave! —gritó.

Grave le miró y enfundó rápidamente su pistola mientras LaRone le lanzaba el T-28. Se dio la vuelta, se la colocó al hombro y empezó a contribuir con su letal precisión al tiroteo de la moto deslizadora de Brightwater.

Los saqueadores no tuvieron ninguna opción. Jamás hubiesen esperado resistencia en un lugar tan alejado de la seguridad privada de la sucursal; aún menos resistencia en forma de soldados de asalto imperiales. Brightwater volaba alrededor de los saqueadores, trazando hábiles círculos alrededor de los pilotos menos experimentados, obligándolos a juntarse mientras Grave los atacaba uno a uno. Las tropas de apoyo de los camiones deslizadores no tuvieron mejor suerte, con Marcross y su deslizador terrestre bloqueando

cualquier vía de huida y descargando una lluvia de fuego bláster sobre ellos, con la ayuda de LaRone.

Los camiones deslizadores estaban en tierra, con sus ocupantes definitivamente fuera del combate, y Brightwater y Grave ya habían reducido a la última moto cuando se produjo una violenta explosión en la zona en que estaba el carguero de los saqueadores.

LaRone se giró. Todo el motor del Barloz había desaparecido, pulverizado en una nube de humo abrasador, y el único pozo del cañón del carguero estaba destruido. El láser de estribor de la Suwantek estaba cambiando de blanco cuando Quiller lanzó una ráfaga hacia la rampa de embarque del Barloz, impidiendo que los saqueadores que seguían dentro se unieran a la fiesta.

LaRone sacó su comunicador.

—Quiller, coloca los láseres en automático y arranca los motores —ordenó—. Todos los demás, retroceded hacia la nave.

—Espera un momento —protestó Grave, colocando su T-28 en posición de reposo—. Aún no tenemos todas las provisiones.

—Las conseguiremos en otro sitio —dijo LaRone—. Tenemos que largarnos de aquí, antes de que llegue alguien de Consolidados y empiece a hacer preguntas comprometidas.

Grave hizo una mueca pero cargó obedientemente su rifle en el compartimento de carga del deslizador terrestre y subió al asiento del piloto. LaRone esperó lo bastante para asegurarse de que Brightwater y Marcross también volvían a la nave y fue tras su compañero.

Cinco minutos después volvían a estar en el aire, camino al espacio.

—Vía libre —anunció Quiller, echando un último vistazo a sus monitores—. Ni rastro de perseguidores.

—Bueno, no diré que no haya sido divertido —comentó Brightwater—. Pero en el futuro deberíamos intentar evitar este tipo de cosas.

—Estoy de acuerdo —dijo Grave—. ¿Cómo demonios se os ha ocurrido atacarles de esa manera?

—Oh, no lo sé —dijo Marcross, con una pizca de sarcasmo—. Pensamos que quizá necesitabais algo de ayuda.

—No, no es eso, la ayuda ha sido muy bienvenida —le tranquilizó Grave—. Sobre todo pasarme un bláster con el que podía disparar. Me refería a que les hayáis atacado vestidos con la armadura.

—Eso ha sido idea mía —dijo Brightwater—. Pensé que quizá necesitábamos lanzar un farol, y nada como la aparición de unos soldados de asalto para mantener alejados a lugareños y mercenarios profesionales.

—Además, me pareció buena idea disponer de más protección cuando empezasen a volar las descargas de bláster —añadió Marcross—. Aunque tampoco teníamos tiempo para cambiarnos.

—Sí, pero…

—Está bien, Grave —dijo LaRone—. Hemos salido de esta y hemos ayudado a unos granjeros en apuros. Eso es lo importante.

—Por otra parte, fuera del cuerpo nadie es capaz de distinguir un soldado de asalto con armadura de otro —le recordó Quiller—. Nunca sabrán quién somos. Bueno, ¿qué plan tenemos ahora?

—El mismo que antes —dijo LaRone—. Vamos a otro sitio y terminamos de cargar combustible y provisiones. Sacad un mapa para ver qué opciones tenemos.

—Un segundo —dijo Marcross, levantando un dedo—. Antes de continuar, me gustaría saber exactamente por qué LaRone ha terminado tomando todas las decisiones.

—¿Tienes algún problema al respecto? —preguntó Grave en un tono levemente desafiante.

—En principio, sí —dijo sosegadamente Marcross—. Por lo que sé, aquí todos tenemos el mismo rango.

Brightwater resopló.

—Creo que la Tabla de Organización estándar es ahora irrelevante —dijo—. Ya no somos exactamente una unidad de combate oficial.

—Diría que ahí abajo lo hemos hecho bastante bien —dijo Grave.

—He dicho que no somos una unidad *oficial*—dijo Brightwater—. ¿Qué hay de malo en que debatamos distintos planes y alcancemos un consenso?

—Nada, siempre que podamos alcanzarlo —dijo Marcross—. Por desgracia, no siempre es posible.

—Traducción: ¿sigues presionándonos para que vayamos a Shelkonwa? —preguntó Grave.

—Creo que es nuestra apuesta más segura —dijo Marcross.

—En cualquier caso, tiene razón en que necesitamos una cadena de mando claramente definida —dijo LaRone—. Debatir y llegar a acuerdos está muy bien, pero en una crisis o en el combate se necesita que alguien dé las órdenes y los demás las obedezcan.

—Insisto, ¿qué hay de malo en que LaRone esté al mando? —preguntó Grave.

—Para empezar, él nos ha metido en todo este lío —masculló Brightwater.

—¿Y qué se supone que significa *eso*? —gruñó Grave.

—Lo que acabo de decir —dijo Brightwater—. Si no hubiese matado a Drelfin aún estaríamos a bordo de la *Represalia.*

—¿Haciendo qué? —le espetó Grave—. ¿Masacrando más civiles, como en Lágrima?

—Quizás eran todos rebeldes —insistió Brightwater—. No lo sabemos. En cualquier caso, creo que acabo de oír que alguien debe dar las órdenes y los demás seguirlas.

—Siempre que esas órdenes coincidan con la legítima protección del Imperio y sus ciudadanos —dijo Grave.

—¿Quieres volver? —preguntó LaRone.

La discusión se desató.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Grave, arrugando la frente.

—No es una pregunta trampa —le dijo LaRone—. Brightwater, si quieres volver… si *alguno* de vosotros quiere… podéis hacerlo cuando queráis. Solo tenéis que dejarme en algún sitio y marcharos.

—Estarías muerto en menos de una semana —dijo monótonamente Grave—. Nos sacarían dónde estás y te darían tu merecido.

—Quizá bastase con eso para calmarlos —dijo LaRone—. Como ha dicho Brightwater, *yo* maté a Drelfin. Quizás os permitan volver a la unidad.

—Por supuesto, como ha dicho Grave, quizá ya no merezca la pena servir al Imperio de Palpatine —dijo Quiller en voz baja—. Tengo la sensación de que ya nos lo estábamos planteando cuando sucedió todo esto.

—Bueno, *yo* no vuelvo —dijo Grave enfáticamente—. ¿Brightwater?

Este hizo una mueca.

—No —dijo a regañadientes—. Aunque *pudiésemos*… da igual. No podemos y no lo haremos.

—Lo que nos devuelve a la cuestión del mando —dijo Marcross—. Para que quede constancia—añadió mirando a Brightwater—, dejadme recordaros a todos que fue *Drelfin* el que precipitó todos estos acontecimientos, no LaRone.

—Quizá deberíamos empezar al revés —sugirió Quiller—. ¿Alguien tiene algún *interés* particular en estar al mando?

—Personalmente, no veo razón para no dejar que LaRone siga haciendo esa labor —dijo Marcross—. Al menos de momento.

—Creía que eras tú el que no querías que mandara —dijo Quiller, frunciendo el ceño.

—He dicho que estaba en desacuerdo con el concepto —le recordó Marcross—. Eso no significa necesariamente que esté en desacuerdo con su aplicación práctica.

—He visto a LaRone en muchas situaciones de combate —dijo Grave—. Cuenta con mi voto.

—*Yo* seguro que no quiero el puesto —dijo Quiller, girándose levemente para mirar a Brightwater—. Así que solo quedas tú, Brightwater.

El soldado explorador hizo una mueca pero asintió.

—No, tiene sentido —dijo—. Supongo que no es un cargo vitalicio, ¿no?

—Claro que no —dijo LaRone—. Es más, si alguno tenéis alguna objeción o sugerencia sobre cualquier propuesta o procedimiento, debéis comunicármelo inmediatamente. Ahora somos nosotros contra el universo y lo que menos nos podemos permitir son recelos y rencillas personales.

—Pues ya está decidido —dijo Marcross, levantándose del asiento de copiloto—. Voy a revisar los deslizadores terrestres para ver si han sufrido algún daño. Vosotros cuatro elegid un planeta de destino; a mí me da lo mismo.

Marcross estaba estirado boca arriba bajo uno de los deslizadores terrestres cuando LaRone llegó hasta él.

—¿Qué aspecto tiene?

—Algunas abolladuras —dijo Marcross, moviendo los hombros para salir de debajo del vehículo—. Pero todas parecen superficiales. Por cierto, si tienes la lista de la compra a mano, podrías añadir un reptador mecánico.

—Me lo apunto —dijo LaRone, tendiéndole una mano. Marcross la tomó y se ayudó de ella para ponerse en pie—. Me sorprende que el DSI no incluyese ninguno entre el equipo de la nave.

—Si lo hicieron, no está a la vista —dijo Marcross, contorsionándose de forma extraña para limpiarse la parte de la espalda que había estado en contacto con la cubierta—. Además, todo el mundo sabe que la mejor manera de encontrar algún objeto perdido es comprar otro de recambio. ¿Quiller ha encontrado algún núcleo comercial?

LaRone asintió.

—Vamos a probar en Ranklinge —dijo—. Está a unos dos días de vuelo.

—¿No hay una planta de Corporación Incom allí? —preguntó Marcross, frunciendo el ceño—. Fabrican los Howlrunner 1-7, si no recuerdo mal.

—Buena memoria —le halagó LaRone—. Sí, está a las afueras de la ciudad de Ranklinge. Quiller cree que el DSI no pensará que vayamos a planetas de perfil medio-alto.

—Siempre que no aterricemos al lado de los 1-7 —dijo Marcross—. *Y* siempre que no planeemos convertirlo en nuestro lugar de residencia permanente —arqueó una ceja—. *No* planeamos convertirlo en nuestro hogar permanente, ¿verdad?

—No, esa decisión la postergamos para más adelante —dijo dubitativamente LaRone—. Quería preguntarte algo.

—¿Por qué de repente te he dado mi apoyo después de haber planteado el debate sobre la cuestión del liderazgo?

LaRone frunció los labios.

—Básicamente, sí.

Marcross se encogió de hombros y se dirigió a una de las estanterías de cargamento y herramientas que había en la pared trasera del hangar de carga.

—La respuesta más breve es que pareces poseer cierto talento para eso —miró por encima del hombro mientras sacaba un tubo de sellador—. ¿Me entiendes?

LaRone negó con la cabeza.

—En realidad no.

—Suele pasarle a los auténticos líderes —le dijo Marcross. Revisó la etiqueta del tubo, lo guardó y eligió otro—. Te he estado observando durante el debate. Te has mantenido tranquilamente al margen, dejando que todos expresáramos nuestras opiniones, incluso suavizaste parte de la tensión. Pero después diste un paso adelante y sosegaste a todo el mundo antes de que se convirtiese en una discusión a tumba abierta.

LaRone reflexionó. ¿De verdad había hecho aquello? Estaba claro que no había sido tan deliberado como Marcross parecía creer.

—¿Y qué me dices de ti? —contestó—. Podrías hacerlo igual de bien que yo.

Marcross negó con la cabeza mientras volvía hacia el deslizador.

—Tengo cierta experiencia viendo líderes en acción —dijo—. Pero saberse la teoría no es sinónimo de saber hacer las cosas. Además, aunque pudiese, no creo que los demás me diesen su apoyo —sonrió irónicamente—. Tengo la sensación de que les parezco severo y un tanto autoritario.

—Lo que pasa es que no te conocen como yo —dijo LaRone.

—Otro factor del liderato: conocer y entender a los hombres que están a tu mando —dijo Marcross—. *Y* confiar en ellos —frunció los labios—. Además, fuiste tú el que se negó a disparar a los civiles en Lágrima. Eso te coloca en una posición moral elevada, uno de las mejores bazas que puede tener un líder.

LaRone tragó saliva, la escena de aquel horror volvió a surgir en su mente.

—Vosotros habríais hecho lo mismo.

—Quizá —dijo Marcross—. Quizá no. Grave y Brightwater estaban en situaciones que no los obligaron a tomar ninguna decisión. Quiller no lo sé.

—¿Y tú?

Marcross le miró a los ojos.

—Yo obedecí las órdenes.

Durante un instante largo y tenso ninguno de los dos dijo nada. Después Marcross se dio la vuelta y se arrodilló junto al deslizador terrestre.

—Quizá deberías comentarle a Brightwater que su motojet también tiene un par de abolladuras —dijo mientras abría el tubo de sellador y empezaba a aplicar la pasta sobre las marcas de bláster.

—De acuerdo —dijo LaRone, manteniendo la firmeza en su tono de voz. *Yo obedecí las órdenes*—. Se lo diré.

El cielo se había convertido en una oscuridad majestuosa salpicada de estrellas. Los animales que tiraban de los pesados carros resoplaban por el esfuerzo cuando el hombre que se hacía llamar Porter y su equipo llegaron por fin a la entrada del bosque y el punto de encuentro.

—¿Casement? —dijo Porter en voz baja, deslizando la mano bajo su burda toga de granjero y agarrando su bláster.

—Por aquí, Porter —respondió la voz esperada. A la luz de las estrellas vio una figura desgarbada que salía de debajo de un árbol y se levantaba. Tras esta vio una sombra más oscura entre los árboles, el carguero pesado surroniano—. Llegas tarde. ¿Qué ha pasado, habéis parado a cazar moscas de la mantequilla?

Con un suspiro aliviado, Porter sacó la mano de su toga. En un trabajo como aquel siempre existía la posibilidad de ser descubierto, hasta el último momento. Pero la contraseña *moscas de la mantequilla* significaba que todo iba bien.

—La estratagema del reetiquetado ha provocado que las cajas no estuviesen donde debían —explicó, acercándose a su interlocutor. Del bosque emergieron más figuras borrosas, algunas de ellas tirando de repulsores—. Les ha costado un poco encontrarlas.

—Espero que no mostrasen demasiada curiosidad por el motivo del extravío —dijo Casement.

—No, solo estaban molestos con el incompetente que las dejó en estantes equivocados —le tranquilizó Porter—. De todas formas, tenía preparada una patraña por si las abrían.

—Apuesto a que sí.

—No, en serio —insistió Porter—. Iba a contarles que el terreno de aquí es tan rocoso que los blásters pesados están catalogados oficialmente como herramienta agrícola.

Casement se rió entre dientes.

—Pagaría por haber presenciado semejante conversación.

—Hablando sobre cosas que merece la pena ver, te has perdido algo extraordinario —dijo Porter, rebuscando en su bolsillo mientras la gente de Casement empezaba a trasladar su valioso cargamento a los repulsores—. ¿Habías visto esto antes?

Le entregó un pedazo de tela que había cortado del hombro de la camisa de uno de los malogrados pilotos de las motos deslizaderas. Casement sacó una pequeña vara de luz y estudió un instante el retazo.

—No lo había visto nunca —dijo finalmente—. Pero este racimo retorcido y lleno de púas se parece mucho al logo de los piratas Cicatriz Sangrienta.

—Eso me pareció —coincidió Porter—. Pero eran una banda en motos deslizadoras que salió de un viejo carguero Barloz.

—Quizás estén afiliados a Cicatriz Sangrienta —dijo Bisagra, masajeándose la barbilla—. Puede que esos piratas tengan pinchadas las comunicaciones de los hutts y estén intentando expandir su campo de operaciones.

—Lo que ya sería bastante preocupante en sí —dijo Porter—. Lo más inquietante es que los pilotos ignoraron a todo el resto de gente que había en la zona y vinieron directos hacia nosotros, como si supiesen que transportábamos algo más interesante que meras herramientas agrícolas.

—Genial —Casement frunció el ceño—. Como si no tuviésemos bastantes problemas ya con los piratas. Sobre todo desde que los imperiales los dejan campar a sus anchas.

—Puede que eso no sea del todo cierto —dijo Porter—. Un par de soldados de asalto abatió a los pilotos de las motos.

No pudo descifrar la expresión de Casement a la luz de las estrellas, pero le impresionó la repentina rigidez que adquirió su postura.

—¿Qué?

—Ya me has oído —dijo Porter—. Un explorador en una motojet de Aratech y un soldado regular en un deslizador terrestre, salidos ambos de un viejo carguero… no reconocí el modelo. Tenían a otros dos hombres de paisano en la superficie y otro más de apoyo dentro de la nave.

—¿De paisano? —repitió Casement pensativamente—. ¿No llevaban uniforme de la flota ni del ejército?

—Iban cien por cien de civil —le confirmó Porter—. Creo que debían de ser del DSI o algún comando especial.

—¿Y por qué os han dejado marchar? —Casement miró repentinamente al cielo—. A no ser que fuese una trampa.

—De haberlo sido, ya habrían aparecido —dijo Porter—. No, no creo que tuvieran la menor idea de qué ni quién somos. Creo que solo querían eliminar a los piratas —hizo una mueca—. Me gustaría saber qué significa eso.

—Nada bueno para nosotros, eso seguro —dijo Casement, guardándose el logo de la banda en el bolsillo—. Le enviaré un informe a Targeter. Ella sabrá quién puede ocuparse de esto.

—Bien —dijo Porter haciendo un gesto hacia las sombras que trabajaban—. Ahora tenemos un cargamento que trasladar.

—Y esta roca de repente ha dejado de parecer tan acogedora —coincidió sombríamente Casement—. Terminemos con esto.

CAPÍTULO SEIS

El director de la casa de subastas Peven, en Crovna, no resultó de gran ayuda. Tanto el vendedor como el comprador de las obras de arte privadas de Glovstoak habían sido anónimos y ni el director ni sus empleados recordaban a ninguno de los dos representantes enviados a la subasta pública. La casa no disponía de registros ni información sobre cómo habían llegado aquellas obras a Crovna; y el director tampoco tenía ni idea del tipo de embarcación en que se las habían llevado.

Sin embargo, recordaba que tuvo que mostrar las obras para su tasación en dos ocasiones distintas antes de completar la venta. En ambas ocasiones, tras contactar con el agente del vendedor, había recibido una visita en su despacho de menos de una hora. Es más, recordaba que le habían llevado las obras en deslizador terrestre, no aéreo.

Mara sabía que, antes de la subasta, podrían haber estado almacenadas en una casa privada. Pero con los ladrones pirateando rutinariamente los registros de las casas de subastas en busca de buenas presas, habría sido tan peligroso como estúpido. Lo más probable era que el vendedor las hubiese guardado en una caja fuerte de la zona, algún lugar seguro, íntimo y de fácil acceso.

Tras investigar un poco descubrió más de cincuenta empresas de almacenamiento a una hora de distancia en deslizador de la casa de subastas. Sin embargo, la mayoría disponían de instalaciones pequeñas, adecuadas para almacenar muebles sobrantes o documentación empresarial pero que difícilmente podían proteger obras de arte por valor de quinientos millones de créditos. De hecho, Mara solo pudo encontrar una instalación que se ajustase a los parámetros que estaba buscando.

Se llamaba Almacenes y Centro de Reciclaje Hermanos Birtraub, un extenso complejo de edificios grises interconectados a poca distancia del principal puerto espacial de la ciudad. Las treinta o cuarenta naves aparcadas permanentemente en sus hangares y sus varios miles de trabajadores corriendo de un lado para otro como enjambres de insectos para recibir, distribuir y almacenar miles de cajas y cajas fuertes diariamente, demostraban que era cierto, tal como decían, que eran una de las instalaciones más grandes de aquel tipo en todo el sector Shelsha.

Pero en aquel lugar había algo más, algo que le hacía sentir un hormigueo. Quizá fuesen los malcarados guardias que podía ver desde su mesa en el tapcafé que quedaba en la acera de enfrente de los almacenes, guardias con la marca inconfundible del Margen en sus expresiones y lenguaje corporal. Quizá fuese el hecho de que muchas de las naves que veía cargando o dejando mercancías en los hangares llevaban distintivos claramente falsificados.

O quizá fuese el hecho de que su propia presencia allí, en aquella mesa junto a la ventana, hubiese hecho saltar alarmas silenciosas en la trastienda del tapcafé.

Levantó su copa, dio un trago y miró subrepticiamente su crono. Llevaba allí desde la hora de la comida, en las últimas tres horas se había tomado dos copitas y un aperitivo de ribenes con especia de tomo, observando el tráfico que entraba y salía del complejo.

Durante aquellas tres horas, los empleados del tapcafé la habían estado observando; una vigilancia silenciosa salpicada de numerosas llamadas por comunicador. Las llamadas se habían intensificado particularmente en la última hora y, aunque estaba demasiado lejos para oír las conversaciones, podía percibir un nerviosismo creciente.

No le sorprendía. Si los directivos de Hermanos Birtraub tenían mala conciencia debían de haber buscado información sobre su nave en todos los puertos espaciales cercanos, o cualquier dato que pudiese estar relacionada con ella, puede incluso que hubiesen contactado con gente relacionada con personal de seguridad de todo tipo, esperando identificarla.

Pero no les habría servido para nada. El nombre de su tarjeta de identidad era pura ficción, su nave no estaba registrada, no había registros de su cara, ni de sus huellas, ni del patrón de su ADN en ningún archivo, computadora ni memoria de droide de reconocimiento de todo el Imperio. Cualquier investigación terminaría determinando sencillamente que no existía.

Por el rabillo del ojo vio al encargado del tapcafé caminando hacia ella entre el mar de mesas y proyectó la Fuerza para hacer un análisis rápido de la situación. Estaba más nervioso que nunca, pero mostraba una determinación que no había manifestado antes. Al parecer, por fin estaban listos para dar el siguiente paso.

—Perdone, señorita —dijo—. Me temo que tendrá que marcharse.

—¿Sí? —dijo Mara, mirando alrededor. De hecho, el local se había ido llenando en la última media hora y en aquel momento prácticamente todas las mesas estaban ocupadas por como mínimo una persona. Sin embargo, puesto que la mayoría parecían matones a sueldo sacados del mismo molde que los guardias de la puerta de Hermanos Birtraub, no le pareció un argumento muy relevante.

—Me temo que sí —dijo el encargado, haciendo un gesto hacia la barra. Uno de los camareros se dirigió hacia ellos, llevando una copa en una bandeja—. La última. Paga la casa, por supuesto. Y se marcha.

El camarero llegó y le sirvió la copa.

—Se me ocurre una idea mejor —dijo ella, levantando la copa y dando un sorbo. El aroma estaba bien oculto, pero sus técnicas de amplificación sensorial estaban a la altura del reto—. En vez de intentar dragarme —prosiguió, girando el vaso y volviendo a dejarlo en la mesa—, ¿por qué no me acompañáis al otro lado de la calle y charlamos con los hermanos Birtraub?

El encargado parpadeó. Estaba claro que aquello no formaba parte de sus cometidos habituales.

—Eh… no le entiendo.

—No importa —dijo ella, mirando alrededor de nuevo. Sus ojos se posaron en un hombre sentado a un par de mesas de distancia, un poco más mayor que el resto de matones, con la mirada perdida, como si fingiera ignorar su conversación.

—Usted —dijo Mara señalándole—. ¿Podemos dejarnos de tonterías e ir a ver a su jefe?

El tipo sonrió en un intento cuidadosamente calculado de demostrar que le parecía graciosa mientras la miraba, fijándose en su mono gris liso y la ausencia de armas.

—¿Qué le hace pensar que pueda estar interesado en nada de lo que vaya a decirle? —contestó.

—Confíe en mí —dijo Mara, dejando que su expresión y tono se endureciesen al mirarlo fijamente a los ojos.

Él dudo un momento y se encogió levemente de hombros.

—Como quiera —dijo, se levantó de la silla y señaló hacia la puerta—. Acompáñeme.

Mara se levantó y alargó la mano para recoger la bolsa que había dejado en el asiento de al lado. El encargado fue más rápido, moviendo las manos a toda velocidad para cogerla.

—Permítame —dijo, levantando la bolsa.

Mara inclinó la cabeza para mostrar su agradecimiento y cruzó el local. Cuando llegaron a la puerta dos de los matones más corpulentos salieron tras ellos silenciosamente.

Un deslizador terrestre largo estaba esperándoles en la calle. Mara y el encargado se sentaron detrás, mientras los dos matones subían a los asientos de delante.

—A la oficina del señor Birtraub —le dijo el encargado al conductor y se pusieron en marcha.

—¿Cómo se llama? —preguntó Mara.

Hizo un mohín.

—Pirtonna —dijo—. ¿Y usted?

—Llámeme Claria —dijo ella.

—Bonito nombre —Pirtonna señaló la bolsa, que estaba sobre las rodillas de Mara—. ¿Puedo?

Mara asintió. Todas sus armas y el resto del material estaban allí, pero lo más incriminatorio estaba escondido dentro de varias piezas electrónicas y dudaba que Pirtonna se molestase en hacer poco más que una revisión superficial mientras llegaban a su destino.

No la hizo. Dedicó un minuto o dos a la ropa y los aparatos electrónicos, después cerró la bolsa y la dejó en el asiento de al lado.

—¿Contento? —preguntó Mara.

—Más que nunca —contestó con una sonrisa.

Pocos minutos después el conductor se detuvo junto a un portal anodino situado en un lugar apartado, entre dos hangares de amarre vacíos. Pirtonna la acompañó al interior y recorrieron un pasillo muy iluminado, con los dos matones siguiendo sus pasos. En contraste con toda la actividad que había observado antes en el exterior del edificio, aquella zona en particular parecía completamente desierta.

Tras doblar un par de esquinas llegaron a una puerta sin ningún letrero.

—Pase —dijo Pirtonna, tecleando la placa de apertura y haciéndole un gesto para que entrase.

No había duda de que era un despacho, aunque era evidente que no pertenecía a ninguno de los dos hermanos Birtraub ni a nadie con un mínimo de autoridad. El escritorio estaba vacío y sucio, las sillas no eran acolchadas sino lisas y la iluminación era sencilla, potente y funcional. Al ver las estanterías llenas de archivos de las paredes, supuso que se trataba del despacho de un registrador.

Aunque también era evidente que el hombre que había de pie junto al escritorio no era un ejecutivo de medio pelo.

—¿*Esta* es ella? —preguntó, mirándola de arriba a abajo—. ¿Esta… esta… *chica* es la que os tenía tan preocupados?

—Sí, es ella —confirmó severamente Pirtonna—. Y si alguien no existe en ningún registro más vale preocuparse.

—¿En serio? —preguntó el hombre sarcásticamente.

—En serio —confirmó Mara. Sintió una corriente de aire en la nuca mientras los dos matones entraban tras ella y cerraban la puerta—. ¿Cuál de los hermanos Birtraub es usted?

El hombre sonrió levemente.

—El malo.

—Perfecto —dijo ella—. Pues vayamos directos al grano. Quiero el nombre de la persona que alquiló un espacio en el que se almacenaron seis obras de arte muy valiosas, hace año y medio.

Birtraub quedó boquiabierto.

—¿Que quieres *qué?* —preguntó, su hostilidad momentáneamente eclipsada por su perplejidad—. ¿Obras de *arte?*

—Genial —dijo Mara, reprimiendo una mueca de desagrado. Gracias a sus sentidos potenciados por la Fuerza tuvo claro que Birtraub no mentía; era *verdad* que no sabía nada de las obras de arte ni de su venta. Mala suerte, aquello habría facilitado mucho las cosas—. En ese caso, me conformaré con una lista de todos los que tuvieron espacios alquilados aquí durante esa época.

La perplejidad de Birtraub se disipó y su cara se ensombreció.

—Tú estás loca o bromeas.

—Si es así, dígame, ¿por qué se ponen tan nerviosos cuando algún extraño observa sus instalaciones? —preguntó Mara.

La expresión de Birtraub se crispó y desvió la mirada hacia Pirtonna. Este asintió y se colocó detrás de ella. Pudo sentir la presión del cañón de un bláster apoyado contra su espalda, entre los omóplatos.

Negó con la cabeza mentalmente. «Aficionados.» Lo primero que aprendía un profesional era que tocar a un oponente con el arma solo servía para indicarle dónde estaba.

—Esta es una pésima idea—le advirtió a Birtraub—. Las penas por asaltar a un agente imperial son bastante terribles.

Birtraub gruñó, pero pudo percibir una sombra de incerteza.

—Tú no eres agente imperial, *¿verdad!*

—Seguro que sus hombres están deseando que así sea —dijo sosegadamente ella.

De nuevo la sombra de incerteza.

—Descubrid para quién trabaja —ordenó Birtraub—. Y después mata…

Justo en medio de su orden, Mara giró 180 grados hacia la izquierda con una pirueta de bailarina, dobló el brazo izquierdo para sujetar el de Pirtonna y se apartó el bláster de la espalda. El secuaz disparó una fracción de segundo demasiado tarde, enviando el fuego azul de una descarga aturdidora contra una de las estanterías. Mara deslizó su mano izquierda hasta la muñeca de él, agarrándola al mismo tiempo que le rodeaba el brazo con la mano derecha a la altura del codo. Usando aquel punto de giro como palanca, dobló su antebrazo por encima del hombro de Pirtonna, haciendo que el bláster de este apuntara a uno de los dos matones.

Pirtonna aún tenía el dedo sobre el gatillo, lo que impedía que Mara accediera a él. Pero no era ningún problema. Proyectándose con la Fuerza, agarró el dedo de aquel tipo y apretó el gatillo, lanzando una descarga de energía azul crepitante al matón. Después cambió de blanco y aturdió a su compañero. Hizo una torsión rápida en la muñeca de Pirtonna y este soltó el bláster, que cayó limpiamente en su mano izquierda. Después le disparó directamente en el pecho.

Se pasó el arma a la mano derecha y la apuntó a la cara de Birtraub antes de que el primer matón hubiese caído al suelo.

—Está ajustado a modo aturdidor —comentó Mara en un tono aprobatorio cuando se disipó el eco sordo de la triple caída—. Parece que Pirtonna no estaba tan dispuesto como usted a jugarse el todo por el todo conmigo. Un tipo listo. Eso significa que llegará vivo a mañana —levantó ligeramente el bláster—. ¿Qué posibilidades cree que tiene *usted* de conseguirlo?

Birtraub la miró fijamente, con el cuerpo rígido y la cara macilenta. Abrió la boca pero no salió nada por ella.

—Bueno —prosiguió Mara—. Estaba a punto de explicarme por qué pensaban matarme por haberles hecho una visita.

Birtraub tragó saliva y su expresión flaqueó en una sutil señal de derrota.

—Hay un hombre —dijo, aunque las palabras le salían con dificultad—. Se llama Caaldra. Trabaja con una banda de piratas… de las grandes. Almacenan muchos de sus botines aquí. No… no le gustan los fisgones.

—No le culpo —dijo ella. En ese caso, quizá Glovstoak no había obtenido las obras de arte a través de los rebeldes—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Birtraub se puso aún más pálido.

—No —dijo—. Por favor. Me matará si se entera de que te he hablado de él.

—No se enterará —lo tranquilizó Mara—. ¿Dónde está?

—No lo entiendes —dijo Birtraub en un tono cada vez más desesperado—. Dos horas después de que te cojan lo sabrá todo.

—Dos horas después de que me cojan estarán todos muertos —le corrigió Mara—. ¿Dónde está?

Birtraub respiró hondo y cruzó los brazos delante del pecho.

—No —dijo. No quedaba rastro ya de súplica, sustituida por la desfachatez retadora de un hombre que no tiene nada que perder—. Me hagas lo que me hagas, no puede ser tan malo como lo que me haría Caaldra.

Mara sinrió un temblor en el labio. El Emperador le había advertido muchas veces que era demasiado joven para que la gente tomase en serio sus amenazas.

—Genial, si eso es lo que quiere —-dijo ella. Tendría que encontrarlo por su cuenta. Señaló hacia la puerta con el bláster—. Usted primero.

La expresión de alivio que empezaba a dibujarse en la cara de Birtraub cambió repentinamente.

—¿Qué? —preguntó.

—No pienso pasearme por aquí sola —dijo razonablemente—. Además, así cuando encontremos a Caaldra espero que sea lo bastante educado para pararse a saludarle y pedirle que le presente a su nueva amiga.

Birtraub volvía a estar macilento.

—Estás loca —murmuró—. Olvídalo. No iré contigo.

—No tiene elección —dijo Mara.

—Tengo personal armado por toda la instalación.

—También tenía personal armado aquí dentro —le comentó ella, acercándose—. Pero estamos perdiendo el tiempo. Vamos.

En los ojos y el lenguaje corporal de Birtraub pudo ver sutiles indicios de que iba a intentar alguna estupidez. Siguió avanzando, preparándose, y cuando la tenía a su alcance le lanzó un puñetazo a la garganta con todas sus fuerzas.

Pero la velocidad, energía y desesperación no eran rivales para la conciencia y los reflejos potenciados por la Fuerza. Mara se limitó a inclinarse ligeramente hacia un lado, permitiendo que el puñetazo pasara inofensivamente junto a ella. Tras fallar el golpe, Birtraub perdió el equilibrio y cayó de bruces, casi encima de ella, pero Mara cambió el peso a su pie derecho y se apartó de la trayectoria.

Algunos, a aquellas alturas, ya lo habrían entendido. Pero Birtraub no era de esos. Incluso mientras caía, maldiciendo, le lanzó una patada. Ella se apartó y, casi involuntariamente, le zancadilleó la otra pierna.

Birtraub se estrelló de cara contra el suelo y allí se terminaron sus ganas de pelea.

—Cuando quiera —le dijo ella sosegadamente, dándole unos golpecitos en las costillas con la bota.

Entre muecas de dolor, él se levantó apoyándose en una mano, medio girado para mirarla.

—Almacén 14 —logró decir, retorciéndose como si le doliera pronunciar aquellas palabras. Teniendo en cuenta cómo había caído, era muy posible que así fuera—. Zona este del complejo —desvió la mirada hacia los hombres inconscientes—. Si te cogen, diles que te lo ha dicho Pirtonna.

Mara sonrió cínicamente. Qué típico.

—Gracias —dijo, levantando su bláster prestado—. Si no lo encuentro allí, volveré para charlar contigo otro ratito.

Disparó y Birtraub cayó abatido por la descarga aturdidora azul. Recogió su bolsa y se encaminó hacia la salida por pasillos desiertos.

El conductor seguía esperando en el deslizador terrestre largo. Lo aturdió, escondió su cuerpo inconsciente y se marchó con el deslizador.

El almacén 14 estaba situado junto al hangar 14, ocupado en aquel momento por un carguero tipo *Crescent* de Hyrotii perfectamente abrillantado, un modelo que muchos veían como un juguete para niños ricos. Pero las apariencias volvían a engañar. Mara examinó la nave mientras daba un amplio rodeo por la carretera que bordeaba el complejo, localizando los láseres y torpedos ocultos, los distintivos falsificados y aquellos hombres impecablemente vestidos de aspecto rudo que hacían guardia junto a la nave y las amplias puertas que llevaban al almacén. Junto a estas, apartados del medio, había tres deslizadores terrestres con el logo de los Hermanos Birtraub a los lados. A través de las puertas del almacén pudo ver un grupo de hombres cargando cajas en carros repulsores que después maniobraban hasta la rampa de la nave. El almacén parecía bien abastecido, con múltiples pilas de cajas esparcidas por todas partes. Se fijó particularmente en la ubicación de las pilas de la pared del fondo y siguió su paseo en deslizador.

La parte trasera del almacén 14 daba a otro edificio grande como un almacén, subdividido en dos unidades de almacenamiento más pequeñas por un estrecho corredor de servicio que las separaba. Encontró la entrada al corredor y se dirigió al punto que había recordado, donde las pilas de cajas evitarían que la viesen desde fuera. Proyectándose con la Fuerza y tras confirmar que no hubiese nadie cerca que pudiese toparse con ella, abrió su bolsa y se puso manos a la obra.

Su primera tarea fue sacar su espada de luz, que tenía escondida dentro de una unidad de análisis de datos larga. Esta tenía tres cerrojos ocultos, situados lo bastante separados para que nadie pudiese abrirlos a la vez. Abrió dos con las manos y el tercero con la Fuerza. Sacó la espada de luz y se la guardó en el cinturón. Después sacó una pistola de mano con su funda de uno de sus dos datapads y se ató el arma en el antebrazo izquierdo. Volvió a examinar la zona en busca de posibles testigos, se apartó de la pared y activó su espada de luz.

El filo magenta cobró vida con un zumbido y brilló en todo su esplendor. Aquel era un color único, le había dicho el Emperador al darle el pedazo de mineral que utilizó para hacer crecer el cristal del arma, un color apenas visto una vez en los últimos cien años. Seguramente debía provenir de una de las colecciones de armas, obras de arte y artefactos históricos que tenía esparcidas por todo el Imperio.

Por un instante sujetó la espada de luz sin moverse, mirando el filo y permitiendo que el tacto del arma fluyera hasta su mente y regresase a sus manos. Después, plantándose firmemente en el suelo, bajó el filo y apoyó delicadamente la punta de la espada en la pared.

Era un muro grueso muy blindado, por lo que necesitó tres cortes para calibrar su verdadera profundidad. Una vez solucionado esto, el resto fue rápido. Colocando el filo para cortar completamente la pared sin que la atravesara ningún brillo delator que alguien pudiera ver entre las sombras, abrió un triángulo estrecho del tamaño justo para poder colarse por él. Apagó la espada de luz, sujetó el trozo de pared cortado con la Fuerza y empujó.

El pedazo se movió con un crujido apagado. Cansada por el esfuerzo, aquello pesaba más de lo que parecía, lo hizo flotar a medio metro de la pared y miró cautelosamente por la abertura.

De nuevo, el entrenamiento de memoria del Emperador le había resultado muy útil. Su nueva entrada privada quedaba justo detrás de la pila de cajas que había memorizado.

Sacó la bolsa mientras empujaba el cascote triangular medio metro más adelante. Asegurándose de que nadie la estuviera observando, se coló por la abertura y utilizó la Fuerza para volver a colocar el pedazo de pared en su sitio. Escondió la bolsa entre dos cajas, se guardó la espada luz en el cinturón y avanzó hasta el borde de la pila de cajas.

Lo primero que pensó cuando vio que estaban subiendo a la nave el cargamento de todos los carros fue que los piratas se habían enterado de sus pesquisas y se estaban preparando para marcharse. Pero se dio cuenta de que no se trataba de eso. Los hombres y alienígenas de los carros no cargaban la nave aleatoriamente, solo subían cajas de dos pilas concretas, cercanas a la puerta, que ya estaban prácticamente vacías. Más interesante aún, los empleados vestían con dos estilos y tipos de ropa diferentes: por un lado los que manejaban los carros y por otro la media docena de hombres y alienígenas que se dedicaban, básicamente, a merodear, vigilando de cerca a los primeros. Al parecer estaban haciendo una especie de redistribución de material.

Se proyectó hacia la Fuerza, intentando percibir a los dos grupos. Los de los carros desprendían aquella rebeldía de baja intensidad y paranoia leve propias de los criminales de carrera, aunque no percibió ni pizca de la maldad profunda que solía encontrar en los asesinos habituales. Contrabandistas, pensó, o comerciantes de mercancías robadas.

Los más ociosos, por contra, no solo desprendían aroma a asesino sino que además se mostraban insolentemente orgullosos de ello. Todos tenían una cicatriz larga y prominente en la mejilla izquierda, o lo que pase por mejilla en los no humanos. Aquello,

combinado con las insignias de los hombros y el almacén lleno de material saqueado, los identificaba como los piratas mencionados por Birtraub.

Pero allí seguía faltando alguien. Mara continuó su repaso visual y mental de la sala: y allí, de pie, solo junto a una pila de cajas situada a la izquierda de ella, lo vio.

Tampoco es que hubiera gran cosa que ver, al menos aparentemente. Un humano de estatura y constitución mediana, vestido con una túnica lisa de color rojo oscuro, con pantalones y botas negros. No llevaba armas visibles y tenía una cara anodina, fácilmente olvidable.

Pero su entrenamiento y sensibilidad en la Fuerza le decían algo muy distinto. Los ojos de aquella cara anodina eran despiertos e inquisitivos; la túnica y las botas ocultaban armamento exótico y letal; y su poco destacable cuerpo desprendía, incluso relajado, una sensación como de depredador al acecho. Aquel hombre, a diferencia de Pirtonna y sus matones, a diferencia incluso de los brutales piratas que lo rodeaban, era un guerrero.

Caaldra.

Lo estudió un minuto más, observando cómo su mirada vagaba por la sala, cómo mantenía las manos cerca de las armas, cuyas posiciones pudo leer en los sutiles pliegues de tela y los leves bultos en el cuero de las botas; percibió en la mente de Caaldra el flujo automático de planes de acción contra contingencias, mientras los demás ocupantes del almacén realizaban sus tareas.

Uno de los piratas que controlaba todo el procedimiento se giró y miró hacia Caaldra. Por su edad y el número de abalorios robados que Mara pudo ver brillando en su pecho, supuso que debía de ser un alto cargo de aquella organización. Permanentemente atenta a todo lo que sucedía en la sala y ocultándose tras las sombras de las pilas de cajas, se fue acercando.

Estaba a dos pilas de cajas de distancia de Caaldra cuando el pirata llegó hasta él. Mara se agachó, echó un vistazo por el borde de la caja más baja y se proyectó con sus técnicas de amplificación sensorial.

—…Casi hemos terminado —estaba diciendo el pirata—. Puedes estar contento de que saquemos esas pieles de aquí.

—No vamos a sacar mucho de ellas —comentó Caaldra.

—A mí me basta con sacarles algo, lo que *sea* —replicó el pirata—. Las cosas blandas ocupan mucho más espacio de lo que valen —hizo un gesto hacia Caaldra—. ¿Tienes nuestros próximos objetivos?

—Aquí mismo —dijo Caaldra, sacando una tarjeta de datos y dándosela al pirata—. Diez naves, la primera y tercera para mí —se detuvo—. Eso quiere decir que va *todo* en el primero y el tercero, Shakko. Asegúrate de que el comodoro le explique a tu gente lo que pasará si se produce algún… extravío, por llamarlo de alguna manera.

El comodoro. Mara torció los labios con desdén. A los jefes de los piratas les encantaba ponerse títulos con ínfulas pseudomilitares.

—Sí, sí, se lo diré —gruñó Shakko—. No te preocupes… Yo mismo me ocuparé del primer objetivo.

—Bien —dijo Caaldra—. Sale de puerto dentro tres días y llegará al punto óptimo de emboscada en cinco días. Tenemos tiempo de sobras. Los demás objetivos deberían ser fácilmente accesibles para vuestras naves.

—Tiempo de sobras si estos malditos contrabandistas espabilan —masculló Shakko, dándose la vuelta—. ¡Eh! ¡Tannis!

Otro pirata se apartó de la pared en que estaba apoyado y fue hacia ellos.

—¿Sí?

—Ve a la nave con Vickers en uno de los deslizadores y mándale esta lista al comodoro —le ordenó Shakko, entregándole la tarjeta de datos—. Después comunícate con Bise y dile que tiene media hora para terminar de recoger las provisiones y embarcarlas.

—¿Quieres que inicie la preparación de los motores?

—Eso puede esperar a que hayamos terminado aquí —dijo Shakko—. Yo me comunicaré con vosotros para avisaros.

—Entendido —Tannis fue hacia la puerta del almacén, acompañado de otro hombre que se cruzó en su camino.

Mara no espero a oír nada más. Retrocedió rápidamente sobre sus pasos, hasta su mochila y su entrada privada. Estaba claro que los contrabandistas, los piratas y Caaldra se iban a separar dentro de poco, y ni siquiera una Mano del Emperador podía seguir tres presas a la vez.

Podía, por supuesto, volver a su nave y solicitar refuerzos. Pero, aunque hubiese fuerzas imperiales en la zona capaces de reaccionar con la suficiente premura, era muy poco probable que estuviesen preparadas para el tipo de rastreo y vigilancia sutiles que necesitaba. A efectos prácticos, estaba sola.

Afortunadamente, no tenía la menor duda de hacia dónde debía dirigirse. Por intrigante que pudiese resultar Caaldra, quedaba claro que los piratas estaban a punto de iniciar otra oleada de ataques y asesinatos. Allí estaba el peligro inmediato para el Imperio y sus ciudadanos, y por eso pensaba ir allí.

Además, Caaldra le había dicho a Shakko que el primer y tercer objetivos eran suyos. Sería interesante descubrir qué eran aquellos objetivos.

Tres minutos después volvía a estar en el deslizador terrestre que había tomado prestado, siguiendo desde una distancia discreta a dos piratas que circulaban por la carretera del exterior del recinto.

La nave de Shakko estaba aparcada en un hangar de la parte oeste del complejo de edificios, lo bastante cerca del almacén para acceder a él fácilmente, pero lo bastante lejos para que ningún observador casual lo relacionase automáticamente con los contrabandistas. Era un carguero mediano HT-2200 corelliano de casi seis metros de longitud, con cuatro bodegas de carga climatizadas, una auténtica bestia. Aunque, como en el caso del vehículo de los contrabandistas, no podía fiarse de las apariencias.

Los piratas no habían colocado ningún guardia en el exterior, pero rápidamente tuvo claro que quedaba al menos un hombre en el interior. Antes incluso de que Tannis

acercase el deslizador al brazo de carga izquierdo, una rampa de embarque bajó a recibirlos. Los dos piratas detuvieron el deslizador, desmontaron y subieron corriendo la rampa, que se cerró inmediatamente tras ellos. Mara sabía que en aquel modelo había otra rampa, en el brazo de carga derecho, probablemente igual de bien vigilada.

Pero, bueno, tampoco pensaba utilizar ninguna de las entradas habituales.

El vector de trayectoria de su deslizador terrestre le permitiría pasar a uno veinte metros de la popa de la nave. Ajustando ligeramente su dirección, apuntó el vehículo hacia el borde del siguiente bloque almacenes, donde quedaría fuera de la vista de la nave pirata, tanto si se detenía tiempo como si se estrellaba contra ella. Sujetó su mochila y voló a toda velocidad hacia la nave. Cuando estuvo justo debajo del carguero lanzó la bolsa y saltó tras ella.

Cayó al suelo, rodó dos veces sobre sí misma para eliminar la inercia y dio una voltereta para volver a ponerse en pie. Con la mochila en la mano, corrió hacia la popa de la nave pirata, deteniéndose bajo las cuatro toberas motoras a revisar por última vez la zona. Después metió la mochila en la tobera inferior de la parte derecha, recurrió a la Fuerza para darse impulso y saltó tras ella.

La tobera no era lo bastante grande para poder ponerse de pie, pero tenía espacio de sobras para estar agachada. Miró un momento alrededor, proyectando sus sentidos e intentando determinar si alguien la había detectado. Allí atrás no había sensores visuales exteriores, lo sabía, el alto nivel de radiación en vuelo los freiría instantáneamente. Pero quizá se había equivocado al pensar que los piratas no habían colocado guardias fuera.

Aun así, si alguien había notado su poco ortodoxa llegada, no había dado la señal de alarma. Apartó la mochila, sacó su espada de luz y empezó a ampliar la abertura que quedaba entre la tobera y la cámara de reacción.

Era una operación complicada que había practicado pocas veces y que nunca había realizado sobre el terreno. La clave era arrancar parte del aislamiento y blindaje lateral adicional —lo que reduciría el tiempo de vida operativo del motor sin poner en peligro a ninguno de los ocupantes de la nave—, dejando al mismo tiempo intactos los conductos de combustible, los de refrigerante y los sensores.

Afortunadamente, en motores tan grandes como aquel había espacio de sobras para maniobrar. Tuvo que eliminar poco más de una cuarta parte del blindaje para disponer de una abertura lo bastante grande para poder pasar por ella. Apagó la espada de luz, se escurrió por el agujero y entró en la cámara de reacción del motor.

En algunos motores aún quedaría otro paso intermedio para llegar al interior de la nave. Pero la Corporación Corelliana de Ingeniería había incluido sabiamente una escotilla de acceso en la cámara de reacción, además de los agujeros tolva estándar, aptos solo para droides de mantenimiento y limpieza.

La escotilla, por supuesto, tenía varios centímetros de grosor y estaba sellada desde fuera, pero eso no supondría ningún problema. Volvió a encender la espada de luz y metió el filo reluciente entre la escotilla y el marco, intentando dañar lo menos posible los materiales, tanteando con la espada hasta tocar el otro lado. Subió y bajó la punta, hasta

que notó una breve resistencia que indicaba que había localizado el cierre y lo cortó. Apagó el arma, sacó su bláster de mano y empujó con cautela la escotilla hasta abrirla.

Encontró una pequeña zona con elementos de ingeniería, abarrotada y sorprendentemente limpia. No se veía a nadie pero, con Tannis todavía por allí y Shakko y el resto de la banda a punto de llegar, sabía que su soledad iba a ser efímera.

Su primera tarea fue volver a sellar la escotilla. Sacó una antorcha soldadora de una máquina que había en un rincón y soldó con cuidado las secciones de la escotilla que había cortado. La soldadura no fue ni mucho menos perfecta pero aguantaría cualquier cosa, excepto un examen minucioso.

Más importante aún, mantendría la escotilla cerrada frente a las presiones de la cámara de reacción que había al otro lado. No le serviría de nada infiltrarse en la nave de los piratas si esta terminaba estallando bajo sus pies.

La sala de ingeniería daba a una sala común para la tripulación; una zona cómoda y relativamente amplia flanqueada por la cocina, el hangar médico y ocho aposentos para tripulantes. Justo delante estaba la puerta blindada que llevaba a la cabina elevada; a izquierda y derecha salían, en ángulo, unos pasillos gemelos que conducían a los brazos de carga de babor y estribor. Con la mochila en una mano y el bláster en la otra, tomó el pasillo de la derecha, dejó atrás la cabina y se dirigió hacia el brazo de carga de estribor. Oyó voces amortiguadas, junto a leves ruidos de movimiento, y aceleró el paso. Frente a ella, el pasillo se estrechaba y giraba, junto a lo que parecía otro camarote de la tripulación, acurrucado en la pared interior del brazo de carga. Fue hacia allí…

El repentino hormigueo de la Fuerza fue la única advertencia. Medio segundo después, la puerta del camarote emitió un débil clic y se abrió.

Y se encontró cara a cara con Tannis.

Él aún no la había visto, tenía la cabeza bajada y estaba mirando la tarjeta de datos que llevaba en las manos mientras se disponía a salir del camarote. Pero el encuentro era tan inminente como inevitable. Mara no podía esquivarlo y escapar por el pasillo, la vería, y tampoco tenía tiempo para retroceder y esconderse en un rincón de la bodega de carga antes de que él levantase la vista.

Lo que solo le dejaba una opción. Proyectándose con la Fuerza, golpeó un lado de la cabeza de Tannis contra el borde del marco de la puerta.

Cayó sin hacer ruido, desplomándose torpemente sobre el suelo. Mara se agachó junto a él, revisando instantáneamente su pulso mientras miraba alrededor en busca de inspiración. Aquella maniobra le había permitido ganar tiempo, pero poco. Y ahora tendría que ocurrírsele una explicación verosímil de aquel incidente. Echó un vistazo al camarote, volvió a examinar el pasillo y miró hacia arriba.

Allí encontró la respuesta: un grupo de cinco tuberías que recorrían la parte superior de la pared del pasillo y después se curvaban para seguir el contorno del camarote de Tannis y continuaban girando hasta el brazo de carga. Si los anillos de colores de las tuberías seguían el código estándar espacial, dos de ellos transportaban agua; otro contenía un fluido criogénico para el control de temperatura de las bodegas; otro llevaba

un refrigerante de láser, presumiblemente para el arsenal oculto que los piratas tenían allí; y el último transportaba fluido hidráulico de reserva para la rampa de embarque.

Y todos los pilotos de la galaxia sabían que el fluido hidráulico combinado con agua creaba una mezcla peligrosamente resbaladiza.

Vio una abrazadera en la esquina del camarote de Tannis, donde las tuberías empezaban a doblarse. Encendió su espada de luz y pasó la punta por detrás de la abrazadera, rascando delicadamente el metal de una de las tuberías de agua hasta que empezó a caer un hililo por la pared. Otro golpecito cuidadoso y se le sumó otro hililo igual de fino de fluido hidráulico. Pisó el líquido que empezaba a derramarse lentamente por la cubierta, dio la vuelta a las piernas de Tannis y embadurnó la suela de sus botas con una buena cantidad de aquel mejunje.

No era la mejor estratagema del mundo. Si les daba por sospechar, los piratas probablemente descubrirían el montaje en diez minutos.

Pero Shakko no le había parecido muy imaginativo. Además, estaba bastante segura de que, en cualquier caso, terminaría matándolos a todos. Si la descubrían, solo tendría que precipitar unos días su final. Asegurándose de no pisar el fluido, avanzó por el pasillo hacia la bodega de carga delantera de aquel brazo.

Como había supuesto por el conducto de refrigerante, los piratas habían instalado armamento adicional en la nave. Lo que no esperaba era el enorme alcance de la remodelación realizada. Toda la bodega delantera se había transformado en un hangar de armas, con dos unidades de láseres cuádruples, un pequeño cañón de iones y un lanzatorpedos de protones Krupx MG7, completamente ilegal. La mayor parte del espacio restante lo ocupaba una nave de transporte Cygnus 5 de corto alcance, lista para desembarcar piratas contra una presa ya sometida. En un rincón había una pequeña armería con granadas y rifles bláster, y en la pared del fondo había un ropero con trajes espaciales, cascos y bombonas de oxígeno. Al parecer, estaba pensado para descender completamente el mamparo delantero durante los ataques, abriendo la bodega de carga hacia el espacio, para explotar toda la capacidad de su arsenal.

En el hangar de armas no había espacio suficiente para esconderse bien. Afortunadamente, la bodega de carga que había justo detrás del hangar de armas era otra historia. Una cuarta parte del espacio estaba ocupado por cajas y toneles de objetos robados, algunos astillados y chamuscados por disparos de bláster a poca distancia. Tras unos minutos recolocándolo todo un poco, se construyó una acogedora madriguera en una de las pilas de cajas.

Se había manchado y arrugado el mono gris durante su trayecto por la tobera del motor. Tenía otro en la mochila, además de un traje de noche que podía convertir en atuendo formal cuando lo necesitase.

Pero, para aquella situación, tenía un modelo aún más apropiado.

Al cabo de unos minutos estaba enfundada en su traje de combate: negro, ceñido, con botas altas, un cinturón de armas y rodilleras. Perfecto para el tipo de ejercicio violento que solía tener que hacer en aquel tipo de situaciones. Llevaba un bláster K-14 BlasTech

enfundado en la cadera derecha, la espada de luz en la izquierda y un par de cuchillos pequeños escondidos en las botas.

Quizá no fuese un arsenal tan impresionante como el de Caaldra, pero era suficiente para sus necesidades. Se quitó las mangas extraíbles del traje, previendo el calor que los cargueros de aquel tamaño solían producir, y guardó la capa en la mochila. A bordo de una nave era casi imposible combatir en absoluta oscuridad, donde la capa le ayudaría a ocultar su silueta, y no iba a necesitar señuelos sensoriales pasivos materiales, a no ser que los piratas tuviesen armas con sistemas de autodirección.

Y con aquello concluyeron sus preparativos. Según Caaldra, los piratas lanzarían el ataque en cinco días. Antes debía encontrar y examinar la tarjeta de datos que le había dado a Shakko. Después, podría decidir cuál debía ser el siguiente paso.

La misión había comenzado como una investigación sobre posibles contactos entre el moff Glovstoak y la rebelión, pero había tomado derroteros completamente distintos. Se preguntó si aún daría más tumbos antes de terminarla.

Se estiró sobre la cubierta, dentro de su nueva madriguera, con la cabeza apoyada cómodamente sobre la mochila, sacó una barra de ración y se apoltronó, dispuesta a esperar.

CAPÍTULO SIETE

No hay duda de que la Fuerza —comentó fríamente Leía—, tiene sentido del humor.

—Como mínimo le gustan las ironías —dijo el general Rieekan, frunciendo el ceño ante su datapad—. ¿Estáis seguros de que esos soldados de asalto no sabían a quién estaban auxiliando?

—¿No habrían arrestado al grupo de Porter de haberlo sabido? —preguntó Luke.

—Quizá los dejaron marchar para mantener la vía de suministro abierta —le dijo Leia, estudiando la cara del niño granjero. Algo le preocupaba, podía notarlo, algo que iba más allá de la misión que estaban preparando. Más allá incluso del extraño rescate del grupo rebelde en Drunost por parte de unos soldados de asalto—. Los dejan en el árbol esperando poder cosechar un fruto más grande y maduro.

—Aun así, Casement dijo que nadie les siguió —comentó Rieekan—. Porter se ha puesto en contacto con Targeter desde entonces y esta no ha mencionado ningún tipo de problema, de momento.

—De todas maneras, quizá sea buena idea cerrar esa vía de suministro —dijo Leia—. Al menos temporalmente.

—No estoy seguro de que podamos hacerlo —le advirtió Rieekan—. Actualmente hay muchísima actividad pirata en el sector Shelsha. Si cerramos esa vía, quizá no podamos abrir otra.

—Eso pondría a Chivkyrie del humor perfecto para las negociaciones —murmuró Luke.

Leia hizo una mueca. El muchacho tenía razón. Chivkyrie se sentía ya menospreciado por los líderes de la Alianza y lo último que necesitaban era otro agravio más.

—Eso significa que debemos ocuparnos del problema antes de explicárselo —dijo Leia—. ¿Qué sabemos de esos piratas?

—Para empezar, parecen estar por todas partes —dijo Rieekan—. Casement mencionó a un grupo llamado Cicatriz de Sangre, pero un solo grupo no puede ser lo bastante grande para causar tantos estragos en todo el sector. Mi teoría es que varios grupos se han repartido el sector en territorios independientes.

—Por lo que dices parece que lo primero que necesitamos es un mejor servicio de inteligencia —dijo Leia—. Alguien debería ir allí, hablar directamente con nuestros proveedores e intentar averiguar qué está pasando exactamente.

—Debería ser alguien más habituado a los tipos del Margen que nosotros —añadió Luke.

Leia arrugó la frente al entenderlo.

—¿Te refieres a Han?

Luke se encogió de hombros, incómodo.

—Básicamente, sí —reconoció—. Es decir, no me gusta la idea de colocarlo en peligro…

—No debería ser peligroso —intervino Rieekan—. Solo debe recabar información, no enfrentarse a los piratas.

—Lo sé —coincidió Luke, mostrándose solo ligeramente aliviado—. La cuestión es que… aquí no parece sentirse a gusto. Si no conseguimos que se sienta útil, creo que lo perderemos —miró a Rieekan—. Y me parece que no es eso lo que queremos.

—En ese caso, debemos encargarle la misión a él —dijo Rieekan.

—Estoy de acuerdo —dijo Leia, respirando hondo. En el breve período de tiempo que hacía que conocía a Luke había desarrollado bastante simpatía hacia él y estaba bastante convencida de que no iba a gustarle lo que estaba a punto de decir—. Si acepta creo que Luke debería acompañarle.

Luke se quedó boquiabierto, con los ojos como platos.

—Creía que iba a acompañarte a *ti*.

—Voy a reunirme con unos líderes de la Alianza, de absoluta confianza, en la seguridad del espacio profundo —le recordó Leia—. Han tendrá que vérselas con criminales, probablemente tendrá que esquivar imperiales y patrullas gubernamentales locales. Te necesitará más que yo.

—Pero ya tiene a Chewie —protestó Luke—. Hasta ahora no ha necesitado a nadie más.

—Hasta ahora no estaba en la lista de los más buscados del Imperio —dijo Rieekan—. Coincido con la princesa Leia. Si va Solo, alguien debe acompañarle.

—Pero… —dijo Luke con una mueca de desagrado—. Tenéis razón —dijo suspirando—. ¿Queréis que se lo diga yo mismo?

Rieekan cruzó una mirada con Leia y arqueó las cejas.

—No, yo me ocupo —dijo ella y se levantó.

—Bueno, vas a necesitar información sobre contactos —dijo Rieekan, volviendo a su terminal y tecleando algo—. Permíteme que te dé algunos nombres.

Cuando Leia salió de la habitación se sentaron frente al monitor, Rieekan íntimamente optimista y Luke íntimamente decepcionado.

Encontró a Han en el hangar, agachado junto al brazo de estribor del *Halcón,* con sus brazos enterrados hasta los codos en una de las escotillas de mantenimiento.

—¿Han? —le llamó.

—Un segundo —dijo él, girando el cuello para mirar hacia la cabina, por encima del casco—. Chewie, prueba ahora.

Leía oyó el bramido de respuesta del wookie, amortiguado por el parabrisas de transpariacero. Por un instante no sucedió nada. Después, con un ruido sordo, salió un hilillo de humo de la escotilla.

—Vale, genial —gritó Han—. Ya puedes apagarlo.

Se oyó otro bramido afirmativo, Han recogió su soldador y salió del brazo.

—¿Vale, genial? —repitió Leia, arqueando las cejas.

—Claro —dijo él, en voz baja—. ¿Por qué?

—No recuerdo que el humo equivaliese a un *«vale, genial»* en las reparaciones de las naves estelares.

—Ah, eso —hizo un gesto con la mano—. Un compuesto soldador más. No hay problema.

—Si tú lo dices —dijo ella, contenta en parte por no tener que viajar a su reunión en aquella cosa—. El general Rieekan quiere comentarte algo que ha pasado.

Han torció los labios.

—¿Antes o después de que te lleve al gran baile real para la flor y nata de los privilegiados?

Leia tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la calma. En su breve relación, Han había logrado descubrir, de alguna manera, sus puntos débiles y parecía encontrar un gran placer en atacarlos.

—En realidad, vas a librarte de eso —dijo ella.

—¿Qué? —dijo Han, molesto—. ¿Me estás diciendo que he hecho fumigar el *Halcón* para *nada*.

—Tranquilo, estoy segura que lo necesitaba —dijo Leia, decidida a no dejarse aguijonear.

—Había pedido una moqueta nueva.

Leia apretó los dientes.

—¿Quieres saber de qué va esto o no?

—Claro, claro.

Le hizo un resumen rápido de la situación en el sector Shelsha.

—O sea, ¿es algo así como envía-al-granuja-a-atrapar-a-otros-granujas? —preguntó él cuando Leia terminó.

—No vas a atrapar a nadie —le dijo ella—. Lo único que queremos es información y quizás alguna sugerencia sobre cómo reorganizar las vías de suministros para que los piratas no las descubran.

—Ese es el problema —dijo él, frunciendo el ceño, pensativo—. Los que intentan volar sin ser detectados por los escáneres imperiales son una presa excelente, todos los piratas de la galaxia lo saben.

—Es verdad —dijo ella—. Y como tú ya debes de haberte encontrado en esta situación alguna vez, hemos pensado que quizá conozcas maneras de eludirla.

Han se encogió de hombros.

—Algunas. Hay que hacer todo lo posible por disponer de la nave más rápida —dijo él. Pero Leia pudo ver que aquella misión le intrigaba. O sencillamente se sentía aliviado por no tener que asistir a la reunión con Chivkyrie.

O quizá se sentía aliviado por no tener que pasar tanto tiempo con ella.

—¿Así que al picnic iréis Luke y tú solos? —preguntó con desinterés.

—¿Qué? —Leia volvió a centrarse en la conversación, molesta por haber permitido que su mente divagara. Particularmente sobre algo como *aquello*—. No, no. Le hemos pedido a Luke que te acompañe.

Han arqueó las cejas.

—¿*Le hemos* pedido? —repitió con cierto sarcasmo.

—El general Rieekan y yo hemos tomado la decisión —le contó Leia. Se dio cuenta demasiado tarde de que debería haber explicado que toda la responsabilidad había sido de Rieekan. Conociendo a Han, iba a llegar a la conclusión que no quería a Luke con ella o, como mínimo, que no lo quería sin Han. Estaba completamente equivocado, pero la hacía sentir…

En realidad, no estaba muy segura de cómo la hacía sentir. Pero sabía que no le gustaba.

—Ah —dijo Han, asintiendo—. Tiene sentido.

Estaba haciéndose el indiferente pero pudo percibir socarronería en su voz. Socarronería y *sin duda* una conclusión equivocada.

—No es eso —insistió ella.

—¿No es qué? —preguntó él, inocentemente.

—Olvídalo —dijo ella entre dientes. Lo había vuelto a conseguir. ¿Cómo lograba hacerlo *siempre*?—. El general le está dando a Luke nombres y ubicación de vuestros contactos. Podéis marcharos en cuanto estéis listos.

—Por supuesto, su Adorabilísima —dijo él—. Sus deseos son…

—Buena suerte, intentad que no os maten —le cortó Leia.

—Claro —dijo, burlonamente solemne—. Lo mismo te digo.

Leia se dio la vuelta y se marchó con la mayor dignidad que pudo.

Pudo sentir los ojos de Han clavados en su espalda durante todo el trayecto.

LaRone estaba realizando una prueba de integridad con una de las armaduras de su armario secreto cuando Quiller se comunicó con él.

—Ya hemos llegado —anunció el piloto.

—Voy para allá.

Los demás ya estaban reunidos cuando llegó a la cabina.

—¿Qué pinta tiene? —preguntó al llegar.

—El continente norte es nuestra mejor opción —dijo Quiller, señalando el mapa de Ranklinge que había desplegado—. Si descartamos la ciudad de Ranklinge y la planta de cazas de Incom, podemos elegir entre una ciudad grande con un puerto de tamaño decente o cerca de un centenar de pistas regionales alrededor de zonas mineras y rancheras.

—¿Cómo de grande es la ciudad? —preguntó Grave.

—No mucho —dijo Quiller—. Unos cien mil habitantes. En realidad es un pueblo grande.

—¿No hay nada en el continente sur? —preguntó Brightwater.

—Solo una guerra civil —dijo sombríamente Marcross—. Llevan diez años combatiendo.

—Mejor la evitamos —dijo LaRone, haciendo una mueca. Tras las Guerras Clon, el recién proclamado Imperio había hecho grandes esfuerzos por aplacar aquellos conflictos planetarios y regionales y restablecer el orden. Pero había demasiados y Palpatine terminó por rendirse y dedicar sus energías a otras cosas—. ¿Alguna sugerencia?

—Lo de las pistas pequeñas ya lo hemos probado en Drunost y tuvimos que eliminar a una banda de moteros —dijo Grave—. Voto porque esta vez probemos un sitio con una presencia decente de patrulleros.

—¿Patrulleros que pueden tener nuestras fotos en sus datapads? —preguntó enfáticamente Brightwater.

—Si las tienen en las grandes ciudades, también las tendrás en las pequeñas —replicó Quiller.

—Pero es más fácil salir a tiros de un puerto pequeño.

—No vamos a salir a tiros de ningún sitio —dijo rotundamente LaRone—. No dispararemos a patrulleros que solo intentan proteger a ciudadanos imperiales. Además, ya tenemos las nuevas tarjetas de identidad que la máquina mágica del DSI nos ha fabricado. No habrá ningún problema.

—Si tú lo dices —dijo Brightwater, no muy convencido—. ¿Cómo se llama ese pueblo grande?

—Janusar—dijo Quiller—. El puerto tiene unas instalaciones decentes, un buen sistema de defensas aéreas para disuadir a los saqueadores y tantas tiendas de provisiones como podamos necesitar.

—Suena bien —dijo LaRone—. Comunícate con el control del puerto y consíguenos un hangar.

Quiller asintió y tecleó en el comunicador.

—Control del puerto de Janusar, al habla el carguero *Ville Brok* —dijo—. Solicitamos la asignación de un hangar de amarre.

—Carguero *Ville Brok*, aquí control de Janusar —respondió una voz—. ¿Cuál es su carga?

Quiller miró por encima del hombro a LaRone y frunció el ceño mientras apretaba la tecla de SILENCIO.

—¿Tienen que preguntarnos eso?

—No lo sé —dijo LaRone, que empezaba a tener una sensación extraña—. Nunca había oído que ningún puerto lo preguntase antes de que el carguero hubiese aterrizado.

—Quizá sea alguna norma local —sugirió Grave.

—¿Y qué les digo? —preguntó Quiller.

—Diles que venimos a buscar cargamento, que vamos vacíos —dijo Marcross.

Quiller asintió y volvió a activar el micrófono.

—Aún no tenemos carga, Janusar. Esperamos poder conseguir alguna ahí abajo.

—¿De quién?

—Aún no lo sabemos —dijo Quiller—. Como le he dicho, eso esperamos. Si lo que le preocupan son las tasas de amarre, no tiene motivo.

Se produjo un breve silencio.

—Bien —dijo control de puerto—. Hangar veintidós.

Un indicador se activó en el monitor del mapa de Quiller, marcando el lugar de aterrizaje.

—Hangar veintidós, recibido —dijo Quiller.

—Por cierto, ¿llevan armas a bordo?

LaRone sonrió forzadamente. Si ellos supieran.

—Nada remarcable —dijo—. ¿Por qué?

—Solo lo preguntaba —respondió el otro—. Control de Janusar, corto.

Quiller desconectó el comunicador.

—Qué tipos más curiosos, ¿verdad? —comentó.

—Extrañamente curiosos —secundó Marcross—. Me pregunto por qué querían saber lo de las armas.

—No lo sé —dijo LaRone—. Pero creo que la pregunta nos obliga a ir armados. Pero solo con armas pequeñas de mano y bien escondidas, hasta que las necesitemos, si las necesitamos.

El puerto espacial de Janusar estaba compuesto por una zona central, bien distribuida pero antigua, rodeada de un mosaico de ampliaciones que se habían ido añadiendo con los años. Los añadidos, percibió LaRone, parecían divididos, a su vez, en secciones de clase alta y baja.

El hangar 22 estaba en una de las zonas de clase baja.

—Supongo que los cargueros que vienen a buscar cargamento no suelen trabajar con comerciantes de clase alta —comentó Quiller mientras desconectaba los sistemas de la Suwantek.

—Quizá sea eso. O quizá se necesita una contraseña secreta para acceder a la parte elegante de la ciudad —dijo Grave.

—No importa —dijo LaRone—. Lo único que queremos es comida y combustible, y podemos conseguirlos en cualquier parte. Mismas tareas que la otra vez: Grave vendrá conmigo, los demás os quedáis aquí…

—Espera —le interrumpió Marcross, inclinándose hacia el lado derecho del parabrisas y frunciendo el ceño mientras miraba hacia atrás, en dirección a la rampa de embarque de estribor—. Tenemos compañía: cinco patrulleros y un oficial. Parece que lleva distintivo de sargento.

—Aquí hay otros cinco —dijo Quiller, mirando por su lado del parabrisas—. Sin oficial.

Brightwater masculló algo entre dientes y fue hacia la parte de atrás.

—Vamos, Grave, disparemos a las torretas. ¿Quién dijo que hoy no saldríamos a tiros de ningún sitio?

—Espera un momento —dijo Marcross, que seguía mirando por el parabrisas mientras le sujetaba el brazo a Grave—. Son demasiado pocos para venir a arrestar a unos soldados fugitivos.

—Tiene razón —coincidió Quiller—. Solo llevan blásters de mano, enfundados. Probablemente solo vienen a cobrarnos las tasas de amarre.

—¿Y necesitan un escuadrón entero para eso? —preguntó recelosamente Brightwater.

—Puede que los cargueros sin cargamento despierten ciertos recelos —dijo LaRone.

Desde la rampa de embarque de estribor llegó el ruido de un puño golpeando el casco.

—Bueno, si no respondemos, seguro que despertamos recelos —comentó Marcross—. Vamos, LaRone.

Los visitantes seguían aporreando la nave cuando LaRone y Marcross llegaron a la rampa. LaRone activó la apertura y la rampa bajó, mostrando seis caras severas.

—Ya era hora —gruñó el sargento mientras subía a la nave—. Abran a mis hombres del otro lado y tráiganme su registro y la declaración de carga.

—Aquí tiene el registro —dijo LaRone, entregándole una tarjeta de datos mientras Marcross cruzaba la antesala y bajaba la otra rampa—. Como le hemos comentado a control de puerto, no llevamos carga.

Los cinco hombres que había al otro lado de la Suwantek subieron por la rampa de babor y se reunieron con los demás.

—¿Tripulación? —preguntó el sargento, conectando la tarjeta de datos a su datapad y echándole un vistazo.

—Nosotros, más tres en cabina —dijo LaRone, sacando su tarjeta de identidad recién salida del horno.

El sargento ni la miró.

—Bien —dijo, devolviéndole la tarjeta de registro—. Para empezar son doscientos por la tasa de amarre —hizo un gesto a su escuadrón y se dirigió hacia el salón de tripulación.

—Espere un momento —dijo LaRone, arrugando la frente. Incluso con su falta de experiencia en cuestiones financieras, doscientos créditos por un hangar de amarre de tercera categoría le parecieron demasiados—. ¿Doscientos para *empezar?*

—No, para empezar 250 —replicó el sargento, entornando los ojos—. ¿Quiere seguir discutiendo?

«No estaba discutiendo», pensó LaRone, irritado. Estaba abriendo la boca para decirlo cuando un leve toque de advertencia de Marcross en un brazo le hizo contenerse.

—Eso es… haga caso a su amigo —dijo sarcásticamente el sargento—. ¿Dónde está la bodega en este cacharro volador para nerfs?

—Detrás, a izquierda y derecha, antes de llegar a ingeniería —le dijo Marcross.

—Gracias —contestó el sargento con excesiva cortesía. Empezó a darse la vuelta y arqueó una ceja—. Por cierto, confío en que no lleven armas a bordo.

—Solo dos cañones láser montados frente a las rampas de embarque —dijo Marcross.

El sargento gruñó.

—Bien —dijo—. Eso son 150 más por cada uno —miró fugazmente a LaRone, aguijoneándole con la mirada para que discutiera el precio. Pero este había aprendido la lección. Se quedó callado y el sargento volvió a gruñir, hizo otro gesto a sus hombres y fue hacia la parte trasera. Abrió la puerta y entró en la otra sala.

LaRone esperó a que todo el escuadrón estuviese dentro y la puerta se hubiese cerrado para pronunciar la palabra que mejor definía sus sentimientos.

—¿Qué demonios es este maldito chantaje? —masculló.

—Probablemente, el habitual —dijo Marcross. Su tono era tranquilo, pero era evidente que también estaba enfurecido—. ¿No pasaba esto en el puerto espacial de tu ciudad?

—Si pasaba, nunca me enteré —dijo LaRone—. De todas formas, supongo que podremos pagarles todo lo que quieran.

—Esa es la actitud —dijo aprobatoriamente Marcross—. Educación y discreción. Ya podremos escupir sobre el polvo de este mundo cuando nos marchemos.

—Supongo que sí —dijo LaRone—. Vamos… asegurémonos de que no nos están robando la vajilla de la cocina.

La sala estaba desierta cuando entraron. Al cruzar la puerta trasera descubrieron que la zona de tripulantes también estaba vacía. LaRone abrió el primer camarote, el de Quiller, pero no encontró a nadie dentro.

—Deben haber decidido ir directamente a las bodegas de carga —comentó Marcross mientras revisaba el camarote de Grave, al otro lado del pasillo.

—Bien —dijo LaRone, cerrando la puerta del camarote y continuando hacia la parte trasera de la nave—. Puede que esto sea más rápido de lo que pensaba.

Cuando pasaron junto a la cocina aparecieron dos de los patrulleros por la puerta de la bodega de estribor. Al ver a LaRone y Marcross, les hicieron un gesto.

—Venid, kleegs —les dijo uno—. Whisteer quiere veros.

El resto de patrulleros estaban de pie y en silencio, esparcidos por la bodega. Todos miraron entrar a LaRone y Marcross. En el centro del grupo estaba el sargento, con una leve sonrisa en los labios y el codo izquierdo apoyado desenfadadamente sobre el manillar de una de las dos motojets.

—Así que no llevabais *carga*—dijo—. ¿Tenéis permisos para estas cosas?

LaRone reprimió una maldición. Llevaba tanto tiempo viviendo entre material militar que no se le había pasado por la cabeza que los civiles lo percibirían de una manera completamente distinta.

—Las compramos en una subasta de excedentes —improvisó—. Material averiado.

—A mí no me parece que estén muy averiadas.

—Las hemos estado reparando.

—Ah —Whisteer palmeó el sillín—. Y, por supuesto, antes de vendéroslas les habrán quitado… —inclinó el cuello para mirar debajo—. Vaya, mira qué tenemos aquí —dijo con fingida sorpresa—. Alguien olvidó quitar el cañón bláster —miró a LaRone y arqueó una ceja—. Y alguien olvidó anotarlo en su lista de armamento.

—Me olvidé de ellas —reconoció LaRone—. Pero ha sido un descuido… como puede comprobar no hemos hecho ningún esfuerzo por esconderlas.

—Eso es verdad —coincidió Whisteer, en un tono suave como la seda—. Pero a los contrabandistas eso os importa poco, ¿verdad? Descuido o no, os las confiscamos.

LaRone miró de reojo a Marcross. La expresión de este reflejaba sus propios pensamientos: Brightwater los despellejaría vivos si permitían que un idiota se llevara sus adoradas motojets.

—¿Podemos apelar? —preguntó, mirando a Whisteer—. Es decir, presentando la documentación adecuada y pagando las tasas necesarias, por supuesto.

Whisteer volvió a sonreír, los ojos le brillaban.

—Algo podéis hacer —dijo—. Aunque puede saliros caro.

—Comprendo —intervino Marcross—. ¿Cuál es el procedimiento?

—Venid a la central de los patrulleros esta noche, a las ocho —dijo el sargento—. Número cinco de la calle Market. Tendré la documentación preparada para que la rellenéis.

—Allí estaremos —dijo LaRone—. ¿Tiene alguna idea de a cuánto pueden ascender las tasas para el trámite?

Whisteer se encogió de hombros.

—No lo sabré hasta que revise los registros.

Traducción: dependerá de la cantidad de gente que quiera sacar tajada.

—Pero ¿cree que *será* caro?

—Es posible —dijo Whisteer. Señaló con el pulgar a uno de los patrulleros—. Por cierto, Chavers tiene el resto de la lista. Podéis pagarle mientras sacamos estas cosas de aquí.

LaRone respiró hondo.

—Iré a abrir la caja fuerte.

Diez minutos después, estaban todos al pie de la rampa de babor, mirando cómo los patrulleros se marchaban en un par de trineos repulsores, con las motojets atadas al compartimento de almacenaje trasero.

—Deberías habernos llamado —dijo Brightwater en un tono siniestro y amenazador—. Podríamos haberlos reducido.

—Os habrían volado la cabeza —dijo una voz a sus espaldas.

LaRone se dio la vuelta, bajando la mano rápidamente hacia su bláster escondido. Un hombre enfundado en un mono manchado se acercó a ellos desde debajo de la Suwantek, arrastrando una gruesa manguera de combustible.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Me llamo Krinkins —dijo el tipo, claramente sorprendido por aquella reacción—. Servicio de combustible. Habéis *pedido* que os lo llenemos, ¿no?

—Sí, lo hemos pedido —confirmó Quiller.

—Y *no* nos habrían volado la cabeza —añadió severamente Brightwater.

—¿Estás diciendo que esto no es cosa solo del escuadrón de Whisteer? —le preguntó LaRone.

Krinkins gruñó.

—Lo que es seguro es que no es cosa solo de Whisteer. Ese fanfarrón cumple órdenes del patrullero jefe, Cav'Saran.

—¿El *jefe?* —repitió incrédulo Marcross.

—¿Qué, os sorprende? —preguntó Krinkins.

—Sí, nos sorprende —dijo Marcross—. Se supone que el gobierno del sector tiene controlada a la gente que coloca en puestos de alto rango de los cuerpos de seguridad.

Krinkins gruñó.

—Sí, claro.

—Lo digo en serio —insistió Marcross—. Hay burócratas en Shelkonwa cuyo único trabajo es controlar ese tipo de cosas.

—Bueno, parece que el encargado de Ranklinge se echa unas buenas siestas en su despacho —dijo amargamente Krinkins—. Al principio trasladamos muchas quejas. Pero no sirvieron absolutamente de nada. Ahora, cómo no, Cav'Saran se asegura de que los mensajes de ese tipo no lleguen a la HoloRed.

—¿Y qué hay del Imperio? —preguntó Quiller.

Krinkins lanzó una carcajada breve y burlona.

—¿El *Imperio*? En los últimos ocho años solo ha pasado *una* nave imperial por Ranklinge. Y era un antiguo crucero de la República que vino a recoger a un par de diplomáticos que intentaron mediar en la guerra civil del continente sur, sin éxito. El Imperio no sabe ni que existimos. O no le importa.

—¿Y qué pasa contigo y los demás lugareños? —preguntó LaRone—. ¿O a los ciudadanos de Janusar les da lo mismo que sus funcionarios desplumen a los visitantes?

—Janusar los detesta —dijo secamente Krinkins—. Pero no solo los padecen los visitantes… nos presionan mucho a todos. Pero es condenadamente difícil pelear a puñetazo limpio contra tipos armados con blásters.

—Ya me *parecía* que estaban demasiado interesados en nuestras armas —murmuró Marcross.

—Las vuestras y las de cualquiera —dijo Krinkins—. Hace ocho meses, cuando Cav'Saran llegó al cargo, registraron todas las casas en un radio de doscientos kilómetros a la redonda y confiscaron todas las armas que encontraron. En los cuatro distritos apenas deben quedar más de una docena de rifles. La mayoría en ranchos en que los necesitan para proteger sus rebaños de los depredadores —miró furtivamente alrededor—. Supongo que no… bueno, olvidadlo.

—No tenemos armas para vender, si es lo que te estás preguntando —dijo LaRone, lanzando una mirada de advertencia a los demás. No podían saber si Krinkins era realmente lo que parecía—. ¿Con cuántos hombres cuenta Cav'Saran?

—Unos trescientos —les dijo—. Los patrulleros uniformados y algunos de paisano que se pasean en busca de alborotadores. Además, despidió o apartó a todos los patrulleros honestos en cuanto llegó al cargo.

—¿No te preocupa *contarnos* esas cosas? —preguntó Grave—. ¿Cómo sabes que no somos informadores?

Krinkins gruñó y se puso a conectar la manguera a la Suwantek.

—No lo sé —refunfuñó—. Pero ha llegado un punto en que me da igual. Si queréis denunciarme a Cav'Saran y que me encierre por sedición, vosotros mismos.

—Admiro tu valor —dijo LaRone—. ¿Hay más gente tan harta como tú como para intentar jugársela?

Krinkins frunció el ceño e hizo una mueca extraña.

—¿Qué quieres decir? —preguntó recelosamente.

—Se me ha ocurrido que todos los que desean acabar con esto podrían reunirse esta noche frente a la central de los patrulleros —dijo LaRone—. A las siete en punto, por ejemplo.

Krinkins gruñó.

—Si están pensando en organizar una manifestación, olvídalo —dijo—. No les hacen el menor caso. Al menos hasta que se cansan y desalojan a la multitud con un poco de fuego de bláster a dispersión.

—Tú limítate a reunirlos allí —le dijo LaRone, conteniendo su creciente enfado. No era momento para emociones—. Y no olvides invitar a todos los expatrulleros honestos que has mencionado.

Dos minutos después, los cinco soldados de asalto estaban reunidos en la sala de tripulantes. Brightwater dijo lo que LaRone sabía que todos estaban pensando.

—No dudo que eres consciente de que hacer algo extraño aquí es una auténtica locura.

—Estoy totalmente de acuerdo —le secundó Grave—. No disponemos ni de suficientes hombres ni de apoyo.

—Por no hablar de la autoridad —murmuró Quiller.

—No estoy de acuerdo —dijo LaRone—. Hicimos un juramento de lealtad al Imperio. Esta gente son ciudadanos del Imperio.

—Y Cav'Saran está violando claramente su propio juramento —dijo Grave—. Coincido en que ese tipo es escoria. Pero eso no quita que no podremos derrotar solos a trescientos hombres armados.

—No estaremos solos —dijo LaRone—. Si he entendido bien a Krinkins, encontraremos una multitud esperándonos esta noche en la central de los patrulleros.

—Todos desarmados —le recordó Brightwater.

—No por mucho tiempo —dijo LaRone—. Estamos hablando de una comisaría. Dentro habrá infinidad de blásters.

—¿Y vas a repartírselos a una multitud alborotada? —contestó Quiller.

—No, por eso le he pedido a Krinkins que traiga a los expatrulleros —dijo LaRone—. Espero que estén preparados y dispongan de la suficiente autoridad moral para asumir el mando.

—Sigue siendo una locura —insistió Brightwater—. ¿Marcross? No has abierto la boca.

—Por supuesto que es una locura —coincidió Marcross—. Pero mi única duda es cómo vamos a organizado exactamente.

Brightwater, claramente desconcertado, miró a Quiller y Grave.

—¿Bromeas? —dijo, mirando otra vez a Marcross—. ¿Precisamente *tú* quieres hacerlo?

—Recuerdas que somos fugitivos, ¿verdad? —preguntó Grave.

—Lo somos porque no nos gustaba que nos ordenasen que abusáramos de nuestra autoridad —replicó Marcross—. ¿Ahora vamos a empezar a elegir qué tipos de abusos ignoramos y cuáles no?

—¿Estás seguro que esto no tiene nada que ver con tu animadversión hacia la gente que gobierna tu propio sector, tan parecida a estos? —preguntó mordazmente Quiller.

—Reconozco que hay parte de eso —admitió Marcross—. Pero mis sentimientos personales no modifican la realidad de esta situación —hizo un gesto hacia LaRone—. Hace un minuto LaRone ha hablado de autoridad moral. Si nosotros, como representantes del Imperio, no la tenemos, ¿quién la tiene?

—Pero *no somos* representantes del Imperio —le recordó Quiller—. Ya no.

—Eso Cav'Saran no lo sabe —dijo LaRone—. Y, si lo hacemos bien, tampoco sabrá que no contamos con el apoyo de un batallón completo.

El salón quedó en silencio durante un buen rato. Grave se encogió de hombros.

—Bueno, si todos admitimos que es una locura, no me importa sumarme. Además, tenemos que recuperar las motojets de Brightwater.

Quiller sacudió la cabeza y lanzó un suave resoplido.

—Oh, claro, ¿por qué no? —dijo—. Siempre que se nos ocurra un plan medianamente factible.

—No te preocupes por eso —le tranquilizó LaRone en un tono serio—. En realidad la única cuestión es cuánto castigo queremos infringir a los hombre de Cav'Saran. Os cuento lo que se me ha ocurrido…

CAPÍTULO OCHO

Pasaron el resto del día abasteciéndose de provisiones y reconociendo discretamente la zona de la comisaría de los patrulleros; preparando y ajustando el plan.

Cuando llegó la hora acordada estaban preparados.

Frente a la comisaría encontraron una multitud asombrosa. Como mínimo unos cuatrocientos, calculó LaRone mientras maniobraba el camión deslizador, entre el triple y el cuádruple de lo que esperaba. Al parecer, los ciudadanos de Janusar se tomaban muy en serio el problema de sus opresores.

Los soldados de asalto no habían intentado entrar en la comisaría en sus reconocimientos previos pero el diseño del edificio les llevó a extraer la conclusión de que probablemente había sido un salón de asambleas local, con una gran sala de reunión abovedada en el centro rodeada por un solo anillo de oficinas y pequeñas salas de reuniones. Los manifestantes estaban reunidos en una pequeña zona verde situada justo frente al edificio, separada por una calle ancha. Desde la acera ascendía una ancha escalinata de piedra hasta las puertas dobles ornamentadas del edificio.

En fila, frente a las puertas, con mala cara y las manos sobre sus blásters enfundados, había seis patrulleros uniformados que observaban a los ciudadanos congregados.

La multitud había empezado a ocupar la calle, aunque se apartaron con ciertas reticencias cuando LaRone atravesó la masa lentamente con el camión deslizador, de camino al edificio. Algunos lo observaban atentamente o intentaban mirar por los cristales tintados traseros para ver quién iba sentado en los dos bancos de detrás. LaRone se preguntó qué les habría contado exactamente Krinkins sobre los extranjeros.

Llegó a la parte delantera del edificio, pero en vez de aparcar dio un giro de noventa grados al vehículo, dejándolo atravesado en medio de la calle, con el morro apuntando a los guardias malcarados de la escalera.

—¡Eh! —gritó uno de los guardias cuando LaRone abrió la puerta y salió—. ¡Saca de ahí ese montón de estiércol de bantha!

—Sí, sí, dame un segundo —respondió LaRone, haciéndole un leve gesto con la mano mientras cerraba la puerta.

Esperaba que Krinkins estuviese cerca y así era. Cuando se giró para examinar la multitud silenciosa, el mozo del combustible salió de la primera fila y fue hacia él. Su expresión era severa, aunque desprendía un punto de esperanza contenida.

—Habéis venido —dijo, mirando las ventanas tintadas—. No estaba seguro de que vinierais.

—¿Has traído algún expatrullero? —preguntó LaRone.

Krinkins hizo un gesto con la cabeza por encima de su hombro.

—He localizado ocho. Están todos aquí.

—Bien —dijo LaRone—. Cuando te haga una señal, tráelos aquí delante.

—Espera un momento —dijo Krinkins—. ¿Qué estás…?

Sin esperar a que terminase, LaRone se dio la vuelta y subió la escalera.

—Tú, babosa sorda —gruñó uno de los patrulleros cuando llegó al amplio descansillo de la escalinata. Llevaba un auricular con un micro en la mejilla y el distintivo de teniente en los hombros—, te he dicho que quites esa cosa de ahí.

—No te preocupes, la quitaré —lo tranquilizó LaRone, dando otro paso para reducir el espacio que los separaba—. Solo he venido a reclamar algo que los vuestros nos han quitado esta mañana.

—Oh, sois los chicos de Whisteer —dijo el tipo, mirándolos con una mezcla de curiosidad y desdén. Hizo un gesto por encima del hombro de LaRone con el bláster—. ¿También sois responsables de eso?

LaRone se giró para mirar a la multitud.

—¿Te refieres a ellos? —preguntó, señalando con la mano izquierda a los congregados. Cubierto por este movimiento, metió la mano derecha en el bolsillo lateral de su túnica.

—Sí, ellos —dijo el tipo—. Porque si lo sois…

En un movimiento simultáneo las cuatro puertas traseras del camión deslizador se abrieron y el resto de soldados de asalto salió por ellas, con las armaduras reluciendo bajo la luz de las farolas y sus E-11 BlasTech apuntando a la hilera de patrulleros.

La amenaza del teniente se interrumpió de repente mientras un grito ahogado de sorpresa recorría la multitud.

—No hagáis ruido, por favor —dijo en voz baja LaRone, colocando su bláster de mano sobre el cuello del guardia. Con la otra mano le quitó el auricular y lo apagó—. Ni movimientos extraños —añadió.

Por las caras de los patrulleros le pareció que ninguno tenía la menor intención de causar problemas. Estaban rígidos como seis árboles de madera noble, con las manos congeladas y apartadas de sus pistoleras. Los cuatro soldados de asalto subieron las escaleras. LaRone miró a Krinkins y le hizo un gesto para que se acercase. Este asintió, hizo otro gesto y subió la escalera seguido de cinco hombres y tres mujeres, tras los soldados de asalto.

—¿Esos son tus patrulleros? —preguntó LaRone mientras le quitaba el bláster de la pistolera al teniente, completamente pálido.

—Sí, señor —dijo Krinkins con el tono vivaz y vibrante de las esperanzas renovadas, después señaló con la cabeza a un hombre de mediana edad levemente canoso—. Este es el coronel Atmino, el oficial de rango más alto.

—Me obligaron a retirarme —añadió Atmino, al que le brillaron los ojos al mirar a los patrulleros.

—Puede considerarse readmitido —le dijo LaRone, entregándole el arma del teniente—. Desde este mismo momento su escuadrón y usted han sido readmitidos en el cuerpo. Desarmen a estos hombres y pónganlos a buen recaudo hasta que sean juzgados por cualquier crimen que puedan haber cometido.

—Sí, señor —dijo Atmino, colocándose en posición de firmes mientras le hacía un gesto a tres de sus ayudantes para que se acercasen—. ¿Alguna orden más?

—Solo que se queden aquí y vigilen a los prisioneros —dijo LaRone—. Nosotros nos ocuparemos de Cav'Saran —miró por encima del hombro de Atmino—. Y mantenga a la multitud controlada. Cuando informe a la oficina del gobernador sobre esto, será mejor que sus demandas no queden ensombrecidas por problemas de desorden o disturbios públicos.

—Entendido —dijo Atmino, sujetando con fuerza el brazo del teniente—. Nos ocuparemos de ello.

LaRone hizo un gesto a los demás soldados de asalto.

—Vamos.

La puerta doble daba a un vestíbulo amplio con suelo de mármol que se extendía quince metros hasta una pared curvada en la que había otra puerta doble. El vestíbulo se estrechaba a derecha e izquierda, dando paso a un par de pasillos que rodeaban el núcleo central en cuyas paredes había elaborados frescos, interrumpidos a intervalos por las puertas de los despachos privados.

A aquellas horas, pensó LaRone, la mayor parte de las oficinas externas estarían vacías. Dejándolas para después, avanzó hacia la puerta doble y se guardó el bláster de mano en el bolsillo. Hizo un gesto a los demás soldados de asalto para que se apartasen, abrió las puertas y las cruzó.

Como suponía, la sala interior era una única estancia grande que los patrulleros habían transformado a partir de una sala de reuniones. Apiñados en el piso principal y en el anillo de pequeños balcones situados en la parte alta de la pared, bajo de la bóveda, había cerca de doscientos escritorios y cubículos. Casi todos los escritorios estaban ocupados, vio LaRone, aunque solo unos pocos patrulleros parecían estar realmente trabajando. El resto, simplemente, estaban allí sentados, jugueteando con tarjetas de datos o con sus blásters, conversando en voz baja con los cerca de cincuenta patrulleros que estaban esparcidos por la sala. La protesta del exterior había hecho que el jefe Cav'Saran reuniese a la mayoría de sus efectivos.

Perfecto.

LaRone no hizo el menor esfuerzo por disimular su majestuosa entrada. De haberlo hecho, dudaba de que le hubiese servido de algo. Los patrulleros estaban muy nerviosos y, antes de terminar de entrar, todos se habían girado para mirarle.

—¿Qué quieres? —preguntó un patrullero corpulento desde un escritorio de recepción elevado, a la derecha de la puerta.

—Vengo a ver a Whisteer —dijo LaRone lo bastante alto para que lo oyeran todos—. *Y* al jefe Cav'Saran.

—Llegas muy pronto —gruñó la voz de Whisteer y pudo verlo, enderezándose y abandonando una conversación—. La documentación aún no está lista.

—No importa —dijo LaRone—. Tampoco pensaba cumplimentarla. Dime, ¿quién es Cav'Saran?

Se produjo un instante de silencio, hasta que un hombre con la cara llena de cicatrices se apartó de uno de los grupos que conversaba.

—Soy el jefe Cav'Saran —gruñó en tono amenazante—. ¿Tienes algún problema?

—Una queja —dijo LaRone—. Algunos de sus hombres han intentado chantajearme esta mañana.

Cav'Saran arqueó las cejas.

—¿En serio? —preguntó en tono de falsa cortesía—. ¿Qué han hecho?

—Me han cobrado tasas excesivas y me han robado parte del cargamento.

—Vaya, con que eso han hecho —dijo Cav'Saran, esbozando una sonrisa en las comisuras de la boca—. ¿Y quién ha sido, exactamente, el responsable de semejante ultraje?

—El sargento Whisteer, quién si no —dijo LaRone, señalando a Whisteer y mirando a los demás ocupantes de la sala. La planta circular no dejaba espacio para rincones ciegos y, aunque los escritorios podrían servir de protección en un tiroteo, no había suficientes para que todos los patrulleros se escondiesen tras ellos.

Más problemáticos eran los balcones elevados en los que estaban los hombres de los cubículos. La mayoría llevaban distintivos de oficial y parecían más intrigados y entretenidos que irritados u hostiles.

Aun así, los de la planta baja parecían tender más a esto último. Registrando mentalmente sus posiciones, LaRone señaló a otros tres que habían subido a bordo de la Suwantek aquella mañana.

—Esos tres también estaban —añadió—. Y otros siete.

—¿Y qué quieres que haga, exactamente? —preguntó el jefe, siguiéndole el juego.

—Quiero que los arreste —dijo LaRone—. Debería acusarles de extorsión, robo y abuso de poder.

—¿Y si me niego?

LaRone volvió a mirar toda la sala. La sensación de hostilidad iba creciendo a medida que se diluía la novedad de su aparición, pero parecía que hasta entonces ningún patrullero había considerado necesario desenfundar su bláster.

—En ese caso tendré que encontrar a alguien que lo haga —dijo.

—¿Como ese montón de fracasados de ahí fuera? —preguntó Cav'Saran cáusticamente. Tras aquello desapareció todo rastro de frivolidad de su cara—. Bien, porque aparte de las multas que ya has pagado, quedas detenido por sedición e inducción a la reunión ilegal —arqueó las cejas—. Y creo que por *eso* te confiscaremos la nave —hizo un gesto de desdén—. Whisteer, mételo en una celda.

—Por mí perfecto —dijo sosegadamente LaRone—. Un juicio podría resultar muy esclarecedor.

—Bien visto —dijo Cav'Saran mientras Whisteer se le acercaba—. No vale la pena correr semejante riesgo por ti. ¿Whisteer? Mejor tíralo a un pantano —sonrió maliciosamente—. Gracias por comentarlo.

—Gracias a usted por confirmar todo lo que ya me habían comentado algunos ciudadanos —dijo LaRone—. Desde este mismo momento todo su contingente de patrulleros y usted mismo quedan detenidos.

Cav'Saran sonrió.

—¿Nos vas a detener tú y quién más?

Era el pie perfecto y Marcross tuvo suficiente olfato para aprovecharlo. Detrás de él oyó el suave repiqueteo de unas botas sobre el mármol. Pero aunque no lo hubiese oído, habría sabido que los demás soldados de asalto habían hecho una entrada majestuosa. Los suspiros repentinos, los movimientos de cabezas y cuerpos, y los ojos repentinamente abiertos como platos fueron indicios más que suficientes.

—En nombre del Imperio —dijo formalmente en aquel tenso silencio mientras sacaba su bláster de mano—, sus hombres y usted deben deponer las armas.

Whisteer maldijo entre dientes y desenfundó su bláster.

Mejor dicho, lo medio desenfundó. El disparo de Brightwater lo alcanzó de pleno en el pecho, abatiéndolo antes de que pudiese siquiera jadear.

A la derecha de la sala, tres de los hombres que LaRone había identificado como potenciales amenazas intentaron desenfundar sus armas. Estaba preparado y eliminó a dos, mientras Marcross se ocupaba del tercero. A la izquierda se produjeron dos disparos rápidos y al levantar la vista vio dos oficiales en uno de los balcones, colgando inertes sobre la barandilla, con los blásters escurriéndoseles entre los dedos hasta estrellarse contra el suelo.

Tras aquello se produjo un silencio aún más tenso.

—Estos seis han preferido desviarse del procedimiento legal —dijo LaRone—. ¿Alguno más?

Por un instante nadie se movió. Después, sin previo aviso, Cav'Saran sujetó el brazo del patrullero más cercano con la mano derecha y se colocó detrás de él. Le pasó el brazo izquierdo alrededor del cuello para que no se moviera y sacó su bláster.

Sin que pareciera siquiera que estaba apuntando, Grave giró ligeramente su bláster y disparó una descarga que pasó junto a la oreja del escudo humano y abrió un agujero en la cara de Cav'Saran.

LaRone esperó a que el cuerpo terminase de tropezar con uno de los escritorios y cayese al suelo.

—¿Alguno más? —gritó.

Nadie. Una hora después había terminado todo.

—Hemos detenido a los que estaban de patrulla —le informó Atmino tras escoltar al último de los patrulleros hasta las atiborradas celdas—. No eran muchos. Supongo que Cav'Saran estaba más interesado en aplastar nuestra protesta que en proteger la ciudad.

—Menciónelo en su informe —le dijo LaRone—. ¿Cuenta con suficientes expatrulleros para manejarlo todo?

—Creo que sí —dijo Atmino—. Aunque no acabo de entender para qué vamos a necesitarlos. ¿No piensan asumir las tareas de seguridad?

—No, eso ahora es responsabilidad suya —le dijo LaRone—. No somos partidarios de sustituir a los locales, excepto si no queda más remedio. El alcalde y el ayuntamiento les apoyan, ¿verdad?

—Oh, claro, sobre todo ahora que Cav'Saran y sus matones están encerrados —dijo Atmino con cierto desdén—. Aunque, para ser justo, no creo que ninguno de nosotros haya demostrado tener muchas agallas últimamente.

—Pues debería bastar —dijo LaRone—. Lo único que debe hacer el ayuntamiento es notificar oficialmente lo sucedido en Shelkonwa. Ellos darán su aprobación o quizá sugerirán algunas leves modificaciones.

—Mientras esas modificaciones no comporten volver a colocar a Cav'Saran en el cargo —dijo Atmino—. ¿Se llevan los señuelos?

—¿El qué?

—Las motojets —dijo Atmino—. Hicieron que Cav'Saran se las confiscara ilegalmente, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo LaRone. Era asombroso cómo la gente podía llegar a conclusiones tan equivocadas—. Sí, están en el camión deslizador.

—Bien —dijo Atmino—. Por cierto, no sé si les interesa, pero hemos descubierto una extraña conexión entre Cav'Saran y una banda pirata llamada Cicatriz de Sangre. ¿Han oído hablar de ella?

—No —dijo LaRone, frunciendo el ceño. ¿Un jefe patrullero corrupto y una banda *pirata*?—. ¿Qué tipo de conexión?

—Aún no hemos averiguado todos los detalles —admitió Atmino—. Pero en su despacho hemos encontrado una tarjeta de datos con información sobre la transmisión de un mensaje y el sistema de encriptado que debía emplear —sacó una tarjeta de datos de su bolsillo—. Les he hecho una copia por si querían echarle un vistazo.

—Gracias —dijo LaRone guardándose la tarjeta. Así, de sopetón, no se le ocurría nada menos prioritario que perseguir a un grupo de piratas, excepto una visita guiada al Palacio Imperial—. Creo que ese asunto atañe al gobierno del sector.

—Oh, también les mandaré una copia a ellos —le aseguró Atmino.

—Bien —dijo LaRone, tendiéndole la mano—. En cualquier caso, tenemos que irnos. Felicidades por haber recuperado su ciudad.

—No lo habríamos conseguido sin ustedes —dijo Atmino, dándole un breve pero firme apretón de manos. Miró a los cuatro hombres con armadura como si se preguntase si también debía darles la mano, pero aparentemente decidió que no—. Por cierto, no me han dicho el número de su unidad.

LaRone sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Durante las últimas horas, con el ajetreo de derrotar a los hombres de Cav'Saran y devolver la justicia al pueblo de

Janusar, casi había olvidado su propia situación. El comentario de Atmino se la devolvió como una riada.

—¿Para qué lo necesita? —preguntó evasivamente.

—Para poder mostrarles nuestro agradecimiento a sus superiores —dijo Atmino, aparentemente perplejo por la pregunta.

—Ah —dijo LaRone—. En realidad estamos en una misión especial, sin número de unidad oficial.

—Oh —dijo Atmino, un tanto atónito—. Pero les deben conocer de *alguna* manera.

—Por supuesto —dijo LaRone, intentando pensar algo rápidamente. Pero no se le ocurría nada. Excepto—. Nos conocen como la Mano del Juicio.

—Ah —dijo Atmino, mirando a los otros soldados de asalto—. Es… distinto. Pero les pega.

—Nos gusta —dijo LaRone, intentando mostrarse desenfadado, aliviado por la oscuridad relativa que ocultaba cualquier posible sonrojo de su cara. Menuda tontería había dicho—. Bueno, nos vamos. Buena suerte.

Llevaba dos calles conduciendo y ninguno de sus compañeros había dicho ni palabra, hasta que no pudo soportarlo más.

—Vale, me rindo —dijo—. Que alguien diga algo.

Los otros dejaron que el silencio se prolongase unos segundos más, hasta que, finalmente, Grave habló.

—Vale —dijo complacido—. ¿La *Mano del Juicio*?

LaRone hizo una mueca de desagrado. Sonaba aún peor en boca de Grave que cuando lo había dicho él.

—Lo sé, lo siento —gruñó—. Se me quedó la mente en blanco.

—Podrías haberle dicho un número de unidad al azar —comentó Quiller—. No le habría dado tiempo a contrastarlo antes de que nos larguemos del planeta.

—De acuerdo —dijo LaRone, su bochorno se convirtió en mal humor—. La próxima puedes hacer tú de oficial y portavoz del grupo.

—Genial —dijo débilmente Quiller—. ¿Eso significa que me has ascendido de dedo raso a pulgar?

—No es justo —dijo Grave, con el tono exagerado que LaRone conocía perfectamente por haber crecido con dos hermanos pequeños—. *Yo* quiero ser el pulgar.

—Bromas aparte, LaRone, será mejor que no haya próxima vez —intervino Brightwater—. Sé que teníamos que recuperar nuestras motojets, pero hemos tentado *demasiado* a la suerte.

—No lo creo —dijo LaRone.

—Pues créetelo —dijo Brightwater—. La armadura de soldado de asalto puede proporcionarnos cierta ventaja psicológica, pero en una proporción de cinco contra trescientos lo normal es que no hubiese funcionado.

—Pero nunca somos solo nosotros cinco —le recordó LaRone—. Esa es la cuestión. La presencia de un solo soldado de asalto siempre equivale a la de una legión de hombres

armados acechando entre las sombras. Vieron cinco y dieron por supuesto que había varios centenares más.

—Pero solo funcionará hasta que alguien se dé cuenta de que es un farol —advirtió Quiller.

—Si eso sucede, ese alguien morirá —replicó Grave.

—Puede —dijo Quiller—. Pero deberíamos preocuparnos por salvar nuestros pellejos. Cuanto antes salgamos de este sector, mejor.

Marcross se revolvió en su asiento.

—¿Qué prisa tienes? —preguntó.

—¿Qué prisa tengo? —replicó Quiller.

—Sigue queriendo que vayamos a Shelkonwa —le recordó Grave.

—En realidad, estaba pensando en la conexión entre Cav'Saran y los piratas Cicatriz de Sangre —dijo Marcross.

—¿Qué pasa con eso? —preguntó LaRone.

—¿Recordáis la banda de moteros que liquidamos en Drunost? —preguntó Marcross—. Aquellas franjas que llevaban en el hombro me parecieron demasiado elegantes para unos canallas como aquellos, por eso investigué un poco cuando volvimos a la nave. Resulta que la parte baja es básicamente el emblema en forma de cuerno retorcido de los Cicatriz de Sangre.

—Qué pequeña es la galaxia —murmuró Quiller.

—Quizá no lo sea tanto —dijo Marcross—. Puede que los Cicatriz de Sangre estén intentando expandir sus negocios.

—¿Haciéndose moteros y agentes del orden? —preguntó Grave.

—Tú ríete —dijo sombríamente Marcross—. Pero fíjate dónde hemos encontrado a los dos grupos. Los motoristas estaban sobre un núcleo de Transportes Consolidados, unos transportistas perfectos para cantidades pequeñas o medianas de material valioso o sensible. Cav'Saran montó su chiringuito en una ciudad situada a centenares de kilómetros de una planta de Incom que fabrica cazas estelares de ataque 1-7. ¿Alguien más detecta un posible patrón de funcionamiento?

Se produjo un momento de silencio.

—Contratar a trescientos matones es un plan muy caro —dijo finalmente Brightwater—. Dudo que las bandas de moteros salgan baratas, incluso las de aficionados como aquellos. Si los Cicatriz de Sangre están expandiendo su radio de acción, deben de estar ganando *mucho* dinero.

—O los están financiando —dijo Quiller en voz baja.

—Exacto —dijo Marcross—. ¿Y qué posible fuente de dinero podría tener interés en cazas y transportes clandestinos?

—¿La rebelión? —preguntó Grave.

—¿Y quién más? —dijo Marcross.

—No lo sé —dijo Brightwater, aparentemente receloso—. Los piratas son auténtica basura. Ni siquiera los rebeldes se asociarían con ellos.

—Intentan destruir el Imperio y acabar con el nuevo orden —le recordó Grave.

—Claro, pero atacar objetivos militares es muy distinto a saquear a civiles —replicó Brightwater.

—Por eso nos hemos esforzado tanto para detenerlos —dijo Marcross ásperamente—. Puede que los Cicatriz de Sangre ni siquiera sean una banda de piratas. Su nombre y reputación podrían ser la tapadera de una célula rebelde.

—Creo que Marcross tiene razón —dijo LaRone—. Deberíamos investigarlo.

—Pues enviad una nota anónima a la guarnición imperial más cercana y que se ocupen *ellos* —sugirió Grave.

—Buena idea, pero poco práctica —dijo Marcross—. Ya has oído lo que ha dicho Krinkins, no han tenido visitas imperiales desde hace ocho años, y la última casi por accidente. De hecho, por lo que sé, la *Represalia* es el único destructor estelar de todo el sector. Shelsha está en un lugar muy bajo en las prioridades de todo el mundo.

—Tampoco en Shelkonwa parecen muy interesados por este territorio —dijo Grave.

—No, es verdad —coincidió LaRone—. Quizá por eso los Cicatriz de Sangre han decidido instalarse aquí.

—A nosotros, por contra, nos sobra el tiempo —dijo Marcross—. Al menos podríamos investigar la posible conexión entre los Cicatriz y la rebelión. A lo mejor podemos tirar del hilo y regalarles a Shelkonwa y el Centro Imperial un objetivo militar real al que combatir.

—Eso me recuerda que nosotros también somos un objetivo —le recordó Quiller—. Creía que estábamos buscando un sitio para escondernos.

—No quiero decir que hagamos nada demasiado notorio —le tranquilizó Marcross—. Solo un reconocimiento rápido del territorio enemigo. Dejando de lado nuestras circunstancias actuales, seguimos siendo soldados de asalto.

—Ahora mismo buscados por otros soldados de asalto imperiales —insistió Quiller.

—Hicimos un juramento, proteger a los habitantes del Imperio —dijo tenazmente Marcross—. Erradicar una célula rebelde forma parte de nuestros deberes.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —preguntó LaRone.

—Volver a Drunost —dijo Marcross—. Cav'Saran fue lo bastante estúpido para dejar una tarjeta de datos incriminatoria tras él. Dudo que los motoristas rueran mucho más listos que él.

—Claro, en Drunost nos han visto a nosotros y la Suwantek —le recordó Quiller.

—No, solo nos vieron en *una* tienda —le corrigió Grave—. Y solo a LaRone y a mí.

—En cuanto a la nave, podemos utilizar otra de las identidades falsas que nos dejó el DSI —dijo Marcross—. ¿LaRone?

LaRone esperó a responder, como si estuviera pensándoselo. Aunque era puro teatro; ya había tomado una decisión.

—Merece la pena correr el riesgo —dijo—. Aunque alguien nos reconozca y nos delate, cosa que considero poco probable, aún dispondríamos de varias horas para fisgonear antes de que nadie pudiese causarnos ningún problema.

—¿Y si ya se ha perdido el rastro? —preguntó Quiller.

LaRone se encogió de hombros.

—Podemos ir al Borde Exterior desde Drunost igual que desde aquí —habían llegado al hangar de amarre y detuvo lentamente el camión deslizador junto al montacargas de estribor de la Suwantek—. ¿Estamos todos de acuerdo?

—Cuenta conmigo —dijo Quiller.

—Y conmigo —dijo Grave—. Si los rebeldes están compinchados con unos piratas, quiero cazarlos a los unos y los otros. ¿Brightwater?

—Sigue sin gustarme —dijo preocupado Brightwater—. Pero tampoco me gustaba el grum rallado encima de las tortas planas y aprendí a comérmelo. Si creéis que vamos a encontrar algo útil, contad conmigo.

—Pues ya está decidido —dijo LaRone. Abrió la puerta, salió del vehículo y se acercó a los controles del turboascensor—. Subamos esto y pongámonos en marcha.

—Drunost —dijo Han con un deje de hastío.

—Oh, vamos, Han —le dijo Luke—. No puede ser *tan* horrible.

Chewbacca, que estaba a poca distancia de la rampa de entrada del *Halcón,* lanzó un suave *urf*.

—Claro que puede —gruñó Han, lanzándole una mirada de advertencia al wookie—. Ya he estado antes. Son todo granjas, ranchos, minas y unos cuantos pueblos industriales. Pueblos muy bien organizados.

—Nos mantendremos alejados de los pueblos y las fábricas tanto como podamos —dijo Luke con su irritante jovialidad de granjero.

—Claro —dijo Han, perfectamente consciente de que no iba a ser así—. ¿Por qué no nos reunimos con el tal Porter en el espacio profundo, como va a hacer Leia?

—Porque Porter no tiene nave propia —dijo Luke pacientemente—. Vive en Drunost, allí tiene a su equipo y allí es donde quiere que nos encontremos.

—También es donde aparecieron de la nada aquellos soldados de asalto —le recordó Han.

—Pero se marcharon.

—Según él.

Luke inclinó la cabeza con una cara de tensa paciencia casi tan irritante como su jovialidad.

—Si no quieres hacerlo, puedo ir solo —ofreció. Miró de reojo a Chewbacca—. O podríamos hacerlo Chewie y yo.

—Sube a la nave —gruñó Han. Cuando aceptó la misión, el plan era hacer un viaje relámpago al sector Shelsha, fisgonear por unas cuantas cantinas, descubrir algunas pistas y volver a casa.

Pero después de que Luke, Rieekan y Su Alteza Trajes de Lujo y Peinados de Moda lo revisaron, la misión parecía haberse transformado en una gran gira diplomática, culminada con una reunión con el líder rebelde local.

En otras palabras: política. Precisamente aquello de lo que se había librado al no acompañar a Leia.

Claro que eso significaba que no viajaban con Leia, algo que siempre le divertía.

Un movimiento en la otra punta del hangar llamó su atención e hizo una mueca. Típico. Solo tenía que pensar en ella para que apareciera.

Iba vestida con un práctico mono marrón, aparentemente preparándose para su propia partida. Por un momento sus miradas parecieron cruzarse, aunque a aquella distancia era difícil saberlo. Ella se movió, sus hombros parecían indicar que pensaba acercársele.

—Hola, amigo —oyó una alegre voz de mujer desde la dirección contraria.

Han se dio la vuelta. Era una de las nuevas pilotos de Ala-X, Stacy no sé qué, recordaba vagamente.

—Hola —dijo, mirando a Leia por el rabillo del ojo mientras se acercaba a la piloto. Los hombros de Leia habían dejado de moverse y parecía petrificada, observándolo desde la otra punta del hangar.

—¿El grandullón y tú volvéis a marcharos? —dijo animadamente Stacy, caminando hacia él.

Han reprimió una mueca y la transformó en un sonrisa amistosa. Y pensar que la jovialidad de *Luke* le resultaba irritante.

—Ya sabes cómo funciona esto —dijo Han—. Cuando hay un problema necesitan a alguien que lo arregle.

—Y te lo encargan a ti —dijo ella con una sonrisa cómplice—. Bueno, que te diviertas.

—Siempre lo hago —contestó él, pasando un dedo por el pelo de Stacy. Si Leia quería espectáculo, lo iba a tener—. Tú mantón las cosas controladas por aquí, ¿vale?

—Por supuesto —dijo ella y se marchó tranquilamente, dedicándole otra sonrisa.

Han la miró irse y después se dio la vuelta.

Leia ya no parecía interesada en ir a su encuentro. De hecho, había desaparecido por completo.

Sonrió levemente al ver aquel trozo de cubierta desierto. *Así* aprendería a tratarle como era debido. Echó un último vistazo al tren de aterrizaje del *Halcón* y se dirigió a la rampa.

Intentó ignorar un inquietante aguijonazo de culpabilidad.

CAPÍTULO NUEVE

Barshnis Choard, gobernador del sector Shelsha, era un hombre grande como un rancor: alto y de hombros anchos, con un pelo negro indomable y una barba frondosa que le daban más aspecto de pirata que de gobernador de una porción considerable del territorio imperial. Siempre que se enfadaba deambulaba por su despacho, caminando sobre la gruesa moqueta con una expresión que disuadía a cualquiera de cruzarse en su camino e incluso respirar demasiado fuerte.

Y ahora estaba enfadado. Más enfadado de lo que el administrador jefe Vilim Disra lo había visto nunca.

—No quiero excusas —rugió Choard—. Quiero resultados. ¿Me entiendes, Disra? *Resultados.*

—Sí, Su Excelencia —dijo Disra, inclinando la cabeza con aquella actitud medio servil que era la mejor vía de salir indemne de los arrebatos del gobernador—. Me ocuparé de ello inmediatamente.

—Pues no te quedes ahí parado —gruñó Choard—. Vete y hazlo.

—Sí, Su Excelencia —Disra hizo otra reverencia y huyó.

Su propio despacho estaba a dos puertas de distancia de la enorme sala de recepciones del gobernador. Aunque era más humilde, estaba conectado al laberinto de pasadizos secretos que recorría las zonas de trabajo y la vivienda del propio gobernador. Esto permitía que los visitantes privados de Disra entrasen en el palacio sin avisar, con la misma facilidad que el mismísimo Choard.

Y, por supuesto, el visitante al que esperaba estaba en una de las cómodas sillas del círculo de debates del despacho.

—Llegas tarde —le dijo Caaldra.

—Estaba ocupado —respondió Disra, asegurándose de que la puerta estuviese cerrada—. El gobernador está enfadado.

—El gobernador siempre encuentra motivos para enfadarse —dijo Caaldra con desdén, y Disra se acercó al círculo—. ¿Qué ha pasado esta vez? ¿La sopa estaba fría? ¿Han escogido la cubertería equivocada para el próximo banquete?

—Hablemos de cosas más interesantes, ¿te parece? —sugirió Disra—. Empezando por la banda de motoristas Bargleg. ¿Los enviaste a Drunost para interceptar un cargamento de rifles bláster pesados?

—Los enviaron los Cicatriz de Sangre, sí —dijo Caaldra—. ¿Qué ha pasado? ¿Los correos rebeldes se resistieron?

—Los rebeldes no necesitaron mover ni un dedo —dijo fríamente Disra—. Unos soldados de asalto se ocuparon todo.

Caaldra entornó los ojos.

—¿Soldados de asalto?

—Si no lo eran, los imitaban muy bien —dijo Disra—. Me aseguraste que prácticamente se había retirado toda la presencia imperial del sector Shelsha.

—Y es así —dijo Caaldra, frunciendo el ceño—. La *Represalia* y unos pocos acorazados se dedican a patrullarlo. Hay dos guarniciones del ejército, una en Minkring y otra en Chaastern Cuatro, nada más.

—Pues quizá puedas explicarme de dónde salieron esos soldados de asalto —replicó Disra—. ¿De la *Represalia*?

—La *Represalia* nunca se acerca a más de cincuenta años luz de Drunost —dijo Caaldra, arrugando la nariz—. Al capitán Ozzel le gusta llevar una rutina sencilla y cómoda. Es un tipo terriblemente predecible.

—Bueno, de *algún sitio* tuvieron que salir —le espetó Disra—. El comodoro dice que los Bargleg vieron al menos tres escuadrones, que además contaban con apoyo de armamento pesado.

—Llamaron al comodoro para llorarle, ¿verdad? —preguntó sarcásticamente Caaldra—. Espero que, como mínimo, aprovechasen uno de los lanzamientos de mensajes.

—Creo que no —dijo Disra—. Además, lo de llorar funciona mucho mejor si se hace en persona.

A Caaldra se le tensó la cara.

—¿Llamaron a Gepparin *directamente*? —preguntó—. Malditos *idiotas*.

—Esos idiotas están en su mayoría muertos —le recordó Disra—. Y se han llevado a la tumba el millón de créditos que debían pagar por su reclutamiento, debo añadir.

—Olvídate del dinero —le espetó Caaldra—. ¿Eres ciego y estúpido? Las llamadas directas dejan una huella rastreable en los sistemas de la HoloRed.

—¿Quién va a rastrearlo? —replicó Disra—. ¿Y hasta dónde? De Drunost deben salir centenares de miles de transmisiones por HoloRed cada hora. Nadie podrá averiguar cuál fue la suya.

—Sigue siendo una chapuza —insistió Caaldra, calmándose un poco—. Pero, ¿qué se puede esperar de una banda de motoristas?

—Yo, personalmente, esperaba recuperar el dinero que nos han costado —dijo Disra—. Por cierto, los supervivientes quieren marcharse de Drunost y el comodoro una compensación por el carguero Barloz con el que fueron hasta allí.

—¿La nave fue incautada?

—Fue destruida —corrigió Disra—. Recuerda el apoyo de armamento pesado.

Caaldra hizo una mueca.

—Vale, le echaré un vistazo —dijo—. Puede que los daños no sean tan graves como creen los Bargleg.

—¿Y si lo son?

—Transportes Consolidados tiene un pequeño banco cerca de su sucursal —dijo Caaldra—. Reuniré a unos cuantos tipos e iremos hacia allí a cobrarnos la compensación del comodoro.

—Bien, ya que estáis, podríais echar un vistazo por Ranklinge —sugirió Disra—. Me han soplado que hace unas horas fue destituido el hombre que colocaste de patrullero jefe en Janusar. Por la fuerza.

—Vaya, eso *es* imposible —dijo rotundamente Caaldra—. Cav'Saran conoce muy bien su oficio. Seguro que lo primero que hizo fue confiscar todas las armas del distrito.

—No dudo que fuera muy meticuloso —dijo Disra—. Pero, para su desgracia, los soldados de asalto fueron lo bastante sensatos para llevar las suyas.

Un músculo se tensó en la mejilla de Caaldra.

—¿*Más* soldados de asalto?

—Sí, *más* soldados de asalto —replicó Disra—. Y, teniendo en cuenta que me dijiste que Cav'Saran disponía de trescientos tipos curtidos, debían de ser al menos *cinco* escuadrones.

A Caaldra se le nubló ligeramente la vista.

—Sí, bueno, puede que sus hombres no fuesen *tan* duros —reflexionó—. No creo que contratase a nadie que le saliese demasiado caro. En realidad, solo se trataba de intimidar a una pequeña ciudad de civiles desarmados. Siempre ha sido un poco tacaño.

—Pues ya es tarde para que aprenda la lección —dijo Disra—. Está muerto, como seis de sus hombres. El comandante del escuadrón de soldados de asalto identificó a su grupo como la Mano del Juicio, por cierto.

—Un nombre muy interesante —dijo reflexivamente Caaldra—. No sigue el formato estándar.

—Puedes presentar una queja ante el Mando de los soldados de asalto —dijo mordazmente Disra—. Sigo esperando que me expliques de dónde ha salido esta maldita Mano del Juicio.

—Queda claro que no son fuerzas oficiales —dijo lentamente Caaldra—. Se supone que la oficina del gobernador siempre es informada cuando unidades militares imperiales operan en su sector y mis topos en los sistemas de inteligencia no me han comunicado que se hayan destinado más soldados de asalto a la zona.

—¿Estás sugiriendo que los Bargleg y medio Janusar deliran?

—Ni mucho menos —dijo Caaldra, en un tono repentinamente sombrío—. Sugiero que quizá tengamos un agente imperial en nuestro sector.

Disra sintió que se le secaba la boca.

—¿Un *agente* imperial? ¿Quieres decir que el Centro Imperial nos está investigando?

—No necesariamente —dijo Caaldra—. Puede que solo anden tras los Cicatriz de Sangre.

—¿No me habías dicho que el Centro Imperial había decidido dejar en paz a los piratas?

—En general así es —dijo Caaldra—. Pero hemos asaltado ocho transportes militares en los últimos dieciocho meses. Puede que el Centro Imperial, finalmente, se haya dado cuenta.

—Maravilloso —gruñó Disra—. Se suponía que esos objetivos militares quedarían disimulados por los objetivos civiles que hemos atacado. Es uno de los motivos que diste para pagar grandes cantidades de dinero a otros grupos de piratas y saqueadores, ¿no?

—Confía en mí, cuando llegue el momento celebrarás tener todo ese arsenal adicional bajo un control centralizado —dijo Caaldra.

—Si *llega* ese momento —le advirtió Disra—. ¿Y qué me dices del agente imperial?

—¿Qué pasa con él? —dijo Caaldra—. El Centro Imperial no sabe nada; si lo supieran, ya tendríamos una docena de destructores estelares en el sector, no un agente y unos cuantos escuadrones de soldados de asalto. Por ahora podemos dejarles que fisguen un poco por la periferia.

—¿Y si empiezan a fisgar más cerca del *centro*?

—Antes tendrían que descubrir dónde está —dijo Caal-dra—. Si nadie hace ninguna estupidez, como ignorar los lanzamientos de mensajes, es imposible que ningún agente imperial pueda localizarnos, ni a los Cicatriz de Sangre ni a nosotros. Como mínimo sin que nos dé tiempo a huir.

Disra refunfuñó. Pero era Caaldra el que tenía entrenamiento militar. Probablemente sabía de lo que hablaba.

—¿Y Rankling? —preguntó—. Sin Cav'Saran, ya no tenemos un contingente de asalto cerca de la planta de 1-7.

—Eso no es problema —le tranquilizó Caaldra—. Habría sido precioso bombardear la planta desde tierra, pero podemos asaltarla con la misma facilidad desde el aire. Le pediré al comodoro que se lo encargue a alguien.

—¿Alguien despiadado, capaz y prescindible?

—En líneas generales, sí —dijo Caaldra—. En cuanto a los rifles bláster que no pudieron robar los Barglegs, no tienen la menor importancia. Tengo un cargamento controlado que será incluso mejor para neutralizar las guarniciones de Minkring y Chaastern Cuatro.

—¿Más E-Webs de repetición?

—No, ya tenemos muchos de esos —le tranquilizó Caaldra—. Te lo contaré cuando sepamos si los Cicatriz han podido realizar el saqueo; sus mejores nave y tripulación ya están yendo hacia allí —se levantó—. Pero puede que el comodoro no nos los quiera entregar si no le damos en mano la compensación por el Barloz perdido. Será mejor que te ocupes de eso.

—Ten cuidado —dijo Disra—. Con un agente imperial suelto, no podemos permitirnos ningún desliz.

—No los habrá—le aseguró Caaldra—. Relájate, Disra. Tu gobernador pasará a la historia. ¿Lo recuerdas? —con una leve sonrisa cruzó la sala hasta la puerta secreta y desapareció por los pasadizos.

Solo entonces Disra se permitió sonreír. Sí, el gobernador Choard iba a pasar a la historia.

Pero no de la forma que todos esperaban.

Uno de sus instructores le había enseñado a Mara que los capitanes piratas casi nunca utilizan en sus naves el sistema militar estándar de tres turnos idénticos. Suelen hacer un turno diario y todo el mundo, excepto un piloto de guardia, se retira a sus camarotes para dormir durante la noche.

Como descubrió, Shakko era el típico capitán pirata.

Mara dedicó las dos primeras noches a vagar libremente por la nave, registrándolo todo, excepto los camarotes y la cabina, en busca de la tarjeta de datos de Caaldra. Los camarotes eran un objetivo más complicado pero, tras un par de días estudiando los movimientos de los piratas, descubrió que pasaban la mayor parte del tiempo que no estaban durmiendo, y no dedicaban a las comidas, fuera de la zona de camarotes; ya fuese haciendo guardia en la cabina o la sala de ingeniería, o trabajando en el armamento de la bodega delantera. Con sigilo y la presciencia que le proporcionaba la Fuerza, fue capaz de encontrar oportunidades para colarse y registrar todos los camarotes.

Desgraciadamente, no le había dado ningún fruto. O Shakko había guardado la tarjeta de datos en la cabina, el único lugar que no había podido registrar, o la llevaba encima.

Y se le empezaba a acabar el tiempo. La búsqueda ya le había llevado cuatro días y solo faltaba uno para el asalto programado de los piratas. Hasta aquel momento había evitado cualquier contacto con la tripulación, consciente de que dos apagones accidentales en un mismo vuelo harían que hasta el más estúpido de los piratas se hiciese algunas preguntas. Pero si no había otro remedio, tendría que hacerlo.

El cuarto día había llegado a su fin en la nave y estaba esperando en la madriguera de la bodega de carga que todo el mundo se retirase a pasar la noche, cuando oyó unos pasos suaves.

Se enderezó y proyectó sus sentidos. En aquellos cuatro días había tenido visitas ocasionales en el hangar de carga, pero los pasos siempre habían sido relajados, despreocupados. Los visitantes habían ido directamente hasta alguna caja y se habían marchado con la misma tranquilidad. Ahora, por contra, los intrusos venían en grupo y estaba claro que intentaban no ser oídos.

Y se dirigían directamente hacia la pila de cajas en la que estaba escondida.

Se colocó silenciosamente en cuclillas, asegurándose de que tenía a mano su bláster y la espada de luz. Apoyando la espalda contra el amplio barril que sostenía el techo de su guarida, se preparó para el combate. Probablemente empezarían lanzándole algún tipo de granada…

Efectivamente, un segundo después una pequeña granada de conmoción cayó limpiamente por uno de los respiraderos que había dejado entre las cajas y rebotó sobre la cubierta, justo frente a ella.

Se giró instantáneamente hacia la derecha, rodando de espaldas sobre sus hombros y lanzando las piernas por encima de su cabeza. En mitad de aquella voltereta de espaldas,

volvió a girarse, esta vez hacia la izquierda, bajando las piernas y empujándose contra la cubierta con el hombro y antebrazo izquierdos.

Cuando la granada estalló volvía a estar acurrucada al otro lado del barril.

La detonación fue ensordecedora, el impacto levantó unos centímetros las cajas que hacían de tejado y golpeó el barril del eje contra su espalda. El golpe fue demasiado para el precario equilibrio de la guarida y, cuando se apartó del barril, se desmoronó. Las dos cajas que tenía justo encima se salieron de sus soportes y le cayeron sobre la cabeza. Las desvió hacia ambos lados de sus hombros con la Fuerza.

Le habría resultado más sencillo echar mano de la Fuerza al principio, para recoger la granada y sacarla de su guarida. Pero eso habría permitido que los atacantes se diesen cuenta de que los había detectado. Así serían menos cautelosos, convencidos de encontrar a su víctima indefensa o muerta. Sacó su bláster y se levantó.

El grupo estaba formado por cuatro piratas, colocados en semicírculo alrededor de ella, con los ojos desorbitados por su repentina aparición y los blásters en las manos, aunque apuntados descuidadamente hacia el suelo. Mara levantó la pistola y abrió fuego.

Abatió a los dos del centro antes de que ninguno pudiera colocar el arma en posición de disparo. El tipo de la punta izquierda fue el más rápido y Mara tuvo que agacharse para esquivar un disparo que le pasó cerca de la cabeza. Proyectó la Fuerza hacia él y su segundo disparo, para su asombro y consternación, abatió al pirata de la punta derecha, ya que Mara giró la mano que empuñaba la pistola hacia aquella dirección.

Seguía teniendo expresión de incredulidad cuando el último disparo de Mara terminó definitivamente con su capacidad expresiva.

Estaba saliendo de las ruinas de su escondite cuando sintió bajo sus pies un estruendo sordo, una especie de temblor sin el correspondiente ruido, seguido inmediatamente por una vibración más sutil y extensa. Frunció el ceño, preguntándose qué tramaban aquellos piratas.

Y entonces, en medio de una descarga de adrenalina, lo entendió. El ruido sordo lo había producido la bajada de la sección delantera del casco del hangar de armas, la vibración más larga eran disparos de los láseres cuádruples y un cañón de iones, y la ausencia total de ruido se debía a la falta total de aire en el hangar.

Los piratas estaban lanzando su ataque un día antes de lo previsto.

Mara estaba a medio camino del hangar de armas cuando se dio cuenta de repente de que no podía hacer nada para detenerlos. Con aquella zona abierta al espacio, lo único que haría al entrar sería dejar escapar el aire del resto de la nave, matando a todos sus ocupantes, ella incluida. Había trajes espaciales sin usar en la sección de motores, pero tardaría unos minutos valiosísimos en enfundarse uno.

Pero si no podía detener el ataque directamente, quizá pudiese hacerlo indirectamente.

Esperaba que la puerta blindada de la cabina estuviese sellada y acertó. También esperaba que su espada de luz la abriera sin problemas y volvió a acertar. Con el brillante filo magenta en posición de guardia frente a ella, entró de un salto.

En la cabina había cuatro piratas, incluidos Shakko y Tannis, todos con sus blásters desenfundados y listos para disparar. Pero en vez de hacerlo todos a la vez, lo que le habría dado más problemas, abrieron fuego de forma más o menos aleatoria. Sus descargas rebotaron contra el filo de su espada de luz y terminaron crepitando contra la cubierta, el mamparo o el techo. Avanzó lentamente, sin dejar de agitar la espada, procurando que las descargas desviadas no impactasen en los controles ni, aún peor, en el parabrisas de transpariacero.

—¡Rendios! —ordenó, aunque la palabra salió con dificultades mientras reducía parte de la atención de su defensa para poder hablar.

—Que te achicharren —gruñó Shakko como respuesta—. Maldito imper…

La maldición se convirtió en balbuceo cuando le metió un tiro en la garganta.

Los restantes tres piratas redoblaron sus esfuerzos, pero las primeras sombras de miedo empezaban a asomar entre su ira. Aunque ni el miedo ni la ira podían ayudarlos ya. Mara controlaba el ritmo y la distancia, y los dos siguientes disparos enviaron a otros dos piratas a hacer compañía a su fallecido capitán. El último, Tannis, dudó una fracción de segundo, después levantó su bláster y le disparó de modo desafiante directamente a la cara.

Con solo un oponente en pie, podía permitirse ciertas sutilezas. En lugar de hacer rebotar el disparo contra el torso de Tannis, lo lanzó contra su cadera derecha.

El pirata gritó de dolor y cayó al suelo cuando le falló la pierna. Su bláster perdió la dirección. Mara dio un paso adelante, dibujó una estrecha espiral con su espada y partió por la mitad la pistola del pirata. Alargó la mano izquierda, con la palma abierta, y le dio un empujón con la Fuerza que lo hizo tambalearse y retroceder hasta caer en el asiento de copiloto.

—No te muevas —le ordenó, colocándose junto a él y echando un vistazo a través del parabrisas. La nave que debía de ser su objetivo era un gran carguero rendili, de alta categoría, por lo que veía. O, como mínimo, lo había sido en el pasado. Con los láseres de la nave pirata ametrallando el casco y los motores, estaba perdiendo rápidamente el lustre de nave nueva. Miró a babor y encontró el control de compensación de aceleración.

Aquel sistema disponía de mecanismos de seguridad incorporados que impedían que nadie pudiese apagarlo fácilmente, por lo que ni se molestó en intentarlo. Prefirió clavar su espada de luz en aquella parte del tablero, fundiendo los controles y enviando una descarga de retroalimentación al sistema, con la esperanza de que destruyera todo lo que encontrase a su paso.

Los indicadores del compensador se pusieron en rojo. Mara apagó su espada de luz y la dejó a un lado.

—Será mejor que te ates bien el cinturón —le advirtió a Tannis mientras se sentaba en el asiento de piloto y se ataba sus cinturones. Al mirarlo de reojo, se dio cuenta de que Tannis se había soltado la pierna herida y le había hecho caso. Estaba claro que era un superviviente nato y Mara decidió archivar aquel dato para consideraciones futuras. Tecleó algo en el impulsor principal y la nave dio un breve acelerón.

Una mano invisible la empujó con fuerza contra el respaldo de su asiento. Tannis lanzó un grito ahogado, una reacción que Mara entendió perfectamente. Nadie volaba sin compensadores y aunque las maniobras más delicadas podían forzarlos lo suficiente para aliviar parte de la aceleración, ni siquiera Mara estaba completamente preparada para la sensación que producía su completa ausencia.

Desconectó el impulsor y aquella presión se desvaneció tan bruscamente como había llegado. Se agarró fuerte, conectó los propulsores delanteros y volvió a acelerar.

La mano invisible volvió a hacer de las suyas, empujándola esta vez contra los correajes. Con los propulsores delanteros aún llameando, conectó los reactores de dirección de estribor, lo que hizo que su cadera derecha se apretase contra el brazo del asiento.

Los disparos del hangar de armamento habían cesado, sustituidos por unos gritos y maldiciones airados que salían del altavoz del comunicador. Ignorando las quejas, apagó todos los propulsores y activó los reactores de babor, después los propulsores principales y finalmente los reactores delanteros y de estribor, a la vez. Después, volvió a desconectarlo todo y se inclinó hacia delante para mirar a través del parabrisas.

Allí estaban: justo delante del hangar de armamento abierto había diez cuerpos enfundados en trajes espaciales. Las maniobras de Mara los habían hecho golpearse entre ellos, los habían sacudido violentamente y les habían hecho estrellarse contra la nave. Ahora flotaban, retorciéndose indefensos en el vacío del exterior de la nave.

Las quejas que le llegaban por el comunicador se fueron terminando, reemplazadas por un amplísimo abanico de insultos un tanto perplejos. Tras silenciar aquella palabrería, Mara activó el sistema de comunicación.

—Carguero rendili, le habla el HT-2200 corelliano que le estaba disparando —anunció—. Me he hecho con el mando de la nave y he detenido el ataque. Le ruego que me dé su identificación, la de su nave y la del cargamento.

Se produjo una breve pausa.

—¿Quién habla? —preguntó una voz recelosa.

—El nuevo capitán de esta nave —contestó Mara—. De momento es todo lo que necesita saber. Páseme su identificación, la de su nave y la de la carga.

Se produjo otra pausa, esta vez más larga. Estaba claro que su interlocutor estaba intentando comprender qué especie de trampa estaban intentando tenderle sus atacantes. También estaba claro que sabía que no iba a servirle de nada.

—Soy el capitán Norello, comandante de la *Via Happer* —dijo finalmente—. Somos un carguero civil privado contratado por el ejército imperial en Chandrila.

Así que el cargamento que Caaldra se había pedido era material militar imperial. Interesante.

—¿Y la carga?

Se produjo otra breve pausa.

—Cincuenta AT-ST para la guarnición de Llorkan.

Mara sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Los Transportes de Exploración Todo Terreno, los AT-ST, eran uno de los vehículos de combate más versátiles del ejército, operativos en casi todo tipo de terrenos desde bosques gigantescos hasta abarrotados centros de ciudades. Adecuadamente desplegados, con cincuenta se podía arrasar todo un distrito, incluso capturar y controlar un pequeño mundo colonia.

¿Qué demonios *pretendía* Caaldra?

—¿Han sufrido daños graves? —preguntó.

Se oyó un gruñido.

—Diría que estaremos una temporadita sin poder ir a ningún sitio.

—Necesito una estimación más precisa que esa —dijo ásperamente ella—. ¿Lleva a bordo personal militar de mando?

—No llevamos personal militar —dijo Norello—. Somos un transporte civil.

—Sí, ya me lo ha dicho —dijo Mara, dándole vueltas a la cabeza. Como Mano del Emperador teóricamente podía disponer de todo el personal o recursos que decidiera colocar bajo su mando. Aunque en la práctica solo era posible si encontraba alguien a quien pudiera demostrarle su identidad—. ¿Dónde está la nave capital imperial más cercana? —preguntó.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Transporta cargamento militar —replicó Mara—. Eso significa que tiene una lista de contactos para emergencias.

Se produjo otro instante de silencio y cuando Norello volvió a hablar lo hizo con un nuevo y sutil deje de respeto en la voz.

—Sí, señora, la tengo —dijo—. La nave capital más cercana es el destructor estelar *Represalia.* Puedo pasarle sus datos.

—Será mejor que les llame usted mismo —dijo Mara—. Las naves piratas pueden estar manipuladas para recibir las comunicaciones de largo alcance desde una posible base.

—Sí, señora —dijo Norello—. ¿Qué debo decirles?

—Dígales que quiero hablar con el capitán —dijo ella—. *Solo* con el capitán.

—Entendido —dijo Norello.

El comunicador quedó en silencio y Mara se giró hacia Tannis.

—¿Dónde debían entregar los AT-ST?

El la examinó fríamente, el dolor de su pierna herida parecía arder en sus ojos.

—¿Y qué gano yo?

—¿Salvar el cuello? —le sugirió Mara.

Tannis negó con la cabeza.

—Empiezas bien, pero sospecho que puedes hacerlo mucho mejor.

Mara miró la cabina. Las únicas tarjetas de datos visibles estaban en el estante que quedaba junto a su rodilla. Alargó la mano y las sacó.

—No está ahí —dijo Tannis.

—¿El qué? —preguntó Mara, hojeándolas.

—La tarjeta con los datos del asalto —le dijo Tannis con un tono de taciturno deleite en la voz—. Shakko nunca dejaba esas cosas donde nadie pudiera encontrarlas. Le transmitió los datos al comodoro, memorizó la tarjeta y la destruyó.

—En ese caso supongo que será mejor que hable con el comodoro —dijo Mara—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Y qué gano yo? —repitió Tannis.

Mara recurrió a la Fuerza. A pesar de su dolor y miedo pudo percibir una sensación de desafío sólida como una roca. Tannis sabía que tenía algo que ella quería y estaba dispuesto a jugarse todas sus bazas a la posibilidad de que ella necesitara aquello lo suficiente para verse obligada a negociar.

—La pena por tus crímenes es la muerte.

—Lo sé. ¿Y?

—Puedo conmutarla por veinte años de colonia penal.

Él frunció los labios pensativamente, después negó con la cabeza.

—No —dijo—. Nada de cárceles.

Mara arqueó las cejas.

—Debes de estar bromeando. Aunque pueda hacer un trato de ese tipo, ¿qué te hace pensar que la información que posees lo vale?

—Oh, puedes hacer el trato, genial —dijo—. Mira, recibimos un mensaje de uno de nuestros contactos…

—¿Te refieres a Caaldra?

ATannis le temblaron los labios.

—Sí, Caaldra —dijo con preocupación. Probablemente también pretendía negociar por darle ese nombre—. Nos dijo que quizá había un agente imperial husmeando —desvió la vista hacia los cuerpos de sus tres compañeros muertos, tirados en una pila justo donde las violentas maniobras de Mara los había dejado—. Supongo que se refería a ti. Así que o negocias o pierdes el rastro.

—Los destructores estelares contienen un equipo de interrogatorio completo —le recordó Mara.

Tannis tragó saliva.

—Eso lleva tiempo —dijo, aparentemente reacio a abandonar su fanfarronería—. Si no entregamos el cargamento en el momento previsto, el comodoro entenderá que algo ha salido mal y se esfumará.

Mara sabía que podía tratarse de un farol, pero el dolor y nerviosismo general de Tannis le impedían interpretarlo con precisión. Pero si no lo era, si el comodoro escapaba, podía terminar tal como había empezado.

Aquella misión era muy interesante para correr ese riesgo.

—¿Señora? —dijo la voz del capitán Norello por el comunicador—. Tengo comunicación con la *Represalia.*

—Conécteme y después apague su altavoz —le ordenó Mara—. Haré parpadear las luces de aterrizaje cuando pueda volver a encenderlo.

—Sí, señora.

Se oyó un clic.

—Al habla el capitán Ozzel del destructor imperial *Represalia* —dijo una voz ronca por el altavoz—. ¿Quién demonios me reclama?

—Mi código de registro es Hapspir, Barrini, Corbolan, Triaxis —dijo Mara—. ¿Quiere que se lo repita?

—No —dijo Ozzel. La brusquedad que había mostrado inicialmente había desaparecido repentinamente—. ¿Cuál es su… es decir, cómo debo llamarla?

—Mano del Emperador —le dijo Mara—. ¿Tiene nuestras coordenadas actuales?

—Las tenemos —le confirmó Ozzel.

—Pues deje lo que estén haciendo y venga aquí lo más rápido que pueda —le ordenó.

—Recibido —dijo Ozzel, rígidamente formal—. Estaremos ahí en unas diez horas estándar.

—Bien. Mano del Emperador, corto.

Esperó el clic que significaba que la *Represalia* había cortado la transmisión e hizo parpadear las luces de aterrizaje dos veces.

—Al habla Norello —dijo al cabo de un instante.

—¿Tiene ya una estimación de la duración de la reparación?

—Según parece, tardaremos unas treinta horas en volver a tener los motores operativos —dijo él—. Hay perforaciones graves en el casco que debemos reparar.

—Espabilen con eso —le ordenó Mara—. La *Represalia* ya viene hacia aquí; me ocuparé de que sus ingenieros les echen una mano en cuanto lleguen. ¿Cuál es la tripulación mínima con la que puede operar su nave?

—Cuatro personas —dijo Norello con un leve tono de cautela—. ¿Por qué?

—Se lo comunicaré cuando llegue la *Represalia* —le dijo Mara—. Quizá quieran enviar una embarcación a recoger a los diez piratas que están flotando ahí fuera. Supongo que tiene un lugar seguro para encerrarlos.

—Ya lo encontraremos —la tranquilizó Norello seriamente—. ¿Los quiere vivos?

Mara miró a Tannis. Parecía que hubiese visto un fantasma. Se dio cuenta de que los rumores sobre la Mano del Emperador habían llegado incluso hasta el Margen.

—Solo —le dijo a Norello—, hasta que comprobemos si necesitamos a alguno para algo.

El capitán Ozzel desconectó el comunicador de su despacho y miró al hombre que tenía sentado al otro lado del escritorio.

—La Mano del Emperador —dijo mientras un escalofrío le recorría la espalda.

—Cálmate, capitán —le dijo severamente el coronel del Departamento de Seguridad Imperial, Vak Somoril—. Nada de lo que he oído me hace pensar que pueda saber algo sobre los desertores.

Y si lo sabía, reflexionó amargamente Ozzel, Somoril encontraría, sin duda, la manera de cargarle toda las culpas al capitán de la *Represalia*.

—Deberíamos haber comunicado el caso —gruñó—. No debí dejar que me convencieras de lo contrario.

—¿De verdad quieres que tus superiores sepan que dejaste escapar a cinco soldados de asalto? —preguntó Somoril—. ¿Sobre todo siendo uno de ellos ese soldado tan particular? ¿Qué saliste del hiperespacio cuando a ellos les convino?

—No es *mi* reputación lo que te preocupa —replicó ásperamente Ozzel—. Tu segundo oficial fue asesinado con su propia arma. Me encantaría estar en la próxima reunión presupuestaria cuando los representantes del DSI empiecen a predicar sobre la profesionalidad de su personal.

Durante un segundo temió haberse excedido. La expresión de Somoril se endureció y vio una mirada letal en sus ojos, que se fue disipando.

—Creo que los dos comprendemos la trascendencia de la situación, capitán —dijo Somoril—. Nuestras dos carreras podrían sufrir graves consecuencias. La cuestión es qué vamos a hacer, concretamente, al respecto.

—Para empezar, no la dejaremos subir a la *Represalia* —dijo Ozzel—. Toda esa historia del carguero asaltado puede ser un simple pretexto para la investigación.

—Estaba pensando en una solución más definitiva —dijo Somoril—. ¿Cuántas personas tienen conocimiento de la muerte del mayor Drelfin?

—Demasiadas —dijo taciturnamente Ozzel—. El comandante Brillstow y parte de la tripulación del puente del mismo turno, todo el contingente de soldados de asalto…

—He dicho de la muerte de Drelfin, no la deserción —le interrumpió Ozzel.

—Oh —Ozzel lo pensó un momento—. Serían: el tripulante que encontró el cuerpo, el médico que lo examinó, un par de droides médicos, el comandante Brillstow, tú y yo. Además de todos a los que se lo hayas contado.

—No se lo he contado a nadie —dijo Somoril, que se daba golpecitos con los dedos en la barbilla mientras miraba hacia un punto situado encima del hombro de Ozzel—. Es decir, tres personas aparte de nosotros. ¿Estás seguro de que el técnico y el médico no se lo han contado a nadie más?

—Razonablemente seguro —dijo Ozzel, preguntándose adonde quería llegar el coronel con aquello—. Les advertí que mantuvieran el pico cerrado, tal como me dijiste.

—Ya *sé* lo que te dije —dijo ásperamente Ozzel—. Lo que preguntaba es si habrán seguido correctamente esas instrucciones —respiró hondo y soltó el aire en un suspiro cuidadosamente medido—. Muy bien. Capitán, a partir de este momento puedes añadir a tu cuaderno de registro el hecho de que la, hasta ahora, inexplicable partida del carguero *Gillia* se trata, en realidad, de una misión secreta del DSI, llevada a cabo por el mayor Drelfin y cinco soldados de asalto que elegiste entre el contingente de la nave.

Ozzel lo miró fijamente.

—¿Te has vuelto *loco*? —preguntó—. ¡Tenemos el *cuerpo* de Drelfin ahí abajo!

—Desaparecerá en menos de una hora —dijo monótonamente Somoril—. Sin duda, antes de que lleguemos a nuestra cita con el *Vía Happer*.

—¿Y qué pasa con el técnico y el médico?

Somoril frunció los labios brevemente.

—Apunta también que Drelfin te envío una solicitud privada para que le mandases un técnico y un médico.

Ozzel sintió que la sangre no le llegaba al cerebro.

—No puedes decirlo en serio.

—Vamos —dijo sardónicamente Somoril—. Los remilgos no son propios de un oficial imperial de alto rango.

—No pienso participar en esto —insistió Ozzel—. Estás hablando de un asesinato deliberado…

—Esto es una guerra, capitán —le cortó duramente Somoril—. En la guerra mueren hombres, permanentemente. Es un peaje minúsculo por mantener a dos oficiales de alto rango en sus puestos —arqueó las cejas—. ¿O prefieres que te degraden y te manden a casa con deshonor?

Ozzel hizo una mueca, las barras de almirante relucieron en su mente.

—No, por supuesto que no —masculló—. Haz lo que quieras.

—*Gracias* —gruñó Somoril, poniéndose en pie—. Envíame al técnico y al médico y después prepara la nave para volar —dijo taciturnamente—. Nuestra gloriosa Mano del Emperador nos está esperando.

CAPÍTULO DIEZ

Aquí tiene el registro de las transmisiones que ha pedido, inspector —dijo la mujer de la sede de la HoloRed en Conso, sacando una tarjeta de datos de su computadora—. Pero me temo que necesitaré una solicitud judicial sellada y por triplicado para permitirle el acceso a los archivos de los remitentes.

—Mañana mismo se la traigo —le prometió LaRone y cogió la tarjeta—. Mientras tanto puedo empezar con esto. Gracias.

Al cabo de un minuto volvía a estar bajo el sol del atardecer de Drunost, con la tarjeta de datos a buen recaudo en su bolsillo interior. No esperaba que la política de privacidad de Consolidados le permitiera escarbar más detalles sin terminar en un laberinto de vericuetos legales, pero había merecido la pena intentarlo.

Aun así, tenía el registro de las transmisiones. Quizá les bastase con aquello.

Mientras caminaba notó que no había mucho tráfico por las calles que rodeaban la sede de la HoloRed. Un bloque más adelante encontró la explicación: un gran edificio blanco con el logo de Transportes Consolidados y las palabras DEPÓSITO Y CAMBIO DE DIVISAS sobre la puerta. A medida que la actividad del día iba apagándose, los diversos comerciantes y directores de las zonas de servicio llegaban con sus ganancias, principalmente créditos imperiales, aunque también un amplio surtido de divisas locales y regionales de las que algunos de los habitantes de aquella zona remota aún no estaban dispuestos a deshacerse. Preguntándose cuánto debían ingresar en el depósito cada día, buscó con la vista a Grave.

No estaba por ninguna parte. Frunció el ceño y activó su comunicador.

—¿Grave?

—Sí —la voz de este respondió abruptamente, sin decir ninguna de las palabras clave que eran sinónimo de problemas—. Estoy en el tapcafé que queda en el bloque de la derecha, en la acera de enfrente al depósito. Creo que tendrías que venir.

—Ahora mismo voy —dijo LaRone, acelerando el paso—. ¿Tienes noticias de los demás?

—Ha llamado Quiller —dijo Grave—. Consolidados tiene lo que queda del Barloz y no parecen demasiado entusiasmados con la idea de enseñárselo a ningún extraño. No ha querido presionarlos hasta que podamos cotejar qué tenemos cada uno. Marcross y Brightwater están igual con los informes de las autopsias.

Y mientras esperaba, Grave se había instalado en el tapcafé.

—Bueno, ¿estás de celebración o ahogando las penas? —le preguntó.

—Ni una cosa ni la otra —dijo Grave—. Entra discretamente… estoy en una mesa del fondo, a la derecha de la puerta.

El tapcafé era como centenares de los que había visto en todo el Imperio: mal iluminado, con una larga barra en la pared del fondo, mesas para entre cuatro y seis personas ocupando la mayor parte del espacio y una variopinta mezcla de humanos y

diversos tipos de alienígenas. Grave estaba en una de las mesas pequeñas, junto a la pared de la derecha.

—¿Cuál es el gran secreto? —preguntó LaRone mientras se sentaba a la izquierda de su compañero.

—Esa mesa de ahí —dijo Grave inclinando la cabeza hacia delante y la derecha—. Tres humanos y un wookie. ¿Alguno de los humanos te resulta familiar?

LaRone se rascó la mejilla y miró disimuladamente la mesa. Uno de los humanos era un muchacho, un adolescente con aquel aire indefinible pero inconfundible de quien visita una gran ciudad por primera vez. El segundo era un hombre más mayor con el también inconfundible aspecto hastiado del que ya lo ha visto todo en la vida. La línea roja discontinua de una condecoración Bloodstripe corelliana en el pantalón llamó la atención de LaRone; al parecer aquel tipo era una especie de héroe. El tercero…

Frunció el ceño.

—¿Ese no es uno de los granjeros a los que salvamos de los motoristas?

—Si no lo es, se le parece mucho —coincidió Grave—. Aunque su vestimenta ha mejorado un poco.

LaRone asintió. En lugar de la mugrienta toga que llevaba el día del asalto de los motoristas, iba vestido de forma parecida a los demás clientes del tapcafé, con una túnica con ribetes bordados y unos pantalones.

—Interesante —murmuró LaRone.

—Le he visto cuando venía por la calle —dijo Grave—. Parecía tranquilo, hasta que se giró para entrar aquí. De repente, empezó a lanzar miradas furtivas e inspeccionar la zona. Pensé que valdría la pena ver qué pasa.

—¿Alguna idea de quién son los otros?

—No, pero ya estaban aquí cuando llegó.

Una reunión acordada.

—Enviaré a Quiller a la nave para que busque todos los equipos conocidos formados por humano-humano-wookie —dijo, sacando su comunicador.

—No tan deprisa —dijo Grave, posando una mano sobre su brazo—. Antes dime qué opinas de los dos humanos y el rodiano que hay junto a la puerta.

El chico y el corelliano de la primera mesa eran gente fácilmente reconocible. Los dos humanos y el rodiano también. Eran criminales violentos, los tres.

—Oh, oh —murmuró LaRone.

—También estaban aquí cuando apareció nuestro elegante granjero —dijo Grave—. Parecen cansados, como si llevasen aquí bastante rato, pero están demasiado alerta para haber bebido mucho.

—¿Inspeccionando el lugar? —sugirió LaRone. Pero en cuanto lo dijo se dio cuenta de que no era eso. Los tres tenían aspecto de criminales; es más, tenían aspecto de criminales en mitad de un plan.

Y no miraban la barra, ni al camarero, ni la caja registradora. Su atención estaba concentrada en el otro extremo del tapcafé. Siguiendo la dirección de su mirada, LaRone terminó encontrando un grupo de siete hombres, sentados alrededor de un par de mesas.

Tipos de hombros anchos, pelo corto y ojos despiertos. Tipos bastante parecidos a LaRone y Grave, de hecho.

—¿Seguridad? —aventuró.

—O mercenarios. O soldados de permiso —dijo Grave—. Podría ser alguna disputa por negocios.

—No —dijo LaRone cuando le encajaron todas las piezas—. Alguien va a dar un golpe en el depósito.

—Oh, *shunfa* —murmuró Grave—. ¿Y los tres matones de la puerta vigilan a los guardias fuera de servicio?

—Eso creo —dijo LaRone, que sacó y activó disimuladamente su comunicador—. Quiller, ¿dónde estás?

—Volviendo a la Suwantek —respondió la voz de Quiller—. No he podido…

—Lo sé… Grave me lo ha contado —le cortó LaRone—. Vuelve rápido… vamos a necesitar apoyo aéreo.

—Espera un momento —dijo Grave, frunciendo el ceño repentinamente—. LaRone…

—Voy para allá —dijo Quiller en tono serio y profesional—. ¿Dónde?

—El depósito de Consolidados en Newmark, al norte de la ciudad —le dijo LaRone—. Parece que alguien planea dar un golpe.

Se produjo una breve pausa.

—¿Y vamos a entrometernos? ¿Por qué?

—Porque si ayudamos a Consolidados a pillar a los ladrones quizá nos faciliten los datos de la HoloRed y las autopsias que guardan con tanto celo —dijo LaRone—. Será mejor que te comuniques con Marcross y Brightwater y les digas que vuelvan también a la nave… Quizá necesitemos una aparición oficial de soldados de asalto antes de que esto termine. Grave y yo seguimos en la escena del crimen, desde donde podemos proporcionaros información y datos sobre los objetivos.

—Recibido —dijo Quiller—. La nave estará activada dentro de diez minutos. Ya me dirás dónde tengo que ir.

LaRone apagó el comunicador.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Grave.

—Dice que diez minutos —le dijo LaRone.

Grave gruñó.

—Espero que llegue a tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, se me acaba de ocurrir que esos tipos de seguridad de Consolidados se parecen mucho a nosotros —dijo Grave—. Por decirlo de otra manera, *nosotros* nos parecemos mucho a *ellos*.

LaRone miró disimuladamente hacia la puerta. Vio que los dos humanos seguían observando a los guardias de seguridad del fondo.

El rodiano, por su parte, los estaba mirando a ellos.

—Genial —masculló.

—¿Y ahora qué? —preguntó Grave.

—Nos quedaremos aquí, quietos —le dijo LaRone—. De momento.

—¿Y crees que eran de los piratas de Cicatriz de Sangre? —preguntó Han cuando Porter terminó su descripción del asalto de las motos.

—Eso es lo que dedujimos por el diseño de las franjas de sus hombros —dijo Porter—. De hecho, las franjas en sí los delataban; los Cicatriz de Sangre se consideran una especie de grupo militar.

—¿Habíais tenido problemas con ellos antes? —preguntó Luke, oliendo con cuidado la bebida que Porter le había pedido. Apestaba a limpiador de motores y no estaba muy seguro de querer tenerla en su estómago.

—En realidad no —dijo Porter—. La mayoría de problemas los hemos tenido con grupos de piratas más pequeños, sobre todo en Purnham y Chekria. La única vez que nos topamos con naves de los Cicatriz de Sangre fue hace un par de meses, en un convoy en el que iba Casement y que fue atacado en Ashkaskov.

—¿Por qué crees que son un grupo grande? —preguntó Han.

—Porque en ese ataque de Ashkaskov eran diez naves —replicó Porter—. Si pueden permitirse tantas para atacar una sola vía comercial, deben de tener una cantidad increíble de naves.

Chewbacca lanzó un gorjeo suave.

—Buena pregunta —coincidió Han—. ¿Cuántas naves del convoy atacaron los piratas?

—Creo que solo cuatro —dijo Porter, arrugando la nariz, concentrado—. Pero Casement dijo que dispararon a todas… las volaron por los aires. Si sobrevivió fue porque la suya tenía un casco interior blindado y se pudo hacer el muerto hasta que los piratas se largaron. También volaron las otras cuatro una vez saqueadas.

—¿Es posible que supieran qué naves transportaban el material que querían? —sugirió Han.

—Supongo que sí —admitió Porter a regañadientes—. Pero deben tener un servicio de inteligencia asombroso para lograrlo. Miles de tipos en miles de oficinas de transportes distintas.

—O dos o tres en las adecuadas —dijo Han.

—Eso sería tan complicado como crear una flota muy grande —argumentó Porter—. Puede que más. ¿Por qué estás tan seguro?

—Eh, amigo, no la tomes *conmigo* —protestó Han—. Solo quiero entender qué está pasando. O tenemos una gran flota haciendo fechorías por todas partes, o una pequeña con un excelente servicio de inteligencia. ¿Quieres solucionar el problema real o algún otro en especial?

Porter respiró hondo y exhaló entre dientes.

—El real —gruñó—. Pero si los Cicatriz de Sangre están absorbiendo muchas otras bandas, tendremos un problema completamente distinto —miró a Chewbacca y frunció el ceño—. *Sobre todo* si lo que han hecho hasta ahora es gracias a un buen servicio de inteligencia.

—Volvamos a los motoristas —dijo Han—. ¿Alguna idea de dónde salieron?

—De algún punto alrededor de Drunost… llegaron en un carguero Barloz —Porter levantó un dedo—. Aunque, como mínimo, esta vez hubo supervivientes. Vi despegar un par de deslizadores terrestres después de que los soldados de asalto destruyesen la nave.

Soldados de asalto. Luke se estremeció. Había crecido peleando contra los moradores de las arenas y sabía cómo lidiar con ellos. Pero los soldados de asalto imperiales eran algo completamente distinto. Sus compañeros y él habían sobrevivido a un par de breves encontronazos con ellos a bordo de la Estrella de la Muerte, pero incluso entonces tuvo la impresión de que los habían pillado desprevenidos y no habían actuado muy eficazmente.

Ahora, por supuesto, sabía que Tarkin y Vader habían permitido deliberadamente que el *Halcón* y su tripulación escapasen para poder seguir su rastro hasta Yavin 4. Luke sospechaba que su próximo encuentro con la élite militar del Imperio sería muy distinto.

—Esos supervivientes son buena noticia —dijo Han aprobatoriamente—. Significa que pueden hablar. ¿Adonde fueron?

—Por lo último que vimos, despegaron hacia aquí —dijo Porter, señalando alrededor—. No me sorprende… este es el único núcleo poblado en el que podría esconderse alguien.

—¿Estás seguro de que no se han marchado?

Porter se encogió de hombros.

—Lo que es seguro es que no se marcharon en lo que quedaba de su nave —dijo—. Ni en nada que pudiesen tener dentro. Consolidados lo habría encontrado cuando incautaron la nave.

—¿La tiene *Consolidados*? —preguntó Luke.

—¿Quién si no? —dijo Porter, aparentemente desconcertado.

—Creía que la tendrían las autoridades portuarias —dijo Luke—. O los patrulleros locales.

Porter negó con la cabeza.

—Aquí no hay ninguna de las dos cosas.

—Te dije que en Drunost todos los pueblos son de las empresas —le recordó Han a Luke—. Eso significa que todo el planeta ha sido construido en terrenos de las empresas.

—Como el Sector Corporativo, pero a menor escala —añadió Porter—. Y menos malo.

—Eso es discutible —mascullό Han.

—No, de verdad, son buena gente —insistió Porter—. Mantienen bastante bien la ley y el orden. En cualquier caso es mejor que tratar con el Imperio.

Luke.

Luke se sorprendió, miró a todas partes hasta que reconoció la voz. Era Ben Kenobi, hablándole en su mente, como había hecho durante el ataque a la Estrella de la Muerte. *Veo peligro, Luke. Proyéctate con la Fuerza.*

—¿Qué tipo de peligro? —masculló entre dientes.

La voz no respondió. Se inclinó sobre su bebida y aprovechó para echar un vistazo rápido a todo el tapcafé. Todo le pareció normal.

Pero Ben no le había dicho que *mirase.* Le había dicho que usara la Fuerza. Tensó la mandíbula y proyectó su mente.

Las imágenes y voces que lo rodeaban parecieron difuminarse en un remoto zumbido de fondo. Volvió a echar un vistazo alrededor, intentando ver más allá de las caras, fijándose en las emociones y la impresión general de los clientes del tapcafé.

Pero no percibió nada. De hecho, no estaba muy seguro de qué debía buscar exactamente.

Y entonces, abruptamente, una imagen pasó por su cabeza: una foto de un depredador hambriento y peludo preparado para saltar sobre su presa.

Contuvo la respiración mientras la imagen se diluía. ¿Pero qué demonios…?

Sonrió levemente. Por supuesto… era una pista. Dejo que su mente y sus ojos vagaran por el tapcafé otra vez, reteniendo ahora la imagen del depredador en su mente, intentando conectar la sensación que evocaba la imagen con las emociones de los presentes.

Allí estaban: dos hombres y un rodiano, sentados en una mesa cerca de la puerta, los tres igual de expectantes que el depredador de la imagen de Ben.

Pero no solo estaban expectantes, también desprendían una maldad evidente.

—¿Chico?

Luke volvió a prestar atención.

—¿Qué?

—No te estamos aburriendo con cuestiones estratégicas, ¿verdad? —le preguntó Han.

—No —dijo Luke distraídamente, girándose y mirando hacia donde miraban los dos depredadores humanos. Encontró a siete hombres, sentados alrededor de un par de mesas—. ¿Conoces a esos hombres?

Porter miró por encima de su hombro.

—Seguridad de Consolidados, fuera de servicio —dijo—. Aquí las copas les salen a mitad de precio… así los estimulan a quedarse en el vecindario. ¿Por qué?

—Los están vigilando —dijo Luke—. Los dos humanos y el rodiano que hay junto a la puerta.

—Eso es ridículo —dijo Porter con un resoplido—. Nadie se metería en problemas *aquí.*

—Los motoristas lo hicieron —le recordó Han, mirando de reojo las mesas que Luke había indicado.

—Aquello fue a las afueras del pueblo —replicó Porter—. Aparte de la sucursal, esta es el núcleo principal de la actividad local de Consolidados. Aquí está su centro de HoloRed, las oficinas administrativas centrales…

—Y el depósito bancario del otro lado de la calle —le interrumpió Han.

—Eso es —dijo Luke cuando todo empezó a encajar—. Van a atracarlo.

—Genial —gruñó Han—. ¿Aquí hay puerta trasera?

—Por allí—dijo Porter, señalando a una puerta cubierta por una cortina que había a un lado de la barra.

—Bien —dijo Han, empezando a levantarse—. Limpio y sencillo.

—Espera un momento —objetó Luke—. ¿Vamos a *huir:*

—¿De un atraco a un banco? —replicó Han—. Por supuesto.

—Pero deberíamos hacer algo. Echar una mano.

—¿A quién? —contestó Han—. ¿A los ladrones o a la gran corporación? Menuda elección.

—Eso no es justo —objetó Luke.

—Tiene razón, chico —intervino Porter, nervioso—. Además, debemos pasar desapercibidos, ¿lo recuerdas?

Luke hizo una mueca de desdén. Recordaba lo que le había dicho a Ben en Tatooine: *No puedo implicarme.* Pero, de no haberlo hecho, Tarkin y la Estrella de la Muerte habrían salido victoriosos y Leia, Rieekan y centenares de otros estarían muertos.

—Bien… vosotros seguid pasando desapercibidos —dijo—. Lo haré yo solo.

Al otro lado de la mesa Chewbacca gruñó una protesta mientras palmeaba el brazo de Han con su enorme zarpa.

—Oh, por el… —dijo Han, mirando fijamente a su socio—. Chewie… oh, *de acuerdo.* Vosotros dos no hagáis nada… Chewie y yo nos ocuparemos de esto.

—Solo… —empezó a decir Porter.

—O marchaos corriendo —le cortó Han—. Me da lo mismo.

—Pero yo quiero ayudar —objetó Luke.

—Buscad la manera de distraerlos —dijo Han, poniéndose de pie—. Vamos, Chewie. Acabemos con esto.

—Ahí van —murmuró Grave cuando el corelliano y el wookie se levantaron y fueron despreocupadamente hacia la puerta—. ¿Crees que están compinchados con alguien que les espera fuera?

—Es posible —dijo LaRone, mirando al muchacho. Seguía sentado con el granjero. El chico metió la mano dentro de la túnica. ¿Se preparaba para sacar un bláster? El

corelliano y el wookie pasaron junto al trío de la mesa de la puerta. El corelliano bajó la mano con indiferencia hacia su bláster enfundado.

Y entonces, desde el exterior, llegó el ruido de una explosión amortiguada. El murmullo de las conversaciones del tapcafé se interrumpió abruptamente, todo el mundo quedó petrificado.

Todo el mundo excepto los tres tipos de la mesa de la puerta. Cuando estalló la segunda explosión, se levantaron de repente, uno de los humanos apuntó un gran bláster a LaRone y Grave y el otro apuntó a las dos mesas de los guardias de seguridad del fondo. El rodiano se giró para apuntar al corelliano y el wookie.

—Ya es tarde para pillarlos por sorpresa —masculló Grave.

—Sí —murmuró LaRone en respuesta. Los presuntos atracadores se habían girado hacia el rodiano, el corelliano con expresión de fingido desconcierto y el wookie sencillamente con pinta de ser peligroso. Por el rabillo del ojo vio al muchacho de pie, junto a la mesa, levantando un brazo por encima de la cabeza.

Tras un chasquido y un zumbido cobró vida una espada de filo azul.

En Drunost no debían de haber oído el característico sonido de las espadas de luz, como mínimo, desde las Guerras Clon. Pero no era un sonido fácilmente olvidable. De manera instantánea, casi mágica, todos los ojos del tapcafé se giraron para mirar la espada de luz, que el muchacho blandía sobre su cabeza como un estandarte de guerra.

Incluso el rodiano se giró levemente, hasta que recordó que se suponía que estaba vigilando a alguien.

Pero aquel medio segundo de descuido fue suficiente. El corelliano dio un paso y sujetó el cañón del bláster del rodiano, girándolo para apuntar al techo mientras sacaba su propia arma. El wookie optó por un planteamiento mucho más directo: agarró al rodiano por la camisa, lo levantó del suelo y lo lanzó por encima de la mesa contra sus dos compañeros. Los tres cayeron al suelo, chocando contra su propia mesa y otra que había al lado, desapareciendo de la vista de LaRone en un confuso amasijo de brazos y piernas.

El rodiano estuvo rápido. Cuando LaRone sacó su bláster de mano, el alienígena ya volvía a estar de pie, maldiciendo a todo el mundo. Tras sacar su bláster de la maraña de cuerpos, lo apuntó a sus atacantes.

LaRone estaba apuntando su bláster a la espalda del rodiano, pero el corelliano hizo un disparo. Esta vez lo abatió definitivamente.

Y de repente los guardias de seguridad de las mesas del fondo ya estaban allí, tres arremolinados sobre los dos tipos del suelo, con las esposas preparadas, y el resto corriendo hacia la calle. El guardia que iba delante abrió la puerta, se detuvo un momento para evaluar la situación y después salió, con los demás siguiéndole de cerca. Cuando la puerta volvió a cerrarse, LaRone pudo oír disparos de bláster empezando a sonar en la calle.

El corelliano y el wookie no los siguieron. Con su cometido aparentemente terminado, dieron media vuelta y volvieron a su mesa. El chico apagó la espada de luz y la guardó, mientras su amigo granjero se ponía de pie. Los cuatro fueron hacia una puerta

cubierta por una cortina que había junto a la barra. Mientras los demás cruzaban la cortina y la puerta que ocultaba, el chico de la espada de luz se detuvo y se giró.

Y los miró directamente.

Por un instante se quedó quieto. Después se dio la vuelta y desapareció por la puerta tras los demás.

—Bueno, *eso* ha sido muy curioso —comentó Grave, toqueteando su bláster de mano mientras se ponía de pie—. ¿Nos unimos a la expedición?

—No lo sé —dijo LaRone, sacando su comunicador. Algo en la mirada del chico le había erizado la piel—. ¿Quiller?

—Vamos para allá —respondió la voz de su compañero—. Tiempo estimado, noventa segundos.

—¿Consolidados tiene algo en el aire ya?

—Oh, lo tienen *todo* en el aire —dijo Quiller—. Patrulleras, espumaderas cubiertas, incluso un par de cañoneras. No se puede negar que están bien preparados.

LaRone volvió a mirar la puerta trasera.

—En ese caso, desvíate y vuela sobre la línea de edificios que queda al este del depósito. Quiero que localices a un grupo de cuatro personas: tres humanos y un wookie.

—Espera un momento.

El comunicador quedó en silencio.

—¿Crees que nuestro granjero puede dedicarse a cosas más serias que remover estiércol?

—Remover estiércol es bastante serio —le dijo LaRone—. Pero sí, creo que sí. Quizá sea una especie de rastreador de asaltos, por eso estaba en el de los motoristas. Si fuera así, sus tres amigos y él podrían estar asociados con los Cicatriz de Sangre.

—¿Pero no pretendían impedir el robo del banco? ¿Por qué? —preguntó Grave.

—Puede que los atracadores sean de alguna banda rival —dijo LaRone—. Creo que merece la pena tenerlos controlados.

—Los tengo —anunció la voz de Quiller—. Van en dos deslizadores. En uno va un humano y en el otro los otros dos y el wookie… el que va solo se desvía.

LaRone tomó una decisión rápida.

—Quédate con el de los tres.

—Recibido —dijo Quiller—. Parece que van a uno de los astilleros de servicios.

¿Significaba aquello que daban por concluida su misión?

—Les seguiremos —dijo LaRone, levantándose y señalándole la puerta trasera a Grave—. Infórmame cuando identifiquen su nave. Y prepara un rastreo… vamos a seguirlos.

—¿Ah, sí? —preguntó Grave—. ¿Por qué?

—Porque están metidos en esto —dijo LaRone—. No sé exactamente cómo, pero lo están. Y de momento, son nuestra única pista sólida.

—A mí no me parece tan sólida —dijo Grave, dubitativo.

—Quizá sea un poco vaga —admitió LaRone—. Pero tampoco perdemos nada averiguando, como mínimo, adonde van.

Grave se encogió de hombros.

—Nada excepto tiempo y combustible.

—Tenemos tiempo de sobra y el combustible corre a cargo del DSI —comentó LaRone mientras cruzaban la puerta trasera del tapcafé y salían al exterior—. Vamos, antes de que descubran a Quiller.

—No, *Purnham* —repitió Han—. El sistema *Purnham.* Donde Porter dice que les asaltaron una vez los piratas.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó la voz de Casement por el comunicador del *Halcón*—. Intentamos evitar a los piratas, ¿lo recuerdas?

—No, intentamos terminar con el problema de los Cicatriz de Sangre —dijo Han.

—Pero el asalto de Purnham no fue cosa de los Cicatriz —objetó Casement.

Han puso los ojos en blanco mientras, junto a él, Chewbacca lanzaba un leve gruñido desdeñoso. ¿Acaso aquellos idiotas no lo *veían?*

—Mira —dijo Han, elevando la voz, como si hablase con un niño pequeño o un burócrata de medio pelo—. No sabemos dónde están los Cicatriz de Sangre, pero Porter y tú creéis que intentan absorber a otros grupos marginales. Puede que también intenten reclutar a la banda de Purnham; y *ese* grupo *sí* sabemos por dónde se mueve. Si podemos atrapar a un par de sus miembros, quizá puedan decirnos dónde encontrar a los Cicatriz.

—Bueno… puede —admitió Casement—. Pero hacerles hablar no será sencillo.

Han miró al malhumorado wookie.

—Yo me ocuparé de eso —dijo—. Vosotros solo tenéis que enviar un carguero… dentro de tres días. Aseguraos de enviar el manifiesto de carga por los mismos conductos que la otra vez, por si alguien controla los registros de envíos en busca de buenas presas.

—De acuerdo —dijo Casement en un tono cargado de resignación—. Lo que tú digas. Pero déjame decirte que tengo un mal presentí…

—Tres días —dijo Han y apagó el comunicador. Se giró para mirar a Luke, sentado en silencio detrás de Chewbacca—. ¿Alguna objeción? —dijo, desafiante.

—No, no, me gusta —dijo apresuradamente Luke—. Lo último que esperan es una emboscada.

—Bien —dijo Han, volviéndose hacia los controles—. En ese caso, estamos todos de acuerdo. Maravilloso.

Conectó los repulsores y elevó el *Halcón* de la plataforma. *Ve y habla con los suministradores,* le había dicho Rieekan. *Nada más. Limítate a ir y hablar con ellos.*

Sí. Claro.

—Mis ingenieros dicen que todo estará listo y operativo dentro de cuatro horas —dijo el capitán Ozzel, dando un paso atrás apresuradamente para esquivar una plancha de

blindaje larga, camino de la sala de motores de la *Vía Happer*, que se balanceó peligrosamente hacia ellos. Mara, haciendo automáticamente cálculos rápidos de tamaños y distancias, ni siquiera se movió y la plancha metálica pasó a cinco centímetros de su cara—. ¿Podemos ayudarla en alguna otra cosa?

—Necesitaré a dos de sus tripulantes —le dijo ella—. Hombres que sepan combatir y pilotar una nave de este tamaño.

—¿Se refiere a combatir cuerpo a cuerpo? —preguntó dubitativamente Ozzel—. No será fácil.

—Quizá pueda encontrarlos en su contingente de soldados de asalto —sugirió Mara.

Percibió un destello de algo indefinible en la expresión y las emociones de Ozzel.

—Sí, podría—dijo cautelosamente—. Lo consultaré con su comandante.

—No se moleste, yo misma iré a verle —dijo Mara—. Dígale que se reúna conmigo en el hangar de administración.

—Ahora mismo —dijo Ozzel, sacando su comunicador.

Mara recorrió los estrechos pasillos de la *Vía Happer* y salió por la escotilla al hangar de la *Represalia*, donde habían llevado a reparar el carguero. Siguiendo sus órdenes, los daños puramente estéticos que los esbirros de Shakko le habían causado al casco exterior seguía sin reparar. Los miró, satisfecha porque nada evidenciaba que se hubiesen hecho más reparaciones que las realizadas por la propia tripulación de la *Vía Happer* en el espacio profundo, y fue al hangar administrativo.

Un hombre barbilampiño con distintivo de coronel la estaba esperando.

—Mano del Emperador —la saludó formalmente—. Soy el coronel Vak Somoril. Creo que quería verme.

—¿Es el comandante de los soldados de asalto? —preguntó Mara.

—No de todos, lidero un contingente especializado —explicó Somoril—. El capitán Ozzel cree que en mi unidad le será más fácil encontrar el tipo de hombres que está buscando.

—Necesito dos guerreros que también sepan manejar un carguero pesado rendili —le dijo Mara—. ¿Puede proporcionármelos?

—Creo que sí —dijo Somoril—. ¿Cuándo los quiere?

—Inmediatamente —dijo Mara—. Que vayan a buscar ropa de civil y se dirijan a la *Vía Happer*. El capitán Norello los recibirá allí para hacerles un informe rápido sobre la nave y sus sistemas. Abandonaremos la *Represalia* en cuatro horas.

—Como desee —dijo rápidamente Somoril—. Los tendrá a bordo dentro de veinte minutos.

—Bien. Puede retirarse.

Somoril se retiró. Durante unos segundos, Mara se quedó mirando la puerta cerrada, dándole tiempo para que cruzase el hangar. Después se acercó a la computadora, introdujo la contraseña especial que le permitía libre acceso a todo y buscó un listado del personal de la *Represalia*.

No encontró ningún coronel Vak Somoril.

Frunció los labios, buscó el archivo del puente y repitió la búsqueda. Tampoco aparecía. Pasó al registro de vuelo y buscó las llegadas y salidas.

Allí, finalmente, encontró algo. No había nombres, ni de Somoril ni de nadie, pero unas dos semanas estándar antes habían llegado a bordo de la *Represalia* ocho embarcaciones no militares que habían atracado en el hangar 5. Una de las naves se había marchado tres días después, aunque bajo circunstancias extrañas, como demostraban ciertas contradicciones aparentes en la secuencia de los informes del archivo. Las otras siete seguían a bordo.

Todo parecía bastante obvio. El coronel Somoril y su contingente de soldados de asalto especializados pertenecían al Departamento de Seguridad Imperial.

Mara arrugó la nariz desdeñosamente. El DSI era un mal necesario, aunque a ella le parecía que tenía demasiado de mal y muy poco de necesario. En su propia y limitada experiencia siempre le había parecido, en general, un hatajo de tipos arrogantes, severos y excesivamente orgullosos de su elitista posición.

Y cuando había alguna posibilidad de conseguir prestigio o réditos políticos, aparecían en primera fila. Probablemente aquel era el verdadero motivo de que hubiese acudido Somoril a su encuentro, en lugar del comandante oficial de los soldados de asalto, para ofrecerle los soldados.

Pero era extraño que no se hubiese identificado como miembro del DSI. Quizá pensaba decírselo justo antes de que se marchase.

Apagó la computadora, salió de la oficina y fue hasta la sala de reuniones de los pilotos. Dos soldados hacían guardia y, a un gesto de ella, uno desbloqueó la puerta y la abrió.

En la mesa de reuniones, esposado a una de las patas, estaba el pirata Tannis.

—Ya era hora —gruñó él—. ¿Cuándo me darán algo de comer?

—Cállate y escucha —le dijo ella, sacando una tarjeta de datos y colocándola de manera que Tannis pudiese inspeccionarla—. He preparado una lista de cargos contra ti. Juntos suman una pena total que va desde los treinta años estándar en una colonia penal hasta la pena de muerte.

Tannis torció la boca.

—¿Así es como haces tú los tratos?

—Aún no he acabado —le dijo Mara—. Hasta ahora, tus amigos de los calabozos y tú habéis tenido una trayectoria bastante sencilla. Os habéis mantenido en el anonimato, claro que asesinasteis a los únicos que podían denunciaros antes de largaros con sus cargamentos. Si no fueseis tan idiotas como para andar luciendo vuestras franjas de los Cicatriz de Sangre, podíais caminar por cualquier avenida del Imperio sin que nadie sospechase quién sois realmente.

Golpeó la tarjeta con un dedo.

—Pero eso se ha terminado. Además de los cargos, esta tarjeta contiene detalles precisos sobre tu cara, huellas dactilares, biometría y un perfil completo de tu ADN. En cuanto llegue al banco de datos imperial, cualquier agente del orden que se pregunte

quién eres tendrá tu historial delictivo completo en lo que tarde en comunicarse con el Centro Imperial —arqueó las cejas—. Lo que significa que vas a tener que pasar los próximos treinta años o en la cárcel o escondido en cloacas y agujeros oscuros.

Tannis mantenía el control de su expresión, pero Mara podía percibir el miedo empezando a apoderarse de él mientras imaginaba el futuro que le acababa de esbozar.

—¿A no ser que…? —preguntó cautelosamente.

—Los datos ya están en el sistema —dijo ella—. Pero, de momento, solo en uno de mis archivos privados, aislado de los demás y con un temporizador activado que los transmitirá al sistema general en treinta días. Eso significa que, durante esos treinta días, puedo borrarlo cuando quiera. Nadie sabría jamás que ha existido siquiera.

—¿Estamos hablando de una especie de perdón definitivo?

—Básicamente sí —dijo Mara—. ¿Te interesa?

Tannis se pasó la punta de la lengua por el labio superior.

—¿Qué tengo que hacer?

—Vamos a llevar la *Vía Happer* hasta vuestra base —le dijo Mara—. Atiende. A la vista de los daños que habéis sufrido durante la batalla en vuestro hiperimpulsor y sistema de comunicaciones, tu amigo, el capitán Shakko, ha decidido enviarte a casa con el botín y quedarse con el resto de la tripulación a reparar su nave.

—¿Y dónde apareces *ttP*.

—Mis hombres y yo somos unos secuestradores de naves que nos habíamos colado en la *Vía Happer* —dijo Mara—. Íbamos a pasar a la acción cuando aparecisteis vosotros, por lo que os pudisteis hacer con el control de la nave sin causar grandes estragos. Nosotros ya habíamos oído hablar de los Cicatriz de Sangre y llegamos a un trato con Shakko para que nos llevases a ver al comodoro a negociar nuestra posible incorporación al grupo.

—¿Y si pregunta en qué grupo estabas? —preguntó Tannis—. Conoce bien a todos los que se mueven por este sector.

—Confía en mí —dijo Mara—. Yo me ocuparé de que salga todo bien.

Tannis hizo un mohín.

—Me estás pidiendo que traicione a mis compañeros.

—Eres un pirata —replicó Mara—. Tus compañeros son meros amigos de conveniencia, cualquiera de ellos te apuñalaría por la espalda a cambio de un diez por ciento más en su parte.

Esperó un momento a que él asimilara todo lo que le había dicho, antes de proseguir.

—Aunque resulta que, en realidad, no vas a traicionarlos. Sois un problema local del que deben ocuparse las autoridades locales. La única persona que me interesa, ahora mismo, es el que maneja tus hilos.

Tannis frunció el ceño.

—¿Te refieres a Caaldra?

—Me refiero al que está detrás de Caaldra —dijo ella—. Por mucho que intente aparentar, Caaldra no es más que un recadero bien pagado. Quiero acceso a los registros

del comodoro para descubrir quién toma las decisiones, quién da las órdenes —hizo una breve pausa—, y quién reparte el dinero.

Tannis seguía igual de impertérrito, pero una repentina oleada emocional le indicó a Mara que había dado en el blanco.

Puede que el pirata estuviese unos cuantos escalones por debajo de la cima en la cadena de mando, pero sabía seguir el rastro del dinero.

Así que estaba en lo cierto. Como mínimo parte del dinero de las obras de arte de Glovstoak había terminado en manos de los Cicatriz de Sangre.

—¿Qué pasa si el comodoro te descubre? —preguntó Tannis.

—Deberás esforzarte al máximo para que eso no suceda.

—¿Y si la fastidias y terminas muerta?

—Deberás esforzarte aún más para que *eso* tampoco suceda. ¿Cuento contigo?

Tannis gruñó.

—¿Tengo elección?

—Claro… si quieres puedes empezar a cumplir tu condena hoy mismo.

—No, gracias —dijo él y, por su mirada y tono alterado, Mara supo que se había dado cuenta, de repente, de que tenía una tercera opción: traicionarla, entregarla a los Cicatriz de Sangre y utilizar aquel período de treinta días de gracia para encontrarse un buen escondite—. Cuenta conmigo.

—Bien —dijo ella, dando un paso atrás y proyectando la Fuerza, esta vez para hacer volar las esposas hasta su mano. Tannis las siguió con la mirada—. Me ocuparé de que un guardia te escolte hasta tu nave para recoger algo de ropa y cualquier cosa que quieras llevarte. Después ve a la *Vía Happer* para recibir una breve orientación sobre sus sistemas. Me aseguraré de que haya suficiente bacta en la cápsula médica para poder curarte la pierna antes de llegar a tu base.

—Vale —Tannis se levantó lentamente, con la mirada aún fija en las esposas. Después la miró y esbozó una sonrisa tensa—. Bienvenida a los Cicatriz de Sangre, Mano del Emperador. Te van a encantar.

—Gracias —dijo Mara—. Eso espero.

El capitán Ozzel se reclinó sobre el respaldo de su asiento, mirando el monitor de la computadora con una amarga sensación de derrota. Todo, el trabajo, el sudor y sus esfuerzos habían sido vanos.

La posibilidad de ascender a almirante se había esfumado.

La puerta del despacho se abrió y entró el coronel Somoril.

—Acaban de pasar a la velocidad de la luz —le dijo a Ozzel.

—Da igual —masculló Ozzel, señalando el monitor—. Estamos acabados.

—¿De qué demonios estás hablando? —le preguntó Somoril, acercándose al escritorio y girando el monitor hacia él.

—Nuestra inteligente Mano del Emperador entró en la computadora central de la nave —dijo amargamente Ozzel—. Accedió a los registros del personal, del puente y de vuelo.

A Somoril se le tensó la cara mientras miraba la pantalla. Ozzel le observaba. Y entonces, para su sorpresa, vio que parte de la tensión de Somoril se disipaba.

—Genial —dijo Somoril, sentándose—. Sabe que la *Gillia* se marchó hace un par de semanas. ¿Y qué? Por lo que sabe, podría tratarse de una operación completamente legal del DSI.

—Oh, ¿en serio? —refunfuñó Ozzel—. ¿De verdad crees que ha subido a esta nave y ha entrado en la computadora central sin saber qué estaba buscando?

Somoril arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir? ¿Que se inventó un falso ataque pirata contra un carguero fletado por el Imperio para poder venir?

—Los agentes especiales imperiales no se ocupan de nimiedades como unos pocos piratas —respondió Ozzel—. Y la Mano del Emperador menos que *ninguno*. Si desbarató un ataque pirata, fue meramente secundario respecto a su misión principal.

Somoril sacudió la cabeza.

—No me convence.

—Pues convéncete —dijo amargamente Ozzel, buscando otro archivo—. He recuperado unos artículos de los servicios de noticias interplanetarios. Hay dos notas distintas sobre soldados de asalto imperiales en acción.

Somoril entornó los ojos.

—¿Qué tipo de acción?

—La primera no estuvo tan mal —dijo Ozzel—. Lo único que hicieron fue combatir y liquidar a una banda de motoristas que estaba hostigando a un grupo de granjeros. En la segunda terminaron derrocando toda la estructura de los patrulleros de una ciudad.

—¿Se han instalado en esa *ciudad!*

—No, al parecer cedieron el control a los antiguos patrulleros locales —dijo Ozzel—. No he podido encontrar más detalles. Pero no importa. La cuestión es que nuestra Mano del Emperador ahora sabe de dónde han salido esos soldados de asalto.

—*Si* ha relacionado una cosa con la otra —dijo Somoril—. Quizá no lo haya hecho. Es más, aunque así sea, ¿qué importa? No podrá contárselo a nadie.

Ozzel le miró fijamente, una sensación extraña empezaba a encogerle el estómago.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Que no envió ninguna transmisión desde la *Represalia* y que no enviará ninguna desde la *Vía Happer* —dijo Somoril—. Brock y Gilling se asegurarán de ello. Solo le quedan los transmisores de su destino —hizo una pausa—. Que, según el rastreo del vector de partida, es prácticamente con absoluta seguridad la mina de Gepparin.

—¿Los has *rastreado*?

—¿Cómo iba a saber dónde encontrarla si no? —contestó razonablemente Somoril—. Bueno, capitán, debes tomar una decisión.

—¿Te das cuenta de lo que estás sugiriendo? —dijo Ozzel con una voz que le sonó extraña incluso a él mismo—. Estás hablando de matar a una *agente imperial*. Una mujer que recibe órdenes directas de Palpatine.

—Una *chica* —corrigió Somoril—. No debe de haber terminado su entrenamiento hace mucho. En realidad no posee auténtica experiencia sobre el terreno.

—Es una *agente imperial*.

—Deja de *decir* eso —gruñó Somoril—. Ha elegido una vida peligrosa. Los agentes mueren constantemente sobre el terreno.

—¿Y por qué no te ocupaste de ella cuando estaba aquí? —preguntó Ozzel.

—¿Qué? ¿Delante de centenares de testigos potenciales? —contestó Somoril desdeñosamente—. Además, no sabía hasta qué punto seguía el rastro correcto. Ahora ya lo sabemos.

Ozzel exhaló sonoramente. El coronel tenía razón. Era terrible y espantoso, pero tenía razón.

—¿Qué propones que hagamos?

—Como he dicho, la vida de un agente es peligrosa —dijo Somoril—. Nunca sabes cuándo puedes encontrarte en medio de una intervención militar —arqueó las cejas—. El tipo de intervención en la que un destructor estelar de patrulla descubre datos que revelan la ubicación de un nido de piratas.

Los dos hombres se miraron fijamente un buen rato. Después, Ozzel se acercó a su comunicador.

—Al habla el capitán —dijo siniestramente—. Fijen rumbo al sistema Gepparin. Pónganse en marcha en cuanto el hiperim-pulsor alcance plena potencia.

Recibió respuesta afirmativa y desconectó el comunicador.

—¿Supongo que habrás calculado también la ventaja que nos saca?

—Apenas unas horas —le tranquilizó Somoril—. Brock y Gilling pueden mantenerla alejada de los transmisores de HoloRed durante ese tiempo —se levantó—. Con tu permiso, capitán, voy a ver si podemos averiguar más detalles sobre las andanzas de nuestros cinco desertores.

Hizo una leve reverencia y se giró hacia la puerta.

—¿Qué habrías hecho si llego a oponerme? —le preguntó Ozzel.

Somoril no se dio la vuelta.

—Habría enviado una de mis naves a ocuparse de ella —dijo—. Y habría sentido un profundo desprecio por ti para el resto de tus días.

Ozzel gruñó.

—Querrás decir para el resto de *tus* días.

—En absoluto —dijo Somoril en voz baja—. Tengo la ligera sospecha que, en ese caso, tu vida habría sido considerablemente más corta que la mía.

CAPÍTULO ONCE

La nave de Chivkyrie, como habían acordado, estaba esperándoles cuando la nave correo de Leía salió del hiperespacio sobre el planeta deshabitado en el que se iba a celebrar la reunión. También veían otras dos naves que volaban en órbitas paralelas: los dos líderes rebeldes que habían venido a oponerse al plan que se le había ocurrido a Chivkyrie, fuera el que fuera. Leia miró por la ventanilla, respirando hondo y regulando la respiración como le había enseñado su padre, y vio que su piloto los colocaba junto a la nave de Chivkyrie. «Es otra negociación más», se dijo firmemente a sí misma. Como centenares de las que había llevado durante su carrera.

Pero había algo en aquella que le daba mal fario, una inquietud extraña de la que no lograba librarse. Deseó que Luke estuviese con ella. Incluso Han.

No había tenido demasiadas oportunidades de tratar con adarianos cuando estaba en el Senado Imperial, sus intereses y los de Alderaan casi nunca coincidían. Pero, desde que se había unido a la rebelión, la necesidad la había obligado a investigar más sus costumbres y psicología. Para sobrevivir en una guerra, le dijo una vez su padre, uno debía aprender geografía. Ella había aprendido que para librar una guerra uno debía aprender a conocer a los demás.

El ritual de bienvenida a bordo de la nave de Chivkyrie fue breve, aunque estaba plagado de capas de historia, costumbres y significado, y Leia se alegró muchísimo de haber estudiado aquella ceremonia previamente. Participó en ella, cometiendo solo pequeños errores, todos debidos a que su aparato vocal humano no le permitía pronunciar algunas de las palabras adarianas.

—Honra mi nave y mi compañía con su cortesía —le dijo Chivkyrie cuando la ceremonia terminó, expresándose en un básico tan mal pronunciado como había hecho Leia con su idioma—. Permítame que le presente a los otros líderes que quieren conocer sus sabias opiniones —señaló a un mungra de penetrantes ojos naranjas que tenía a la izquierda—. Este es Ydor Vokkoli, líder de los Freedonna Kaisu.

—Líder Vokkoli —dijo Leia, haciendo una reverencia. Los mungras eran una de las dos especies nativas del sector Shelsha, un pueblo que ya había creado un reino con una docena de colonias interestelares antes de que se iniciase la Gran Exploración de la galaxia, y de eso ya hacía miles de años.

—Princesa Organa —dijo Vokkoli, inclinando su melenuda cabeza.

—Y este es Thillis Slanni, de los Brillante Esperanza —prosiguió Chivkyrie, señalando a un alto ishi tib situado a la derecha.

—[No soy el líder, solo el director de planificación] —corrigió Slanni en la compleja serie de chirridos, graznidos y clics que componían el idioma tibanés.

—Entiendo —dijo Leia, asintiendo—. Las habilidades organizativas de su pueblo son de sobra conocidas. Me complace que el líder Vokkoli y usted vayan a ayudarme a orientar mi decisión.

—Una decisión que puede ser vital para todos nosotros —dijo Vokkoli.

Y allí se terminaron las cortesías.

—Pues sentémonos y debatámoslo —dijo Leia—. Líder Chivkyrie, ¿quiere indicarnos el camino?

La sala de conferencias estaba al final del pasillo que salía de la entrada, el suelo y la mesa de conferencias tenían el típico diseño escalonado adariano. Chivkyrie la acompañó hasta la parte más alta de aquella especie de gradas y después se sentó en el nivel inmediatamente inferior. Vokkoli se sentó frente a él, en el mismo nivel, mientras que Slanni se sentó uno por debajo de ellos.

A Leia siempre le había parecido una costumbre extraña que, para colmo, en reuniones largas solía provocar vértigos y tortícolis en los participantes. Aun así, debía reconocer que dejaba perfectamente claro cuál era la posición de cada uno en relación con el tema a debatir.

—Para empezar —dijo cuando los sirvientes de Chivkyrie terminaron se servir bebidas y bandejas con tentempiés en cada uno de los niveles ocupados—, necesito que usted, líder Chivkyrie, me explique los detalles del plan que propone.

—Es la simplicidad hecha plan —dijo Chivkyrie—. No entiendo cómo a nadie se le pueden escapar sus enormes beneficios potenciales…

—Ya discutiremos los beneficios más adelante —le interrumpió amablemente Leia—. Antes, necesito conocer el plan en sí.

Chivkyrie miró a sus colegas rebeldes, iluminado por la luz que se colaba por el hueco de ventilación.

—Propongo que sumemos el sector Shelsha al bando de la rebelión —miró a Leia—. *Todo* el sector.

—Interesante —dijo Leia, manteniendo impertérrita su cara de diplomática—. ¿Y cómo vamos a lograrlo, exactamente?

—Esa es la parte más jugosa del plan —dijo Chivkyrie—. Nosotros, la Alianza Rebelde, tendremos que hacer muy poca cosa. Es una propuesta directa del gobernador Choard en persona.

—¿Se lo ha propuesto a usted personalmente? —preguntó Leía.

—Personalmente no —dijo Chivkyrie—. Pero he hablado largo y tendido con su ayudante, el administrador jefe Vilim Disra. Me asegura que el gobernador Choard ha puesto en marcha un plan para que Shelsha abandone el Imperio y declare su independencia.

—[Eso no significa que Shelkonwa vaya a unirse a la rebelión como miembro activo] —señaló Slanni.

—El administrador jefe Disra me ha asegurado que ese será el siguiente paso —dijo Chivkyrie—. El gobernador Choard está cada vez más horrorizado con el gobierno del Centro Imperial y entiende que la única respuesta posible es unirse a la rebelión.

—Eso si el Centro Imperial permite semejante desafío —murmuró Vokkoli. Los subsónicos de su voz hicieron vibrar la mesa—. Los Freedonna Kaisu estamos

convencidos de que Palpatine responderá lanzando todo el arsenal de su flota imperial contra Shelkonwa.

—Precisamente por eso la alianza con la rebelión es fundamental para el éxito de Choard —replicó Chivkyrie—. Los ataques simultáneos de nuestras fuerzas por toda la galaxia mantendrán ocupadas a muchas de las fuerzas imperiales que, de no ser así, se lanzarían contra el sector Shelsha.

—[Brillante Esperanza coincide con el líder Chivkyrie en que los beneficios políticos y psicológicos de semejante maniobra serían inmensos] —dijo Slanni—. [Pero no creemos que Choard tenga realmente intención de unirse a la Alianza] —hizo un gesto hacia Vokkoli—. [Tampoco creemos, como ha sugerido el líder Vokkoli, que la Alianza posea la fuerza militar para menoscabar lo suficiente las represalias de Palpatine].

—Que nuestra intervención baste o no depende directamente del alcance de los preparativos del gobernador Choard —señaló Chivkyrie.

—Estoy de acuerdo —dijo Leia, intentando desentrañar todas las implicaciones de aquel bombazo inesperado. Slanni tenía razón; la noticia de que un sector entero se independizase del Imperio sería devastadora para la unidad ilusoria con la que Palpatine había construido cuidadosamente su nuevo orden. Crearía un canal natural para el descontento y daría a la rebelión una legitimidad que la Alianza jamás podría aspirar a lograr por sí sola. De hecho, un sector disidente podría llegar a ser, incluso, el principio del fin del gobierno de Palpatine.

Por otra parte, más siniestra, había sido precisamente el mismo tipo de movimiento separatista de la generación anterior el que había hecho desmoronarse a la República. Lo último que los líderes de la Alianza y ella misma querían era repetir aquella era de caos y muertes en masa.

—¿Qué sabemos sobre los planes de Choard? —le preguntó a Chivkyrie.

—Sé que se está preparando y posicionando fuerzas para asaltar y tomar el control de instalaciones clave —dijo Chivkyrie—. No dispongo de más detalles.

—Los detalles son de vital importancia —dijo Vokkoli.

—Por supuesto —coincidió Chivkyrie, asintiendo hacia el mungra—. Por eso precisamente le pedí a la princesa Leia Organa que viniera.

Leia sintió que se le cortaba la respiración al entender repentinamente los derroteros que estaba tomando la conversación. Chivkyrie no había hablado directamente con Choard, por supuesto. Un gobernador de sector estaba muy por encima en el escalafón social y, para un adariano, aquello convertía en imposible una conversación personal. Pero Leia era una princesa de sangre azul alderaaniana, aunque el planeta que le daba el título hubiese dejado de existir.

—¿Sabe si el gobernador está dispuesto a hablar conmigo? —preguntó.

—El administrador jefe Disra me ha asegurado que el gobernador hablará con cualquiera de su mismo escalafón —la tranquilizó Chivkyrie—. Nos marcharemos a Shelkonwa en cuanto usted lo diga.

—No le habrá dicho mi nombre, ¿verdad? —preguntó Leia.

—Por supuesto que no —dijo Chivkyrie, visiblemente escandalizado—. Para empezar, no sabía quién iba a enviar la Alianza Rebelde. Además, jamás le habría comunicado ningún nombre sin estar autorizado —miró al otro lado de la mesa—. Pero el administrador jefe Disra me ha advertido que los preparativos del gobernador ya casi están terminados —añadió—. Si vamos a participar en esto, debemos actuar con rapidez.

—Comprendo la necesidad de actuar con premura —dijo Leia—. Pero las reticencias del líder Vokkoli y el director de planificación Slanni también son razonables. Esto comporta unos riesgos enormes para la Alianza Rebelde. Y quizá no conduzca a nada.

—Todo en la vida comporta riesgos que pueden no conducir a nada —dijo Chivkyrie, con un asomo de impaciencia en el tono—. Ustedes, los líderes de la Alianza, proclaman que quieren unir a todos los enemigos del Imperio bajo un mismo techo. Si no están dispuestos a aceptar al gobernador Choard bajo ese techo, quizás es que no buscan realmente la unidad.

—[¿Y lo que busca el gobernador Choard es nuestra victoria?] —contestó Slanni—. [¿O cuando haya conseguido la independencia nos echará de su territorio?]

¿Convertir el sector Shelsha en una zona neutral? Podía formar parte de un trato con Palpatine a cambio de mayor libertad y autonomía de Shelkonwa respecto al gobierno del Imperio. Ya se habían visto cosas parecidas, lo sabía, en el Sector Corporativo y otros lugares. Si la flamante libertad de Choard llegaba acompañada de juramentos públicos de lealtad al Centro Imperial, quizá Palpatine estaba dispuesto a seguirle el juego; sobre todo si la alternativa era invertir la cantidad de recursos militares necesarios para poner a raya a un sector como Shelkonwa. Al final, Choard lograría la independencia limitada que aparentemente quería y los miembros de la Alianza combatirían y morirían en vano.

Aún podía ser peor. Choard podía ser totalmente leal al Imperio y todo aquello no ser más que una elaborada estratagema para echarle el guante a unos cuantos líderes de la Alianza.

—Si desperdiciamos esta oportunidad, el gobernador Choard será derrotado, con toda seguridad —dijo Chivkyrie, interrumpiendo los pensamientos de Leia—. Su apuesta por la liberación quedará como una simple nota a pie de página en la siniestra historia del reinado de Palpatine —inclinó la cabeza hacia ella—. Y los de República Redux deberemos plantearnos si la Alianza Rebelde es realmente el hogar más apropiado para nosotros.

Allí estaba, al fin. Mon Mothma le había advertido que Vokkoli y Slanni habían amenazado con abandonar la Alianza si aceptaban el plan de Chivkyrie. Ahora era este el que les lanzaba el mismo ultimátum.

Parecía que, de una manera u otra, la unidad de las fuerzas rebeldes en el sector Shelsha estaba herida de muerte.

Aunque quizá podía postergar aquel fin aciago, al menos momentáneamente.

—No cederé al chantaje —le advirtió a Chivkyrie, añadiendo doble ración de regia desaprobación en su voz—. Pero tampoco descartaré a la ligera cualquier posibilidad de conseguir la derrota definitiva del Imperio. Vuelvo a mi nave, a comunicarme con mis

compañeros líderes de la Alianza. Si lo autorizan, le acompañaré a Shelkonwa para valorar la situación.

Leia miró a Vokkoli y Slanni.

—Solicito también su presencia y asesoramiento en ese viaje —añadió.

Chivkyrie se revolvió en su silla pero permaneció en silencio. Vokkoli miró hacia abajo, a Slanni, y después hacia arriba, a ella.

—Será un honor acompañarla, princesa—dijo seriamente el mungra—. Que la Fuerza la acompañe y oriente sus decisiones.

—Gracias —dijo Leia, reprimiendo una mueca de desagrado mientras se levantaba. La Fuerza. Ojalá tuviese el don Jedi de recurrir a aquella fuente de poder y sabiduría. Pero no era así—. Volveré dentro de una hora.

—La estaré esperando —dijo Chivkyrie seriamente—. Pero permítame que le advierta una cosa: pasada esa hora me marcharé a mi casa. Con usted o sin usted.

Luke estaba jugando con la espada de luz y el remoto de entrenamiento cuando Han llegó desde la cabina.

—¿*Otra vez*? —le gruñó a Chewbacca, que estaba en la habitación, mirando al muchacho.

El wookie gruñó la respuesta más lógica.

—No, no sé dónde más puede practicar —reconoció Han—. ¿Pero quién le ha dado permiso para practicar a bordo del *Halcón*? ¿Y si corta un cable o un conducto hidráulico? ¿O si se corta un brazo?

En cualquier caso, debía admitir que Luke estaba mejorando con aquella arma ridicula. Las primeras veces que el viejo Kenobi le había hecho practicar sus rutinas, el chico había evitado un ataque de cada diez. Mientras Han lo miraba, el remoto le lanzó un ataque de seis disparos y solo uno logró superar sus defensas.

—Podría cortarse un brazo —masculló.

Chewbacca gorjeó algo, recordándole las ambiciones y responsabilidades de Luke.

—Sí. Apuesto a que, si practica todos los días, terminará siendo un Caballero Jedi fantástico —dijo Han, con solo un punto de sarcasmo—. ¿Luke? Eh… Luke.

Se produjo una breve pausa, como si el chico tuviese que desviar su atención hacia algo que no era el remoto.

—¿Qué pasa? —preguntó, girándose para mirar a Han—. Ah… hola, Chewie. No te había visto.

Han negó con la cabeza. Menudo Caballero Jedi, capaz de verlo y saberlo todo, estaba hecho Luke. Simples truquitos y mucha palabrería, como siempre había dicho.

—Estamos llegando al sistema Purnham —le dijo a Luke—. Tenemos que activar los cuádruples.

—Vale —Luke apagó la espada de luz, rodeó el remoto, que todavía emitía un zumbido, y tocó un interruptor del panel de control de ingeniería, enviando la esfera volante hacia su estación de recarga.

Al hacerlo, sonó el familiar doble tono de advertencia de aproximación planetaria.

—Vamos… moveos —dijo Han, cruzando en dirección a la escalera y bajando por ella—. Casement se va a enfadar mucho si los piratas llegan a la fiesta antes que nosotros.

—Allí —dijo Marcross, señalando al otro lado del parabrisas—. Un carguero, justo enfrente.

—Lo tengo —confirmó Quiller, tecleando en su tablero en busca de identificación—. No… no es nuestro corelliano. Parece un surroniano de algún tipo… No estoy familiarizado con ese modelo concreto.

—¿Detectas armamento? —preguntó LaRone.

—Un par de cañones bláster —dijo Quiller—. Nada inusual en esa clase.

—Una presa fácil, en otras palabras —masculló Marcross—. ¿Cuándo está previsto que llegue el corelliano?

—Suponiendo que haya mantenido la velocidad que llevaba cuando hizo el salto, debería estar a punto de llegar —dijo Quiller—. Si apretó el ritmo, podría haber llegado ya y haberse marchado.

—No sabía que los YT-1300 pudiesen ir tan rápido —dijo Brightwater.

—No todos *pueden*; *ese* puede —le dijo Quiller—. Detecté todo tipo de modificaciones y mejoras interesantes antes de que hiciera el salto. Si esos tipos no son piratas, apuesto a que son contrabandistas o infiltradores en bloqueos.

El tablero emitió un pitido.

—Tenemos compañía —anunció Quiller, mirando sus monitores—. Viene de ese cúmulo de asteroides de estribor.

—Los veo —dijo sombríamente LaRone. Aparecieron dos naves patrulleras, estilizadas, rápidas y fuertemente armadas. La nave corelliana que habían estado rastreando podía ser pirata o no, pero estas dos no había ninguna duda de que sí lo eran.

Y estaban de cacería. Inclinaron las proas y aceleraron hacia el lejano carguero.

—Interceptación en unos noventa segundos —advirtió Quiller—. ¿LaRone?

LaRone frunció los labios.

—Bueno, si lo único que queremos es interrogar a unos cuantos piratas…

—Uauh… ¡Ahí está! —dijo de repente Grave, señalando hacia arriba a la izquierda—. Ahí está nuestro corelliano.

—Hijo de drabble —exclamó Brightwater—. *Sí* que había llegado antes que nosotros.

—Y ahí va —añadió Marcross mientras el YT-1300 aceleraba—. Parece que va tras nuestros piratas.

—No hay nada como un buen bufé libre para poder elegir —comentó Quiller—. ¿Tenéis alguna preferencia respecto a qué nave sobreviva en unos minutos?

LaRone estudió la situación que se estaba desarrollando ante sus narices. El procedimiento militar estándar les habría obligado a inutilizar las tres naves sospechosas, siempre que fuese posible, para después esclarecer quiénes eran amigos y quiénes enemigos. Pero hasta poder aclarar sus vagas intuiciones e impresiones sobre el corelliano y sus amigos…

—Ve a por las dos patrulleras —ordenó—. *Sabemos* que son piratas. Apuntad primero a los motores e intentad inutilizar al menos una sin hacerla trizas.

—¿Y qué pasa con el corelliano? —preguntó Grave.

—Dejadlo tranquilo, de momento —dijo LaRone—. No le disparéis excepto si él nos dispara a nosotros.

Brightwater le tocó el hombro a Grave.

—Nos toca —dijo—. Veamos qué precisión tienen estos cañones desde larga distancia.

Las naves piratas se fueron haciendo cada vez más imponentes a medida que Chewie se acercaba a ellas y Luke ya estaba sumergiendo su mente en el modo de combate Jedi cuando volvió a oír una voz familiar susurrándole en su cabeza. *Luke.*

—Sí, lo sé —murmuró, concentrando sus pensamientos en los piratas.

No te concentres, le advirtió la voz de Ben. *Aún no. Primero busca e identifica todas las amenazas posibles, allí donde puedan acechar.*

Luke frunció el ceño. ¿Allí donde puedan acechar? ¿Qué se suponía que significaba *aquello*?

Proyéctate con la Fuerza, Luke. En todas direcciones.

Hizo una mueca, vació su mente, obligándose a ignorar los objetivos evidentes que tenía justo enfrente, y proyectó su conciencia hacia el exterior. Aunque ¿de dónde podría provenir algún otro potencial peligro…?

La percepción de mentes lejanas impactó repentinamente a la suya. Miró alrededor rápidamente, intentando localizar su origen.

Y contuvo la respiración. Vio que había otra nave junto a un asteroide cercano, lanzándose en trayectoria de interceptación tras el *Halcón.*

—¡Han! —gritó.

—Sí, ya lo veo —gruñó la voz de Han por su auricular—. Debería haber sospechado que tendrían refuerzos. Chewie, trayectoria evasiva hacia Casement. Luke, tu ocúpate del aguafiestas. Contenió o abátelo.

—Entendido —dijo Luke. La nave perseguidora, que descendía lentamente hacia popa, estaba casi en su radio de fuego.

Pero solo podía hacer lo que podía hacer. El *Halcón* empezó a dar tumbos como un dewback borracho cuando Chewbacca lo lanzó en una serie de giros y tirabuzones. Por el borde del casco solo alcanzaba a ver múltiples destellos rojos, Han estaba disparando a las dos naves piratas que les perseguían. Girando completamente el control de disparo,

apuntó sus cuádruples hacia atrás, lo más lejos que pudo, y espero que la maniobra evasiva de Chewbacca le permitiera hacer un disparo claro.

Luke, centra tus pensamientos.

Volvió a hacer una mueca. *Ahora* Ben quería que centrara sus pensamientos. Respiró hondo, desviando su mente hacia los recién llegados.

Y se detuvo. Con sus pensamientos centrados y la nave más cerca, la percepción general de los hombres que iban a bordo se estaba haciendo más clara.

Pero no era la misma sensación que le había producido el depredador a punto de saltar en el tapcafé de Ciudad Conso. Percibía parte de aquella fuerza y expectación, pero había algo más, algo completamente distinto. Menos feroz. O menos cruel. Menos malo.

La Fuerza te orientará, si la dejas.

Ya casi tenía la nave perseguidora a tiro. La miró, preguntándose dónde se suponía que debía encontrar orientación.

¿De la misma manera que permitía que la Fuerza guiase sus movimientos cuando practicaba con el remoto? Respiró hondo, dolorosamente consciente del riesgo que estaba asumiendo, colocó las manos en el timón y permitió que la Fuerza fluyera por su interior.

Para su asombro, sus dedos se apartaron del control de disparo.

Muy bien, volvió a decir la voz de Ben, y a Luke le pareció notar un punto de aprobación en su tono. *No todos los extraños son enemigos.*

Luke no pudo evitar sonreír ante la obviedad de aquella afirmación. Pero era una lección que debía recordar. Lanzó una última mirada a la nave que se aproximaba, giró los cuádruples y apuntó a las naves piratas que tenían delante. De nuevo dejó que la Fuerza lo orientase y de nuevo sus dedos se movieron libremente.

Aunque esta vez para apretar con firmeza el gatillo.

El mensaje era claro. En lugar de abatir a la nave desconocida, debía sumarse al ataque de Han contra los piratas conocidos. Esperaba que la Fuerza supiese lo que estaba haciendo.

—¿Habéis visto eso? —masculló Quiller mientras la Suwantek se lanzaba a plena potencia a la batalla—. Láseres cuádruples gemelos. ¿Cuánto es eso, tres años de cárcel?

—Probablemente, pero es mejor que acabar pulverizado —dijo Marcross con la cara momentáneamente de color verde por la ráfaga que los cañones láser de la Suwantek lanzaron a las dos patrulleras—. Me pregunto cuándo van a empezar los piratas a buscar otras soluciones.

—En realidad, no tienen ninguna —dijo Quiller—. Con el corelliano atacando por el flanco de babor y nosotros martilleando la popa, están desviando toda la potencia que pueden a esos dos deflectores. Si ahora virasen hacia cualquier dirección, abrirían otro flanco al ataque y no pueden permitírselo. Ni siquiera pueden separarse y dispersar su fuego.

—¿La de la derecha podría apuntar sus armas al corelliano, como mínimo? —preguntó Marcross.

—Seguro que sí —le confirmó Quiller—. Pero quedaría expuesta a los cuádruples del corelliano. Apuesto lo que queráis a que esa es la nave del jefe.

LaRone sintió que le temblaban los labios. Típico. Atacar cargueros indefensos estaba bien, pero cuando se trataba de combatir de verdad, los piratas solían demostrar ser unos auténticos cobardes.

—¿Qué *están* haciendo?

—Lo único que pueden —dijo Quiller—. Intentan acercarse al carguero que perseguían y usarlo para cubrirse.

—Suponiendo que nos importe volar por los aires el carguero, claro —murmuró Marcross.

—Claro, pero como he dicho, es lo único que pueden hacer —dijo Quiller—. En realidad, desde esta distancia y con su potencia de fuego, el corelliano podría estar causándole muchos más estragos de los que le está causando. Parece que también quiere atraparlos vivos.

—Mejor para nosotros —dijo Marcross, mirando a LaRone—. Aunque no me he enterado de en qué momento hemos empezado a trabajar juntos en esto.

—Aliados de conveniencia —le dijo LaRone—. Habrá que ver hasta cuándo dura la conveniencia.

—Puede que no tardemos en descubrirlo —dijo Quiller—. Parece que está a punto de hacer algún movimiento.

LaRone miró por el parabrisas. No vio nada nuevo, pero no tenía motivo para desconfiar de la palabra de Quiller.

—Vale —dijo—. Grave, Brightwater, un minuto de alto el fuego. Veamos qué quiere el corelliano.

—¿Chewie? —gritó Han—. ¿Estás listo?

Por el auricular se oyó un gruñido de asentimiento. Han volvió a sujetar el control de disparo, intentando ignorar las incertezas que revoloteaban en su interior. Había entrenado personalmente a Chewbacca en aquel tipo de maniobra disparatada y debía reconocer que era casi tan bueno como él.

Pero tenían aquel signo de interrogación en forma de Suwantek allí detrás, un signo de interrogación con *mucha* más potencia de fuego de la que solían disponer los cargueros de aquel tamaño. Hasta el momento, los aguafiestas habían centrado su atención en las dos naves piratas, ignorando al *Halcón*, pero eso podía cambiar en cualquier momento.

Y si estaban esperando el momento justo para cambiar de blanco, se lo iban a conceder.

—¿Luke?

—Listo.

—Vale —dijo Han, agarrándose fuerte—. Chewie… *adelante.*

Llegó otro asentimiento desde la cabina y de repente el *Halcón* empezó su maniobra, saliendo de la trayectoria paralela para lanzarse de lado hacia los dos piratas. La nave se inclinó mientras Chewbacca los enviaba lateralmente bajo las otras naves, sacándolas de la vista de Han. Sobre él pudo oír los cuádruples superiores disparando, Luke disparando hacia arriba, a sus vientres; y después el chirrido del láser estrellándose contra el deflector cuando los piratas respondieron. La inercia lateral envió al *Halcón* más allá de la segunda nave pirata. Chewbacca realizó un tirabuzón con la nave que hizo que las estrellas giraran vertiginosamente en el parabrisas de Han, llevándolos hasta el flanco superior de la nave pirata.

Tras descender y dar una sacudida seca final, el wookie golpeó la otra nave y la atrapó firmemente con el gancho de aterrizaje del *Halcón.*

La torreta láser dorsal de los piratas estaba justo detrás, a menos de tres metros del pozo del cañón de Han. La diferencia era que Han estaba preparado y la cañonera pirata no. La torreta apenas había empezado a girar cuando Han la voló en pedazos.

—Bien, Chewie.

Se oyó un clic cuando Chewbacca conectó el comunicador.

—Primera y última oportunidad —dijo Han por su micro—. Rendirse o morir.

La nave pirata se balanceó ampliamente en respuesta, abandonando la posición defensiva en la que podía proteger el armamento del flanco frente aquel polizón increíblemente insolente. Han giró sus cuádruples, cosiendo el flanco al rrfismo tiempo que Luke.

Las torretas de los piratas seguían alineándose para disparar cuando la Suwantek llegó por detrás y las voló por los aires.

Han miró la nave. Si le quedaba alguna duda sobre la posibilidad de que la Suwantek estuviese con los piratas, aquello la finiquitó. Aunque podría tratarse de una banda rival… y con una nave menos y el *Halcón* posado sobre la otra, había llegado el momento de la verdad.

—Carguero Suwantek no identificado…

—No dispare, carguero corelliano —le interrumpió una voz—. No, repito, *no* destruya la patrullera que tiene debajo. Los queremos vivos.

—Entendido, Suwantek —dijo Han cautelosamente. El hablante no se había identificado pero su tono había sonado terriblemente militar.

A los piratas les debió parecer lo mismo. La nave pirata activó sus motores subluz y dio una sacudida, intentando desembarazarse del *Halcón.* La respuesta fue un destello rojo y una explosión en algún punto de la parte trasera…

—Allí —dijo la voz militar cuando el motor de la nave pirata se apagó—. Repito, corelliano, no dispare, por favor.

Como mínimo esta vez se lo pedía *por favor.*

—Tranquilo —le respondió Han—. De hecho, nosotros también queremos hablar con esos tipos.

—Excelente —dijo el otro—. Espere ahí. Nosotros los abordaremos primero.

—Claro —dijo Han—. Como quieran.

CAPÍTULO DOCE

En la nave pirata quedaban dos supervivientes. Dos jóvenes aterrorizados que estaban deseando cooperar. Desgraciadamente, no podían cooperar en gran cosa.

—No *sé* de dónde salieron —insistió nerviosamente el más mayor, Badji. Empezó a hacer un gesto, pero el movimiento quedó interrumpido por las esposas que lo sujetaban al anillo de contención de la bodega de carga—. Un día sencillamente aparecieron y le dijeron al capitán Andel que los Cicatriz de Sangre querían incorporarnos a una gran banda.

—¿Qué dijo Andel? —preguntó Brightwater.

—Le dijo a Caaldra que nos lo pensaríamos —dijo Badji—. Pero no creo que tuviese la menor intención de hacerlo. Le oí decir que se lo pensaría el día que las ranas criaran pelo… —se interrumpió, abriendo los ojos como platos repentinamente—. Un momento. ¿No seréis…? Bueno…

—No, no somos de los Cicatriz de Sangre —le tranquilizó LaRone—. ¿Caaldra le dio a Andel alguna información de contacto?

Badji negó con la cabeza.

—No, nada.

—Mientes —le acusó bruscamente Brightwater—. No pudo marcharse sin deciros cómo poneros en contacto con él.

—Pero lo hizo… Se lo juro, así fue —dijo Badji, que empezaba a temblar—. Dijo que volvería en un par de semanas para conocer la respuesta del capitán Andel.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hará una semana —dijo Badji—. No, no… fue hace ocho días estándar. Me acuerdo porque…

—¿Me estás diciendo que, si queremos hablar con Caaldra, tendremos que esperar una *semana*? —le cortó Brightwater.

—No re cuándo volverá —dijo Badji, en tono suplicante—. No pretendo engañarles… lo juro.

—Por supuesto que no —dijo LaRone. Cruzó su mirada con la de Brightwater y le hizo un gesto. Brightwater asintió y se marcharon.

Marcross y Grave esperaban en la sala para la tripulación, hablando en voz baja.

—¿Qué? —preguntó LaRone cuando llegó hasta ellos, acompañado por Brightwater.

—Nada útil —dijo Marcross—. Los Cicatriz de Sangre intentaron reclutarlos, no hay duda, pero… Hace aproximadamente una semana se presentó una especie de mercenario llamado Caaldra, para presionar a su jefe.

—Básicamente eso es lo que hemos descubierto —confirmó LaRone, sintiéndose particularmente molesto. Habían hecho todo aquel esfuerzo con la esperanza de que el rastreo del corelliano les llevase hasta los Cicatriz de Sangre y lo único que tenían era un par de adolescentes a los que les debió parecer divertido enrolarse en una banda para jugar a los piratas.

—¿Y qué hay del corelliano y sus amigos? —preguntó Brightwater—. ¿Hemos averiguado algo sobre ellos?

LaRone se inclinó para activar el comunicador.

—Quiller, ¿descubriste algo en la búsqueda de equipos?

—El formado por humano-humano-wookie dio negativo —respondió la voz de Quiller—. ¿Quieres que pruebe con humano-wookie? Quizá recogieron a un amigo por el camino.

—Por ahora, dejémoslo para más adelante —dijo LaRone. Entrar en las bases de datos imperiales era peligroso y no quería arriesgarse a hacer una segunda búsqueda tan pronto—. ¿Qué están haciendo?

—Están esperando tranquilamente, como les dijimos —dijo Quiller—. El carguero surroniano tampoco ha intentado escapar.

—Buenos clientes —comentó Brightwater.

—También lo fueron en Drunost —le recordó Grave—. Aunque me gustaría saber qué pretendían.

—Quizás estaban transmitiendo un mensaje —sugirió Brightwater—. Si el tal Caaldra pensaba que Andel iba a rechazarlos, quizá decidió demostrarle que era mala idea.

—O el corelliano es Caaldra —dijo de repente Marcross—. Nos ha *dicho* que quería hablar con los supervivientes.

—Veamos qué averiguamos —dijo LaRone—. Quiller, llámalos e invítalos a subir a bordo.

Han estaba sumergido en las entrañas del hiperimpulsor cuando les llegó la invitación.

—Agradezco mucho la cortesía —dijo, mientras Luke le colocaba el auricular junto a la oreja—. Pero ahora mismo estamos un poco ocupados… El último impacto nos ha causado ciertos daños.

—Lo lamento —dijo la voz en su oído—. ¿Necesitan ayuda?

Han frunció el ceño. Si los sensores de la Suwantek habían sido tan mejorados como sus armas, era muy probable que ya conocieran el estado de su hiperimpulsor. Que tampoco se podía decir que estuviera en perfectas condiciones ni en sus mejores momentos, y aquel no era precisamente uno de ellos.

—No, podemos arreglárnoslas solos —dijo—. Pero tardaremos un poco.

—Entendido —dijo su interlocutor—. Aunque me pareció que tenían cierto interés en hablar con los piratas. Tenemos dos prisioneros, pero no podemos quedarnos mucho más en este sistema. Si están interesados, deben venir ahora.

Han miró a Luke, que se encogió de hombros y asintió.

—Vale… ahora mismo vamos —dijo Han—. ¿Tienen un túnel de transferencia al que podamos conectar alguna de nuestras escotillas?

—Tenemos algo mejor… nuestra escotilla ventral dispone de collar universal —dijo su interlocutor—. Nos colocaremos encima de su nave y nos acoplaremos a su escotilla superior.

Han ya había percibido el tono militar de la voz que había hablado. Ahora, mientras subía con Luke por la escalera que caía desde la escotilla inferior de la Suwantek, vio claramente que los dos hombres que les esperaban también tenían pinta de militares.

—Bienvenidos a bordo —dijo uno de ellos cuando Luke entró en la nave y se colocó junto a Han.

—Gracias —dijo Han, mirando alrededor. Estaban en un pasillo relativamente amplio con seis puertas a ambos lados y otra en el mamparo delantero, detrás de sus dos anfitriones. Probablemente, a los lados estaban los camarotes de la tripulación y delante o el puente o el salón de la tripulación. Miró hacia atrás y vio que el pasillo se estrechaba y daba a unas puertas que debían dar a los hangares de carga e ingeniería—. Bonita nave.

—Gracias —dijo el primer hombre—. Me llamo LaRone. Este es Grave.

—Solo —se presentó Han, sintiendo un aguijonazo al hacerlo. Había muchas maneras, legales o no, de comprobar su identidad y mentir sobre ella solo le habría hecho parecer más sospechoso. Además, aparte de su problemilla con Jabba y otro par de minucias, en aquel momento no tenía litigios de ningún tipo con nadie. Al menos si no se tenía en cuenta el asunto de la Estrella de la Muerte, que nadie podía demostrar—. Este es Luke.

LaRone saludó con la cabeza.

—¿Para quién vuelan?

—Somos independientes —le dijo Han—. Buscamos cargamento donde podemos.

—¿Va alguien más a bordo de su nave?

—Mi primer oficial, Chewbacca —dijo Han.

—Es el wookie al que vieron en Drunost —añadió Luke.

Han le lanzó una mirada de advertencia a Luke. Pero LaRone se limitó a sonreír.

—Bien… se acuerda de nosotros —dijo—. Nosotros *también* nos acordamos de usted —señaló la espada de luz que colgaba del cinturón de Luke—. ¿Sabe usar eso?

—Un poco —dijo Luke—. Aún estoy aprendiendo.

—¿De dónde la ha sacado?

—Se la robó a un tipo llamando Tooni —dijo Han impacientemente—. ¿Qué más da de dónde la haya sacado? Dijeron que podíamos hablar con sus prisioneros.

—Dentro de un momento —dijo LaRone—. Antes me gustaría saber qué hacían en el tapcafé de Ciudad Conso.

Han se encogió de hombros.

—Tomar una copa.

—¿Quién era el cuarto ocupante de la mesa?

—Un amigo —dijo Luke.

—Un lugareño —intervino Han antes de que Luke pudiese decir nada más—. ¿Hay algún problema con él?

—Quizá —dijo LaRone—. Permítanme que les hable claro. Estaban en Drunost cuando se produjo un atraco. El hombre que les acompañaba también estaba presente en otro asalto, unos días antes, el de la banda de motoristas. Y ahora volvemos a encontrarles en Purnham, en la escena de *otro* asalto.

—Solo estamos haciéndole un favor a un amigo —dijo Han, sintiendo que el sudor empezaba a acumularse en su cuello. LaRone podía estar llevando la conversación en varias direcciones, ninguna de ellas buena—. Nos dijo que otro amigo suyo estaba teniendo algunos problemillas con piratas en el corredor de Purnham. No estábamos muy ocupados, así que le dijimos que veríamos qué podíamos hacer al respecto.

—Por cierto, les agradecemos mucho su ayuda —añadió Luke.

—No es necesario —dijo LaRone—. Los piratas tampoco nos gustan demasiado. ¿Pueden decirnos por qué ese amigo suyo estaba en los dos asaltos de Drunost?

—Para empezar, vive allí —dijo Han—. Además, hoy en día lo realmente complicado es *evitar* ese tipo de problemas. Los lugareños no tienen recursos para combatir a los asaltantes y los imperiales parecen haberlos abandonado definitivamente a su suerte.

—¿Me está diciendo que es pura coincidencia?

—No del todo —dijo Luke.

Han giró la cabeza, reprimiendo una maldición. ¿Qué demonios estaba *haciendo* el muchacho?

—Luke…

—Expliqúese —dijo LaRone, que seguía mirando a Han.

Luke le dedicó una mirada ligeramente culpable a Han. Pero su tono fue bastante firme.

—En este sector actúa una banda pirata que se hace llamar Cicatriz de Sangre —dijo—. Cuando supimos de los piratas de Purnham, pensamos que quizá podríamos averiguar qué se traían entre manos los Cicatriz.

—¿Y qué les importa lo que trame una banda de piratas? —preguntó Grave.

—¿Qué va a ser? —replicó Han—. Así sabemos cómo evitarlos.

—¿No será que querían unirse a ellos? —contestó LaRone en un tono repentinamente duro.

—No, queremos evitarlos —repitió Han, al que se le estaba ocurriendo una cosa terrible. Hasta aquel momento había dado por supuesto que LaRone estaba conectado de alguna manera con los cuerpos de seguridad de Purnham, que probablemente era un mercenario contratado por los lugareños. ¿Pero y si pertenecía a los Cicatriz de Sangre?—. Pero ustedes parecen conocerles bien —añadió, dando medio paso hacia atrás, hacia la escalera—. Como ha dicho Luke, les agradecemos su ayuda.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó LaRone—. Creía que querían hablar con nuestros prisioneros.

—No, da igual —dijo Han, dando otro paso hacia la escotilla abierta. Ni LaRone ni Grave parecían armados, si conseguía que Luke lo entendiera, quizá pudiesen bajar por la escalera hasta la escotilla inferior antes de que el resto de la tripulación de la Suwantek tuviese tiempo de reaccionar.

Pero Luke no parecía haberse enterado de nada. Seguía allí plantado, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como si oyera voces.

—Creo que deberían oír lo que cuentan —insistió LaRone. Grave y él tampoco se habían movido. ¿Acaso era Han el único que olía problemas en todo aquello? Reculó otro medio paso…

Y entonces, abruptamente, Luke alargó la mano para sujetarlo por el brazo izquierdo.

—No pasa nada, Han —dijo, mirando a LaRone—. No son de los Cicatriz.

—¿Quién ha dicho lo contrario? —protestó Han, reprimiendo otra maldición. Aquello lo fastidió todo. Movió el brazo izquierdo parar deshacerse de la mano de Luke, atrayendo simultáneamente las miradas de LaRone y Grave, y bajó la mano derecha hacia un costado…

—No lo haga —le advirtió una voz a su espalda.

Han quedó petrificado, con la mano a pocos centímetros de su bláster, y miró cautelosamente por encima de su hombro.

Vio a dos hombres con el mismo aspecto militar que LaRone y Grave, con sus blásters apuntándoles.

Y ni siquiera había oído abrirse ninguna de las puertas. Aquellos tipos eran realmente sigilosos.

—Vale —dijo con tanta calma como pudo mientras volvía a girarse hacia LaRone—. ¿Y ahora qué?

—Depende —dijo este, dando un paso adelante y quitándole el bláster. Tras un instante de titubeo, también le quitó la espada de luz a Luke—. Empecemos por quién son exactamente y a qué se dedican sus amigos de la zona.

—Como le he dicho, somos transportistas independientes —le dijo Han.

—¿Con láseres cuádruples gemelos en su nave? —preguntó mordazmente LaRone—. Pruebe otra vez.

—Los necesitamos por protección.

—Estoy seguro de eso —dijo LaRone—. Díganme, si registrásemos sus bodegas ahora mismo, ¿encontraríamos algo que no debiera estar allí?

—En absoluto —le aseguró Han. Por una vez, era cierto—. No somos contrabandistas.

—Por supuesto que no —dijo LaRone—. Volviendo a los Cicatriz de Sangre, ¿de verdad creen que intentan crear una versión de la Alianza Rebelde aquí, en el sector Shelsha?

—Yo lo llamaría más bien una pirámide hutt —dijo Han, preguntándose por qué le había molestado tanto la comparación de LaRone. Sin duda la Alianza Rebelde *era*, en

esencia, precisamente aquello: un gran grupo ilegal formado por muchos otros grupos ilegales—. Pero sí, creemos que podrían estar intentando algo así.

—Bien —dijo LaRone—. Porque eso es exactamente lo que *están* haciendo. Nuestros prisioneros dicen que un agente de los Cicatriz vino hace solo una semana y los presionó para que se unieran a ellos. Se supone que regresara dentro de poco en busca de la respuesta.

Han frunció el ceño y de repente lo entendió todo.

—¿Y ustedes creen que uno de *nosotros* es ese agente?

—Se nos ha pasado por la cabeza —dijo LaRone—. Y tiene gracia, porque entiendo que ustedes han pensado lo mismo de nosotros.

—Bueno, en realidad no —dijo con firmeza Han.

—¿Pueden demostrar que no lo son?

—Les ayudamos a eliminar a los otros piratas —le recordó Han—. No es lo que suelen hacer los reclutadores.

—Quizás el grupo de Purnham ya había rechazado la invitación de los Cicatriz de Sangre —indicó LaRone—. Nuestros prisioneros dicen que esa era la intención de su jefe. En ese caso, podría haberles enviado para darles una lección ejemplarizante.

—También podría ser que *no* la hubiesen rechazado —dijo Han—. En cuyo caso, solo tenemos que esperar a que envíen a alguien a por la respuesta.

—¿Qué, esperar otra semana más? —LaRone sacudió la cabeza—. No podemos quedarnos tanto tiempo.

—Quizá haya otra manera —intervino Luke.

LaRone le miró.

—Le escuchamos.

—Si rechazaron a los Cicatriz de Sangre, lo más probable es que lo hicieran por la HoloRed —dijo Luke—. De haberlo hecho, si pudiésemos acceder al archivo local de llamadas, la comunicación debería de seguir allí.

Han hizo una mueca de desagrado. El archivo de llamadas era inútil; lo único que mostraría serían todos los planetas que habían recibido comunicaciones desde Purnham en un determinado lapso de tiempo, pero incluso en un mundo tan pequeño como aquel había un *montón* de tráfico de HoloRed. No tenía sentido que Luke planteara aquello, a no ser que pensara introducir algún otro ingrediente en el cóctel.

—Supongamos que podemos acceder al archivo —dijo LaRone, con renovado interés. Probablemente había seguido el mismo razonamiento que Han—. ¿Después qué?

—Después…

—¿Y qué interés tienen ustedes en todo esto? —le interrumpió Han. Estaba bastante seguro de saber qué se le había ocurrido a Luke y no pensaba permitirlo. Al menos hasta saber de qué bando estaban LaRone y sus amigos.

—El mismo que el suyo —dijo LaRone, frunciendo el ceño por la interrupción—. Solo que en vez de evitar a los Cicatriz de Sangre, nosotros queremos eliminarlos —

rebuscó en su bolsillo y sacó una tarjeta de identidad con pinta de ser oficial—. Somos miembros de seguridad de Transportes Consolidados.

—Oh —dijo Han, al que se le empezaban a erizar los pelos de la nuca—. Bueno. En ese caso son de los buenos.

—Ya te lo dije —murmuró Luke.

Han hizo una mueca. Sí, vale, se lo había dicho.

El problema era que estaba equivocado.

—Pero creo que iba a decirnos algo —dijo Grave, mirando a Luke y arqueando las cejas.

—En realidad no —dijo Han, lanzándole una mirada de advertencia a Luke—. A veces habla sin pensar.

—*Basta* —le espetó LaRone.

Aquel repentino arrebato de ira hizo estremecer a Han, que bajó automáticamente la mano hacia su pistolera vacía.

—Basta de juegos —dijo LaRone—. Esos piratas son una amenaza para todo el sector. Si tienen información sobre ellos, deben compartirla. *Inmediatamente.*

Han le miró y recordó un amargo sabor lejano en la parte posterior de la lengua. Él mismo había sentido aquel fervor antes de que la crueldad esencial del Imperio le hiciese abrir los ojos.

Aquella era una pasión honesta que ningún pirata o saqueador podía fingir. Fueran quiénes fueran aquellos hombres, no pertenecían a los Cicatriz de Sangre.

—Déjenme usar su comunicador.

LaRone estudió su cara.

—Vamos —dijo, apartándose y señalando la puerta que tenía detrás.

Al otro lado de la puerta, tal como Han había supuesto, había una sala para tripulantes.

—Podemos conectarle a través del intercomunicador —dijo LaRone, señalando una estación digital de entretenimiento—. ¿Quiller?

—¿Con quién quiere hablar? —preguntaron por el altavoz.

—Con nuestro amigo del carguero de ahí fuera —dijo Han, sentándose frente a la computadora. Se iluminó un teclado e introdujo la frecuencia de comunicación de Casement—. Casement, Solo al habla.

—Ya era hora —gruñó la voz de Casement—. ¿Estáis bien? Chewbacca me ha dicho que habéis subido a bordo de la Suwantek…

—Estamos bien —le interrumpió Han—. Porter dijo que tuviste un problemilla con los Cicatriz de Sangre en Ashkaskov, hace un par de meses. ¿Pudiste detectar su vector cuando se marcharon?

—Sí —dijo Casement, claramente desconcertado—. Aunque no tenemos motivos para creer que se dirigiesen a ningún lugar concreto.

—Apuesto a que se marcharon a casa —dijo Han—. Porter nos dijo que fuiste el único superviviente, aunque ellos creyeron que también estabas muerto. No tenían motivo ninguno para ocultar su destino.

—Supongo que no —dijo Casement—. ¿Quieres que te mande el vector?

—Si no estás muy ocupado —dijo Han, intentando no sonar demasiado sarcástico. A veces aquellos rebeldes podían ser ridiculamente obtusos.

—Claro —gruñó Casement—. Espera que guarde la bufanda de lana que estaba tejiendo.

Han puso los ojos en blanco. Obtusos y ariscos.

—Cuando puedas.

—Ahí va —dijo Casement.

—Recibido —confirmó la voz de Quiller.

Han miró a LaRone.

—¿Y ahora qué?

LaRone miró a Grave.

—Dígale que puede marcharse y que le estamos muy agradecidos.

—Nuestros nuevos amigos dicen que ya podéis largaros —repitió Han—. Buen vuelo.

—Lo mismo digo —dijo Casement—. Y gracias por vuestra ayuda. A vosotros y a vuestros nuevos amigos.

Se oyó un leve chasquido y la comunicación se cortó.

—Se pone en marcha —informó Quiller.

—Ahora solo tenemos que ir a la estación de HoloRed y ver qué mensajes enviaron a los sistemas que quedan en la dirección de ese vector —dijo Han—. ¿Eso es lo que habías pensado, Luke?

—Sí —le confirmó el muchacho.

—Esperemos que a los de ahí abajo les caiga bien Transportes Consolidados —añadió Han, mirando atentamente a LaRone.

Este ni se inmutó.

—Por suerte nos ahorraremos el descubrirlo —dijo—. Ya tenemos los registros de la HoloRed de Ciudad Conso posteriores al asalto de los motoristas —sonrió levemente—. Por eso estábamos en Drunost. Pensamos que lo que hubiese quedado de la banda podría haberse puesto en contacto con su gran hermano para que les echase una mano —señaló a uno de los dos refuerzos de antes—. ¿Marcross?

—Activaré el programa —dijo este, lanzando una mirada especulativa a Han al pasar junto a él. Abrió una puerta al fondo de la sala y Han pudo ver fugazmente la antesala de la cabina antes de que se cerrase.

—Por cierto, este es Brightwater —añadió LaRone, señalando al otro refuerzo.

—Encantado de conocerle —dijo Han—. Supongo que ya podemos marcharnos. ¿Puedo recuperar mi bláster?

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Brightwater.

—Somos transportistas independientes, ¿recuerda? —dijo Han—. Tenemos plazos que cumplir.

—¿Qué plazos? —contestó Brightwater—. No llevan ningún cargamento.

—*Y* tienen un hiperimpulsor averiado —añadió Grave.

—No está *tan* averiado —dijo Han.

—Dejémonos de rodeos —dijo LaRone—. La cuestión es que no estamos seguros de querer dejarles marchar, todavía.

A Han se le volvieron a erizar los pelos de la nuca.

—Les hemos dado el vector —comentó.

—Eso podría no importarles lo más mínimo a los Cicatriz de Sangre —replicó LaRone—. Podría conducirnos hasta una base abandonada. O una trampa.

—Pero tranquilos —dijo Grave—, creo que sus aposentos les parecerán más confortables que los habituales de los transportistas independientes.

—Genial —gruñó Han—. Estamos muertos.

—Díganle al wookie que suba a bordo y nos marcharemos —dijo LaRone—. Desarmado, por supuesto.

—¿Y qué pasa con nuestra nave? —preguntó Han monótonamente. *Un wookie desarmado…* aquello era una contradicción en términos—. No podemos dejarla ahí, sin más.

—¿Quiller? —dijo LaRone.

—No hay problema —respondió la voz del piloto—. Podemos fijarla al collar de la escotilla y remolcarla.

—¿Están de broma? —dijo Han, frunciendo el ceño—. El *Halcón* es tan grande como su nave.

—Funcionará —le tranquilizó Quiller—. Confíe en mí… tenemos potencia de sobras.

—Llame al wookie —dijo LaRone—. Después les enseñaremos sus camarotes.

La puerta del camarote se cerró tras el enfurecido wookie. LaRone revisó la cerradura y después regresó al salón junto a Brightwater y Grave.

Marcross y Quiller estaban esperándoles. Marcross seguía sentado frente a la computadora.

—¿Están todos felizmente instalados? —preguntó Quiller.

—Tan felizmente como es posible, que no es mucho —le dijo LaRone—. ¿Qué opináis?

—Hay algo en su historia que no termina de encajar —dijo Brightwater—. Pero aún no sé qué es.

—¿Estamos completamente seguros de que *no* son de los Cicatriz de Sangre? —preguntó Grave—. Un sicario inteligente podría improvisar una historia como esa. Incluso podría haber eliminado a los piratas locales para despistarnos.

—Puede, pero eso no explica su actuación en Ciudad Conso —indicó Quiller—. Según los últimos informes, los asaltantes se llevaron cincuenta mil en efectivo, además de unos cuantos tipos.

—Los Cicatriz de Sangre llevándose a los supervivientes de la banda de motoristas —murmuró Brightwater.

—El robo era una mera distracción o tapadera —dijo Quiller, asintiendo—. Y es indudable que Solo y sus hombres no trabajaban con ellos, sino todo lo contrario.

—Entonces, ¿pertenecen a una banda rival? —sugirió Grave.

—Podría ser —dijo LaRone—. Pero a mí no me parecen piratas.

—¿No estarás dejando que esa espada de luz te influya? —contestó Grave.

LaRone gruñó.

—No. Recuerda que al único al que se la había visto empuñar nunca antes es lord Vader.

—Es interesante que menciones a Vader —dijo Marcross, pensativamente—. Corren rumores desde no hace mucho sobre un agente imperial especial llamado Mano del Emperador que ha aparecido de repente en escena. Dicen que trata directamente con Palpatine y que supera en rango prácticamente a todos los servidores del Imperio…

—Y lleva una espada de luz —añadió Brightwater—. Sí, yo también he oído esos rumores.

—No debemos dar demasiado crédito a rumores—les recordó LaRone.

—Lo que es indudable es que parece algo típico de Palpatine —comentó Marcross—. Fijaos en sus intentos por burlar el sistema militar regular con el DSI y los Grandes Almirantes.

—¿Creéis que Luke puede ser ese Mano del Emperador? —preguntó dubitativamente Grave—. No sé. No parece encajar en el papel.

—Quizás eso es lo que *quiere* que pienses —dijo Marcross y se giró hacia la computadora, que emitió un pitido—. Lo tengo —dijo, mirando el monitor—. Cruzando el vector de Solo y nuestros datos de la HoloRed encontramos un único sistema: Gepparin. Algunos asentamientos granjeros, un complejo minero mediano y poco más.

—Un buen lugar para tener una guarida pirata —comentó Brightwater—. ¿Está muy lejos?

—A unas cuarenta horas —dijo Marcross. Miró a LaRone y arqueó una ceja—. ¿Creía que no querías que nuestros invitados vieran nuestros relucientes trajes blancos?

—No te preocupes por eso —dijo LaRone—. Mientras estén encerrados en los camarotes, podemos ponernos lo que queramos.

—Hablando de encierros, espero que alguien se haya acordado de cerrar los armarios de los tres camarotes —advirtió Quiller.

—Yo mismo —le tranquilizó Brightwater—. Las computadoras de los camarotes tienen una sencilla secuencia para abrirlos y cerrarlos. ¿Y qué pasa con los dos muchachos de la bodega?

—Los cuerpos de seguridad de Purnham se ocuparán de ellos —dijo Quiller—. Ya han enviado lanzaderas.

—Bien —dijo LaRone—. Quiller, fija rumbo a Gepparin. Nos marcharemos en cuanto entreguemos a los prisioneros.

CAPÍTULO TRECE

El entrenamiento de Mara había incluido un apartado sobre el pilotaje de naves estelares, aunque estaba principalmente pensado para vehículos militares. Afortunadamente, Tannis parecía conocer bien las naves civiles como la *Vía Happer*, igual que los dos hombres que el coronel Somoril le había enviado.

Ya había tratado ocasionalmente con hombres del DSI y en general le habían parecido bastante detestables. Pero, incluso así, Brock y Gilling lo eran excepcionalmente. Eran inflexiblemente formales y se mantenían siempre al margen de Tannis y ella. Incluso cuando acataban y cumplían sus órdenes, no decían más que lo necesario, completando sus tareas a menudo en completo silencio. No hacían preguntas ni comentarios, no se permitían charlas insustanciales. Con la compañía que hacían, Ozzel podría haberle enviado un par de droides de mantenimiento y no habría notado la diferencia.

En consecuencia, se concentró en Tannis, pasando el máximo posible de su tiempo libre con él, intentando averiguar todo lo que pudiera sobre el nido de gundarks hacia el que se dirigían.

Al parecer los Cicatriz de Sangre habían llegado a Gepparin dos años antes y habían ocupado inmediatamente el complejo minero. Habían instalado su base en una mitad del complejo, le explicó Tannis, dejando que la otra mitad siguiese extrayendo mineral de baja calidad como tapadera de sus actividades. Llevaban la mayoría de botines directamente a la base, donde se clasificaban, guardaban en cajas de mineral y enviaban a los compradores o diversos almacenes, como el de los hermanos Birtraub en Crovna.

—Aunque algunos cargamentos van directamente a Caaldra —añadió Tannis mientras esbozaba un plano de la base—. El de esta nave debía ser uno de ellos. Llevarla a Gepparin puede ocasionarnos problemas.

—Échale la culpa a Shakko por llevarse los datos a la tumba en vez de comunicarlos, como le dije —dijo Mara.

—Culpa a quien quieras, pero nos traerá problemas —le advirtió Tannis—. Espero que tus amigos de ahí atrás sean buenos combatientes. *Y* que no empiecen a disparar antes de lo debido.

—El capitán Ozzel solo puede habernos enviado a sus mejores hombres —le tranquilizó, deseando creer sus propias palabras. Conociendo al DSI, lo más probable es que Somoril hubiese elegido a los más prescindibles—. ¿Cuánta gente hay normalmente en la base?

—Depende de las naves que hayan llegado —dijo Tannis—. Solo hay unas treinta personas permanentes, pero si hay un par de naves descargando pueden ser el doble.

—¿Tienes idea de cuántas naves puede haber ahora?

Tannis negó con la cabeza.

—Con todas las bandas que Caaldra y el comodoro han incorporado, tanta como tú.

Mara asintió. Al parecer tendrían que descubrirlo por las malas.

—¿Pero qué hay detrás de todo esto? Supongo que Caaldra es lo bastante listo para darse cuenta que crear una gran banda pirata solo servirá para que se les echen encima Shelkonwa y el Centro Imperial.

—Lo de Caaldra es sobre todo hacer ruido —dijo desdeñosamente Tannis—. Bueno, ruido y créditos.

—¿Tienes idea de cuánto ha sacado en toda esta operación?

—En realidad no —dijo Tannis—.Le pagan entre uno y cinco millones a cada grupo que se enrola, por adelantado, aparte de extras si disponen de muchas naves o talentos especiales, o lo que sea.

El moflf Glovstoak se había gastado entre seiscientos u ochocientos millones de dinero desfalcado con las obras de arte que Mara encontró en su caja fuerte. Dependiendo de qué porcentaje se hubieran llevado Caaldra y los Cicatriz, podrían estar hablando de una coalición de más de un centenar de bandas de saqueadores.

Todas aparentemente en el mismo sector. ¿Pero qué tenía de especial aquel sector?

—Bueno, estoy seguro de que el comodoro lo sabe todo —dijo ella.

Tannis gruñó.

—La cuestión es si podrás conseguir que te lo confiese.

Mara se encogió de hombros.

—Ya lo veremos.

Gepparin era un mundo frío y oscuro que orbitaba una estrella roja de un sistema trinario que incluía además una pequeña estrella amarilla y una azul blanquecina y fulgurante. Tannis había pasado limpiamente entre las dos estrellas más brillantes y estaba aproximándose al planeta cuando encontró el primer problema.

Completamente civil, como era de prever.

—Carguero rendili entrante, al habla control de aterrizaje de Gepparin —dijo una voz refinada—. Por favor, identifiqúese y díganos para qué empresa de transportes trabaja.

—Eh, Capper, soy Tannis —dijo Tannis—. ¿Está el comodoro por ahí?

Se produjo un breve silencio.

—¿Qué haces aquí, Tannis? —preguntó Capper. Ya no parecía tan refinado—. ¿Dónde está Shakko?

—Sigue en la *Cabalgata*... tenían trabajo que hacer —le dijo Tannis, lanzando una mirada de reojo a Mara—. Traigo unos posibles aliados a bordo.

—¿*Posibles* aliados? —dijo recelosamente Capper—. ¿Los has traído hasta aquí y solo son *posibles* aliados?

—Cañones láser apuntándonos —murmuró Brock desde la estación de sensores, a espaldas de Mara.

—¿Dónde? —murmuró en respuesta ella.

—A media altura de esas torres de perforación —dijo, señalando el intrincado armazón de edificios y estructuras de soporte en el monitor principal.

—Eh, relájate, Capper —dijo Tannis—. Quieren unirse a nosotros… créeme. Solo necesitan aclarar algunos detalles.

—Bien… de acuerdo —dijo Capper—. Plataforma ocho. No bajes la rampa hasta que llegue el comité de bienvenida.

El comunicador se apagó.

—¿Qué tipo de naves detectamos ahí abajo? —preguntó Mara.

—Aparte de cinco transportes de minerales intersistema, veo dos cargueros —informó Brock—. Probablemente los dos son piratas.

—Lo son —confirmó firmemente Tannis. Ya no tenía que interpretar ningún papel y volvía a percibirse tensión en su voz—. Con ese tamaño, diría que cada una lleva entre quince y veinte tripulantes. Eso significa que en tierra puede haber hasta setenta piratas.

—A mí me preocupa más el comité de bienvenida —dijo sombríamente Gilling.

—¿Qué esperabais, puertas abiertas y que os dieran las llaves de los aposentos del comodoro? —gruñó Tannis en respuesta—. No se fían de vosotros. Yo tampoco lo haría, si estuviese ahí abajo.

—Calmaos todos —ordenó Mara—. Iremos desarmados y los convenceremos de que somos inofensivos.

—¿Cómo que desarmados? —preguntó Gilling.

—Creo que está bastante claro —le dijo Mara—. Nada de armas, nada que alguien pueda creer que es armamento, ni ningún artefacto inofensivo que se pueda utilizar como arma.

—De todas formas os las quitarían —dijo Tannis.

—Exacto —dijo Mara—. Y, sobre todo, relajaos. No estamos aquí para montar bronca. Hemos venido a hablar educadamente con unos posibles aliados, sacarles algo de información y marcharnos —miró a Tannis—. Pacíficamente —añadió.

La plataforma 8 era un círculo de rejillas rodeadas claustrofó-bicamente por tres lados por torres de perforación, plataformas y vigas conectoras. Era una zona complicada para aterrizar y aún más para despegar.

Tannis, afortunadamente, estaba a la altura del reto y los hizo descender entre los obstáculos sin problemas. Cuando posó el carguero en el centro del enrejado, Mara pudo ver el anunciado comité de bienvenida saliendo de los edificios y hangares de mantenimiento que tenían delante. Eran cerca de dos docenas de hombres y alienígenas, la mitad de ellos apiñados en un par de deslizadores terrestres que se dirigían hacia la nave y el resto a pie, dispersándose a una distancia precavida. Todos iban armados con armas de mano, rifles bláster o ambas cosas, enfundados.

—En las torres y las plataformas de apoyo hay armamento pesado apuntado hacia nosotros —advirtió Tannis al apagar los sistemas—. Si intentáis algo, seréis abatidos al instante.

—Nadie va a intentar nada —prometió Mara, mirando por el parabrisas. El entramado de edificios que los rodeaba y la luz relativamente tenue del sol rojo de Gepparin creaban un laberinto de sombras que se extendía por toda la zona minera y llegaba hasta la mitad de la base pirata del complejo—. Cuando termines de desactivarlo todo, ven a la rampa —le ordenó a Tannis mientras se dirigía hacia la puerta de la cabina—. Brock, Gilling, acompañadlo.

—¿Adonde vas? —preguntó Tannis con recelo.

—Estaré allí antes de que abras —le dijo y se marchó.

Mara sabía que los piratas estarían vigilando las escotillas y los paneles de acceso por si los visitantes tenían algún truco preparado. Afortunadamente, no eran esos sus planes.

Llegó a la sala de motores y sacó la cubierta del acceso de mantenimiento, que daba a un conducto de ventilación situado bajo de los motores. Sacó un par de guantes de combate negros de su mono verde oscuro y envolvió con ellos cada uno de los extremos de la empuñadura de su espada de luz, dejando solo a descubierto unos centímetros de metal reluciente en el centro. Con la relativa penumbra del exterior, los guantes protegerían el arma de miradas hostiles. Metió el arma por la abertura y usó la Fuerza para empujarla por el estrecho pasadizo, doblar una esquina y llegar al fondo.

Cuando volvió los demás la estaban esperando en la escotilla.

—¿Alguna novedad? —preguntó mientras se recogía rápidamente el pelo en una coleta, para que no le molestara, y se la sujetaba con una peineta en forma de abanico.

—Todavía no han llamado a la puerta, si te refieres a eso —dijo Tannis—. Probablemente están inspeccionando el casco, por si tenemos algo preparado.

—Ningún problema —dijo tranquilamente Mara. Se necesitaría una inspección muy detallada del conducto de ventilación para descubrir la espada de luz envuelta en los guantes y no preveía que fueran tan meticulosos. Como mínimo hasta ver a la tripulación de la nave.

Desde fuera llegó el ruido sordo de la empuñadura de un bláster golpeando metal.

—Allá vamos —dijo Tannis, respirando hondo y tecleando el panel de abertura. Mara hizo un gesto hacia Brock y Gilling para que se colocasen detrás y fue tras Tannis.

La docena de hombres de los deslizadores terrestres estaba esperándoles, colocados en formación semicircular estándar, a unos pasos del final de la rampa, con las armas desenfundadas y preparadas.

—Eh, Bobbler —dijo Tannis, haciendo un gesto hacia el hombre más corpulento situado en el centro del arco—. Chicos, ¿podéis apuntar eso hacia otro lado?

—Ya basta —ordenó Bobbler, mirando a Mara y los dos tipos del DSI—. Tannis, acércate. Solo.

Este obedeció en silencio. El pirata a la derecha de Bobbler dio un paso adelante con un escáner de mano y lo pasó por el cuerpo de Tannis.

—Parece que está limpio —anunció.

—Sí, pero las apariencias pueden terminar matándote —dijo Bobbler, desviando la mirada hacia Mara—. Le registraremos dentro. Tú, chica, ven aquí.

—Me llamo Celina —dijo Mara mientras iba hacia él.

—Lo que sea—dijo Bobbler, mirándola de arriba a abajo—. ¿Tú qué eres, el premio gordo?

—Es de una banda… —empezó a decir Tannis.

—Cállate —le cortó Bobbler—. Vinis, Waggral… registradla —sonrió maliciosamente—. Comprobad si lleva algo interesante.

Dos de los piratas enfundaron sus blásters y avanzaron hacia ella.

—Un momento —dijo Tannis, alarmado—. Podría escanearla Jorhim…

—Si tengo que volver a hacerte callar lo haré con la culata de mi bláster —gruñó Bobbler—. ¿Es tu amiguita especial o qué?

Tannis cerró la boca y Mara pudo ver que tragaba saliva. Se giró ligeramente y lanzó una mirada de advertencia a Brock y Gilling, después se dio la vuelta para mirar a Bobbler.

—No debería tratar así a sus invitados —comentó.

—¿Oh? —contestó él—. ¿Así cómo?

Los dos piratas llegaron hasta ella y los dedos del primero empezaron a rodear su brazo derecho. Mara acercó el brazo al cuerpo instintivamente, liberándolo de su sujeción y desequilibrando ligeramente al pirata. Este maldijo entre dientes, se inclinó sobre ella y la volvió a sujetar por el brazo. Mara se apartó un poco y se agachó bruscamente cuando el segundo hombre también intentó sujetarla. Las manos de ambos volaron por encima de su cabeza. Ella lanzó las dos manos hacia los lados, propinándoles un puñetazo en sus estómagos expuestos y haciendo saltar los blásters de sus pistoleras.

Los hombres se recuperaron del golpe y volvieron a intentarlo. Y volvieron a ser una fracción de segundo demasiado lentos. Mara se incorporó y les propinó un fuerte golpe en las mandíbulas con las culatas de los blásters.

Mientras se tambaleaban hacia atrás, hizo girar las armas para colocarlas en posición de disparo y las apuntó a Bobbler.

Mantuvo aquella postura un segundo, proyectando sus sentidos para analizar el silencio perplejo que la rodeaba. Antes de que ninguno de los piratas pudiese plantearse si había llegado el momento de convertirse en un héroe, levantó las armas y apuntó al cielo.

—Creo que sus hombres deberían estar desarmados cuando registren a alguien —dijo en tono cordial.

Volvió a girar las armas en sus manos para sujetarlas por el cañón, dio un paso adelante y se las entregó a Bobbler.

Este las ignoró y la miró severamente.

—¿Se supone que pretende impresionarnos con eso? —preguntó.

—Eso espero —dijo ella—. Shakko me dijo que pagáis extras a la gente con talentos especiales.

Bobbler gruñó desdeñosamente. De todas formas, Mara pudo detectar mayor respeto en sus ojos.

—Yo no veo nada especial —dijo burlonamente cuando por fin le quitó los blásters—. Y no va a entrar sin que la registren.

Mara levantó los brazos en silencio. Bobbler dudó, después miró al tipo del escáner de mano y le hizo un gesto. Ella mantuvo la posición mientras le pasaba el escáner, de forma rápida y cuidadosa, por el cuerpo.

—Está limpia —dijo—. ¿Quieres que examine a los otros dos?

Bobbler miró especulativamente a Brock y Gilling.

—¿Vosotros también queréis meteros en líos? —los desafió mientras se acercaba a Vinis y Waggral y les devolvía sus blásters.

—No hacen nada sin mis órdenes —dijo Mara, antes de que pudiesen responder—. Si quiere registrarlos a la vieja usanza, por mí no hay problema.

Casi esperaba que Bobbler reculase. Pero este asintió, hizo un gesto y cuatro hombres rompieron filas. Un miembro de cada pareja le pasó su bláster a su respectivo compañero y estos, por su parte, se aseguraron de mantenerse fuera del alcance de los recién llegados.

Los cacheos fueron rápidos y meticulosos. Mara observó a los imperiales mientras los piratas los manoseaban, pero no pudo percibir si estaban enfadados o incómodos.

—Tannis, tú vete con Rer'chof —ordenó Bobbler cuando hubieron terminado—. Jorhim, toma un escuadrón y registra la nave, hasta el último rincón. Vosotros —señaló a Mara y los imperiales—, venid conmigo.

Los condujo hasta uno de los deslizadores, indicándoles el asiento trasero mientras subía al del conductor. Uno de los piratas se sentó junto a él, dándose la vuelta y apoyando el cañón de su bláster en el respaldo del asiento. Vinis y Waggral subieron detrás de ellos, empuñando los blásters. Tannis y otro pirata subieron al segundo deslizador y todos arrancaron.

Mara dejó que avanzaran veinte metros, después se giró ligeramente para mirar la *Vía Happer*.

—Espero que sepan registrar una nave —comentó sin dirigirse a nadie en particular. Desviando la vista, se proyectó con la Fuerza e hizo caer la espada de luz envuelta en los guantes desde el conducto de ventilación.

Bobbler gruñó.

—No se preocupe, no romperán nada.

La irrupción de la espada de luz no provocó ningún sobresalto. Bajó el arma hasta la plataforma y la hizo resbalar rápidamente hasta una de las grúas que había a un lado, manteniéndola todo lo oculta que pudo.

—Siempre que no sea *necesario* —añadió Vinis, golpeándola en el hombro con su bláster para dar énfasis a sus palabras.

—Me alegra oírlo —dijo ella. La espada de luz estaba cerca del puesto del operador de la grúa. La cambió de dirección, la hizo correr hasta una de las vigas horizontales y empezó a deslizaría en paralelo a la trayectoria de los deslizadores terrestres.

Bobbler rodeó uno de los edificios de soporte, pasando entre un par de torres separadoras, y cruzó un puente arqueado hasta la otra mitad del complejo. Mara hizo que la espada de luz los siguiera en todo momento, con solo aquella minúscula parte de metal al descubierto. Cuando se alejaron de las estructuras y la maquinaria más alta, metió el arma bajo la sombra de un cable, y cuando este se curvó hacia la pared de un acantilado, la hizo saltar por el aire hasta el bloque de edificios interconectados hacia el que Bobbler se dirigía. Se veía luz en muchas de las ventanas. Tras elegir una zona oscura de la planta superior de uno de los edificios más altos, todos eran de entre dos y tres plantas, ocultó la espada de luz en el colector de lluvia que corría paralelo al techo por encima de la ventana.

Bobbler aparcó frente a una de las puertas y los acompañó al interior, que probablemente había sido una especie de sala de preparación para mineros. La habían convertido en una gran recepción al estilo pirata, con escáneres, paredes delimitadoras y una docena de tipos armados. Bajo su atento escrutinio, Mara y sus compañeros pasaron por todos los escáneres en una secuencia diseñada para analizarlos progresivamente, desde su ropa y piel hasta el nivel prácticamente molecular. Los piratas dedicaron especial atención a su peineta, llevándosela para escanearla individualmente.

—Parece que está todo bien —dijo Bobbler cuando hubieron terminado—. Tú, Celina, ven conmigo.

—¿Y qué pasa con mis hombres?

—Los llevarán a otro sitio —dijo Bobbler, devolviéndole la peineta y esperando a que se la volviese a colocar. Después, tras elegir una escolta de cuatro hombres, cruzaron una puerta blindada y la condujo por un laberinto de salas, pasillos y conectores. Finalmente, dos edificios más allá, llegaron a una sala grande, calurosa y húmeda. En el centro de esta había una gran piscina ovalada, que parecía generar la mayor parte del calor y toda la humedad. Cuatro hombres corpulentos y armados, con las caras y la ropa mojadas, hacían guardia a un extremo de la piscina. Observaron a Mara y su escolta mientras se acercaban.

Dentro de la piscina había un hombre.

Un tipo bajito, delgado y bien afeitado, notó Mara mientras Bobbler la acercaba a la piscina. Llevaba puesto un bañador blanco y tenía los brazos y piernas ligeramente separados mientras flotaba suavemente con las leves ondulaciones del agua. Una fina máscara, también blanca, le cubría la cara desde la frente hasta la nariz. A ambos lados de la sala había otros cinco hombres vestidos con gruesas togas blancas y las cabezas envueltas en toallas, aparentemente disfrutando del calor y el vapor. Guardaespaldas de refuerzo, sin duda.

—Acercaos —dijo el hombre de la piscina—. ¿Es nuestra audaz ladrona de naves?

—Sí, comodoro —confirmó Bobbler, empujándola hacia el borde de la piscina—. Se hace llamar Celina.

—Bonito nombre—dijo el comodoro aprobatoriamente—. ¿No serás muda, Celina?

—No, comodoro —dijo Mara.

—Excelente —dijo el comodoro—. Descríbete.

Mara frunció el ceño y miró a Bobbler. Este asintió y le hizo un gesto para que procediera.

—Soy de estatura mediana… —empezó ella.

—¿Cuál es tu altura exacta? —la interrumpió el comodoro.

—Un metro sesenta —le dijo Mara—. Soy delgada, pelo rubio cobrizo y ojos verdes.

—¿Cómo llevas el pelo?

—Ahora mismo en una coleta sujeta con una peineta —dijo Mara.

—Prefiero las mujeres con el pelo suelto —dijo el comodoro—. Por lo que dices pareces bastante atractiva. ¿Lo eres?

Mara miró a Bobbler, que se limitó a encogerse de hombros.

—Algunos conocidos me han dicho que lo soy, ocasionalmente —dijo ella.

—Bien —dijo el comodoro—. Por favor, no me tomes por un excéntrico ni, aún peor, por loco. Lo que estoy haciendo es silenciar mis otros sentidos para poder escuchar mejor tu voz y juzgar tu honestidad. ¿Te inquieta?

—En realidad no —dijo Mara, no del todo inocentemente. Algunos miembros de la corte del Emperador habían experimentado con trucos de anulación sensorial parecidos, con el mismo propósito, y algunos se habían aficionado bastante. Dependiendo del talento del comodoro, podría ser capaz de detectar las mentiras hasta de un agente imperial bien entrenado.

O, como mínimo, las de un agente imperial normal. Pero ella podía utilizar trucos igual de sutiles contra él. Proyectándose con la Fuerza, empezó a rizar levemente el agua.

—Bueno, al grano —dijo el comodoro—. Tengo entendido que te gusta secuestrar naves.

—No es que nos *guste,* exactamente —dijo Mara—. Pero sí, nos dedicamos a eso.

La expresión del comodoro se endureció.

—Tengo entendido que te gusta secuestrar *mis* naves.

—Le pido disculpas —dijo Mara, agitando el agua en dirección contraria. Las suaves ondulaciones se convirtieron en líneas cruzadas cuando el nuevo patrón colisionó con el antiguo—. En mi defensa, déjeme recordarle que todavía no era *su* nave cuando iniciamos la operación. De haber sabido que los Cicatriz de Sangre estaban interesados en ella, no le habríamos puesto las manos encima.

—¿Y qué planeabas hacer con el cargamento?

—Venderlo, por supuesto —dijo Mara, desviando la mirada. Había un puñado de conductos de ventilación hechos con listones esparcidos por la sala, en la intersección entre las paredes y el techo. Proyectándose de nuevo, abrió dos de los listones un poco más que los demás—. A nosotros no nos sirven de nada los AT-ST.

—¿Quién era el comprador?

—Aún no teníamos —dijo. Sintió una ligera brisa en su cara y rápidamente cerró un poco los conductos de ventilación. La idea era añadir una ligera distracción a los demás

sentidos del comodoro, pero de un nivel lo bastante sutil para que no pudiese darse cuenta—. Pero probablemente hubiésemos empezado probando con los hutts.

—Es un cargamento muy valioso —dijo el comodoro—. ¿Y Shakko os ha permitido marcharos con él así, sin más?

Mara se encogió de hombros.

—La *Vía Happer* estaba lista para volar, la *Cabalgata* no. Shakko y yo debatimos la situación y decidimos que probablemente usted prefería tener un carguero y la carga que solo la carga.

—¿Pero Shakko os permitió marcharos con él, sin más? —repitió el comodoro.

Mara reprimió un mohín. O el comodoro había detectado algo en su voz o las distracciones estaban empezando a afectarle y quería volver a oír su respuesta.

—Nos *colocó* a Tannis a bordo para asegurarse de que nos portáramos bien —le recordó ella.

—Como si Tannis hubiese podido reduciros —dijo desdeñosamente el comodoro.

—Bueno… probablemente no —admitió Mara—. De todas formas, lo *hemos* entregado intacto.

—Muy inteligente por tu parte —dijo el comodoro—. ¿Shakko os dijo que el cargamento no es mío sino de nuestro mecenas?

—Sí, hablamos de eso —confirmó Mara, sintiendo que se le aceleraba ligeramente el pulso. *Mecenas.* Si pudiese lograr que dijese su nombre—. Llegamos a la conclusión que…

—Mientes.

Mara se quedó petrificada. ¿Había percibido el repentino interés en sus palabras?

—No le miento —protestó ella, intentando ganar algo de tiempo. Para empezar, tendría que eliminar a los cuatro guardaespaldas más cercanos y asegurarse de hacerse al menos con un bláster durante el proceso.

—Sí mientes —le espetó el comodoro—. Shakko jamás habría mencionado a nuestro mecenas.

Y tras aquello Mara sintió que la tensión se diluía. No había oído nada incriminatorio en su tono, simplemente estaba utilizando la lógica y sus suposiciones contra ella.

—Bueno, pues lo hizo —insistió—. Nos dijo que un tipo llamado Caaldra esperaba el material.

—¿Caaldra? —el comodoro se rió abruptamente, sus sospechas se desvanecieron al mismo tiempo que el movimiento creaba pequeñas olas en el agua—. Oh, no, no. Caaldra no es nuestro mecenas. Solo trabaja para él.

—Oh —dijo Mara, añadiendo un punto de vergüenza y desazón a su tono. Por regla general, si algún oponente encontraba la manera de sentirse superior a ella, por ridicula que fuera, le parecía que lo más inteligente era potenciar aquella concepción errónea—. Bueno, tal como habló Shakko, *parecía* el mecenas.

—Seguro que sí —dijo el comodoro, abandonando el tono desenfadado—. Cuéntame cómo secuestraste el carguero.

—No fue complicado —dijo Mara—. Redujimos a la tripulación…

—¿*Cómo* los redujisteis? —la interrumpió el comodoro—. ¿Qué salas y estaciones tomasteis primero? ¿Qué hicisteis cada uno de vosotros? Quiero detalles.

¿Acaso les estarían haciendo aquellas mismas preguntas a Brock y Gilling para después poder contrastar las respuestas? Probablemente. Por suerte, Mara había previsto algo así.

—Lo siento —dijo—. Esos detalles son, precisamente, los que nos permiten tener éxito en este negocio. Jamás se los revelamos a nadie.

—¿Aunque ordene que os maten a todos si no lo hacéis?

—Si ordena que nos maten, moriremos —replicó Mara—. Pero eso eliminaría cualquier posibilidad de que nuestras organizaciones se asocien y supondría que ustedes seguirían destruyendo las naves de sus víctimas en lugar de capturarlas intactas.

Levantó la vista hacia los cuatro hombres sudorosos que había al otro extremo de la piscina.

—Además, matarnos le costará más hombres de los que creo que quiere perder —añadió.

—¿Eso es una amenaza?

Mara negó con la cabeza.

—Me limito a exponer un hecho.

—Por supuesto —dijo el comodoro en un tono cada vez más sombrío—. Hechos. La verdad, bien empaquetada. Quizá debería entregarle tu cuerpo bien empaquetado a nuestro mecenas. En definitiva, robaste su cargamento —levantó la voz—. ¿Qué opinas, Caaldra? ¿Le gustaría que le regaláramos una ladrona de naves joven y bonita?

—Estoy convencido de que la encontraría fascinante —dijo una voz familiar desde un lado de la sala.

Mara giró la cabeza. Los cinco hombres en toga allí sentados se habían quitado las toallas que les ocultaban la cara. El del medio era Caaldra, flanqueado por dos hombres corpulentos a los que no reconoció. A la derecha de Caaldra, mirándola con una cara tensa y enrojecida por el calor, estaba Tannis.

—¿Quién es usted? —preguntó Mara.

—Ese es Caaldra —dijo el comodoro, mientras Caaldra y dos de los hombres se acercaban a la piscina—. El hombre al que pertenece el cargamento que robaste… y que vino a advertirnos sobre ti, Celina, la ladrona de naves —hizo una pausa dramática y algo en el trozo de cara que podía ver la alertó de que, de repente, la estaba escuchando muy atentamente—. ¿O debería decir, Celina, la *agente imperial*.

En silencio, sin que nadie diese ninguna orden, los cuatro hombres situados junto a la piscina desenfundaron sus blásters.

Hizo un esfuerzo supremo para mantenerse completamente impertérrita mientras observaba la cara contraída de Tannis. Sus instintos, por no mencionar sus amenazas y promesas, habían inútiles. Tannis la había traicionado.

—Vaya, ¿ahora soy una agente imperial? —replicó con cierto desdén. No tenía sentido ponerles las cosas fáciles—. Qué oportuno. Para algunos.

—¿A qué te refieres? —preguntó el comodoro.

—Me refiero a lo oportuna que puede ser la llegada a la ciudad de un extraño al que sus amigos puedan cargarle el mochuelo —miró a Caaldra, que se detuvo a un par de metros de ella—. Deje que lo adivine. ¿Las cosas no acaban de irles del todo bien?

La expresión de Caaldra se endureció.

—Buen intento, imperial, pero estás perdiendo el tiempo —le gruñó—. El comodoro me conoce.

—No lo dudo —replicó Mara, intrigada por la intensidad de la reacción de Caaldra. ¿Acaso significaba que las cosas realmente *no* les estaban yendo bien a él y su mecenas?—. Solo digo que desviar las culpas es la manera más tradicional de intentar escurrir el bulto.

Esperaba que la puya le hiciese seguir despotricando y llegase a decirle algo que le resultase útil. Pero el momento para eso había pasado, Caaldra había recuperado la compostura.

—Precisamente eso es lo que parece que intentas hacer *tú* ahora mismo —le replicó con calma.

—Solo intento evitar que el comodoro cometa un error que le costará aliados potenciales y que, posiblemente, a mí me costará la vida—dijo Mara—. Así que dejémonos de rodeos y pensemos una manera de poder demostrarles quién soy.

—Podrías contarnos cómo tomaste la *Vía Happer,* como te ha preguntado el comodoro —dijo Caaldra—. O podrías llevarme a tu presunta base para que hable con tu presunto jefe.

—No hasta que hayamos llegado a un acuerdo —dijo Mara con firmeza, una parte de ella se estaba preguntando por qué seguía jugando a aquel juego. La traición de Tannis hacía que todo resultase bastante ridículo.

Y entonces, de repente, se dio cuenta. Caaldra y el comodoro solo se habían referido a ella como agente imperial.

Pero Tannis sabía que su verdadero título era el de Mano del Emperador.

Volvió a mirarlo y entendió que la tensión de su cara no se debía a la traición sino a la certeza de que su cabeza iba a terminar rodando al lado de la de Mara.

Y en aquel momento encontró la salida al aprieto.

—Mire, pueden preguntarle a Tannis —ofreció, señalándolo—. Él estaba allí… Vio cómo las defensas de la *Vía Happer* prácticamente se desvanecieron antes de poder atacar. A ver si sabe cómo estaba enterada un agente imperial de que planeaban asaltar ese carguero en concreto —volvió a mirar a Caaldra—. A no ser que sugiera que Shakko o alguno de sus hombres filtró esa información.

Caaldra la miró enfurecido, pero era evidente que no tenía respuesta.

—¿Tannis? —dijo el comodoro.

Tannis le dedicó una caída de párpados y no necesitó la Fuerza para darse cuenta de que estaba aterrorizado ante la mera idea de intentar mentirle al comodoro, en particular allí, en su sala de detección de la verdad.

Pero en realidad no tenía de qué preocuparse. Mara volvía a tener la situación bajo control. Proyectándose con la Fuerza, dio un golpecito al bláster de uno de los guardaespaldas y lo hizo caer de su mano.

El guardia intentó sujetarlo. Y lo consiguió. Pero el calor de la habitación le había humedecido las manos y también el bláster, nada había alertado a sus reflejos y ya era demasiado tarde. El arma resbaló entre sus dedos mientras intentaba desesperadamente retenerla, rebotó con un ruido metálico contra el suelo embaldosado y aterrizó ruidosamente en la piscina.

Mara esperaba que el comodoro gritase, sorprendido o molesto. Pero no emitió ningún sonido cuando el arma se sumergió en el agua rizada por las ondulaciones. De alguna manera, pensó Mara, la ausencia de reacción era más inquietante de lo que habría sido cualquier expresión de sorpresa o alarma.

No había ninguna duda de el guardia pensaba lo mismo. Quedó petrificado, la cara se le puso lívida bajo la capa de sudor. El comodoro dejó que el silencio se prolongase otros cinco o seis segundos y después respiró hondo.

—Puedes recuperar tu arma, Nirsh —dijo en un tono bastante sosegado.

Nirsh palideció aún más.

—Sí, señor —dijo, arrodillándose y sumergiendo su brazo derecho hasta el hombro en la piscina. Rebuscó un poco y sacó el bláster chorreante.

—Y ahora ponte bajo arresto —dijo el comodoro—. ¿Tannis?

—¿Sí, señor? —dijo Tannis. Su expresión no había cambiado pero Mara pudo percibir alivio en su mirada—. Oh… sí, señor. La verdad es que no sé cómo lo hicieron, señor. Pero la chica tiene razón. Estaban mostrando mucha resistencia… en realidad, nos habían destrozado la antena de comunicación… cuando de repente pararon.

—Quizá decidieron dejaros con vida para poder localizar la base —sugirió sombríamente Caaldra.

—¿Por qué iban a tomarse tantas molestias? —replicó Mara—. Cualquier agente imperial merecedor de tal cargo sabría sacar los datos de la computadora de navegación de una nave medio en ruinas —arqueó las cejas—. *Y* ningún agente imperial habría venido hasta aquí solo. Se habría hecho acompañar por una legión de soldados de asalto y considerable apoyo aéreo.

—Quizá se han perdido por el camino —respondió Caaldra.

—Qué torpes —dijo sarcásticamente Mara—. Avíseme cuando lleguen —se giró hacia el comodoro—. Bueno, comodoro, ¿está interesado en asociarse con nosotros o no?

Este tardó un momento en responder. Después nadó con cuidado hasta el borde de la piscina, apoyó una mano en él y sumergió las piernas en el agua.

—Me intrigas, Celina, la ladrona de naves —dijo—. Volveremos a hablar después de la cena.

Se quitó la máscara y la miró, parpadeando.

—Tus conocidos tienen razón —dijo, observándola de arriba a abajo—. No hay duda de que eres atractiva.

—Gracias, comodoro —dijo Mara, a la que se le estaba secando un poco la boca. En aquel momento, cuando la miró por primera vez a los ojos, se dio cuenta de que le había dicho algo no del todo cierto.

Puede que el comodoro no fuese un excéntrico. Pero estaba claro que sí *era* un loco.

CAPÍTULO CATORCE

Según la tarjeta de datos turística que Leia se había llevado, Ciudad Makrin se definía a sí misma como «la segunda ciudad de las agujas». Se trataba de una alusión evidente a uno de los antiguos apodos del Centro Imperial, de la época en que era conocido como Coruscant, antes de que la República hubiese edificado gradualmente en el planeta hasta que la mayoría de las viejas agujas terminaron ocultas tras edificios más altos o fueron derribadas discretamente. Leia había visto fotos del aspecto que tenía en aquel entonces el Centro Imperial, y Ciudad Makrin era una sin duda una versión pobre de aquella majestuosidad de antaño.

—Creo que les gustará mi casa —le comentó Chivkyrie mientras su piloto colocaba la nave en el trayecto de aproximación al principal puerto espacial de la ciudad—. Es grande y está bien amueblada. Por supuesto —añadió con una repentina incertidumbre—, no fue decorada pensando en humanos.

—No hay problema —dijo Leia—. En realidad, creo que alojarnos en su casa no es la mejor idea.

—[Estoy de acuerdo con la princesa Leía] —dijo Slanni—. [Si el gobernador Choard pretende traicionarnos, será mejor que no sepa dónde encontrarnos].

—No pretende traicionarnos —insistió Chivkyrie—. Confío ciegamente en él.

—Nosotros aún no —dijo Vokkoli—. En definitiva, en parte eso es lo que hemos venido a dilucidar.

—Sus recelos son absurdos —dijo airadamente Chivkyrie—. Pero si ese es el deseo de la princesa, les buscaremos otro alojamiento.

—Gracias —dijo Leia, algo más aliviada—. Sugiero un hotel tranquilo que aloje todo tipo de especies, en el que un humano, un mungra y un ishi tib pasen desapercibidos —apretó una tecla de su datapad y se lo pasó a Chivkyrie—. Este, por ejemplo.

Chivkyrie se horrorizó.

—Ese lugar no es digno ni de adarianos del quinto escalafón —objetó—. Si insisten en ir a un hotel, déjenme elegir un lugar más apropiado para invitados del primer y segundo escalafón, como ustedes.

—[Creo que la princesa Leia ha elegido precisamente ese establecimiento por su bajo escalafón] —sugirió Slanni.

—El director Slanni tiene razón —confirmó Leia, con la esperanza de que aquellos no fuese demasiado para Chivkyrie—. Si descubren que nuestro anfitrión es un adariano del segundo escalafón como usted, cualquier detective empezaría naturalmente sus pesquisas por los hoteles más elegantes.

—Y precisamente por eso no queremos alojarnos en ellos —dijo Vokkoli.

Chivkyrie suspiró.

—Aunque me duela hacerlo, debo acceder a los deseos de mis invitados —dijo—. Muy bien. Daré instrucciones a mis sirvientes para que lo organicen todo.

—No será necesario —dijo Leia, esforzándose por no perder la paciencia. ¿Qué parte de *actuar con discreción* no entendía Chivkyrie?—. Tomaremos un transporte en el puerto espacial e iremos directamente.

—Pero…

—Sería un gran honor para nosotros que aceptase —dijo Leia.

Chivkyrie parecía haberse comido un gruffle en mal estado pero asintió a regañadientes.

—Muy bien —dijo—. En ese caso yo también alquilaré una habitación allí. Para mí sería una deshonra vivir en mejores condiciones que un invitado de un escalafón superior al mío —hizo un gesto hacia Slanni—. Incluso aquellos de uno inferior.

—Apreciamos mucho su buena voluntad —dijo Leia—. En cuanto nos hayamos instalado, puede llamar al administrador jefe Disra y organizar una reunión.

El hotel que Leia había elegido no era tan malo como Chivkyrie preveía. Estaba compuesto de tres edificios altos situados alrededor de un patio que, aunque pequeño, contenía un par de jardines esculpidos. Las habitaciones eran espaciosas y cómodas.

Por supuesto, no había ni servicios de salud privados, ni de alimentación en las habitaciones, ni tenían a su disposición un droide personal cada uno; deficiencias que Chivkyrie señaló con evidente irritación. Pero Leia y sus acompañantes insistieron en que no era para tanto.

Cuando terminaron de deshacer el equipaje, se reunieron en la habitación de Leia y Chivkyrie llamó a Disra.

La conversación fue breve y discreta. Nadie dijo ningún nombre.

—Nos reuniremos con él dentro de una hora, en la parte norte del mercado de las flores —les informó Chivkyrie tras colgar el comunicador—. En aerotaxi son cinco minutos.

—¿Y si vamos caminando? —preguntó Leia.

Chivkyrie hizo un puchero que revelaba mayor irritación. Pero parecía haberse dado cuenta que no tenía sentido discutir cuestiones de estatus y escalafones con los problemáticos invitados humanos.

—Cuarenta minutos. Quizá menos.

—[¿Vendrá solo?] —preguntó Slanni.

—Sí, como siempre —le aseguró Chivkyrie.

—Pues vámonos —dijo Leia, intentando deshacerse de aquella sensación de inminente peligro que revoloteaba en su mente. Al fin y al cabo, si el gobernador se la estaba jugando, ni Disra ni Chivkyrie tenían motivos para modificar las rutinas de sus encuentros—. Me gustaría tener cinco minutos para inspeccionar la zona antes de que llegue Disra.

Disra había tenido un día espantoso y echaba chispas cuando pagó la cuenta del aerotaxi y salió a las abarrotadas calles del centro de Ciudad Makrin. Un día horrible, repleto de frustraciones y contratiempos. Y le esperaba otra de aquellas interminables reuniones con Chivkyrie y su condenada etiqueta adariana, así que no parecía que las cosas fueran a mejorar en un futuro inmediato. Por lo que respectaba a él, cuanto antes terminase con aquello, mejor.

De repente todo se estaba torciendo. Las incursiones de Caaldra en las bases de datos imperiales no habían dado ningún resultado relacionado con el supuesto agente imperial; el escuadrón de soldados de asalto que habían actuado en Drunost y Ranklinge habían desaparecido sin dejar ni rastro; y ahora el cargamento con el que contaba Caaldra para abastecerse de rifles bláster también parecía haberse esfumado, llevándose por delante una de las naves de los Cicatriz de Sangre.

Algo estaba pasando, algo malo. Necesitaban recuperar el control de la situación, cuanto antes.

Absorto en sus pensamientos, ni siquiera vio a Chivkyrie hasta que se colocó a su altura.

—Adminis… Conciliador —dijo Chivkyrie, tropezando como siempre con su tendencia natural de dirigirse a él por su título oficial—. Nos honra con su presencia. Por aquí, por favor.

Disra frunció el ceño cuando Chivkyrie se dirigió hacia la izquierda. ¿Nos honra? ¿Aquel idiota había traído a algunos de sus subordinados rebeldes o, aún peor, a algún sirviente? Lo único que le faltaba al día para ser un completo y absoluto desastre era que su nombre se filtrase en público, donde algún espía imperial pudiese oírlo.

Rodearon un grupo de bonsáis de mii y vieron una de las mesas de negociación que había esparcidas estratégicamente por todo el mercado de las flores. Sentados alrededor de ella, claramente alerta y en tensión, había un mungra melenudo y desgreñado, un ishi tib tan feo como todos los de su especie…

Y la princesa Leia Organa, del difunto y poco llorado mundo de Alderaan.

Sintió que se le entrecortaba la respiración, como si tuviera pedazos de carbón ardiendo en la garganta. Una de los fugitivos más buscados de la galaxia, sentada a menos de cinco metros de él.

En su propia ciudad.

La inercia hizo que sus pies siguieran avanzando y los años de actividad política evitaron que su cara delatase sus pensamientos. Cuando se sentó en una de las sillas vacantes, volvía a tener la mente bajo control.

—Sean todos bienvenidos —dijo, mientras Chivkyrie se sentaba junto a él—. Mi amigo no me había comentado que traería invitados.

—Estos son Aurek, Besh y Cresh —dijo Chivkyrie, señalando a Organa, el mungra y el ishi tib respectivamente.

Las tres primeras letras del alfabeto. Qué increíblemente original.

—Es un honor —dijo Disra, recordando que debía añadir cierta cautela a su sonrisa, como correspondería en un hombre que supuestamente está conspirando para cometer alta traición—. ¿Supongo que son colegas de mi amigo Buscador?

—Eso es lo que hemos venido a dirimir —dijo monótonamente Organa. Su cara, entrenada en las mismas escuelas que la de Disra, no revelaba absolutamente nada.

Este echó un vistazo alrededor. Nadie les estaba prestando atención y las mesas del mercado disponían de campos de amortiguación sonora incorporados para garantizar la privacidad de las conversaciones.

—Estoy seguro de que tienen muchas preguntas que hacer —dijo—. Por favor, no se repriman.

—De momento obviaremos la cuestión de si el gobernador Choard se plantea esto realmente en serio —dijo Organa. Hizo una breve pausa y Disra notó con íntima satisfacción que lo estaba observando atentamente, buscando cualquier reacción a la supuesta pregunta que acababa de decir que se iba a ahorrar—. Así que vayamos al grano —prosiguió—. ¿Cómo puede el gobernador de un sector acumular los recursos necesarios para desafiar al Imperio?

—Sin ayuda de aliados, obviamente no podríamos —dijo Disra—. Sus amigos y usted serán esos aliados, si lo desean. Si no, contamos con otros.

—¿Quién son esos otros?

Disra negó con la cabeza.

—Prefieren mantener el anonimato, como ustedes.

—Me conformo con un número aproximado de sus fuerzas.

Disra frunció los labios, fingiendo reflexionar sobre aquella petición. En el bolsillo llevaba las estadísticas sobre los Cicatriz de Sangre y su coalición pirata-saqueadora, en archivos convenientemente camuflados en su datapad. Pero si lo revelaba todo, Organa y sus amigos podrían marcharse del planeta en menos de una hora.

—Sí, puedo proporcionárselo —dijo finalmente—. Pero necesitaré un par de horas en mi despacho para recopilarlo todo—miró a Chivkyrie—. ¿Supongo que se alojan en casa de mi amigo?

—No, hemos preferido otras opciones —dijo Organa.

—Sabia decisión —dijo Disra—. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con ustedes?

—Le llamaremos mañana por la mañana —dijo Organa, levantándose.

Disra frunció el ceño y la miró.

—¿No tienen más preguntas?

—Veamos primero cuáles son sus posibles aliados —dijo mientras los demás también se levantaban—. Quizás entonces tengamos más preguntas —asintió y se marcharon.

Disra se dio la vuelta, torciendo el gesto mientras los miraba rodear los bonsáis de mii y desaparecer entre la multitud. Todo había sido muy rápido. Demasiado. Tenía docenas de preguntas que hacer sobre los líderes rebeldes y si Organa los había traído con ella o no.

Pero Leia había terminado con la conversación prácticamente antes de que hubiese empezado. ¿Se había olido su juego?

O quizá sabía más que él. Quizá todo lo que Caaldra suponía que era obra de un agente imperial había sido en realidad algún tipo de disparatada operación rebelde.

Bueno, de ser así, Organa tampoco iba a encontrar gran consuelo. Sacó su comunicador y llamó al puerto espacial.

—Al habla el administrador jefe Disra —le dijo al controlador—. Quiero que impidan la salida de forma inmediata de todas las naves que lleven tripulación o pasajeros humanos.

—¿Disculpe, señor? —preguntó el controlador, perplejo.

—Ya me ha oído —respondió fríamente mientras se levantaba y se dirigía a la estación de aerotaxis—. Por el momento, den la alerta por fugitivos. Envíe la orden por la Red a todos los puertos espaciales y sistemas de transporte planetarios.

—Pero, señor, no podemos…

—Pueden y van a hacerlo —le cortó Disra—. Antes de una hora tendrán la descripción y biometría de los fugitivos y podrán dejar pasar a todos los que no concuerden con ellas. Pero, de momento, ningún humano puede salir del planeta. ¿Entendido?

El descontento del controlador fue perfectamente perceptible en su voz.

—Sí, señor.

Disra cortó la comunicación y pidió un aerotaxi. Tardaría veinte minutos en volver a su despacho y probablemente otros diez en redactar una circular sobre los fugitivos con la cara y el perfil biométrico de Organa. Treinta minutos y la tendría atrapada.

Y entonces, por fin, podría hacer por HoloRed la llamada que llevaba tanto tiempo esperando. La llamada que lo propulsaría en su ascenso al poder imperial.

—Si me disculpa la impertinencia, eso ha sido extremadamente maleducado —Chivkyrie regañó a Leia mientras recorrían el enrevesado laberinto de puestos de comida y paradas de flores—. Era mi invitado.

—Y yo quería hacerle algunas preguntas —añadió Vokkoli en un tono más desconcertado que enfadado.

Los ignoró a ambos, toda su atención estaba centrada en la gente que los rodeaba en aquel instante, los instintos que había ido afinando con los años le gritaban que saliera de allí, cuanto *antes*.

—Quizá si lo llamase y me disculpara…

—No va a llamarlo —le cortó Leia—. No volverá a llamarlo nunca.

—[¿Qué pasa?] —preguntó Slanni, la intensidad de sus graznidos indicaban un repentino nerviosismo—. [¿Algo va mal?]

—No lo sé exactamente —le dijo Leia—. Pero había algo terriblemente pérfido en él.

—Está exagerando —insistió Chivkyrie. Aunque su tono también empezaba a cambiar—. Nunca me ha dado motivos para desconfiar.

—Porquero no estaba aquí —dijo Leia. Y tras aquello, su vaga sensación de peligro se hizo manifiestamente clara. El Imperio había mantenido bastante discreción en relación con su rol en la rebelión, temiendo probablemente que se convirtiese en un símbolo para ciudadanos descontentos. Pero era evidente que Disra la había reconocido y la sensación que le había transmitido no era de respeto ni asombro. Pensaba delatarla.

Y si no era el simpatizante rebelde que fingía ser, el gobernador Choard probablemente tampoco lo sería.

Había tenido razón desde el principio. Aquella presunta apuesta por la independencia no era más que una trampa.

—Tenemos que marcharnos de aquí —le dijo a Chivkyrie—. Debemos salir del planeta, del sector, lo antes posible.

—Su reacción es desmedida —dijo Chivkyrie, frunciendo el ceño y perplejo—. Reconozco que se necesita algo de tiempo para habituarse a los modales del administrador jefe…

—Nos marchamos —le cortó Leia—. Y usted si es inteligente vendrá con nosotros.

—No sea ridicula —dijo el adariano, malhumorado, olvidando por un momento que Leia estaba en un escalafón superior al suyo—. Esta es mi casa.

—Como quiera —dijo ella, mirando alrededor en busca de una estación de aerotaxis—. Por favor, llame a su piloto inmediatamente y dígale que tenga la nave preparada para nosotros.

Chivkyrie sacó su comunicador sin decir palabra y lo activó. Le respondieron y se produjo una conversación en adariano.

Leia hizo una mueca de desagrado. Incluso con su limitado conocimiento de la cultura adariana, sabía que mantener una conversación en un idioma que un invitado de escalafón superior no entendía era una violación de la etiqueta. Al parecer la valoración de Chivkyrie de su estatus había descendido, como mínimo, dos niveles en los últimos minutos.

Lo que significaba que no le iba a hacer caso. Contra su consejo, seguiría con su plan y sacaría a su grupo de la Alianza Rebelde. Y si abandonaban, otros les seguirían, hasta que, posiblemente, su frágil coalición dejase de existir.

Chivkyrie desconectó el comunicador y se lo volvió a guardar en el cinturón.

—[¿Cuándo podremos marcharnos?] —preguntó Slanni.

—Quizá no puedan —dijo sombríamente Chivkyrie—. Han prohibido la salida de humanos de Shelkonwa.

Vokkoli se detuvo en seco.

—¿Cómo dice?

—Parece que la princesa tenía razón —dijo Chivkyrie, inclinando la cabeza hacia ella en un gesto de humildad o arrepentimiento—. El administrador Disra nos ha traicionado.

—Puede que no a todos —dijo Leia, intentando pensar. Estaba claro que el principal objetivo de Disra era ella, pero no tardaría en cerrar las salidas también a los mungras y los ishi tib. Aun así, quizá todavía tenían una oportunidad—. Dice que la prohibición solo afecta a humanos —añadió—, si ustedes tres pueden marcharse lo bastante pronto, quizá logren escapar antes de que estrechen el cerco.

—Sí, deberíamos marcharnos —dijo Chivkyrie, antes de que los otros pudiesen responder, y volvió a sacar su comunicador—. Haré que mi piloto…

—No —dijo rotundamente Vokkoli—. No abandonaremos a una compañera en peligro.

—¿Ni aunque su presencia acentúe ese peligro? —replicó Leia—. No lo olviden, Disra nos ha visto a los tres. Es más fácil que se esconda una humana sola, que se escondan una humana, un mungra y un ishi tib juntos.

—[Por desgracia tiene sentido] —dijo a regañadientes Slanni.

—Y usted también debería marcharse —dijo Leia girándose hacia Chivkyrie—. Pero no en su propia nave… Disra probablemente ya debe tenerla vigilada. Suban al próximo transporte que salga del planeta y márchense.

Habían llegado a una estación de aerotaxis y pudo ver uno de aquellos coloridos vehículos descendiendo hacia ellos.

—Ellos se marchan —dijo firmemente Chivkyrie—. Pero yo me quedo. Es mi invitada y esta es mi casa.

—Chivkyrie…

—Es mi invitada y esta es mi casa —repitió el adariano en un tono que no daba pie a discusión. Miró a Vokkoli y Slanni—. Ustedes márchense cuanto antes. Sirvan a la Alianza y la causa de la libertad —su expresión se endureció—. Y recuerden que sus organizaciones, que ustedes, tenían toda la razón.

—Nos marcharemos por el bien de nuestros pueblos —dijo solemnemente Vokkoli—. Y rezaremos para que el error que ha cometido no les cueste la vida —alargó un mano y tocó las puntas de los dedos de Chivkyrie—. Que la fortuna les sea propicia y los proteja.

Slanni hizo una reverencia en silencio. Pocos segundos después estaban volando, camino al puerto espacial.

—Lo mismo digo —murmuró Chivkyrie mientras contemplaba junto a Leia el aerotaxi desapareciendo sobre las agujas de la ciudad—. Venga —dijo tomándola de un brazo—. Volveremos al hotel a recoger nuestras cosas.

Le dedicó una débil sonrisa avergonzada.

—Y después un adariano le mostrará el verdadero significado de la clandestinidad.

El palacio era un hervidero de caos cuando Disra llegó. Paseó entre los empleados pululantes, sin prestar atención a las preguntas y peticiones que le lanzaban desde todas direcciones, concentrándose en llegar lo más rápido posible a su despacho.

Por desgracia allí le esperaba la única persona de toda Ciudad Makrin a la que no podía ignorar.

—¿Qué diantres está pasando? —le preguntó el gobernador Choard, la expresión tras su poblada barba era una combinación de aprensión e ira—. Me han dicho que has cerrado todos los *puertos espaciales.*

—Solo a los humanos —dijo Disra para suavizarlo, empezando a dar vueltas alrededor del gobernador—. Tengo un buen motivo.

Choard no parecía de humor para que lo ningunearan. Alargó su enorme mano y lo agarró por el cuello de la chaqueta.

—Pues cuéntame ese buen motivo.

Disra hizo rechinar los dientes, barajando rápidamente una lista de posibles mentiras.

—He recibido el soplo de que alguien planea robar el depósito de Nightowk —dijo—. Solo tengo la descripción de una mujer…

—¿El *Nightowk*? —le cortó Choard, con la barba erizada.

—La conclusión obvia es que buscan las obras de arte que almacenas allí —prosiguió Disra impacientemente—. Me gustaría enviarles la descripción de la mujer a las autoridades portuarias para poder centrar la búsqueda y reabrir los puertos a todo el resto de viajeros.

—Por supuesto —murmuró Choard, con la mirada perdida en la lejanía mientras soltaba del cuello a Disra—. Solicita también medidas de seguridad adicionales en el Nightowk.

—Eso pensaba hacer —dijo, recolocándose la chaqueta mientras daba la vuelta a su escritorio y se sentaba—. Seguro que tienes otros asuntos de los que ocuparte.

Choard tardó un instante en moverse. Disra sacó su datapad y rebuscó entre los archivos, preguntándose impacientemente si el gobernador pensaba quedarse allí plantado, contemplándole. Después, como si las palabras del administrador hubiesen despertado de repente la preocupación por sus apreciadas obras de arte robadas, el gobernador se dio la vuelta y se marchó de su despacho.

Lo contempló marcharse y, por alguna razón, su mente regresó fugazmente a su primer encuentro con él, tres años antes. Ya entonces vio claro que aquel hombre tenía resortes fáciles de accionar y había dedicado muchas horas a estudiarlos pacientemente.

Era muy probable que necesitara activarlos todos en los días venideros.

Solo necesitó cinco minutos más para pasarle una descripción de Organa al controlador del puerto espacial. La conversación habría sido más rápida si hubiese podido darle sencillamente el nombre, ya que sin duda su descripción completa debía de estar en los archivos de fugitivos más buscados del Imperio. Pero, como mínimo por el momento, debía mantener en secreto aquella información crucial. Después se conectó a la HoloRed e introdujo el número de acceso especial del gobernador para comunicarse con el palacio imperial.

—Al habla el administrador jefe Vilim Disra, Shelkonwa, sector Shelsha —dijo cuando su interlocutora apareció en el holocampo—. Tengo un mensaje urgente para el Emperador y lord Vader.

—Transmita su mensaje —dijo su interlocutora, impertérrita y con el tono de voz plano del que se ha pasado la vida escuchando pronunciamientos, quejas y demás bobadas oficiales.

—Dígales que he localizado a la princesa Leia Organa de Alderaan —dijo Disra—. Y que la tengo acorralada.

Sintió una gran satisfacción al ver que los ojos apagados de la mujer se abrían como platos.

—Un momento —dijo en un tono repentinamente enérgico y eficiente—. Permítame que lo transfiera directamente a la nave de mando de lord Vader.

CAPÍTULO QUINCE

Mara se había imaginado que la cena de los Cicatriz de Sangre sería anodina y sencilla, apenas ligeramente mejor que las raciones de las naves espaciales. Para su sorpresa resultó ser un pequeño festín más parecido a un banquete del Día de la Cosecha. Al parecer uno de los hombres del comodoro era considerado un chef de categoría.

El motivo de tanto esmero quedó claro en cuanto el comodoro probó el primer plato. Las ásperas líneas de su cara empezaron a suavizarse, la intensa locura de su mirada se disipó y para cuando llegó el segundo plato ya parecía prácticamente normal.

Ella estaba sentada en el centro de la mesa del comodoro, encajonada entre uno de sus lugartenientes y uno de los capitanes de las naves visitantes. Vinis, con la barbilla amoratada por el golpe de Mara, estaba tras ella, de pie y en silencio, como su sirviente privado y, sin duda, como guardián no tan privado. A Brock y Gilling los habían colocado en otras dos mesas, con sus respectivos sirvientes/guardianes plantados tras ellos. Tannis estaba en una cuarta mesa y, aunque parecía participar en la conversación que se producía alrededor de él, Mara podía ver que estaba básicamente concentrado en ella. Caaldra, sorprendentemente, no estaba presente.

No hubo interrogatorio durante la cena; era evidente que el comodoro apreciaba demasiado la comida para mezclarla con el trabajo. Fuese por orden directa o por mera precaución instintiva, los piratas sentados alrededor de Mara evitaban hablar sobre sus planes, la capacidad de la flota de los Cicatriz de Sangre o cualquier cosa relacionada con la organización. El resultado era una conversación a base fundamentalmente de chismorreos, de los que solía oír en cenas formales e informales por toda la galaxia. De todas forman, el lenguaje mordiente y desenfadado de los piratas les añadían un matiz de interés.

Tras la cena, el comodoro la condujo junto a los dos soldados del DSI a una pequeña sala de reuniones, donde se iniciaron las negociaciones de verdad.

Podía recordar la primera vez que había hecho algo así, debatir sobre asuntos que no eran reales con alguien firmemente convencido de que sí lo eran. Entonces le había resultado inquietante y surrealista, casi como si fuera ella la que tenía una percepción alterada de la realidad. Ahora era simplemente una herramienta más de su arsenal.

—Querríamos un porcentaje setenta-treinta, el setenta para nosotros —dijo Mara—. Lo único que tiene que hacer es decirnos qué nave o tipo de nave quiere y nosotros nos ocuparemos del resto.

—¿Y qué queréis vosotros a cambio de ese acuerdo para que nos salga a cuenta un treinta por ciento? —preguntó el comodoro.

—Protección frente a grupos rivales o las autoridades, para empezar —dijo—. Lugares seguros a los que llevar las naves cuando sean nuestras. De vez en cuando podrían, incluso, proporcionarnos personal adicional, si lo necesitamos.

—Diría que es un trato más de sesenta-cuarenta, el sesenta para nosotros —sugirió el comodoro.

—Me parece un poco excesivo, teniendo en cuenta que nosotros hacemos todo el trabajo.

—No si piensas que tendríais como aliados a los Cicatriz de Sangre y nuestro mecenas —los ojos del comodoro brillaron—. *No* como enemigos.

—Es verdad —admitió Mara—. Por desgracia, no estoy autorizada a salirme de los parámetros marcados por mi jefe. ¿Podría utilizar su nexo de HoloRed para discutirlo con él?

Por el rabillo del ojo vio a Brock removiéndose en su silla. El comodoro se limitó a sonreír.

—Puedes hacerlo mañana—dijo—. Me gusta que mis futuros aliados puedan consultar este tipo de cosas con la almohada. Os quedáis a pasar la noche, ¿verdad?

—Será un honor —dijo ella—. Pero no queremos causar ninguna molestia. Si lo prefiere, podemos dormir en la *Vía Happer*.

—Ni hablar —dijo con firmeza el comodoro—. Vinis os mostrará vuestros aposentos.

La habitación a la que la llevó Vinis estaba en la última planta de uno de los edificios de tres pisos del complejo. Tenía una sola ventana, desde la que veía, a lo lejos, el complejo minero. Un montón de escombros de construcción justo debajo de la ventana desalentaba a cualquiera de intentar descolgarse por ella.

Afortunadamente, no era aquel el plan que tenía en mente.

Esperó tres horas, hasta que todas las luces de las ventanas que veía se hubieron apagado y todos los ruidos humanos de su planta hubieron cesado. Todos excepto los ocasionales pasos arrastrados de los guardias que el comodoro había colocado frente a su puerta.

Como la mayoría de los atuendos de civil de Mara, su peto verde estaba diseñado para cumplir una doble función. Se lo quitó, le dio la vuelta, convirtiéndolo en un traje de combate nocturno gris y negro, y se lo puso. La peineta decorativa que tantas sospechas había despertado entre los piratas fue lo siguiente; desplegó el puzzle de alambres que la formaban y la volvió a montar, transformada en un par de agarraderas de mano. Abrió la ventana, salió al frío exterior y empezó a escalar.

Fue una de las escaladas más complicadas de su vida. La pared era relativamente lisa, sin revestimientos decorativos ni texturas en las que pudiera apoyarse. Afortunadamente, con los años había sufrido la suficiente erosión para que hubiesen pequeñas grietas en las que podía meter las agarraderas. Celebró no tener que ir demasiado lejos.

Se detuvo al llegar al tejado, proyectando sus sentidos en busca de cualquier guardia o vigilante que el comodoro pudiese haber colocado allí arriba. Pero no había nadie. Rodó por el tejado y se guardó las agarraderas en el bolsillo, después se dirigió sigilosamente al lugar en el que había escondido la espada de luz.

Una vez allí, descubrió que había desaparecido.

Se agachó, obligándose a calmarse mientras intentaba pensar. Muy bien. El comodoro sabía que uno de sus visitantes no era exactamente lo que parecía. ¿Pero creería que se trataba de ella?

Es más, ¿creería que se trataba de alguno de ellos? Con la ola de reclutamientos que Caaldra estaba organizando, los Cicatriz de Sangre debían de habían albergado docenas de visitantes en las últimas semanas. ¿Acaso no podía haber sido uno de ellos el que escondiese aquella arma para usarla posteriormente? Aquello explicaría que los hubiesen invitado a cenar en vez de enviarlos a una celda de interrogación completamente equipada.

Pero no podía entretenerse. Tenía que llegar al centro de mando e intentar encontrar el nombre del misterioso mecenas del comodoro, después iría a buscar a Brock y Gilling y se largarían de aquella maldita roca.

En el tejado encontró una escalera de acceso abierta. Bajó por ella. La escalera estaba desierta, igual que los pasillos que recorrió y el pasadizo conector que llevaba al siguiente edificio, donde estaba el centro de mando. Las únicas mentes que pudo percibir cerca de ella mostraban la característica vaguedad del sueño profundo. Si el comodoro tramaba algo, lo estaba llevando con muchísima calma.

Estaba acercándose al centro de mando cuando finalmente percibió presencia humana. Se apretujó contra un lado de un carro con material que habían aparcado junto a una pared del vestíbulo y se proyectó con la Fuerza. Percibió a dos personas, ambas completamente despiertas y alerta. Mucho más alerta, de hecho, que el habitual equipo de vigilantes nocturnos. Quizás el comodoro había decidido hacer su primer movimiento.

Si era así, dudar no iba a servirle de nada. Echó un vistazo rápido al carro de material, buscando armas improvisadas, desató un par de manguitos de energía del tamaño de un puño y se guardó uno en cada mano. Se acercó a la puerta, tecleó en el panel de apertura y, cuando la puerta se abrió, entró agachada y fue hacia la derecha.

Las luces estaban bajas, el procedimiento habitual en las guardias nocturnas. Había una docena de consolas colocadas en fila, todas ellas con una o dos sillas delante. En la otra punta de la habitación, a través de una amplia ventanilla de transpariace-ro, pudo ver el extenso complejo minero iluminado por la luna.

Todas las sillas estaban vacías. Y al parecer la habitación también lo estaba.

Pero *había* percibido a alguien allí, ¿verdad? Frunció el ceño y recurrió a la Fuerza para examinar la sala adyacente.

Aquel instante de descuido estuvo a punto de costarle la vida. Sintió un destello de alarma, se lanzó hacia el centro de la habitación y una descarga de bláster brilló a la izquierda de ella, destruyendo el trozo de pared en el que se había apoyado. Al asomarse por el borde de una de las consolas vio fugazmente una cara y le lanzó uno de los manguitos de energía.

Su asaltante intentó agacharse, pero fue demasiado lento. El manguito rebotó con fuerza contra su frente y la cara desapareció, tras gruñir una maldición.

Una maldición gruñida en una voz familiar.

—¿Brock? —dijo Mara, deteniéndose en mitad de una voltereta evasiva.

De nuevo, el titubeo momentáneo estuvo a punto de ser fatal. Un segundo bláster abrió fuego desde la derecha y sintió una punzada de dolor en el hombro.

—¡No disparéis… soy yo! —gritó, reprimiendo el dolor mientras se escondía bajo la consola más cercana. Sus palabras fueron interrumpidas por otra descarga, desviada, dio una patada a la mesa y rodó sobre ella. Otras dos descargas crepitaron en el aire, llegadas desde lados opuestos de la sala. Ninguna de las dos la alcanzó mientras aterrizaba tras la consola.

Se encontró agachada en medio de tres cadáveres. Alguien los había arrastrado hasta allí. No había duda de que eran los desafortunados piratas a los que habían asignado la guardia nocturna.

—He dicho que no disparéis —volvió a repetir, torciendo el cuello para mirarse la herida del hombro. No tenía tan mal aspecto—. ¿Estáis sordos?

—No, te hemos oído perfectamente —dijo Gilling—. ¿Por qué no te levantas y nos lo pones más fácil?

—¿Qué demonios estáis haciendo? —preguntó Mara—. Soy una oficial imperial.

—No, eres una chiquilla arrogante que sabe más de lo que le conviene —dijo Brock—. Lo siento, nena, pero tenemos órdenes. Órdenes de un *verdadero* oficial imperial.

—¿Qué oficial? —preguntó Mara—. ¿El capitán Ozzel?

—¿Ese idiota? —se burló Gilling—. Claro que no.

—Cállate, Gilling —dijo Brock—. Tiene razón, ¿sabes? Solo estás prolongando tu agonía.

—Eso está bien… no tenía ningún plan mejor para esta noche —les dijo Mara, apretando su espalda contra la consola y mirando alrededor. Además de las sillas y las consolas, no había nada más para cubrirse y, aparte del manguito de energía que le quedaba, los únicos objetos arrojadizos a mano eran las sillas. No era una situación demasiado propicia—. ¿Y qué es, exactamente, eso que sé y que pone tan nervioso al coronel Somoril?

Percibió un cambio sutil en las emociones de los hombres del DSI.

—Hay que reconocer que eres muy lista —dijo Brock. Por su tono, Mara pudo saber que estaba avanzando hacia su posición por la parte izquierda de la sala—. Por curiosidad, ¿sabías ya lo de los desertores o era lo que estabas buscando en la computadora de la *Represalia*?

Mara frunció el ceño. ¿Desertores?

—No sé nada sobre ningún desertor —dijo—. Y si lo supiera me traería sin cuidado. De esas cosas se ocupa la flota, no alguien como yo.

—No, por supuesto que no —dijo Brock, con sarcasmo—. Al Emperador no le importa que unos cuantos soldados de asalto abandonen sus filas. En absoluto.

—¿Soldados de asalto? —dijo ella, escuchando atentamente. Era un truco viejísimo: una mitad del dúo atacante hablaba sin parar para cubrir cualquier ruido mientras el otro se acercaba sigilosamente a su presa.

Aunque, normalmente, el parlanchín no solía sazonar su maniobra de distracción con información realmente útil. De lo que concluía que o Brock era sencillamente estúpido, algo bastante probable tratándose de un hombre del DSI, o estaban demasiado seguros de sí mismos.

—Eso no os va a funcionar, ¿sabéis? —les dijo, proyectando la Fuerza y agarrando una de las sillas cercanas a la posición en la que calculaba que Gilling debía de estar esperando para hacer su espectacular irrupción—. No podréis atraparme.

—Oh, creo que sí —dijo Brock—. Y si no te atrapamos, no importa, otros terminarán el trabajo. De hecho, no creo que tarden.

Y entonces, entre toda aquella cháchara, percibió el sutil sonido de la puerta abriéndose.

Brock seguía parloteando cuando de repente la sala se convirtió en una tormenta de fuego de bláster.

Mara se acurrucó tras la consola, entornando los ojos por el humo y las astillas de cerámica y metal que volaban por el aire entre el tiroteo. Brock y Gilling cayeron abatidos. Los disparos derribaron primero sus parapetos y después terminaron con ellos. Oyó un gritó entre aquel alboroto y el asalto se interrumpió tan abruptamente como había empezado.

—Sal, Celina —dijo fríamente el comodoro, rompiendo el silencio—. Con las manos arriba.

—Muy bien —respondió Mara—. No disparen. Tengo que proponerles un trato —con los sentidos y la mente alerta, dejó el manguito de energía en el suelo y levantó las manos abiertas por encima de la consola para que pudieran verlas. Nadie intentó volárselas. Manteniéndolas bien visibles, se levantó y se dio la vuelta.

Al fondo de la sala había una docena de piratas apiñados, todos vestidos apresuradamente, todos con los blásters apuntándola. Vinis y Waggral estaban entre ellos, parecían estar deseando apretar el gatillo. El comodoro estaba en el centro del grupo, con el bláster aún enfundado y los brazos cruzados frente al pecho. Junto a Waggral, en el extremo izquierdo del grupo, estaba Tannis, con muy mala cara y el bláster apuntándola también.

—*¿Otro* trato? —preguntó el comodoro sin demasiado interés.

—Esta vez de verdad —dijo Mara—. He venido a buscar cierta información. Solo eso, información. Permítame llevármela y me marcharé pacíficamente.

—¿Qué te hace creer que podrás marcharte? —le contestó el comodoro—. ¿Ni pacíficamente ni de ninguna manera?

—Que es lo mejor para sus intereses —dijo—. Tengo amigos poderosos.

El comodoro olisqueó el aire y desvió la mirada momentáneamente hacia el cuerpo calcinado de Brock.

—Esos no parecían demasiado poderosos.

—Tampoco eran exactamente mis amigos —dijo ella—. Intentaban matarme. Imagino que eso es lo que les ha despertado.

Me refería a otros amigos.

El comodoro frunció los labios, evaluándola con la mirada.

—¿Qué información quieres exactamente?

—Antes mencionó un mecenas —dijo Mara—. Quiero su nombre.

Se proyectó con la Fuerza, sabiendo que aquella petición haría que el nombre surgiera automáticamente en la mente del comodoro y esperando arrancárselo de sus pensamientos. Pero su mente era demasiado oscura, un remolino de ira, odio y locura, y no lo logró.

—Eres muy descarada, debo admitirlo —comentó el comodoro en un tono sosegado que contrastaba radicalmente con la agitación de su mente—. En cualquier caso, el trato que propones es demasiado desequilibrado.

—Eso tiene arreglo —le ofreció Mara—. Solo dígame qué quiere a cambio. Si está en mis manos conseguirlo, y le advierto que tengo más poder del que cree, lo haré.

La sonrisa del comodoro se esfumó.

—Seguro que sí —le dijo—. Porque lo que quiero eres tú. Muerta —abrió los brazos y levantó un dedo hacia el techo.

—Espere un momento —intervino Tannis, tenso—. Señor… comodoro… muerta no nos servirá de nada.

El comodoro le miró sin dejar de apuntar al techo.

—¿Y viva nos servirá de algo, maestro Tannis? —preguntó—. ¿Eso crees? ¿Tú, que eres quien la ha traído?

Tannis hizo una mueca.

—Reconozco que me engañó —dijo—. Pero también engañó al capitán Shakko. Como mínimo podríamos…

—*Si* fuese verdad que engañó al capitán Shakko —replicó el comodoro—. Y *si* el capitán Shakko estuviese vivo —de repente su cara se arrugó y dejó de parecer humana—. Pero no lo está, ¿verdad? Está muerto, como el resto de tu tripulación.

—No, por supuesto que no —protestó Tannis, ligeramente pálido—. Es decir, por lo que sé están todos bien. Pero quizá podamos pedir un buen rescate por ella.

—Una idea muy interesante —el comodoro la miró. Su expresión se suavizó hasta parecer casi cuerdo—. Y bien, espía… ¿Vale la pena pedir un rescate por ti?

—Hay gente que pagaría por recuperarme —le dijo ella. Proyectándose con la Fuerza, levantó el manguito de energía que tenía a sus pies hasta encima de la consola, sin que los piratas lo vieran—. Puedo darle un par de contactos de HoloRed a los que podría llamar.

—Seguro que sí —el comodoro señaló con la cabeza a Tan-nis—. ¿Y qué hay de él?

—¿Qué pasa con él? —contestó Mara. Otro viejo truco—. Ha sido una herramienta útil. No tan ingenuo como Shakko, pero adecuado a mis necesidades.

—Lo que pensaba —dijo el comodoro—. Waggral, mátalo.

Sin dudarlo, Waggral se acercó, sujetó el cañón del bláster de Tannis y se lo arrebató de las manos.

—Espera un momento —dijo Tannis, con la voz rota por la tensión—. Comodoro…

Su protesta la interrumpió un golpe de Waggral con la empuñadura del bláster en la cara que le hizo tambalearse hacia atrás. Después, Waggral le dio la vuelta al arma y le apuntó los dos blásters a la cara.

Mara levantó el manguito de energía otros dos centímetros y lo lanzó a toda velocidad contra un lado de la cabeza de Waggral. Antes de que nadie pudiese a reaccionar, se proyectó con la Fuerza hacia los blásters de las manos del pirata, repentinamente inertes, los giró hacia las filas de sus compañeros y abrió fuego.

El hombre que estaba junto a Waggral se llevó la peor parte de la primera ráfaga, desmoronándose en el acto. Al cabo de un instante, el resto de la fila se dispersó y los piratas se pusieron a cubierto, desviando todas sus miradas y blásters hacia aquella nueva e inesperada amenaza.

Todas las miradas excepto la del comodoro.

—¡A él no, idiotas! —gritó entre el alboroto, mirándola mientras recogía su propio bláster—. ¡A ella! ¡Es una *Jedi*!

Mara sabía que los piratas no podían entenderlo, no después de tanto tiempo sin Jedi y aún menos en el fragor de la batalla. Pero *sí* que entendían claramente el fundamental concepto militar de la obediencia instantánea. Aunque sus caras se nublaron por la perplejidad, abandonaron su contraataque contra Waggral y desviaron sus blásters hacia ella.

Retrocediendo un paso de la consola, levantó una silla con la Fuerza y la lanzó a un par de piratas lo bastante descuidados para colocarse demasiado cerca. Cayeron al suelo y lanzó otra silla hacia otra parte del grupo.

Mientras lo hacía, detectó con su visión periférica un destello de metal plateado volando hacia ella, a la izquierda. Levantó la mano rápidamente para interceptarlo, preguntándose cuál de los piratas había sido lo bastante estúpido para lanzar una granada en un lugar tan pequeño.

Pero no era una granada. Cuando su mente asimiló lo que estaban viendo sus ojos, giró la mano para atraparlo en lugar de desviarlo.

Y su espada de luz cayó en su mano con un sonoro *slap*.

Por un instante miró aTannis, mientras se ponía a cubierto tras otra de las consolas, con la mano aún balanceándose por el lanzamiento. Después su pulgar encontró el perno de activación de la espada de luz y el filo magenta cobró vida con un zumbido.

Mara mató hasta el último de los piratas devolviéndoles sus propias descargas de bláster y entonces el comodoro pareció despertar y reparar en lo que les había pasado a sus hombres. Se escondió tras el último pirata que seguía en pie, un rodiano, y disparó a Mara por encima del hombro de este, retrocediendo apresuradamente hacia la puerta. Mara abatió al rodiano y el comodoro huyó corriendo.

—¿Tannis? —dijo, apagando su espada de luz y rodeando las consolas hasta donde se había escondido—. ¿Estás bien?

—Bastante —dijo entre dientes mientras se sentaba y miraba aquel revoltijo de cuerpos—. Y yo que pensaba que te habías lucido en la *Cabalgata*. ¿Cómo demonios pudieron aniquilar a los Jedi?

—Estrictamente hablando, no soy una Jedi —le dijo, mirando alrededor. La anteriormente prístina sala de mando estaba destrozada—. ¿Hay alguna otra sala de mando?

—Sí, en el búnker de emergencia —dijo Tannis—. Supongo que querrás que te lleve hasta allí.

—Si no lo haces, todo esto habrá sido inútil.

—Genial —dijo Tannis con un suspiro—. Saliendo a la izquierda —le dedicó una sonrisa perversa—. Creo que prefiero seguirte.

—Por mí perfecto —volvió a activar su espada de luz, tecleó en el panel de apertura de la puerta y salió al pasillo.

No se veía ni un alma.

—La gente tiene un sueño muy profundo por aquí —comentó, yendo hacia donde Tannis había indicado.

—Lo más probable es que el comodoro tenga a todo el mundo preparando las naves para una partida rápida —dijo Tannis, mirando nerviosamente por cada puerta que pasaban—. Supongo que no eliminaste a Caaldra antes de venir.

—Lamento decirte que no —dijo ella—. En realidad, no lo he visto desde antes de la cena. Quizá se haya marchado.

—Eso espero —Tannis tembló—. Ese tío me da miedo.

—No te preocupes por él —dijo Mara—. Por cierto, gracias por la ayuda. ¿Cómo tenías mi espada de luz?

—La saqué del colector de lluvia en que la metiste, por supuesto —dijo agriamente Tannis—. Quizá creyeras haberlo hecho muy bien, pero yo la pude ver junto a las torres y los cables todo el trayecto. Casi me da un ataque al corazón.

—La viste porque sabías que debía andar por algún sitio —comentó Mara, aunque le había impresionado que hubiese detectado su truco.

—Puede —dijo Tannis—. Pero no estaba muy seguro de que nadie más la hubiese visto. En cuanto me dejaron solo, subí al tejado…

—Un momento —dijo Mara, deteniéndolo con la mano izquierda mientras con la derecha levantaba la espada de luz y la colocaba en posición de guardia. Justo delante, tras una pila de barriles…

Una ráfaga de fuego de bláster salió hacia ella desde el borde de los barriles: dos hombres, uno bajo y otro alto. Desvió los disparos con facilidad, rozando a los dos atacantes atrincherados.

—¿Alguna idea de quién se esconde tras esos barriles? —le preguntó a Tannis.

—Ni idea —dijo él—. Nunca había visto barriles en el pasillo.

Los atacantes volvieron a disparar. Mara respondió, percibiendo un leve crujido cuando una de las descargas desviadas impactó en el barril inferior y lo agujereó, lo que hizo que se empezase a derramar un líquido oscuro sobre el suelo. Un segundo después cesó el fuego de bláster y vio un par de sombras retirándose a toda prisa.

—Vamos —dijo Tannis, dando un paso adelante.

—Cuidado —le advirtió, reteniéndolo. Utilizando sus técnicas de potenciación sensorial, olfateó cautelosamente el aire.

Solo necesitó un segundo.

—Atrás —le ordenó a Tannis firmemente, sujetándolo del brazo y alejándolo del líquido derramado.

Habían dado tres pasos cuando el líquido estalló con una brillante llamarada amarilla.

Mara reaccionó instantáneamente, tirando a Tannis al suelo. Después los barriles se encendieron, propagando una bola de fuego hacia ambos lados del pasillo. Se apretó contra el suelo, sintiendo el calor que pasaba por encima de sus piernas, espalda y cabeza. Tannis gritó algo. Solo entonces, vagamente, se dio cuenta de que ella también se había quemado.

La cortina de fuego les pasó por encima y siguió avanzando por el pasillo, dejando un aire sobrecalentado a su estela. Llorando lágrimas negras, Mara rodó para ponerse en cuclillas, echando mano de la Fuerza para contener el dolor. Su espada de luz se había apagado durante la frenética huida y volvió a encenderla.

Justo a tiempo. Levantó el arma a la posición de guardia, sintió un aguijonazo de peligro y giró treinta grados hacia la derecha, justo cuando dos descargas de bláster llegaron hasta ella desde un hueco oscuro que parecía no haber sufrido los efectos de la explosión.

El bláster quedó en silencio y oyó una leve risita.

—Impresionante —dijo la voz de Caaldra—. ¿Acaso tengo el honor de hablar con la Mano del Emperador?

—La Mano del Emperador no es más que un rumor —dijo Mara.

—Por supuesto. Me halaga que el Emperador haya enviado a alguien como tú para ocuparse de nosotros.

—A ti y tú mecenas os reserva lo mejor —dijo ella, decidiendo omitir que aquel plan había acabado así por mero accidente—. Buena trampa, por cierto.

—Yo os reservo lo mejor a ti y tu traidor —Caaldra volvió a disparar, dos descargas espaciadas y desviadas a la cabeza y las piernas de Mara, que estaba preparada y las bloqueó—. Debe de doleros mucho.

—Lo superaremos —le aseguró. En realidad, no tenía ni idea de cómo estaba Tannis y no quería correr el riesgo de desviar su atención ni un segundo del combate y de la contención de su dolor para averiguarlo—. No es nada comparado con lo que sufrirás en un interrogatorio imperial completo.

Caaldra gruñó desdeñosamente.

—¿Ahí es donde se supone que contaré todos mis secretos y suplicaré clemencia?

—Contar todos tus secretos te facilitará las cosas —dijo Mara—. En cuanto a la clemencia, quizá se te conceda o quizá no.

—Ah —dijo Caaldra—. Lamento decepcionarte pero tengo que irme. Da recuerdos a tus amigos.

Sintió un último destello de pensamiento ajeno y, para su sorpresa, la percepción de Caaldra se esfumó.

Con Tannis aún tirado en el suelo del pasillo, dio un paso hacia el hueco con cautela y se proyectó con la Fuerza. Caaldra se había marchado. Con la espada de luz a punto, se acercó un poco más y descubrió que lo que le había parecido un recoveco era en realidad una puerta hundida. Miró el pasillo para asegurarse de que nadie intentara atacarla por sorpresa y abrió la puerta.

La sala que encontró era considerablemente más grande de lo que esperaba y estaba oscura y mohosa, iluminada solo por la luz de las estrellas que entraba por un tragaluz en medio del techo. Bajo aquel leve brillo pudo ver material de excavación oxidado y montones polvorientos de tubos y tablones de apuntalamiento, probablemente material sobrante del momento en que los piratas habían convertido aquella parte de la instalación minera en su base.

Y al fondo de la habitación había tres amplios pozos circulares protegidos por barandillas altas.

Mara sonrío sombríamente. ¿De verdad creía Caaldra que podía escapar por un viejo túnel de reconocimiento? La Fuerza estaba a su servicio y, por muy enrevesados que fuesen los túneles, no tendría ninguna dificultad para seguir el rastro de Caaldra.

Se dirigió al pozo más cercano y por el rabillo del ojo vio un destello verde brillante colándose por el tragaluz.

De repente todo el edifico dio una sacudida y una atronadora explosión desgarró el aire. Se acurrucó junto a la excavadora más cercana. Otro destello de fuego verde cayó desde el cielo y una segunda explosión levantó polvo alrededor de ella.

La base pirata estaba siendo atacada.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LaRone acababa de vestirse cuando Quiller habló por el comunicador.

—Una hora —anunció—. Iniciando revisión de sistemas precombate.

—Bien —dijo LaRone—. Grave, Brightwater… id a los pozos de los cañones y empezad la revisión —recibió sus asentimientos y se dirigió a la cabina, con el casco debajo del brazo.

Como era de prever, Marcross había llegado antes que él y estaba sentado en el asiento de copiloto, con su casco bajo la consola de control.

—Todo parece tranquilo —informó mientras LaRone ocupaba su lugar habitual en la estación de sensores/escudos, detrás de Quiller—. ¿Cómo están nuestros huéspedes?

—Hace tres horas estaban bien —le dijo LaRone—. Les avisé de los cambios en nuestra agenda y les sugerí que echasen una cabezadita antes de que esto se empiece a animar.

—Apuesto a que pidieron unirse a la fiesta —llegó la voz de Grave desde el intercomunicador del pozo del cañón.

—En realidad no —dijo LaRone—. Probablemente piensan que no sacarían ningún provecho.

—En eso tienen razón —dijo Marcross con un resoplido—. Quiller, ¿qué es esta advertencia de tirabuzones que recibo en el sensor de babor?

—No es nada —dijo Quiller—. Déjame que le eche un vistazo.

LaRone, sin prestar demasiada atención a lo que decían sus compañeros, miró sus propios monitores y empezó a preparar su mente para el combate.

Luke.

Luke despertó sobresaltado de su duermevela.

—¿Ben?

Levántate, le susurró la voz de Ben en su mente, y pudo percibir la urgencia que había tras aquellas palabras. *Leia está en peligro.*

Sintió que se le helaba el corazón.

—¿Qué tipo de peligro? —preguntó, recogiendo sus botas—. ¿Dónde está?

En Ciudad Makrin, en Shelkonwa. El administrador jefe del gobernador ha cerrado los puertos espaciales y ha alertado al Imperio de su presencia.

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Temía que sucediese algo así, había estado preocupado desde el momento que Leia le había pedido que acompañase a Han, en vez de a ella.

—¿Y qué hago? —preguntó—. Estoy aquí encerrado.

Se produjo un breve silencio. *No tan encerrado como crees,* dijo a regañadientes la voz de Ben. *Ve al ordenador.*

Frunció el ceño y fue hacia el escritorio. ¿Se suponía que debía adivinar cómo colarse en los sistemas de comunicación de la nave, llamar al general Rieekan y solicitarle ayuda?

Concéntrate en el teclado, le dijo Ben. *Concéntrate en los números.*

¿Concentrarse en el teclado?

—No veo nada —dijo Luke, repasando la hilera de números. Se proyectó hacia la Fuerza, pero tampoco encontró nada.

El primer número es el siete.

Luke desvió su atención a aquella tecla. ¿Encontraría alguna sensación latente? Colocó los dedos sobre el teclado, se abrió a la Fuerza, ofreciéndole el control de su cuerpo como había hecho en la batalla contra las naves piratas.

Pero sus dedos seguían inmóviles. Sin la inmediatez ni la tensión del combate para dirigir sus pensamientos y emociones no lograba nada.

—No consigo… no lo veo —dijo.

Oyó un susurro en su mente que bien pudo haber sido un suspiro. *Los números son siete, siete, ocho, uno, tres, uno, dos.*

Tecleó la secuencia. No pasó nada.

—¿Y ahora qué?

Ben no respondió. Luke hizo una mueca de desagrado y miró alrededor, intentando escuchar a la Fuerza. Desvió la mirada hacia el monitor fijo que mostraba la posición de la nave, su vector y el estado de los sistemas. Casi pudo sentir algo allí, pero por mucho que lo intentaba no lograba que aquella sensación se solidificase y formase algo más nítido.

Pasa el dedo por debajo del marco del monitor.

Obedeció y está vez oyó un leve chasquido a su espalda. Se dio la vuelta y, para su sorpresa, vio que un pedazo del mamparo al pie de su cama, del tamaño de una puerta, se había abierto un par de centímetros. ¿Compartimentos para contrabando, quizá? Cruzó el camarote y abrió la puerta.

No era un escondite de material contrabando. Era un escondite de armamento que contenía dos armaduras completas de soldado de asalto.

Miró boquiabierto aquellos relucientes uniformes y una ola de terror recorrió su cuerpo. Llevaba unos días preguntándose si LaRone y sus hombres eran piratas, contrabandistas, cazarre-compensas o incluso los agentes de seguridad de Consolidados que aseguraban ser. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiesen ser imperiales.

No te preocupes, le tranquilizó la voz de Ben. *No es lo que crees. No exactamente, al menos.*

Miró la puerta del camarote por encima de su hombro.

—Eso no me reconforta demasiado.

Confía en mí, Luke. Toma uno de los blásters y cárgalo.

Miró las armas, deseando fervientemente que Ben no le pidiese que acabara solo con cinco soldados de asalto, y cogió el bláster más grande del estante.

Luke, le reprendió la voz de Ben.

Se detuvo, respiró hondo y se proyectó hacia la Fuerza. Vale. Pero si no debía tomar el bláster más grande…

Su mirada se posó en el arma más pequeña, un bláster de mano. Concentrado aún en la Fuerza, se proyectó y lo sacó del estante. Seguía sin sentir ninguna orientación clara sobre qué decisión tomar.

—Escucha, podrías hacerlo todo mucho más fácil —se quejó mientras buscaba la celda de energía y el cartucho de gas del tamaño apropiado y los cargaba en el arma.

Sí. Y tu tío podría haberte llevado en brazos hasta los quince años.

Luke hizo una mueca. *Había* dicho una estupidez.

—Perdón —se disculpó.

Estás dando tus primeros pasos en un mundo muy grande, Luke. Pero aún tienes que dar muchos, muchísimos, más. Yo no puedo acompañarte en tu camino personal. Lo único que puedo hacer es orientarte y ayudarte a encontrarlo por ti mismo.

—Entiendo —dijo, sopesando el bláster en la mano—. ¿Supongo que debo adivinar por mí mismo qué hacer con esto?

La Fuerza y tú juntos, le aseguró Ben. *Ten paciencia. Escucha a la Fuerza. Cuando llegue el momento justo, lo sabrás.*

—Allá vamos —murmuró Quiller, sujetando las manivelas de hiperespacio y tirando de ellas. Las estelas se diluyeron en estrellas y vio, bajo ellas, la oscura sombra que era el planeta Gepparin.

Frunció el ceño. Justo en la superficie, la oscuridad nocturna del planeta había estallado en un racimo de puntos amarillos y rojos brillantes.

—¿Qué es eso? —preguntó, empezando a subir un dedo para señalarlo.

Cuando lo hizo, un destello reluciente de luz verde cruzó su campo de visión, desgarrando en el paisaje y sumando otro punto brillante al racimo.

—¿Pero qué…? —dijo Marcross.

—¡Oh, vaya! —gruñó Quiller, elevando y ladeando la Suwantek en espiral, girándola hacia la dirección de la que venían. Volvieron a surgir más descargas verdes de turboláser.

A lo lejos apareció la forma en cuña de un destructor estelar, iluminado por el reflejo de ese fuego.

—No puede ser —dijo LaRone.

—Lo es —confirmó sombríamente Quiller—. Es la *Represalia*. Nos han encontrado.

Luke deambulaba arriba y abajo de su camarote cuando el brusco giro de la Suwantek lo lanzó con fuerza contra uno de los mamparos. Recuperó el equilibrio y se frotó las manos, que se había golpeado contra la pared.

Tal como Ben le había prometido, tuvo claro que había llegado el momento.

Sacó el bláster de mano del interior de su chaqueta y fue hacia la puerta. *Espera*, dijo la voz de Ben cuando la Suwantek dio otro giro pronunciado. *Proyéctate hacia la Fuerza. Ya sabrás cuándo.*

—Entendido —dijo.

Apoyó el cañón del bláster en la cerradura de la puerta, se sujetó con fuerza al borde del escritorio y esperó.

—Capitán, tenemos un intruso —dijo alguien desde los pozos de tripulación—. Acaba de entrar en el sistema y ahora intenta huir.

—Páseme una lectura —ordenó Ozzel, apartando la vista de la base pirata en llamas y descendiendo por la pasarela de mando hacia la estación de sensores. La forma del carguero no era como ninguna que hubiese visto antes, así que se colocó al borde de la pasarela para observarlo mejor.

—Debe de tratarse de un combo —dijo Somoril junto a él—. Una nave pegada a otra.

—Tienes razón —murmuró Ozzel y entonces la extraña forma adquirió sentido. La nave transportada era un carguero ligero corelliano, probablemente de la clase YT o YR. La que lo transportaba era una…

Somoril respiró hondo.

—Eso es una Suwantek.

Ozzel se dio cuenta de que había quedado boquiabierto.

—¿No pensarás que…?

—¡Oficial de tracción! —gritó Somoril, dándose la vuelta—. ¡Atrape a esa nave! ¡Ahora!

—Hágalo —confirmó Ozzel, sintiendo renovadas esperanzas corriendo por sus venas. Habían ido hasta allí para silenciar a una agente imperial que podía conocer su vergonzoso secreto… y en aquel momento, contra todo pronóstico, tenían la oportunidad de enterrar aquel secreto con ella—. Y despliegue los cazas TIE —añadió—. Esa nave *no* se nos puede escapar.

Durante un minuto eterno, LaRone pensó que iban a conseguirlo. La Suwantek se sacudió violentamente y lo lanzó lateralmente, con mucha fuerza, contra su arnés de sujeción.

—¿Quiller?

—Nos han atrapado —dijo su compañero—. Un rayo tractor.

—Todavía estamos bastante lejos —dijo Marcross—. Quizá podamos liberarnos haciendo el péndulo.

—Inténtalo —ordenó LaRone.

El rugido de los motores subluz cambió de tono cuando Quiller viró de dirección, colocando la Suwantek en ángulo recto al rayo tractor para intentar desembarazarse de él.

—¿Cómo va? —preguntó LaRone.

—Dale un minuto —dijo Quiller—. En esa dirección tenemos algo de libertad, pero para que funcione necesitamos salir del alcance del barrido antes de que puedan atraparnos con otro rayo proyector.

Se escuchó un fuerte golpe seco en popa.

—Y antes de que destruyan nuestros motores —añadió Marcross.

—Grave, Brightwater… devolved los cañonazos —ordenó LaRone mientras otra descarga de turboláser chisporroteaba contra sus escudos traseros.

La respuesta fue una ráfaga de luz verde de los cañones láser de la Suwantek.

—Estamos demasiado lejos para causarles ningún daño —dijo Marcross.

—Lo sé, pero deberíamos estar lo bastante cerca para confundir ligeramente a sus sensores —dijo LaRone—. Vamos, Quiller… sácanos de aquí.

Sintió un destello en la Fuerza, como cuando combatía con su remoto, y cuando la primera descarga de láser impactó en el escudo de popa, disparó su bláster a la cerradura.

La puerta se abrió y se asomó con cautela al exterior. El pasillo estaba desierto. Corrió hasta la puerta de Han, tambaleándose por las continuas maniobras violentas de la Suwantek, y la abrió.

Han estaba de pie junto al escritorio de la computadora, agarrado para no caerse, con la cara petrificada mientras miraba el monitor fijo.

—¿Estás bien? —preguntó Luke.

Han le miró dos veces.

—¿Te han *soltado*?

—No exactamente —dijo Luke—. Han, Leia está en peligro.

—Y nosotros también —dijo Han, arrebatándole el bláster de la mano y haciendo una mueca—. ¿De dónde has sacado esto, de una máquina de krinkles?

—Está atrapada en Ciudad Makrin, en Shelkonwa, y el Emperador sabe que está allí —insistió Luke.

—Después, chico —Han pasó junto a él y salió al pasillo.

Luke podía oír los aullidos de Chewbacca incluso entre el rugido de los motores. Han voló la cerradura y reculó un paso rápidamente mientras el brazo peludo del wookie intentaba salvajemente agarrarlo por la puerta entreabierta.

—Tranquilo… somos nosotros —le dijo.

Chewbacca recuperó la compostura a media acometida, mirando a ambos lados del pasillo mientras gruñía algo.

—No lo sé, pero quienquiera que sea nos tiene atrapados —le dijo Han—. Baja al *Halcón y* prepáralo.

—¿Nos vamos? —preguntó Luke, con una instintiva sensación de alivio por escapar de una batalla y otra también instintiva de culpabilidad por la idea de abandonar a LaRone y los demás en pleno ataque.

—Aún no —gruñó Han—. ¿Qué opinas, Chewie? ¿Una escaramuza?

El wookie se lo pensó, después gorjeó una respuesta y se dirigió al conducto que conducía a la escotilla ventral de la Suwan-tek. La abrió y bajó por la escalera.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Luke.

—Que te quites de en medio —dijo Han brevemente. Levantó el bláster y siguió avanzando.

La sala de la tripulación estaba vacía, como la antesala que había después. Han golpeó la apertura de la puerta y entró en la cabina. Dio dos pasos hasta que, de repente, pareció ver la armadura de soldado de asalto.

Luke frunció el ceño. Demasiado tarde, se dio cuenta de que debía haberle advertido sobre sus captores. Pero, tras un leve momento de duda, Han siguió adelante.

—¿Situación? —espetó.

—El destructor estelar nos tiene atrapados —dijo LaRone. Su cara se tensó al ver el bláster en manos de Han, pero su tono fue firme y profesional—. Puede que estén desplegando cazas TIE.

—Estamos intentando realizar un péndulo —añadió el hombre al timón, probablemente Quiller.

—¿Alguna otra nave en la zona? —preguntó Han.

—Ninguna —dijo Marcross, lanzándole una mirada amenazante desde el asiento de copiloto—. La base pirata también parece haber sido eficazmente neutralizada.

—Bien —Han miró brevemente por el parabrisas la forma triangular que los acechaba desde lejos, después le dio un golpecito en el hombro de la armadura a Marcross—. Fuera —le ordenó.

—¿Qué? —preguntó alarmado Marcross.

—He dicho que fuera —le repitió, reculando unos pasos para dejarle levantarse. Empezó a enfundar el bláster de mano en su pistolera, pareció darse cuenta de que aquella arma diminuta se perdería dentro de aquella funda y optó por guardársela en la parte izquierda del cinturón—. Debemos hacer algunas maniobras complicadas y no tengo tiempo para explicártelas.

—Escucha, Solo…

—Hazle caso —dijo LaRone.

Furioso, Marcross se desató el arnés de sujeción y salió de su asiento. Pasó rápidamente junto a Han, que ocupó su sitio.

—Comunícame con el *Halcón* —ordenó, echando un vistazo rápido a los controles—. ¿Chewie? ¿Estás listo?

Un rugido de respuesta llegó por el altavoz.

—Bien —dijo Han—. Que alguien se prepare para sellar la escotilla ventral y soltar el collar de acoplamiento.

—Dime cuándo —dijo Quiller.

—Ya —dijo Han—. Y pásame el timón.

Quiller activó un par de interruptores. Al cabo de un instante vieron aparecer el *Halcón* por debajo de la Suwantek, acelerando frente a ellos y virando fuertemente hacia la derecha.

—LaRone, el corelliano se escapa —dijo la voz de Grave por el intercomunicador.

—No pasa nada… déjalo marchar—dijo LaRone—. Seguid disparando a la *Represalia.* ¿Quiller?

—Seguimos atrapados en la tracción —dijo Quiller—. No sé qué truco es este, pero será mejor que funcione.

—Dale un minuto —dijo Han, trazando un ocho con la Suwantek en los límites de su cárcel invisible—. Primero tienen que verle.

De repente, una ráfaga de descargas verdes brilló en el espacio, detrás del *Halcón.*

—Bien, ya le han visto —prosiguió Han—. ¿Dónde están esos TIE que decías que iban a desplegar?

—Quizá hayan cambiado de… no, ahí vienen —se interrumpió a sí mismo LaRone—. Cuatro escuadrillas saliendo del hangar principal.

Luke miró hacia arriba, buscando en el espacio. Al cabo de un momento vio los ochos cazas TIE volando a toda velocidad hacia ellos. Seis iban directamente hacia la Suwantek, los otros dos se desviaron.

—Parece que una escuadrilla va tras el *Halcón* —advirtió.

—Bien… eso es lo que queremos —le dijo Han. Miró hacia arriba, giró el timón con fuerza y aceleró al máximo, girando por completo la nave.

—Chewie, necesitamos un velo.

—¿Tenéis un *velo*? —preguntó Marcross—. ¿Dónde?

—¿Qué es un velo? —preguntó Luke.

—Una cosa que confunde al rayo tractor —dijo Quiller, aparentemente perplejo—. Una bomba en oleadas que contiene partículas altamente reflectantes diseñadas para quebrar la sujeción. Pero no encontramos ninguno cuando registramos vuestra nave.

—Porque no lo tenemos —le dijo Han mientras volvía a girar por completo la Suwantek.

—¿Y de dónde piensas sacarlo? —preguntó LaRone.

—Si no *tienes* un velo —corrigió Han, mirando hacia arriba otra vez—. Te lo *fabricas.* Chewie: *adelante.*

El *Halcón* viró radicalmente a la izquierda, subiendo en espiral hacia los dos cazas TIE que se le aproximaban. Sin prestar atención a sus descargas láser, Chewbacca replicó con una ráfaga rápida. Las brillantes descargas rojas alcanzaron al TIE delantero en pleno morro, convirtiéndolo en una bola de humo y llamas.

Y pequeñas partículas metálicas reflectantes.

—¿*Ese* es nuestro velo? —preguntó Luke.

—Veo que lo has entendido —confirmó Han. Cuando el segundo TIE esquivó a su difunto compañero, imprimió potencia al impulsor de la Suwantek, haciendo que la nave se curvase justo por debajo del punto del impacto y haciendo pasar el rayo tractor justo por la nube de escombros en expansión.

Tras una violenta sacudida, la Suwantek se liberó.

—¡Lo conseguimos! —gritó Quiller—. ¡Vamos, vamos, vamos!

—Somos libres, Chewie —dijo Han mientras alejaba la Suwantek del destructor estelar y derivaba toda la potencia al impulsor, retorciéndose como un pescado que ha mordido el anzuelo para impedir que los rayos proyectores restablecieran el contacto—. Salgamos de aquí.

No hubo respuesta.

—¿Chewie? —insistió Han—. ¡Chewie!

—¿Dónde está? —preguntó Luke, estirando el cuello para mirar.

—Allí —dijo Quiller, señalando—. Baja hacia el planeta.

Han maldijo mientras volvía a girar la Suwantek.

—Espera, amigo… ahora vamos—dijo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Marcross.

—¿A ti qué te parece? —le espetó Han.

—Si volvemos seguro que nos atrapan —dijo Marcross.

—No sin combatir.

—¿Nosotros contra un *destructor estelar*? —Marcross sujetó a Han por el hombro—. ¿Estás *loco?*

—Suéltame —gruñó Han, intentando desembarazarse de la mano de Marcross—. Luke, quítamelo de encima.

—Espera un momento —dijo Luke, frunciendo el ceño ante la escena que veía a lo lejos. Todos los TIE restantes estaban siguiendo al *Halcón…* y, si no estaba delirando, el destructor estelar estaba haciendo lo mismo—. Nos ignoran —dijo—. Van tras el *Halcón*.

—Saben que no pueden atraparnos antes de que saltemos al hiperespacio —dijo LaRone, tenso—. Nos dan por perdidos y Ozzel ha decidido ir tras el que *pueden* atrapar.

—Lo volarán por los aires —dijo Han entre dientes—. Qui-11er, ¿pero qué…?

—He recuperado el timón —dijo el piloto mientras la Suwantek reculaba de su loca trayectoria hacia el *Halcón*—. Es inútil que les ataquemos desde detrás. Necesitamos un plan.

—Vamos tras ellos —insistió Han, soltando los controles y buscando el bláster de su cinturón.

Pero la mano de Marcross estaba más cerca y era evidente que esperaba aquella maniobra. El soldado de asalto sujetó el bláster al mismo tiempo que Han, se lo arrebató de las manos y reculó hasta quedar fuera de su alcance.

—Quiller tiene razón —dijo con firmeza Marcross—. En lugar de discutir, piensa un plan que funcione.

—No necesitamos ningún plan —interrumpió Luke, señalando la retahila de datos que de repente estaban apareciendo en los monitores—. Chewie ya tiene uno.

—¿Transmisiones? —preguntó Ozzel, mirando hacia el pozo de la tripulación—. ¿Qué tipo de transmisiones?

—No lo sé, señor —dijo el oficial de comunicaciones, mirando sobre los hombros de sus subordinados mientras trabajaban a destajo con la señal—. Están encriptadas y solo hemos interceptado una parte. Pero no hay duda de que iban destinadas a la base pirata y las colinas del norte.

Ozzel refunfuñó.

—Bueno, sea lo que sea, no les servirá de nada —dijo—. Control de fuego: quiero ese carguero corelliano destruido.

—No tan deprisa, capitán —dijo Somoril con los ojos entrecerrados—. Han asumido un gran riesgo acercándose lo suficiente para realizar esa trasmisión. Preferiría saber de qué se trata.

Ozzel apretó los dientes. Pero Somoril tenía razón.

—Olvide la orden —dijo—. Control de tracción: atrapen al corelliano —miró hacia aquella parte del pozo de tripulación—. Y esta vez intente que no se le escape.

—Parece que tu amigo vuelve a subir hacia el espacio —dijo Marcross, un tanto confundido—. ¿Por qué no le han disparado cuando estaba entre ellos y el planeta?

—Algo en esa transmisión ha hecho que Ozzel lo quiera vivo —dijo LaRone—. Si le disparaban desde donde estaban lo habrían pulverizado.

—Bueno, parece que ahora sí quieren acabar con él —dijo sombríamente Quiller—. Ahí van los TIE. Probablemente también hayan lanzado rayos tractores.

—No pasa nada —dijo Han, intentando parecer más confiado de lo que estaba. Chewbacca y él habían realizado aquel tipo de maniobra docenas de veces y normalmente les salía a la perfección.

Pero esta vez Chewbacca estaba solo, intentando manejar la nave y los cuádruples, además de activar el hiperimpulsor. El wookie era bueno, pero no estaba seguro de que fuese *tan* bueno.

—Ya casi está lo bastante lejos para el salto —dijo Quiller—. El rayo tractor aún no lo ha atrapado.

—Ahí van los cazas, intentan cortarle el camino —añadió Marcross—. Parece que Ozzel se ha dado cuenta de que van a perderlo.

Pero Han supo que era demasiado tarde. Los TIE estaban demasiado lejos para darle caza. Aunque lo intentaron, disparando sin parar una ráfaga tras otra, aunque todas rebotaban contra los escudos de popa del *Halcón*. Una de las descargas consiguió penetrarlos y Han frunció el ceño al ver que el casco recibía otro impacto.

—Vamos, Chewie, espabila —masculló entre dientes.

—Quizá no le funcione el hiperimpulsor —dijo sobriamente LaRone.

—Aún no lo ha probado —le dijo Han—. Ese idiota solo intenta asegurarse de que le sigan todos hasta que estén demasiado lejos para poder venir a por nosotros.

Quiller silbó entre dientes.

—Qué valiente.

—Y estúpido —gruñó Han, frunciendo el ceño mientras el destructor estelar volvía a abrir fuego con sus turboláseres.

Pero el capitán Ozzel volvía a llegar tarde. Con un acelerón final de los cuádruples, el *Halcón* parpadeó en pseudomoción y desapareció.

—Van a rastrearlo —advirtió Quiller—. Captura de trayectoria, señal de probabilidad de destino… todo.

—Que lo intenten —dijo Han, lanzando un suspiro silencioso de alivio. Chewbacca era capaz de hacer las maniobras más disparatadas y generosas—. Piensa volver aquí.

—¿Y si dejan alguna nave de apoyo? —preguntó Luke—. Me refiero a algo más que esos TIE, como una o dos patrulleras.

—Eso sería muy inteligente —coincidió Han—. Pero no creo que ese capitán sea lo bastante listo.

—No lo es —confirmó LaRone—. Por suerte para nosotros.

—¿Lo estamos rastreando? —preguntó Ozzel en el puente—. ¡Oficial de sensores! ¿Lo estamos rastreando?

—Tenemos un rastreo, capitán —respondió una voz—. Calculando probabilidades… no.

—¿No *qué?* —preguntó Ozzel.

—La alarma nos indica el sistema Alderaan —dijo el oficial, confuso—. Pero allí no hay nada. Ya no.

Ozzel sonrió, tenso. Aquellos gusanos eran listos. Pero no lo bastante.

—Lo que lo convierte en un escondite perfecto —le dijo al oficial—. Fije el rumbo hacia allí.

—¿Y qué pasa con la base rebelde? —preguntó Somoril, señalando el planeta que tenían debajo—. Aún no hemos terminado.

Ozzel miró los fuegos que ardían en la superficie del planeta.

—Les hemos dado una buena —dijo—. Los TIE pueden terminar el trabajo.

—Pero habrá supervivientes —dijo Somoril, bajando la voz—. En particular… ya sabes.

—Si aún no está muerta, no tardará en estarlo —le aseguró Ozzel—. Los TIE se ocuparán de eso. Pero si tan preocupado estás… —se giró hacia el pozo de tripulación—. Fuego de saturación sobre las zonas de aterrizaje del sur y este del complejo —ordenó—. Destruyan todas las naves. Corrijo… destrúyanlas todas excepto el carguero pesado rendili.

—¿Señor? —preguntó Somoril, confundido.

—La *Vía Happer* aún lleva cincuenta AT-ST de Su Excelencia a bordo —le recordó con impaciencia Ozzel. ¿Era el único a bordo de su nave capaz de pensar en aquellas cosas?—. Volveremos a buscarla… y a los TIE… cuando hayamos terminado con el pirata corelliano.

—Señor, no creo que…

Ozzel le dio la espalda deliberadamente. Quizá Somoril sabía más que él sobre traiciones, asesinatos y maniobras sombrías; pero él era el experto en naves y el verdadero combate.

Y aquel corelliano *no* se le iba a escapar. No después de haber ayudado a los soldados de asalto desertores, que se le habían vuelto a escurrir entre los dedos.

Ni hablar.

—Rumbo a Alderaan fijado, señor.

Ozzel lanzó una última mirada a la nave de los traidores, que se burlaba de él en silencio desde la distancia.

Se prometió que también les echaría el guante. Antes o después también serían suyos.

—En marcha.

LaRone apenas había terminado de decirlo cuando la enorme nave de guerra centelleó y desapareció.

—Ahí va —dijo Han, con su mente debatiéndose entre el alivio y el desprecio. Aquel capitán era realmente tonto—. Ni siquiera se ha molestado en llevarse los TIE.

—Lo que significa que planea volver —dijo Marcross—. Si queremos inspeccionar el nido de los piratas, tendremos que llegar antes que ellos.

—No será fácil con los TIE haciendo guardia —advirtió Luke.

Pero en lugar de volar en redondo para colocarse en formación de guardia, los siete cazas volaron hacia el planeta.

—No los han dejado para evitar que bajemos —dijo sombríamente Quiller—. Sino para que terminen de destruir la base de los Cicatriz de Sangre.

—Mejor —dijo Han, volviendo a sujetar el timón—. Vamos a bajar. Quiller, pásame los controles.

Quiller miró por encima de su hombro.

—¿LaRone? —preguntó con un tono extraño en la voz. Este dudó.

—¿Qué problema hay? —preguntó Han, mirando primero a uno y luego al otro—. ¿Quieres pilotarlo tú? Por mí perfecto. Pero *vamos.*

LaRone miró a Marcross.

—No sé —dijo, indeciso.

Han le frunció el ceño… y de repente lo comprendió.

—Esa es vuestra nave, ¿verdad? —preguntó sosegadamente—. Conocéis a los pilotos de los TIE.

—No es que los *conozcamos* exactamente —LaRone parecía estar mentalizándose de algo—. Y no es nuestra nave. Ya no.

—Genial —dijo Han, intentando sonar desenfadado mientras miraba a Luke. El muchacho tenía una especie de expresión contraída, aunque parecía preparado—. Ningún problema. Luke y yo podemos ocuparnos de esto —era la solución más sencilla, lo sabía, pero de alguna manera también sabía que aquellos tipos no iban a aceptarla.

Y, por supuesto, no lo hicieron.

—No —dijo LaRone, con renovada firmeza en la voz—. Fue decisión nuestra. Es nuestro trabajo.

—Un momento —intervino Luke, señalando hacia el parabrisas—. Mirad.

Han se dio la vuelta y quedó boquiabierto. Donde hace un minuto había siete TIE ahora solo había cinco… y vio cómo una descarga de láser salida desde algún punto entre las colinas que había sobre la base abatió otros dos.

—Me parece que ahí abajo *no están* todos muertos —comentó.

—Parece que no —dijo sombríamente LaRone—. Pero si queremos información, tendremos que bajar. ¿Quiller?

—Bien —dijo el piloto, dando la vuelta a la Suwantek—. Grave, Brightwater… intentad controlar esos cañones láser.

—Estamos en ello —dijo rápidamente Brightwater—. Aunque, por supuesto, aún están muy lejos de nuestro alcance.

—No por mucho rato —dijo LaRone—. Quiller, llévanos al planeta.

CAPÍTULO DIECISIETE

El bombardeo aéreo se detuvo abruptamente.

Aún acurrucada contra la gran excavadora, Mara proyectó sus sentidos. El aire estaba cargado de un humo acre y podía oír el crepitar de las llamas llegando desde al menos tres lugares distintos bastante cercanos. Pero el fuego de turboláser que llovía del cielo había cesado definitivamente.

No sabía por qué, pero aquel respiro le dio la posibilidad de moverse. Caminando con cuidado sobre las pilas de escombros que la rodeaban, fue hacia el pasillo. La trampa que Caaldra les había tendido ya había ardido casi por completo, aportando buena parte del humo punzante que llenaba el aire. Tras parpadear unas cuantas veces, fue hasta el lugar en que había dejado a Tannis.

Allí seguía, tendido e inmóvil sobre el suelo humeante.

—¿Tannis? —dijo, guardándose la espada de luz en el cinturón y agachándose junto a él.

No hubo respuesta, pero como mínimo seguía vivo. Dedicó un instante a evaluar sus heridas, principalmente quemaduras producidas por la trampa de Caaldra, y volvió al centro de mando derruido para buscar el medipac de emergencia.

No había tiempo para tratar las quemaduras, no con los atacantes preparándose posiblemente para el segundo asalto. Eligió un juego de analgésicos y estimulantes para militares y se los inyectó en una zona intacta del brazo. Al cabo de medio minuto Tannis estaba despierto, parpadeando por el humo y mirándola.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Mara.

—Como si me estuviese muriendo —murmuró él con una voz que sonaba espeluznante e irreal—. ¿Qué ha pasado?

—Caaldra nos preparó una sorpresita —le dijo Mara, decidiendo no mencionar el bombardeo, por el momento—. ¿Crees que puedes caminar un poco?

—No lo sé —dijo Tannis—. ¿Vamos muy lejos?

—Había pensado en pasar un momento por el búnker de emergencia y después volver a la nave para meterte en la cápsula médica.

—Puedo intentarlo —dijo él. Haciendo muecas de dolor, apoyó una mano en el suelo e intentó incorporarse.

—Tranquilo —dijo Mara, proyectando la Fuerza y levantándolo—. Solo tienes que indicarme la dirección. Yo cargaré contigo.

—Lo había olvidado —dijo Tannis, sonriendo levemente—. ¿Dónde estamos?

—Frente al centro de control principal.

—Vale —Tannis echó un vistazo alrededor—. Es por allí —dijo, señalando el pasillo en la dirección hacia la que iban cuando Caaldra les tendió su trampa. Colocándose el pirata herido al lado, le rodeó el pecho con un brazo y empezó a caminar.

La base era un caos. Al menos cinco de los edificios habían sido completamente derruidos, un par de ellos seguían ardiendo ferozmente, los demás no eran más que

escombros humeantes. Había muchísimos cadáveres esparcidos por todas partes. Algunos piratas estaban vestidos, otros parecían haber saltado de sus literas cuando llegó el ataque. Al principio se preguntó por aquella falta de preparación y de sensores de protección, hasta que cayó en la cuenta de que los tres hombres que Brock y Gilling habían asesinado en el centro de control eran, muy probablemente, los responsables de detectar aquel tipo amenazas y dar la alarma. Los dos soldados del DIS no habían detectado a los atacantes que se aproximaban o no les habían importado demasiado.

O quizá los estaban esperando. *Si no te atrapamos, otros terminarán el trabajo*, le había dicho Brock en la sala de control.

—Allí —murmuró Tannis, señalando uno de los edificios derruidos.

Derruido excepto por una gran sala en el extremo más alejado de la planta baja, que seguía intacta.

—Bien —dijo ella, jadeando mientras contemplaba el suelo lleno de cascotes que tenía delante. Aquello no iba a resultar sencillo.

Tannis también parecía haberlos visto.

—Déjame aquí —le dijo—. Ve a buscar tus datos y vuelve a buscarme.

—Olvídalo —le dijo, sujetándolo mejor. El bombardeo podía volver a empezar en cualquier momento y no pensaba dejarlo allí, a campo abierto. Sobre todo cuando tenía el lugar más seguro de toda la base apenas a cincuenta metros de distancia—. Cuidado dónde pisas.

Empezaron a avanzar entre los escombros. Incluso con Mara cargando con la mayor parte de su peso, Tannis tenía problemas con el terreno irregular y finalmente tuvo que echar mano de la Fuerza para levantarlo completamente por los aires, cargando con él por encima de los obstáculos como un saco de fruta. Ella no dejaba de mirar hacia todas partes, deseando fervientemente que nadie les disparase en aquel momento, porque iba demasiado cargada y estaba demasiado concentrada para reaccionar.

La sala que había visto resultó ser un compartimento estanco de acceso al verdadero búnker, un complejo subterráneo de dos plantas. Era evidente que el comodoro consideraba seriamente la posibilidad de un ataque enemigo.

Pero no le había servido de nada. Allí estaba su cuerpo, hecho trizas, desplomado en una silla frente al panel de comunicaciones. Muerto.

—Se acabó —masculló Tannis mientras Mara lo sentaba en otra silla—. Se acabó. Todo.

—Eso parece —coincidió ella sobriamente, mirando alrededor. Decidió que lo mejor sería empezar por el sistema de comunicaciones. A no ser que el comodoro y su oscuro aliado fuesen lo bastante paranoicos para tratar siempre cara a cara, allí debían de estar registradas las llamadas que se hubiesen hecho por HoloRed. Se acercó al panel y apartó suavemente la silla en la que yacía el cuerpo del comodoro.

Vio que este había intentado realizar una comunicación por HoloRed hasta que su cuerpo no aguantó más. El número de contacto y la frecuencia no le dijeron nada, pero el sistema al que iba destinado sí.

Shelkonwa. La capital del sector Shelsha.

—¡Mano! —graznó Tannis—. El monitor táctico… ahí.

Se dio la vuelta. El monitor de visión general estaba apagado, pero el monitor táctico principal, situado sobre la consola de defensa, estaba activado. En él se veían siete triángulos rojos: cazas enemigos, acercándose rápidamente a la base. Al parecer el segundo asalto estaba a punto de comenzar.

Fue hasta la consola de defensa, se sentó y echó un vistazo rápido a los controles y las distintas opciones que ofrecían. Los láseres principales podían ocuparse de tres blancos simultáneos y contaba con varios de los lanzatorpedos de protones que tanto gustaban a los Cicatriz de Sangre, activados pero en modo de reposo. Los láseres también estaban en modo reposo. Los activó completamente, empuñó los disparadores y esperó.

Los atacantes casi habían llegado al rango óptimo cuando de repente rompieron su formación, dispersándose como en un espectáculo aéreo del Día de la Victoria. Mara se encogió de hombros mentalmente. El rango óptimo habría sido perfecto, aunque óptimo no significaba único. Apuntó las mirillas a dos de los atacantes y disparó.

Los láseres convirtieron sus blancos en instantáneas nubes de metralla. Cambió de objetivo, en un rincón de su mente se preguntó quién sería aquella banda rival cuyos miembros eran lo bastante descuidados o arrogantes para lanzar sus cazas sin apenas escudos deflectores. Volvió a disparar y otro par de atacantes corrió la misma suerte que sus compañeros.

Quizá confiaban en su gran maniobrabilidad para evitar ser destruidos, pensó mientras volvía a cambiar de objetivo. Era cierto que eran excepcionalmente ágiles, que revoloteaban como locos mientras intentaban escapar del blanco computerizado. De hecho, un indicador parpadeó rápidamente en rojo cuando lo lograron.

Pero Mara no necesitaba la ayuda de aquel tipo de juguetes tecnológicos. Contaba con la Fuerza y ni toda la maniobrabilidad del mundo podía salvar a sus atacantes. Cambió los láseres a manejo manual y siguió disparando, destruyendo de manera fría y metódica todos los cazas, uno a uno. Vio que los sensores detectaban otra nave aproximándose, a lo lejos, del tamaño de un carguero, pero las mediciones mostraban que llegaría demasiado tarde para poder echar una mano a los cazas.

Los últimos dos cazas se lanzaron al ataque y pudo oír sobre ella el chisporroteo del fuego láser del último ametrallamiento desesperado contra el búnker. Recurriendo de nuevo a la Fuerza, previo sutilmente sus maniobras futuras y cambió su objetivo. Volvió a disparar y solo quedó un atacante.

Volvió a fijar su objetivo… e hizo una pausa. Durante el combate, el control de fuego recopilaría todos los datos técnicos relevantes sobre los atacantes, datos que podría llevarse y estudiar con calma. Aunque también estaría bien tener contacto visual. Desvió momentáneamente la atención del combate, consciente del riesgo que suponía darle el más mínimo respiro al enemigo, y activó la representación visual.

Los sensores habían detectado un bombardeo severo durante el ataque anterior y la imagen que apareció en la pantalla era oscura, granulada y muy distorsionada. Aunque era lo bastante buena. Solo había un caza en toda la galaxia con aquel perfil y diseño.

La base pirata estaba siendo atacada por cazas TIE imperiales.

Observó la imagen y su mente, inicialmente, se resistió a aceptar la evidencia que tenía ante sus ojos. Era imposible… el Imperio estaba completamente concentrado en la rebelión, la inestabilidad interna y los disturbios alienígenas. Por orden directa del Emperador, los piratas y otros saqueadores habían sido reclasificados como problemas de índole local. Aquello no podía ser una operación oficial contra los Cicatriz de Sangre.

Aunque quizá fuese una misión contra ella.

Sintió que la cara se le tensaba mientras se giraba hacia el control de fuego y volaba el último TIE. Así que aquella era la cuestión. No se trataba simplemente de un gran plan para unir a los piratas de Shelsha en una única y gran banda. No se trataba de vínculos entre piratas y rebelión. Aquello estaba directamente relacionado con el Imperio. Y con sus altas esferas.

Miró la representación táctica. El carguero desconocido estaba demasiado lejos para suponer ninguna amenaza, aunque seguía acercándose.

Había llegado el momento de marcharse.

Tannis estaba desplomado en su asiento, respirando de forma rápida y débil.

—¿Estás preparado para otro paseíto? —le preguntó, agachándose junto a él.

—Puedo intentarlo —dijo débilmente Tannis—. ¿Has encontrado lo que buscabas?

—Oh, sí —dijo ella. Recurriendo a la Fuerza, lo levantó de la silla tan suavemente como pudo—. Serán solo unos minutos —dijo, llevándolo hacia la puerta—. Te llevaré a la cápsula médica de la *Vía Happer*…

Se detuvo cuando la agarró por el hombro.

—Si no salgo de esta —carraspeó con los ojos medio cerrados—, lanza mi cuerpo al espacio. ¿Entendido?

—Saldrás de esta—le dijo ella, mintiendo automáticamente mientras una punzada de frustración le recorría el cuerpo. Le habían enseñado una docena de técnicas de autosanación con la Fuerza, pero ninguna que pudiese usar con otros.

Pero mientras hubiese vida, había esperanza.

—Aguanta —dijo, subiendo las escaleras.

Habían cruzado los cascotes y estaban cerca de la estructura que antiguamente albergaba la sala de mando principal cuando oyó el rugido lejano de un motor subluz.

Al mirar vio la *Vía Happer* elevándose desde las ruinas de la zona de aterrizaje. Dio lentamente una vuelta completa, como si el piloto estuviese evaluando los daños que le rodeaban, giró y se lanzó hacia el espacio.

Mara la miró marcharse y se le encogió el corazón. Se había terminado. Su carguero se había marchado y, por los incendios que podía ver ardiendo en una punta del complejo, estaba claro que todas las demás naves habían sido destruidas.

Tannis y ella estaban perdidos.

Pero aún quedaba aquella otra nave del tamaño de un carguero que había visto volando cautelosamente hacia el planeta. Si el piloto estaba lo bastante loco para aterrizar en medio de aquel caos, quizá pudiese secuestrar la nave y la tripulación y salir de allí.

A no ser que la nave fuese el tercer asalto del ataque contra ella. De serlo, simplemente tendría que matar a todos los que fueran a bordo.

Tannis se revolvió junto a ella.

—¿Por qué hemos parado? —murmuró.

Se concentró en él, en su cara quemada y su respiración trabajosa. No, no podía esperar al carguero. Tenía que buscar ayuda *inmediatamente.*

Y entonces se le ocurrió la solución más obvia.

La mayor parte del edificio del centro de mando estaba en ruinas, pero las entradas de los tres túneles de reconocimiento en los que se había refugiado Caaldra seguían abiertas. El polvo levantado por el ataque debería haber ocultado cualquier huella que este pudiese haber dejado, pero encontró una huella reciente de su mano en el túnel de la izquierda.

No había iluminación, pero el suelo era bastante liso y descendía levemente. Tras doblar dos esquinas más, a un centenar de metros de la entrada, llegaron a una zona tenuemente iluminada en la que encontró la nave de emergencia que estaba buscando, una Seeker Z-10 de Starfeld. Estaba completamente preparada para volar; era evidente que Caaldra planeaba marcharse con ella hasta que vio la *Vía Happer* intacta y optó por ella. Tras llevar a Tannis a la cápsula médica y activar el tratamiento de emergencia, encendió los repulsores y voló con cautela hacia el interior del túnel.

Los incendios casi se habían extinguido cuando Han y los demás atravesaron la base llena de escombros.

—Me alegra ver que el Imperio vuelve a interesarse por los piratas —comentó, sin dirigirse a nadie en particular.

—Esto no tiene nada que ver con los piratas, Solo —dijo sombríamente LaRone—. Esto tiene que ver con el encubrimiento de una conspiración.

Han frunció el ceño. No creía que fuese tan simple.

—¿Qué tipo de conspiración? —preguntó Luke.

—Alguien ha estado reclutando piratas —dijo Marcross en un tono más siniestro de lo habitual—. Alguien con contactos imperiales, como podéis ver. Contactos en las *altas* esferas.

—¿Quién? —preguntó Luke.

—Eso es lo que hemos venido a averiguar—dijo LaRone—. ¿Quiller?

—Ni un movimiento, ni arriba ni abajo —dijo la voz del piloto por el comunicador del cinturón de Han—. El carguero que hemos visto despegar debía de transportar a los últimos supervivientes.

—¿No hay rastro del *Halcón*? —preguntó Han.

—Aún no —dijo Quiller—. Pero yo no me preocuparía. Probablemente se ha querido asegurar de que la *Represalia* se marchaba definitivamente antes de volver.

Han hizo una mueca. Sí, probablemente eso era lo que estaba haciendo aquel wookie tonto y grandullón.

—Avísame en cuanto lo veas.

—Lo haré —prometió Quiller—. LaRone, detecto unos túneles profundos frente a vosotros, tamaño de supervisión y completamente operativos. Ahí abajo podría haber más gente o armamento imposible de detectar desde aquí.

—Ahí abajo no nos harán ningún daño —dijo LaRone—. Mantón los ojos bien abiertos. ¿Tenemos ya un mapa de calor?

—Está en ello —dijo Quiller—. Parece que el único lugar que aún utiliza energía está ligeramente al noreste del epicentro del ataque. Una sala en la superficie y un complejo más grande debajo de ella. Una especie de búnker o refugio, supongo. Ya te informaré.

El complejo subterráneo era, en efecto, un búnker profesionalmente diseñado. Unas escaleras estrechas conducían a una gran sala de mando con puertas laterales en tres de sus paredes. A la vista había un solo cadáver, desplomando en una silla cerca de la consola de comunicaciones.

—El control de fuego sigue en modo reposo —informó Grave, inclinándose sobre una de las consolas.

—Aquí hay barracones de emergencia —dijo Brightwater, mirando una de las habitaciones secundarias—. Las camas no parecen usadas. La *Represalia* debió pillarlos por sorpresa.

—Qué descuidados —dijo Grave.

—Eran piratas —le recordó Brightwater.

—¿Qué buscamos, exactamente? —preguntó Han, entrando en una de las puertas laterales para echar un vistazo. Encontró una pequeña armería, con estanterías de blásters y granadas listas para cuando el enemigo se cansase del bombardeo aéreo y decidiese acercarse a pie.

—Primero debemos averiguar quién fue la última persona con la que hablaron —dijo Marcross, dirigiéndose al panel de comunicaciones.

—Buena idea —dijo Han, mirando alrededor. Los soldados estaban congregándose alrededor de Marcross, dándoles la espalda a Luke y él. Ambos se miraron y Han hizo una señal por encima de su hombro en dirección a la armería, después se dirigió hacia el grupo que rodeaba a Marcross. Luke parecía desconcertado, pero le devolvió un gesto y empezó a acercarse a la armería— ¿Habéis encontrado algo? —preguntó Han al llegar tras LaRone.

—Tenemos la configuración de su última comunicación —dijo LaRone, mirando por encima del hombro de Marcross. Su voz sonó extraña a través del casco de soldado de asalto.

—¿Y bien? —preguntó Han, estirando el cuello para mirar.

—No es asunto tuyo —dijo Marcross, apagando el monitor con un rápido movimiento de sus dedos.

Pero Han había podido ver el nombre del sistema. Shelkon-wa, capital del sector Shelsha. El mismo lugar en el que Luke le había dicho que Leia estaba atrapada.

—¿Así que vamos a Shelkonwa? —preguntó, tan desenfadadamente como pudo.

—*Nosotros* vamos a Shelkonwa —dijo Marcross en un tono tenso—. *Vosotros* podéis ir donde queráis. En vuestra nave.

—Podéis marcharos en cuanto vuelva —añadió LaRone—. Gracias de nuevo por la ayuda que nos habéis prestado.

—No se merecen —dijo Han… y con una descarga de emociones se dio cuenta de repente de que se había acabado. Si Luke tenía razón y Leia estaba atrapada en Shelkonwa, ni Chewie, ni el muchacho, ni él podrían hacer absolutamente nada. A aquellas alturas los imperiales ya tendrían el planeta bloqueado y el *Halcón* no podía superar aquel tipo de bloqueo. No todos los imperiales eran tan estúpidos e ingenuos como el capitán Ozzel.

Leia estaba sola. Aunque aquel no era el problema. Era inteligente y capaz, y contaba con Chivkyrie y sus compañeros sobre el terreno, además de Mon Mothma, Rieekan y sus amigos del exterior. De alguna manera la sacarían de Shelkonwa y la enviarían a otro escondite de la galaxia. Y Han, probablemente, no volvería a verla jamás.

Y con Leia desaparecida de escena, se esfumaba la última razón para seguir vinculado a aquella disparatada rebelión.

Era libre. Libre para abandonar a Luke con sus nuevos amigos, libre para arreglar sus asuntos con Jabba, libre para regresar a la vida sencilla que llevaba antes de conocer a Luke y al viejo Kenobi en la cantina de Mos Eisley. Nadie le presionaría, nadie le pediría que hiciese nada, nadie le daría órdenes. Se había terminado.

Si realmente era eso lo que quería.

Miró hacia atrás cuando Luke salió furtivamente de la armería, con una expresión estudiadamente relajada y un bláster en la mano, que escondía apretándoselo contra una pierna.

Han suspiró. No, no se había terminado. Aún no. Luke y Leia eran sus amigos… y aunque no estaba dispuesto a jurar lealtad a Rieekan y su rebelión, no podía abandonar a sus amigos.

—En realidad nosotros también estábamos pensando en ir a Shelkonwa —le dijo a LaRone—. No veo por qué no podemos viajar juntos.

—Pues a mí se me ocurren una docena de razones —replicó Marcross, girándose. Tenía el bláster sobre la mesa, sin apuntar *del todo* hacia Han—. ¿Qué urgencia tenéis ahora por ir a Shelkonwa?

—¿Y por qué no podéis ir en vuestra nave? —añadió LaRone.

No tenía más remedio que explicárselo. En cualquier caso, si iba a suponer un problema, era mejor aclararlo allí que de camino a Ciudad Makrin.

—Allí tenemos una amiga que está en un problemilla —dijo—. En realidad es algo más que un *problemilla.* Creo que a estas alturas el planeta debe de estar bloqueado.

—¿La *capital* del sector cerrada? —repitió Brightwater—. ¿Qué ha hecho vuestra amiga, desvalijar el palacio del gobernador?

—Por ahora no ha hecho gran cosa —dijo Han, deseando que fuese relativamente cierto—. La cuestión es que sois militares… quizá vosotros podáis superar el bloqueo. Nosotros seguro que no.

La sala quedó un instante en silencio. Después LaRone se giró.

—Así que es eso —dijo, como si acabase de encontrar la respuesta a una pregunta que llevaba tiempo rondándole por la cabeza—. Sois rebeldes.

—En realidad solo estamos levemente conectados con ellos —le corrigió Han.

—¿O sea que solo sois *levemente* traidores? —preguntó mordazmente Grave.

—Bueno, *vosotros* sois desertores —comentó Luke.

No fue lo mejor que podía haber dicho. Los cuatro soldados de asalto se pusieron tensos y pudo imaginar las caras que debían de estar poniendo bajo los cascos.

—Si vuelves a llamarnos eso, muchacho —dijo Grave en un tono muy áspero—, será mejor que estés preparado para usar ese bláster.

—Bájalo, Luke —ordenó Han. ¿Aprendería *algún día* a mantener el pico cerrado?—. En cualquier caso, eso no importa.

—*Sí* que importa —replicó LaRone mientras Luke dejaba cuidadosamente el bláster sobre la consola más cercana—. Sea cual sea nuestra calificación actual, seguimos siendo soldados del Imperio.

—Y juramos defenderlo de gente como vosotros —añadió Brightwater.

—Sí, conozco ese juramento —dijo Han, enderezándose un poco—. Yo también lo hice.

El bláster medio apuntado de LaRone pareció titubear ligeramente.

—¿Estuviste en el ejército?

—Academia Caridan —dijo, mientras lo inundaban recuerdos agridulces—. Me gradué con honores. Me vaticinaban una carrera brillante.

—¿Y qué pasó? —preguntó LaRone.

Han hizo una mueca.

—Vi cómo trataba el Imperio a la gente —dijo—. En particular a los no humanos.

En aquel momento los cuatro blásters titubearon claramente.

—Como nosotros —mascculló Grave.

—¿Cuándo lo… dejaste? —preguntó Brightwater.

—No lo dejé —dijo Han—. Intenté arreglar las cosas, a mis superiores no les gustó y me expulsaron. Fin de la historia.

Se produjo otra pausa. Por la actitud de los soldados, Han tuvo la extraña sensación de que ya habían hablado de aquellas cosas.

—Vosotros, los rebeldes, intentáis acabar con el orden y la estabilidad —dijo finalmente LaRone—. Todo lo que hemos construido laboriosamente después de las Guerras Clon.

—El orden y la estabilidad no nos molestan lo más mínimo —le aseguró Han—. Nadie quiere acabar con eso. Solo queremos eliminar lo podrido.

—¿Y por qué no se puede arreglar desde dentro? —contestó Brightwater.

—Porque la gente que manda no quiere que se arregle —Han señaló al techo—. Mi socio, Chewie, fue esclavo imperial. Muchos de los suyos siguen siéndolo. ¿Creéis que los gobernadores, moffs y almirantes quieren que eso cambie?

—Quizá sea una suerte para los wookies —murmuró Grave.

—¿Por qué no se lo comentas a Chewie?

—No, ni hablar —dijo Grave—. Solo quería decir que aún podría ser peor. En ocasiones lo ha *sido.*

—Participamos en una operación en Lágrima, antes de abandonar la *Represalia* —dijo Brightwater, con obvias dificultades—.

La verdad es que fue uno de los motivos de nuestra marcha. Era un asalto a una supuesta célula rebelde de una pequeña ciudad de las colinas.

Han miró a Luke. Lágrima. ¿No era donde habían escapado por los pelos de una banda pirata y un destructor estelar?

—Pero los rebeldes se habían marchado —les dijo—. Antes de que llegaseis.

El ambiente volvió a tensarse.

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó LaRone en el tono de alguien que no está muy convencido de querer conocer la respuesta.

—Completamente —dijo Han—. Luke y yo sacamos al último grupo cuando apareció vuestra nave.

—¿Pasó algo malo? —preguntó Luke con cautela.

LaRone se dio la vuelta.

—Fueron… nos… nos ordenaron matarlos —dijo—. A todos.

—A todos los habitantes de la ciudad —dijo Grave, dubitativo—. Empezando por los alienígenas.

—Oh, no —dijo Luke—. Pero… no lo hicisteis. ¿Verdad?

LaRone no respondió.

Han miró a Luke. Se le estaba haciendo un nudo en el estómago. Aunque después de Alderaan, ¿qué podía esperar? ¿Qué podían esperar cualquiera de ellos?

—¿Y de verdad creéis que ese tipo de cosas se pueden arreglar desde dentro?

—No estamos aquí para arreglar la galaxia, Solo —dijo Grave—. Solo somos soldados.

—Ni siquiera está muy claro que sigamos siéndolo —masculló Brightwater.

—Yo tampoco estoy aquí para arreglar la galaxia —les aseguró Han, eligiendo cuidadosamente sus palabras. Entendía bien a aquellos tipos y la mejor manera de convencerles era expresar sus propios sentimientos y motivaciones—. Me contento con

arreglar un pedacito aquí y allá —señaló las estrellas—. Rescatar a nuestra amiga es uno de esos pedacitos.

—Juramos lealtad al Emperador.

—Puede —dijo Han—. Pero en mi opinión el verdadero trabajo de un soldado es proteger a la gente.

—No necesitamos que nos digas cuál es nuestro deber —dijo sosegadamente Marcross. Han se dio cuenta de que era el primer comentario que hacía desde que la conversación había tomado aquellos derroteros—. Estamos perdiendo el tiempo.

—Tienes razón —coincidió Han—. ¿Qué vamos a hacer entonces?

Se oyó un clic en el comunicador de Han.

—LaRone, ya está aquí —dijo Quiller—. El *Halcón*. Parece que tiene buen aspecto. ¿Habéis terminado?

Han miró a LaRone, deseando poder verle la cara.

—Vosotros decidís —le dijo.

LaRone miró uno por uno a sus compañeros. Después, casi a regañadientes, se giró hacia él.

—Quiller, dile al wookie que lo llevaremos a Shelkonwa con sus amigos —dijo—. Dile que esconda su nave en algún sitio, por si regresa la *Represalia*. Cuando lo haya hecho, que te dé sus coordenadas para que podamos ir a buscarlo.

—También podríamos ir Luke y yo con vosotros, y que Chewie lleve el *Halcón* hasta Shelkonwa —sugirió Han—. Podemos fijar un punto de encuentro en el sistema para que suba a bordo.

—Supongo que sí —dijo LaRone—. ¿Quiller?

—Se lo comunicaré —dijo Quiller—. ¿Habéis encontrado lo que buscabais?

LaRone miró a Marcross.

—Oh, sí —dijo Marcross tranquilamente—. Todo.

—Estaremos en la plataforma dentro de diez minutos —LaRone se giró hacia Han—. Os llevaremos a Shelkonwa —dijo—. Pero cuando lleguemos os tendréis que espabilar solos. Después, si salís de esta y nos encontráis, os llevaremos de vuelta hasta donde dejéis el *Halcón*. Eso es *todo* lo que vamos a hacer por vosotros y vuestra amiga rebelde. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Han.

—Y puedes dejar ese bláster donde está —añadió, dirigiéndose a Luke—. Tenemos mejores a bordo de la Suwantek —se dio la vuelta y fue hacia la salida.

—Claro —dijo Luke, dedicándole una mirada de tensa paciencia a Han.

Este se encogió de hombros.

—Ya le has oído —dijo—. Vamos.

La salida del túnel estaba a diez kilómetros de distancia, en una cueva oculta al norte de la base. Cuando Mara elevó la nave por encima de las colinas pudo ver que el carguero había aterrizado en la plataforma 8, el antiguo hogar de la *Vía Happer*.

Por un instante se planteó dar media vuelta y atacarlos ahora que estaban vulnerables sobre el terreno. Pero no lo hizo. No tenía ninguna prueba de que estuviesen conectados con el ataque y, además, no tenía tiempo que perder. Introdujo en la computadora de navegación el sistema más cercano que disponía de instalaciones médicas decentes y se marchó.

Una hora después sacó la nave del hiperespacio para cumplir la última voluntad de Tannis.

El Emperador no tenía mucha paciencia para homenajes, Mara lo sabía, en particular con las plegarias por los caídos. Aun así, dijo unas palabras, que medio recordaba de su infancia, antes de lanzar el cuerpo de Tannis al vacío espacial.

Cuando se volvió a sentar a los mandos del carguero, sintió una ira oscura y gélida en el alma. El fuego conjunto de los cazas TIE y el turboláser la llevaban a concluir que aquello había sido obra de un destructor estelar y, según el capitán Norello, el único del sector era la *Represalia*.

Estaba casi segura de que el capitán Ozzel no estaba directamente compinchado con los Cicatriz de Sangre. Era un hombre ambicioso y pomposo, pero se necesitaba una audacia muy especial para asumir aquel tipo de riesgo y Ozzel sencillamente no la tenía. El coronel Somoril tenía aquella audacia y carecía completamente de ética, pero ni siquiera un oficial de alto rango del DSI podía ordenarle al capitán de un destructor estelar que lanzase un ataque de aquella magnitud. De hecho, aparte de algunos casos especiales, como la propia Mara, la única persona fuera de la cadena de mando de la flota que podía hacer algo así era el gobernador en persona.

Y, como había descubierto en el búnker, el último acto del comodoro había sido llamar a alguien en la capital del sector.

Tras echar un último vistazo al cadáver a la deriva en el vacío, puso rumbo a Shelkonwa. El gobernador Choard había enviado la *Represalia* a destruir a los Cicatriz de Sangre y eliminar su rastro. Era un traidor al Imperio.

Y Mara pensaba terminar con él.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Leia esperaba encontrar las tropas del gobernador Choard rodeando su hotel cuando llegara con Chivkyrie. Pero todo parecía estar como lo habían dejado hora y media antes.

De todas formas, Chivkyrie insistió en entrar solo a buscar sus pertenencias y mandó a Leia a un tapcafé frecuentado por forasteros que quedaba en la acera de enfrente. Leia entró, pidió algo para disimular y buscó una mesa junto a una ventana desde la que veía el exterior.

Le pareció que Chivkyrie tardaba una eternidad, pero finalmente salió del hotel con sus mochilas colgadas al hombro. Miró alrededor y cruzó la calle para ir a buscarla. Dejó unos créditos sobre la mesa y salió al exterior a recibirlo.

—¿Por qué ha tardado tanto? —le preguntó mientras cogía su mochila.

—Me ha parecido buena idea hacer algunas llamadas —dijo Chivkyrie, señalando hacia la calle.

—Perdone la impertinencia, pero a mí no me parece tan buena idea —comentó Leia—. Podrían haberlo rastreado.

—De ser así, era mejor hacerlas mientras no estaba con usted —dijo Chivkyrie—. En cualquier caso, creo que nos darán un respiro. Los puertos se han cerrado a todas las hembras humanas que encajen con su descripción pero mis amigos me aseguran que no hay noticias sobre actividad patrullera a gran escala, al menos no en las zonas del primer escalafón, por donde, por lógica, deberían iniciar la búsqueda.

—O Choard es lo bastante listo para suponer que evitaremos ese tipo de zonas.

—Lo dudo —dijo con calma Chivkyrie—. En Ciudad Makrin y sus alrededores hay una gran población de adarianos. El gobernador conoce bastante bien nuestros puntos fuertes, nuestras flaquezas y nuestra manera de pensar. Es más, el administrador jefe Disra me conoce muy bien, por desgracia. Sabe que no permitiría que un invitado se alojase en un lugar por debajo de su propio escalafón.

—Pero lo ha hecho —comentó Leia.

Chivkyrie agachó la cabeza.

—Permití que se registrasen en ese hotel, pero mi intención no fue nunca que se alojasen realmente ahí. Planeaba enviar a mis sirvientes a recoger sus equipajes tras la reunión para llevarles a mi casa.

Leia hizo una mueca. Aquella gente era realmente tozuda.

—¿Y adonde vamos ahora?

—No se preocupe, princesa Leia —dijo Chivkyrie con un tono sombrío pero firme—. Mi estatus no será problema, ni nublará mis pensamientos o actos —parecía estar mentalizándose—. Como sabe, he delatado a mis invitados. No tengo más remedio que renunciar a mi nombre, mi casa y mi escalafón.

Leia le miró sorprendida. Para un adariano aquello era el equivalente social a amputarse un brazo. ¿Se daba cuenta? Abrió la boca para preguntar…

Pero tuvo la elegancia de volver a cerrarla. Por supuesto que se daba cuenta.

Al unirse a la rebelión había declarado tácitamente que estaba dispuesto a dar su vida por la libertad. Y también había puesto en juego su estatus social. Para un adariano aquello último era incluso más duro.

—Gracias —murmuró Leia—. ¿Y ahora qué?

—Ahora —dijo Chivkyrie, alargando la zancada—, tenemos que encontrar la manera de aprovechar el breve respiro que nos han dado.

Leia aceleró el paso para no quedar rezagada. Por tozuda que fuera aquella gente, también eran honestos y valientes. Le pareció una buena combinación.

Recorrieron tres bloques de pisos, después subieron a uno de los transportes aéreos públicos que iban hacia el noroeste, en dirección al principal puerto espacial. Se bajaron seis bloques después y tomaron otro transporte en dirección sur, hacia el principal distrito financiero interestelar y las zonas residenciales del tercer escalafón que lo rodeaban. Al límite del distrito volvieron a cambiar, tomando uno que iba en dirección este, hacia el punto en que Ciudad Makrin terminaba abruptamente con una hilera de acantilados escarpados salpicados de cuevas oscuras.

—Las catacumbas —dijo Chivkyrie, señalando a los lejanos agujeros visibles entre los edificios y los escasos árboles desde la sucia pasarela por la que caminaban—. Han albergado durante siglos a criminales y exiliados, a portadores de guerra y plagas. Ahora se han convertido en hogar de menesterosos de muchas especies, gente llegada a Shelkonwa en busca de una vida mejor que no la ha encontrado.

Leia arrugó la nariz y se avergonzó inmediatamente de su reacción. Sonaba siniestro, pero no era peor que algunos de los lugares que había frecuentado los últimos años. Si Chivkyrie era capaz de rebajarse a mezclarse con el escalafón más bajo de su sociedad, ella también podría hacerlo.

Además, las cuevas no podían oler peor que aquel hedor que la asaltaba desde las hileras de edificios apiñados que flanqueaban aquella calle estrecha.

—Parece un buen sitio para esconderse una temporada —dijo.

—Es el lugar idóneo —coincidió Chivkyrie—. Y precisamente por eso no vamos allí. Las cuevas serán uno de los primeros sitios que el gobernador Choard ordenará registrar cuando se dé cuenta de que no estamos en ninguna de las zonas del primer escalafón de la ciudad. De todas maneras, dejaremos allí parte de nuestras pertenencias para despistar a nuestros perseguidores.

—Buena idea —dijo Leia—. Si no vamos a las catacumbas, ¿*adónde* vamos?

Chivkyrie se detuvo abruptamente.

—Ahí —dijo, señalando a un edificio que quedaba junto a ella.

Leia lo miró. Estaban junto a un pequeño tapcafé que quedaba acurrucado entre dos tiendas de segunda mano, con un descolorido letrero en adariano sobre la puerta y un menú en cuatro idiomas pegado en el escaparate opaco.

—¿Ahí? —repitió Leia.

—Aveces es mejor esconder las cosas en un sitio bien visible, ¿no le parece? —dijo Chivkyrie. Intentaba mostrarse comedido, lo sabía, pero estaba muy claro que se sentía bastante satisfecho consigo mismo—. Le he conseguido un trabajo.

Aquella fue una de las escasas veces en su vida que Leia se quedó sin palabras.

—Oh —dijo, por decir algo.

—Busqué personalmente entre los anuncios de trabajo, para eliminar cualquier posibilidad de rastreo —continuó Chivkyrie—. Puede empezar inmediatamente.

—Gracias —dijo Leia, de nuevo por decir algo. El tapcafé, notó con cierta incomodidad, parecía ser el origen de muchos de los dudosos olores del vecindario—. ¿Y qué tengo que hacer, exactamente?

—Servir las mesas, por supuesto —Chivkyrie frunció el ceño—. ¿A no ser que prefiera cocinar?

—No, no… las mesas me están bien —le aseguró Leía—. No conozco ninguna receta adariana.

—El tapcafé también atiende a mungras y seres de muchas otras especies —dijo Chivkyrie—. Quizá le pidan que cocine para algunos de ellos. Pero por ahora se centrará en servir las mesas. Venga… la entrada de empleados está detrás. La encargada, Vicria, la está esperando.

Vicria resultó ser una desgarbada hembra mungra con un pelaje leonado con topos rojos oscuros.

—En este trabajo hay que cargar bandejas pesadas —dijo recelosamente, examinando con sus ojos naranjas la esbelta figura de Leia.

—Entiendo —la tranquilizó Leia—. No se preocupe, soy más fuerte de lo que parezco.

—No tardaremos en descubrirlo —dijo Vicria—. En ese armario hay delantales. Ponte uno y ven a mi despacho para que te dé una tableta de comandas.

Leia asintió.

—Gracias.

En Alderaan los encargados de servir las mesas eran droides de servicio BD-3000. Pero a Leia la habían servido suficientes seres de carne y hueso para estar habituada a ello. Lógicamente, tras las primeras veces, había dejado de prestar atención a los sirvientes, a no ser que cometiesen errores o provocasen accidentes de algún tipo. Por lo que llegó a la conclusión que el trabajo era sencillo y cómodo.

Solo tardó una hora estándar en abandonar la idea de la *sencillez*. Servir una mesa a aquellos adarianos de bajo escalafón era como un sutil campo de minas plagado de matices intraescalafón que la obligaban a tomar las comandas en el rango de sucesión descendiente adecuado, no según la forma en que se hubiesen sentados a la mesa. El protocolo parecía consistir en que la persona de rango más alto elegía su asiento preferido y lo seguían los demás, por turnos, por lo que no había ni siquiera un patrón constante que se repitiera de grupo en grupo. Leia tuvo que escuchar algunas quejas airadas hasta que consiguió entenderlo.

Los mungras eran menos rígidos socialmente pero planteaban sus propias dificultades. Casi se sintió aliviada cuando, bien entrada la tarde, entraron tres humanos. O se habría sentido si no hubiesen estado completamente borrachos.

A la idea de la *comodidad* renunció al cabo de tres horas.

Era más de medianoche cuando por fin subió penosamente la escalera que llevaba hasta la hilera de apartamentos de la cuarta planta que el tapcafé proporcionaba a sus empleados. Chivkyrie la estaba esperando, sesteando en una gran butaca en la que podría haber cabido un gamorreano con sobrepeso.

—Ah —dijo él, despertándose y enderezándose mientras Leia cerraba la puerta—. Espero que le haya ido bien en el turno de noche.

—Razonablemente bien, sí —confirmó Leia, mirando alrededor mientras se quitaba el delantal y lo colgaba en una estantería, junto a la puerta. El apartamento era pequeño y estrecho, no más grande que el camarote de una nave y solo ligeramente mejor amueblado. Pero tenía una cama aparentemente cómoda y en aquel momento aquello era, en realidad, lo único que le importaba—. Pero el de la tarde ha sido un desastre —añadió—. ¿Qué tal su día?

—Solo ligeramente productivo —dijo Chivkyrie—. Los patrulleros han empezado a registrar los hoteles del primer y segundo escalafón, ayudados por un contingente de soldados del palacio del gobernador Choard. En ese armario hay comida, por si tiene hambre.

—Gracias —cruzó el apartamento hacia el rincón en el que estaba la cocina y abrió el armario de provisiones. Al fondo había restos de comida adariana y delante un surtido más del gusto humano—. Parece que se lo están tomando muy en serio —dijo mientras sacaba algo medianamente apetecible y lo metía en el cocinador.

—Más en serio de lo que cree —dijo sobriamente Chivkyrie—. Me han dicho que han transmitido un mensaje sobre usted al Centro Imperial.

Leia hizo una mueca. Esperaba que Choard mantuviera sus pesquisas limitadas al ámbito local durante un tiempo, con la esperanza de granjearse el prestigio político que le proporcionaría entregársela personalmente al Emperador. Al parecer, prefería que los imperiales se ocupasen del trabajo complicado.

—¿Alguna idea de cuánto tardarán en enviar fuerzas?

—Puede que ya lo hayan hecho —dijo Chivkyrie—. Hay dos guarniciones del ejército en el sector Shelsha, una de ellas a solo seis horas de vuelo. También hay un destructor estelar de patrulla y podrían enviarlo.

—Lo harán —dijo Leia—. Necesitan mucha potencia de fuego en órbita, por si intentamos escapar.

Chivkyrie suspiró sonoramente.

—Lo siento, princesa. Le he fallado. Creo que no tenemos escapatoria.

—He salido de situaciones peores —lo tranquilizó Leia, resistiendo el seductor atractivo de la desesperación. Por ese camino solo encontraría la derrota—. Debemos aferrarnos a la libertad tanto tiempo como podamos y esperar nuestra oportunidad. No lo

olvide, si Vokkoli y Slanni han salido sanos y salvos de Shelkonwa, ya deben de haber informado a los líderes de la Alianza.

—Pero están demasiado lejos para acudir en su auxilio antes de que nos cojan los imperiales —señaló Chivkyrie. La miró e hizo una mueca—. Lo lamento —dijo, agachando la cabeza—. No debería hablar así. Sé que la Alianza hará todo lo posible por rescatarla.

Leia miró el cocinador y un recuerdo pasó inesperadamente por su cabeza. *Soy Luke Skywalker,* había dicho aquel soldado de asalto bajito mientras se quitaba el casco. *He venido a rescatarla.*

Podría haber estado allí, con ella, si no hubiese abierto la boca en aquella reunión. Y Han también, si no tuviese aquella exasperante alergia a la política. Pero los dos andaban surcando el sector, intentando descubrir la manera de proteger las vías de suministro de la Alianza de la amenaza de los piratas.

Una misión que estaba a punto de convertirse en completamente irrelevante, pensó apenada. Con la inminente captura de Chivkyrie, con Vokkoli y Slanni ya descubiertos por Choard y su gente, la presencia rebelde en el sector Shelsha estaba herida de muerte. Cuando todo aquello terminase ya no necesitarían vías de suministro.

Sacudió la cabeza bruscamente. Volvía a dejarse llevar por la desesperación. Necesitaba alejar con firmeza aquellos pensamientos, comer un poco y dormir. Su estado físico influía inevitablemente en el emocional y estaba más extenuada de lo que había estado en mucho tiempo.

Estaba sacando su cena del cocinador cuando pudo oír un leve ruido de cristales rotos a través de su ventana entreabierta.

Chivkyrie se levantó inmediatamente, con el bláster en la mano.

—Agáchese —susurró mientras se acercaba cautelosamente a la ventana.

Leia lo ignoró, cruzó la habitación y apagó la luz. En la repentina oscuridad sacó su bláster del bolsillo y fue con Chivkyrie junto a la ventana.

En aquella parte de la ciudad había menos farolas que en zonas de escalafones más altos. Pero había suficiente luz para ver dos figuras difusas en el tejado del edificio de tres plantas que quedaba al otro lado del callejón trasero, además de una tercera figura que estaba entrando por una de las ventanas a oscuras de la tercera planta.

—Ladrones —masculló Chivkyrie con un deje de desdén en la voz.

—¿Cree que hay alguien en la casa? —preguntó Leia.

—No creo —dijo Chivkyrie—. Esos son los pisos de los empleados del teatro de la otra calle y no cierra hasta dentro de una hora. Qué cobardes…

—Espere —dijo Leia, entornando los ojos. Dos ventanas más abajo de aquella por la que había entrado el ladrón… ¿las cortinas acababan de moverse?

Volvieron a moverse. Y entonces, para horror de Leia, se abrieron y una pequeña cara adariana miró con inquietud hacia la oscuridad nocturna.

Se guardó el bláster y abrió completamente su ventana.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Chivkyrie, sorprendido.

—Ahí hay un niño —le dijo Leia, asomándose por la ventana. Justo debajo de ella había una cornisa de unos veinte centímetros de ancho. Debajo, había una caída importante hasta una repisa situada bajo las ventanas de la tercera planta, otra hasta la repisa de la segunda planta y una final hasta el callejón. Hacia arriba, unas repisas similares marcaban el camino hasta las ventanas de la décima planta. El revestimiento de piedra del edificio estaba viejo y decrépito, con infinidad de grietas y muescas perfectas para un escalador experto con las herramientas adecuadas.

Pero Leia ni era una experta ni tenía equipo de escalada de ningún tipo y, aunque lo tuviera, aquella ruta no le permitiría atravesar los veinte metros que la separaban del lugar al que quería ir.

—No se entrometa —dijo Chivkyrie inmediatamente, sujetándola por una manga—. Si aparecen patrulleros…

—No pienso abandonar a ese niño —le cortó Leia—. Sé lo que los ladrones pueden llegar a hacer cuando encuentran a alguien —un metro hacia la izquierda de su ventana había una gruesa cañería de plástico que iba desde el depósito de lluvia del tejado hasta el callejón, sujeta a la pared cada dos pisos por unas agarraderas de aspecto endeble. Salió a la cornisa, se agarró a la repisa y sacudió la cañería. Esta se zarandeó, pero las agarraderas no eran tan endebles como para desengancharse con una mera sacudida. La cañería, por su parte, parecía bastante robusta, lo suficiente para soportar su peso. Se colocó de lado, sacó su bláster y lo apuntó a la agarradera más alta.

—Princesa, se lo ruego —dijo Chivkyrie, suplicándole—. Si vienen los patrulleros estaremos perdidos. Y los intrusos pueden oírla.

—Dudo que en este vecindario nadie preste atención a los disparos de bláster —dijo ásperamente Leia—. Ni que les importen —conteniendo la respiración, apuntó con cuidado y apretó el gatillo.

La descarga de bláster sonó el doble de fuerte de lo habitual por el eco creado por los edificios circundantes, cubriendo casi por completo el suave repiqueteo de los pedazos de las abrazaderas destruidas cayendo sobre la repisa. Cambió de blanco y disparó a la siguiente. Siguió bajando hasta llegar a la que quedaba a su altura, en la cuarta planta.

Quizá no fuese una buena camarera de tapcafé, pensó con un punto de siniestra satisfacción, pero podía competir hasta con el mejor de los francotiradores.

Por el rabillo del ojo había visto a Chivkyrie frunciendo el ceño tras cada disparo.

—¿Y ahora qué? —le preguntó cuando el vecindario volvió a sumirse en el silencio.

Arrugó la nariz. De repente se dio cuenta de que era una buena pregunta. Su plan era disparar a las abrazaderas, doblar la cañería por la juntura que había justo encima de la repisa de la cuarta planta y hacer caer la parte superior sobre el otro tejado, después bajaría por ella para enfrentarse a los ladrones. Pero en aquel momento se le ocurrió que, si bajaba por la cañería, sería un blanco perfecto para los dos compinches que esperaban en el tejado.

Y aunque no la dispararan, ¿qué pensaba hacer? Si lograba rescatar al niño y ahuyentar a los ladrones, ¿cómo pensaba volver a su apartamento? ¿Subiría caminando por la cañería como una especie de equilibrista temerario?

El cansancio no le había dejado pensarlo bien. Por desgracia, ya no había tiempo para idear otro plan. El niño seguía en peligro y llegar al otro edificio seguía siendo la única manera de ayudarlo. Volvió a salir por la ventana y agarró la cañería…

—Espere —dijo Chivkyrie, sujetándola por una pierna—. Mire… se marchan.

Sí, el ladrón al que había visto colarse por la ventana había salido y estaba escalando por sus cuerdas a una velocidad endemoniada. Desde arriba le ayudaba uno de sus dos compinches, tirando de la cuerda, mientras el otro guardaba frenéticamente sus cosas en una mochila oscura.

—Vaya, parece que por esta zona sí que prestan atención a los disparos —comentó Leia.

—Esos disparos deben de haber alertado a todo el vecindario —dijo Chivkyrie, en un tono que no dejaba claro si estaba satisfecho o preocupado—. Los intrusos se han asustado.

Volvió a mirar la ventana con las cortinas. Estaba claro que el ladrón no había tenido tiempo de hacerle ningún daño al niño.

Y entonces se abrieron y el niño volvió a mirar nerviosamente hacia la calle.

Exhaló aliviada y le dedicó una sonrisa alentadora al chico, aunque dudaba que este pudiese verla en aquella penumbra. Volvió a mirar al tejado y vio al trío de ladrones saltando un parapeto bajo hasta el siguiente edificio y huyendo entre los bloques hasta desaparecer de su vista.

—Por favor —dijo Chivkyrie, tirándole otra vez de la pierna—. Antes de que la vea alguien.

Poco después volvía a estar dentro de su apartamento.

—Lo que acaba de hacer ha sido muy valiente y la honra —le dijo mientras Leia cerraba la ventana—. Esperemos que no sea nuestra perdición.

—Podría serlo —admitió ella, cruzando la habitación y encendiendo la luz—. Pero tenía que hacerlo. El objetivo de la Alianza Rebelde es liberar la galaxia de la tiranía. El miedo a los violentos y los delincuentes es tan tiránico como los edictos que salen de la sala del trono del Emperador.

Se guardó el bláster en el bolsillo y se giró hacia la cocina.

—De todas formas —añadió—, incluso los guardianes de la libertad tienen que comer algo de vez en cuando.

Para sorpresa de Leia, los patrulleros no acudieron aquella noche. Ni aparecieron por la mañana, ni la esperaban cuando apareció en el tapcafé, justo antes del mediodía, para empezar su turno.

Durante las dos primeras horas el corazón le dio un vuelco cada vez que se abría la puerta, al que seguía un destello de alivio igualmente fugaz al comprobar que solo se trataba de un cliente. No recuperó el sosiego hasta la tarde y cuando se acercaba la hora de la cena empezó a notar un sutil cambio en la actitud de los clientes.

Al principio pensó que se habían dado por vencidos, que habían llegado a la conclusión que no valía la pena esperar que asimilase los matices de su cultura, que no tenía sentido seguir regañándola, ni siquiera educadamente, cada vez que cometiese un error. Pero aunque aquello podía explicar la repentina amabilidad de los clientes habituales, no explicaba la de aquellos que no habían sufrido su torpeza la noche anterior.

Y finalmente lo entendió. Chivkyrie tenía razón… sus disparos de bláster habían despertado a todo el vecindario. Pero no la habían denunciado a los patrulleros… habían visto que intentaba ayudar a un niño y que lo había logrado.

Al parecer, aquella nueva tolerancia era su manera de agradecérselo.

Regresó al apartamento tan cansada como el día anterior. Pero esta vez no se dejó arrastrar por la desesperación. Quizá la población de Ciudad Makrin aún no estaba preparada para oponerse a la tiranía del Centro Imperial. Pero cada día estaban más cerca.

Otro tema era que aquella determinación y respeto se mantuviera cuando las tropas imperiales empezasen a ocupar las calles.

En cualquier caso, no tardaría en descubrirlo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Nos acercamos a Shelkonwa —anunció Quiller—. ¿Nuestros invitados están listos para abandonarnos?

—Diría que sí —dijo LaRone, mirando a Marcross, al otro lado de la cabina. Incluso en el fulgor del hiperespacio, se veían claramente las arrugas de tensión en sus mejillas y cuello—. Grave y Brightwater los tienen controlados. ¿Marcross?

La tensión disminuyó sutilmente, como si regresara de un lugar oscuro y remoto.

—¿Qué? —preguntó, girándose ligeramente para mirarlo.

—Solo quería asegurarme de que estás bien —dijo LaRone—. Estás un poco extraño desde Gepparin.

—Estoy bien —dijo Marcross, girándose para mirar el parabrisas—. Solo quiero terminar con esto cuanto antes.

—Suponiendo que podamos encontrar al contacto de los Cicatriz de Sangre —comentó Quiller—. Parece que encontraste información suficiente en el registro de HoloRed para encontrarlo…

—La encontré —le cortó Marcross.

—Genial —dijo Quiller—. Solo quería decir que Shelkonwa es un planeta grande…

—Ya te he dicho que la encontré.

—¿No crees que es hora de compartirla con los demás? —sugirió LaRone—. Al menos danos el número de contacto que había configurado, por si te pasa algo y debemos buscarlo por nuestra cuenta.

Su tensión volvió a aumentar.

—No necesitaréis buscarlo —dijo Marcross—. El traidor está en el palacio.

LaRone le miró asombrado.

—¿El palacio del *gobernador?*

—Es el único palacio que hay.

—Ya lo sé, pero…

—¿Pero qué? —le espetó Marcross—. ¿Acaso piensas que no hay traidores de todos los tamaños, formas y rangos? Solo tienes que fijarte en los tres que llevamos en la parte trasera de nuestra nave.

—Allá vamos… —dijo Quiller, tirando de las palancas del hiperimpulsor. Volvían a ver las estrellas…

Quiller se enderezó en su asiento.

—Oh, no —murmuró—. No, no, no.

—Tranquilo —le calmó LaRone, aunque se le hizo un nudo en la garganta al ver una enorme nave de mando flotando en órbita alta alrededor del planeta—. Tenemos la identificación en regla. No pasará nada.

El comunicador emitió un sonido.

—*Ejecutor* a carguero Suwantek —dijo una voz con firmeza—. Hemos detectado que lleva identificación militar. Por favor, confírmela vía código de seguridad.

—¿Quiller? —dijo LaRone.

Este no respondió. Seguía mirando boquiabierto la enorme nave, como si hubiese visto un fantasma.

—La tengo —dijo Marcross, dándose la vuelta y tecleando en el panel de códigos.

Por un momento se quedaron en silencio.

—Código confirmado —dijo la voz—. ¿Destino?

—Ciudad Makrin —dijo Quiller—. El palacio del gobernador.

—La zona de aterrizaje del palacio está temporalmente cerrada —dijo la voz—. Puedo dirigirlos al puerto espacial de Makrin o al regional de Greencliff. Comuníqueme su preferencia.

—¿Por qué está cerrada la pista del palacio? —preguntó La-Rone mientras proyectaba un mapa de la región. El puerto de Makrin estaba en el corazón del cuadrante norte de la ciudad, a escasos kilómetros del palacio del gobernador, mientras que el regional de Greencliff era un puerto mucho más pequeño acurrucado entre la parte nororiental de la ciudad y una hilera de acantilados que recorría todo el borde este.

—Se está realizando una misión de búsqueda militar en la ciudad —contestó la voz—. La pista del palacio se ha cerrado por motivos de seguridad.

—¿Qué están buscando?

—Es confidencial —dijo su interlocutor, que empezaba a parecer irritado—. Comunique su preferencia para el aterrizaje.

Marcross miró a LaRone y arqueó las cejas.

—El puerto de Makrin está más cerca —murmuró.

—Pero el de Greencliff estará menos concurrido —respondió murmurando LaRone.

Marcross se lo pensó y asintió.

—Nos quedamos con Greencliff —dijo en voz alta.

—Recibido. Tienen autorización para aterrizar en el regional de Greencliff.

—Gracias —Marcross apagó el comunicador—. ¿Quiller? ¿Estás bien?

—Oh, claro, estoy genial —dijo Quiller con voz de ultratumba—. Supongo que ninguno de vosotros se ha fijado en el nombre de esa nave.

Marcross miró a LaRone y frunció el ceño.

—*Ejecutor*—dijo Marcross—. ¿Por qué?

—Veo que los soldados de infantería no seguís demasiado la actualidad de la flota —Quiller respiró hondo—. El *Ejecutor* es la flamante nave insignia de lord Darth Vader.

LaRone miró la nave y sintió un nudo en el estómago. ¿Vader?

—¿Qué demonios *hace* Vader aquí?

—Pues imagino que está buscando a nuestro traidor o a la amiga rebelde de Solo —dijo ásperamente Quiller—. Quizá sea más importante de lo que imaginábamos.

—Solo nos dijo que habían cerrado el acceso al planeta por ella —le recordó LaRone.

—Creía que estaba exagerando —respondió Quiller—. No sé vosotros dos, pero yo no quiero estar en la misma ciudad que Darth Vader. A poder ser, ni en el mismo sistema.

—No te culpo —dijo Marcross en un tono tenso pero firme—. Si queréis, podéis dejarme a mí en el puerto espacial.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó LaRone, frunciendo el ceño.

—Yo voy a buscar al traidor —dijo Marcross—. Los demás no tenéis por qué quedaros. De hecho, Quiller tiene razón… con Vader aquí, será más seguro para todos que os marchéis.

—Olvídalo —dijo LaRone—. Estamos juntos en esto.

—Por mí no lo hagáis —insistió Marcross.

—Lo hacemos por la gente del sector Shelsha —replicó LaRone—. Que haya desaparecido una base de los Cicatriz de Sangre no significa que la conspiración haya terminado. Debemos exterminarla desde la raíz.

—Si Vader os arresta, desearéis haber caído en manos del DSI —les advirtió Marcross—. Dejadme y marchaos.

—Oh, gracias —gruñó Quiller—. Eso me hace sentir *mucho* mejor.

—En realidad, que Vader esté aquí puede ser una ventaja —comentó LaRone—. Casi seguro que su legión privada de soldados de asalto está realizando la investigación sobre el terreno.

Podremos mezclarnos con ellos.

Quiller le miró incrédulamente.

—Bromeas, ¿verdad? LaRone, no estás hablando de infiltrarte en una unidad de soldados de asalto cualquiera. Son la *Quinientos uno.*

—¿Y? —contestó LaRone, intentando reprimir sus propias dudas—. La Quinientos uno lleva la misma armadura que nosotros.

Quiller silbó entre dientes.

—Estás loco. Lo sabes, ¿verdad?

—Corren rumores —admitió LaRone.

—Bueno, si todos estamos de acuerdo —dijo Quiller con un suspiro—, por mí bien. Si Marcross y tú habéis perdido la cabeza, mejor perderla todos juntos. Segunda cuestión: ¿qué hacemos con Solo, Luke y el wookie?

—Buena pregunta —coincidió Marcross—. Si Vader está buscando a su amiga, no podemos dejarlos sueltos ahí fuera. Sobre todo con lo que saben de nosotros.

—Y está muy claro que *ellos* no van a poder infiltrarse en la Quinientos uno —añadió Quiller—. Por otra parte, no veo muchas más opciones. Dudo que podamos retenerlos a bordo. Al menos sin dispararles, lo que plantearía sus propios problemas.

—El primero de los cuales sería dónde disparas a un wookie para abatirlo —dijo LaRone, al que se le estaba ocurriendo una idea peculiar—. Muy bien, se me ha ocurrido lo siguiente. ¿Y si, en vez de dejarlos sueltos, los escoltamos?

La sugerencia provocó exactamente la reacción que esperaba: Quiller y Marcross quedaron boquiabiertos. Marcross fue el primero en recuperar el habla.

—Quiller tiene razón —dijo—. Te has vuelto *loco.*

—Es muy probable —dijo LaRone—. Pero dejando de lado las cuestiones de salud mental, ¿por qué no? Irán acompañados por legítimos soldados de asalto, lo que eliminará cualquier sospecha y posibilidad de ser interrogados por los patrulleros locales. Y si nos topamos con las tropas de Vader, les decimos que son nuestros informadores.

—O unos prisioneros que llevamos a interrogar —sugirió Quiller.

—También serviría —dijo dubitativamente LaRone—. Si las cosas se complican y terminamos en medio de un tiroteo… bueno, no creo que sobreviva nadie a quien Vader pueda interrogar.

—¿Estás sugiriendo que los eliminemos? —preguntó Marcross.

Los fantasmas de Lágrima pasaron fugazmente ante los ojos de LaRone.

—Nosotros no —dijo con firmeza—. Contra la Quinientos uno dudo que fuera necesario.

Quiller negó con la cabeza.

—No aceptarán. Y lo sabes.

—¿Quién no aceptará? —preguntó LaRone—. ¿Solo y Luke o Grave y Brightwater?

—*Ninguno* de ellos.

LaRone se encogió de hombros.

—Bueno, tenemos tiempo hasta el aterrizaje para tomar una decisión —dijo—. Quizá se nos ocurra algo mejor.

El sonido de la alarma de proximidad de la nave, como ara había preparado, la sacó del sueño profundo y tranquilo de su trance curativo en la Fuerza.

Mara había llegado a Shelkonwa.

Se quedó tranquilamente un momento en el camastro plegable de la nave, haciendo un repaso rápido a su estado. Estaba hambrienta y sedienta, el típico efecto secundario de los trances curativos, pero las quemaduras y rasguños que había sufrido en la base de los Cicatriz de Sangre habían desaparecido por completo.

Se dirigió a la cabina, devorando un par de barras de ración y bebiéndose una botella de agua que había sacado del armario de la cocina. Se había terminado la primera barra cuando sonó el recordatorio de la computadora. Cuando tiró de las palancas del hiperimpulsor apareció frente a ella, entre la oscuridad estrellada, la esfera difuminada del mundo capital del sector Shelsha.

Flotando en el espacio, entre ella y el planeta, vio posiblemente lo que menos esperaba ver en todo el universo.

Su comunicador crepitó.

—Seeker Z-10 entrante, le habla la nave de mando imperial *Ejecutor* —dijo una voz rotunda—. Confirme su número de identidad y comunique qué viene a hacer a Shelkonwa.

Mara sintió que apretaba los dientes mientras activaba la transmisión. Por todos los apestosos humos del Centro Imperial, ¿qué estaba haciendo *Vader* allí?

—*Ejecutor*, al habla la Seeker Z-10, número de identidad desconocido —dijo—. ¿Lord Vader está a bordo?

Se produjo un momento de silencio mientras el operador de comunicaciones intentaba asimilar aquella respuesta completamente ajena a los estándares habituales.

—Eh…

—¿Está o no? —preguntó Mara.

—Sí, lord Vader está a bordo —dijo el operador, que empezaba a parecer aturullado—. El almirante Bentro está al mando…

—Informe a lord Vader que la Mano del Emperador quiere hablar con él —le cortó Mara.

—¿La… *que*?

—Lord Vader —gruñó Mara—. *Ahora*.

No hubo respuesta. Reprimiendo una maldición, giró el morro de su nave hacia el superdestructor estelar y detuvo el impulsor. Probablemente el lord Sith estaba en su cámara personal o deambulando por la pasarela de mando con uno de aquellos malhumores suyos en los que nadie osaba acercársele.

Pero Mara tenía trabajo. De una forma u otra iba a verla.

Estaba cerca del sistema defensivo interior de la Ejecutor, cuyas matrices estratificadas de defensas concentradas estaban girando hacia ella a modo de advertencia, cuando por fin el comunicador volvió a activarse.

—Mano del Emperador —gruñó la voz familiar de Vader—. Qué inesperado placer.

—Lo mismo digo —dijo ella, consciente de que ninguno de los dos estaba siendo sincero—. Lord Vader, tenemos que hablar.

—Como desees —dijo Vader—. Sube a bordo.

El primer oficial del *Ejecutor* se hizo con el control de su nave, desactivando sus defensas y dirigiéndola hacia el hangar personal del capitán. Una escolta de la legión 501 de soldados de asalto de Darth Vader la estaba esperando y la llevaron hasta una pequeña sala de reuniones.

Vader estaba esperando, de pie, cerca de la cabeza de la mesa, como un amenazante nubarrón de tormenta.

—Creo que has *solicitado* verme —dijo sin más preámbulos.

—Ruego que me disculpes por el tono que he empleado antes —dijo Mara, inclinando la cabeza en un gesto humilde.

—Solo hay una persona en el Imperio que pueda requerir mi presencia —continuó Vader en tono severo. Al parecer no estaba de humor para aceptar sus disculpas—. Y no eres tú. Ni lo serás jamás —añadió ominosamente.

—En ese caso, hagamos esto lo más breve posible —dijo Mara, que tampoco estaba de muy buen humor—. Estoy aquí en una misión importante y necesito que me garantices que tu presencia aquí no influirá en ella.

—¿Qué *mi* presencia no influirá en *tu* misión? —preguntó Vader con una voz una octava más grave—. Ten cuidado, Mano del Emperador.

—No tengo cuidado cuando se trata de alta traición —replicó Mara—. Estoy tras el rastro de…

—¡No! —bramó Vader, su voz retumbó en la sala y en la cabeza de Mara. Dio un paso hacia ella, con la capa negra hinchándose y su mano enguantada bajando hacia su espada de luz—. Ella es la clave para encontrarle. ¡Es *mía*\

—¿Qué? —dijo Mara, su propia ira ardiente empezó a amainar al darse cuenta de que estaba en grave peligro—. No, yo…

Pero ya era demasiado tarde. Vader sacó la espada de luz de su cinturón y el filo apareció con un zumbido. Avanzó hacia ella con el arma en posición de ataque.

Mara reculó un paso, sacando su propia espada de luz pero sin encenderla. Lo último que quería era combatir con un lord Sith. Lanzó una mirada rápida hacia la puerta, cambiando la ubicación del peso de su cuerpo para preparar su huida.

Pero Vader vio aquella mirada o leyó su lenguaje corporal. Cambiando de dirección, fue hacia la puerta, bloqueando cualquier posibilidad de huida.

Con una mueca, Mara cambió su peso hacia la dirección contraria y se lanzó de costado sobre la mesa de conferencias, dio una rápida voltereta sobre su hombro izquierdo y aterrizó agachada al otro lado de la mesa.

—Tranquilo —le dijo tan dulcemente como pudo—. ¿Qué interés tienes en el gobernador Choard?

Vader levantó su espada de luz y atravesó la mesa con el filo.

Mara dio un rápido paso atrás mientras las dos partes seccionadas de la mesa caían al suelo. Con la pared a su espalda y Vader entre ella y la puerta, solo le quedaba una opción.

—¿Quieres pelea? —le preguntó, encendiendo finalmente su espada de luz y levantándola en posición de bloqueo frente a él—. Bien. Ven y la tendrás.

La única respuesta de Vader fue cambiar su arma de nuevo a posición de ataque mientras avanzaba entre las dos mitades de la mesa. Recurriendo a la Fuerza, Mara se proyectó hasta la pared que quedaba tras él y apagó la luz.

Era un truco que nunca habría intentado con un oponente normal. Sus dos espadas de luz no emitían mucha luz, aunque era más que suficiente para que unos ojos biológicos vieran mientras se adaptaban a la penumbra.

Pero el casco de Vader estaba equipado con sensores ópticos para iluminaciones tenues, con todas las ventajas e inconvenientes de aquel tipo de dispositivo. Posiblemente, en aquel primer y crucial segundo previo al autoajuste del contraste, Vader no viera más que el brillante filo de su espada de luz flotando en medio de una oscuridad total.

Estaba en lo cierto. Con un rugido, el lord Sith inclinó su espada de luz y la lanzó con malicia en un arco horizontal medio metro por debajo del reluciente filo magenta de ella.

Pero Mara ya no estaba allí. Usando la Fuerza para mantener su espada flotando en el aire, se había lanzado al suelo justo después de apagar las luces y había rodado hasta esconderse bajo una de las partes inclinadas de la mesa cortada.

Vader se detuvo en seco y por un largo instante la sala quedó en silencio excepto por el zumbido de las espadas de luz. Mara escuchó atentamente, pero la persistencia del sonido indicaba que Vader sostenía el arma, inmóvil. ¿Por fin estaba recuperando la cordura?

Y entonces, para su alivio, oyó un chisporroteo familiar cuando él apagó su arma. Poco después volvió a encenderse la luz de la sala.

—¿Qué has dicho del gobernador Choard? —preguntó Vader, en un tono de nuevo tranquilo.

Salió de su escondite con cautela, alerta ante cualquier posible truco de última hora. Pero Vader se había alejado un paso de la mesa y su espada de luz volvía a estar en su cinturón. El breve arrebato de locura había pasado.

—Choard ha estado reclutando bandas de piratas para asaltar transportes militares —dijo ella, haciendo volar su espada de luz hasta su mano y apagándola—. Hace unos días envió la *Represalia* para destruir la base pirata y eliminar pistas. Estuvieron a punto de matarme.

—Eso habría sido una auténtica desgracia —dijo Vader. Mara no pudo percibir sarcasmo en su voz, pero no tenía ninguna duda de que lo había—. De todas formas, tus informaciones concuerdan con la mías.

Mara lo miró sorprendida.

—¿Quieres decir que ya lo *sabías*?

—Me he enterado recientemente —le aseguró Vader—. Pero no me interesa —añadió en un tono más sombrío—. Además de denunciar a su gobernador, el administrador jefe Disra me ha asegurado también que Leia Organa está en Ciudad Makrin. Es a *ella* a quien busco.

—¿En serio? —dijo Mara, la palabra *obsesión* pasó fugazmente por su cabeza cuando por fin entendió el arrebato previo del Señor Oscuro. Debería de haber imaginado que tenía algo que ver con la antigua princesa de Alderaan y la rebelión—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Disra dice que estaba entrevistándose con los líderes rebeldes locales —dijo Vader—. Y que puede proporcionarme nombres.

—Qué útil —dijo Mara—. ¿Sabemos dónde está ese tal Disra ahora?

—Ha ido al palacio a buscar unos registros de vigilancia que pueden sernos muy útiles en nuestra búsqueda.

O quizá había ido a destruir otros registros más incrimina-torios.

—Tengo que ir allí inmediatamente —dijo Mara.

—¿Quién te lo impide?

Mara notó que torcía el labio. Vader era muy desagradable, incluso cuando no estaba en modo homicida.

—Nadie —dijo—. Disfruta de tu caza —le hizo un gesto con la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

—¿Mano del Emperador?

Ella se giró y se encontró con la placa facial negra de Vader vuelta hacia ella.

—¿Sí? —dijo.

—Cuando te ocupes del gobernador Choard —dijo con suavidad—, ten cuidado de no inmiscuirte en *mis* asuntos.

El cielo se había oscurecido y transformado en aquel difuso gris sin estrellas típico de las grandes ciudades. Leia acababa de tomar una comanda a un grupo de mungras cuando Chivkyrie apareció en la puerta trasera de la cocina con malas noticias.

—Ha empezado —le dijo con la voz temblorosa—. Han llegado soldados de asalto imperiales al puerto espacial y están dispersándose por la ciudad.

Leia respiró hondo. Finalmente llegaba la reacción del Centro Imperial.

—Entiendo —dijo.

—No, creo que no —dijo con premura Chivkyrie, mirando furtivamente a un lado y otro del callejón—. Dicen que Darth Vader en persona está entre ellos.

Aquello tampoco le resultó completamente inesperado. Vader siempre se había tomado las cosas personalmente y su participación en la destrucción de la Estrella de la Muerte debía de haberle resultado particularmente dolorosa. Aun así, aquel nombre hizo que la recorriera un escalofrío.

—Entiendo —repitió—. Gracias por avisar. Será mejor que siga escondiéndose.

—¿Para qué? —dijo Chivkyrie con hastío—. Nadie escapa de lord Vader.

—Por supuesto que sí —dijo Leia con firmeza—. Le sugiero que pruebe en las catacumbas. Los patrulleros locales ya las deben haber registrado y es poco probable que los soldados vuelvan a hacerlo.

Chivkyrie gruñó.

—A los soldados de asalto les traerá sin cuidado lo que hayan hecho o dejado de hacer los patrulleros.

—Pero los soldados de asalto no le buscan a usted —le recordó Leia—. Dudo que sus órdenes mencionen a nadie más que a mí. En cualquier caso, debe intentarlo.

—Tiene razón —dijo Chivkyrie—. Perdóneme el arrebato de desesperación.

—Nos sucede a todos —dijo Leia, sonrojándose al recordar su propia lucha contra aquella emoción—. La clave es asegurarse de que sean solo arrebatos, que no se alarguen hasta llenar horas o días enteros.

—O toda una vida —dijo Chivkyrie.

—Venceremos —dijo con calma Leia—. Algún día. Sé que será así —se asomó por la puerta para examinar el callejón. Seguía vacío—. Ahora márchese. Y, otra vez, gracias por todo.

El adariano estudió sus ojos y su cara un instante, como si quisiera conservar un último recuerdo. Después, tras hacer una reverencia, se marchó apresuradamente.

—¿Tú también te marchas?

Leia se dio la vuelta. Vicria, la encargada del tapcafé, estaba junto a uno de los armarios del almacén, sus ojos naranjas parecían brillar más de lo habitual en aquella luz tenue.

—Aún no —dijo Leia.

—Puedes irte cuando quieras —continuó Vicria—. Este no es tu sitio… Todos los que te hemos conocido en estos últimos días y yo lo sabemos.

Leia tragó saliva.

—En ese caso, os agradezco mucho vuestra discreción.

Vicria sacudió la cabeza, el equivalente mungra de un encogimiento de hombros, y aquel movimiento creó una leve y suave ondulación en su pelaje.

—Son muchos los que han venido a esconderse en este barrio en los últimos años —dijo—. Pero la mayoría eran arrogantes, detestables o desagradables. Pocos han mostrado tanto respeto y cortesía por nosotros como tú.

Se colocó junto a ella, en el espacio que había dejado vacante Chivkyrie, y miró hacia la ventana sellada de la tercera planta del otro lado del callejón.

—Nos has pagado con creces nuestra discreción —dijo en voz baja—. Siempre serás bienvenida entre nosotros, Leia Organa.

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Sabían quién era.

—Sois gente muy honorable, Vicria —dijo—. Haré todo lo posible para que no haya represalias contra ti y el vecindario por vuestra amabilidad.

—No te sacrifiques por nosotros —le advirtió Vicria, en un tono más áspero—. Eres de un escalafón mucho más alto que nosotros.

—Me aseguraré de no olvidar el regalo que me habéis hecho —le aseguró Leia—. Pero respecto a nuestros respectivos escalafones, deja que te diga que no los considero una medida adecuada de la valía de nadie como seres vivos y pensantes. Salta a la vista que no son un indicador de lealtad o coraje.

—Extraña manera de pensar —dijo Vicria—. Pero *eres* una extranjera. Tus ideas y pensamientos no son los de los pueblos adariano o mungra.

—Puede que no —dijo Leia—. Pero he descubierto que la sed de libertad supera cualquier frontera y barrera. No solo las que separan a los pueblos distintos, sino también las que separan los escalafones.

—Extraña manera de pensar, sin duda —dijo Vicria—. Pero tienes razón, con los soldados extranjeros registrando las calles, probablemente es mejor que no te marches.

—Escondida en un sitio bien visible, como propuso mi amigo —coincidió Leia. La conversación sobre la sociedad y los escalafones parecía haberse desviado hasta el punto de resultarle incómoda a Vicria y hacerla cambiar de tema.

Pero Leia había plantado la semilla. Quizá crecería algo de ella.

—Además —añadió—, tampoco podía irme todavía.

—¿Por qué no?

Leia levantó la tableta.

—Aún tengo dos comandas por servir.

Disra corrió a toda velocidad los últimos veinte metros que lo separaban de su despacho, abrió la puerta de un golpe y se lanzó hacia el comunicador de seguridad.

—Aquí Disra —dijo jadeando por el micrófono—. ¿Caaldra?

—Por fin —dijo Caaldra, tenso—. ¿Dónde has *estado*? Da igual. ¿Qué diantres están haciendo aquí esos imperiales?

—No tiene nada que ver con nosotros —le tranquilizó Disra—. Buscan un líder rebelde que presuntamente fue visto en Ciudad Makrin hace unos días.

—¿Y eso va a suponer algún problema?

—No, por supuesto que no —dijo Disra, pensando deprisa. Después de la interrumpida llamada por HoloRed del comodoro y el posterior fracaso de Disra para conectar con la base de los Cicatriz de Sangre, había dado por muerto a Caaldra. Pero parecía que había conseguido esquivar a la muerte, otra vez.

Y aquello planteaba interesantes posibilidades. Disra ya tenía todo lo que necesitaba, pero la presencia de Caaldra podía añadirle un último toque. *Si* podía atraerlo hasta allí.

—¿Supongo que estás viniendo?

—Voy camino del puerto espacial regional de Greencliff —dijo Caaldra—. El idiota que dirige el tráfico desde el *Ejecutor* me ha dicho que nadie puede aterrizar en el palacio.

—¿Y por qué no has solicitado aterrizar en el puerto de Makrin?

—Allí es donde quería mandarme —dijo Caaldra—. Pero le convencí para que no lo hiciera.

Disra frunció el ceño.

—Pero ¿por qué? El puerto principal está más cerca y es más grande.

—Y está repleto de imperiales —replicó Caaldra—. Teniendo en cuenta que mi cargamento son cincuenta AT-ST, no me pareció muy buena idea acercarme por allí.

Disra quedó boquiabierto.

—¿Cincuenta *qué?*

—¿Recuerdas que te dije que los Cicatriz de Sangre habían perdido mi cargamento? —le recordó Caaldra, al parecer siniestramente satisfecho consigo mismo—. Pues lo he recuperado.

—¿Y lo traes *aquí?*

—La *Ejecutor* no me ha ofrecido la opción de dar la vuelta y huir —dijo mordazmente Caaldra.

Cincuenta AT-ST robados. Aquello mejoraba por momentos.

—Olvídate de los imperiales y de Greencliff —le dijo Dis-ra—. Llamaré a la *Ejecutor* para que te autorice a venir directamente al palacio.

—Ya te lo he dicho, el controlador me ha dicho que no puedo aterrizar ahí.

—Porque el gobernador Choard ha cerrado las instalaciones —contestó Disra—. Pero el gobernador puede cambiar sus órdenes. Modifica tu vector de aterrizaje… Yo me ocupo.

El comunicador quedó en silencio. Disra se reclinó en su silla y frunció el ceño al sentir que la fría tela de su camisa se le pegaba a la espalda. Cincuenta AT-ST. No le sorprendía que Caaldra se hubiese enfadado tanto cuando los perdió. Con ellos, más los Cicatriz de Sangre y sus bandas aliadas, quizá hubiesen podido culminar con éxito su gran conspiración.

Si aquella hubiese sido realmente la intención de Disra.

Pero, aunque toda aquella farsa estaba a punto de terminar, aún faltaba algo. Volvió a activar el comunicador y contactó con la *Ejecutor*.

Mara aún echaba chispas cuando vio que una de las naves que iba hacia el planeta, muy por delante de ella, se salía de la fila.

Frunció el ceño y se inclinó para comprobar el nuevo vector de aquel carguero. ¿Tendría una avería? Sus sensores no indicaban ningún problema, pero el equipo de su nave no estaba a la altura de los estándares a los que estaba habituada. Quizás el piloto había tenido un problema con el sistema de altitud, especialmente en aquel momento, cuando estaban entrando en la atmósfera. La remota nave viró ligeramente y ella la vio mejor…

Contuvo la respiración. Por un momento se quedó boquiabierta, después golpeó su tablero de mandos, buscando el mejor aumento posible.

No era particularmente bueno. Pero fue suficiente. El carguero que se desviaba era la *Vía Happer*.

Activó el comunicador.

—*Ejecutor*, detecto una nave saliendo del patrón de aproximación —dijo secamente—. Por favor, averigüen sus intenciones.

Conociendo la rigidez del ejército imperial esperaba tener que pelear duro para conseguir algo de información. Pero el controlador parecía no haber olvidado a la joven que había solicitado hablar con Vader y, lo más importante, había salido viva de la entrevista.

—El carguero *Vía Happer* acaba de recibir autorización para aterrizar en el palacio del gobernador —le dijo.

El palacio del gobernador. Debería de haberlo sabido.

—Creía que me había dicho que nadie podía aterrizar allí.

—Al parecer se ha hecho una excepción.

Mara asintió para sí misma mientras observaba el carguero desviándose aún más del vector de aproximación hacia Greenclifif. Así que aquel era el juego. El gobernador le abriría sus instalaciones a Caaldra, que escondería sus AT-ST ante las narices de los imperiales.

—Cancele la orden —dijo ella.

—¿Perdone? —preguntó el controlador, desconcertado.

—He dicho que cancele la orden —repitió Mara—. Le autorizaron a aterrizar en GreenclifF y eso es lo que hará.

—Pero la oficina del gobernador le ha autorizado aterrizar en sus instalaciones.

—Eso es irrelevante —dijo ella—. La oficina del gobernador tiene jurisdicción sobre el palacio y sus instalaciones, pero el carguero sigue en atmósfera abierta —dudó, pero no era momento para medias tintas—. Dígale que si no vuelve al vector de GreenclifF, será abatido.

Se produjo una pausa y oyó el sutil clic de un comunicador apagándose.

—Mano del Emperador, al habla el almirante Bentro —dijo una voz más tranquila—. No puedo amenazar a un carguero civil sin motivo. Sobre todo si cuenta con la protección de un gobernador de sector.

—Le estoy dando una orden, capitán —dijo Mara—. Mi código de reconocimiento es Hapspir, Barrini, Corbolan, Triaxis.

Se produjo otra pausa.

—Entendido —dijo Bentro—. Pero si antes pudiese contactar con lord Vader para…

—No necesito permiso de lord Vader —intervino Mara—. Además, no tenemos tiempo. Transmita el mensaje, almirante.

Se oyó el suave siseo de una respiración profunda.

—Recibido —dijo dubitativamente Bentro—. ¿Quiere que envíe tropas de apoyo aéreo al puerto de Greencliff?

Mara dudó. Todas las fuerzas imperiales que había allí abajo estaban a las órdenes directas de Vader y no le apetecía lo más mínimo tener que tratar con él dos veces en el mismo día.

—No, yo me ocupo —le dijo a Bentro—. Gracias por su ayuda.

—Ha sido un placer —dijo el almirante—. Nuestros sensores indican que la *Vía Happer* está volviendo al rumbo designado.

—Ya lo veo —confirmó Mara—. Volveré a contactar con ustedes si necesito más ayuda.

—Sí, señora —dijo Bentro, con un tono de evidente alivio. Si ella no quería molestar a Vader, estaba claro que un mero almirante de la flota mucho menos.

El comunicador se apagó. Vigilando a la *Vía Happer,* preparó su nave para la secuencia de aterrizaje. Vista la distancia que los separaba en aquel momento, Caaldra llegaría a la superficie diez minutos antes que ella.

Por un momento se planteó abandonar su lugar en la fila y adelantarse para estar justo encima de él cuando aterrizase. Pero, si aún no la había visto, aquello la delataría

definitivamente. Era preferible darle aquellos diez minutos de margen para que se preparase para recibir al que acababa de alejarlo de la seguridad del palacio.

Estaba deseando ver qué tramaba.

CAPÍTULO VEINTE

—Esto es una auténtica locura —dijo Han.

—Eso mismo he dicho yo —comentó amargamente Quiller—. LaRone no *me* ha hecho caso.

Luke frunció el ceño y miró por el parabrisas del camión deslizador. *Era* una locura, debía reconocerlo. Caminar por una ciudad silenciosa y en tensión, los siete, rodeados de los soldados de asalto de Vader, y el mismísimo lord Sith también en la ciudad. Incluso con Chewbacca escondido en la Suwantek, a pesar de sus sonoras y previsibles protestas, Luke era consciente de que Han y él no habrían podido salir solos de las instalaciones del puerto espacial de Greencliff sin que alguien los hubiese detenido e interrogado.

Pero acompañados por cinco soldados de asalto enfundados en sus armaduras completas, uno de ellos delante del camión sobre una motojet, las dudas y sospechas de los patrulleros locales se evaporaron como gotas de rocío sobre la arena caliente.

Sabía que la verdadera prueba llegaría cuando se topasen con los soldados imperiales, si se los topaban. Todos los soldados de asalto le parecían iguales pero, por algunos comentarios de sus acompañantes, había entendido que los propios soldados de asalto sí sabían distinguirse unos de otros. Si los de la legión 501 que peinaban la ciudad en aquel momento se daban cuenta de que LaRone y sus amigos no pertenecían a su unidad, podrían hacerles preguntas comprometidas.

Pero antes la 501 tendría que encontrarlos… y para evitarlo disponían de una arma secreta que ni siquiera Vader podía contrarrestar.

Sintió un ligero empujón en la Fuerza.

—Gira a la izquierda en la siguiente esquina —le dijo a LaRone, señalando hacia la calle. El casco de LaRone descendió un poco al asentir mientras manipulaba el señalador para advertir a Brightwater del cambio de rumbo.

—Ojalá circulasen más vehículos, pasaríamos más desapercibidos —masculló Han, mirando por la ventana lateral al doblar la siguiente esquina—. ¿Es que aquí todo el mundo cena a la misma hora?

—No están cenando —le dijo Marcross sombríamente—. Están escondidos.

—Han desembarcado fuerzas imperiales, ¿lo recuerdas? —añadió Grave desde detrás—. ¿Qué esperabas, que las calles estuviesen abarrotadas de gente deseando darle la bienvenida a Vader?

—Allí, gira a la derecha —dijo Luke, señalando hacia delante.

—Oye, esto me está poniendo de los nervios —comentó Grave—. ¿Cómo puedes saber dónde están los otros soldados de asalto? Pirateé su frecuencia de comunicación durante un rato y ni siquiera *asi* pude detectar su patrón de búsqueda.

—No te molestes en preguntar —dijo secamente Han—. Dirá que son cosas de Jedi.

—Sí, una gente que supuestamente fue aniquilada hace años —contestó Quiller—. A *mí* también me pone los pelos de punta.

—¿Falta mucho? —preguntó LaRone.

—No mucho —le aseguró Luke—. Uno o dos bloques.

Si los soldados de asalto ya estaban registrando la zona, tendrían que rescatar a Leia antes sus narices. Lo que volvería a colocar en primer plano el problema de la identificación de los soldados de asalto.

Oyó un repentino susurro en su cabeza, una mezcla de la imagen del depredador a punto de saltar sobre su presa con la inconfundible urgencia que estaba empezando a asimilar como sinónimo de peligro.

—Para el camión —dijo—. Inmediatamente.

Cuando LaRone pisó el freno, Luke salió disparado contra su arnés de contención.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Desde detrás llegó el característico sonido de cañones bláster pesados. Se dio la vuelta en su asiento, estirando el cuello para mirar por la ventana trasera.

Solo tuvo tiempo de ver una pequeña nave con el motor en llamas, cayendo en espiral hacia una calle contigua.

La *Vía Happer* estaba posada en silencio sobre el permacreto chamuscado cuando Mara aterrizó la Z-10 en la plataforma asignada del tranquilo puerto espacial de Greencliff. Apagó los motores y examinó el carguero. No vio ningún movimiento ni señales de vida.

¿Acaso Caaldra había logrado escapar?

Había una manera de averiguarlo. Bajó la rampa de la Z-10 con la espada de luz en la mano y salió al exterior. Proyectando sus sentidos y manteniendo alerta su visión periférica, por si estaba agazapado tras otra nave, fue hacia la *Vía Happer*.

A mitad de camino estalló el hangar de carga a estribor del carguero.

Sus reflejos potenciados por la Fuerza la lanzaron al suelo, haciendo rodar su cuerpo para recibir la detonación sobre la espalda en lugar de en la cara. La onda expansiva pasó sobre ella, haciendo estremecer una piel que acababa de curar de sus anteriores quemaduras. Siguió rodando mientras pedazos de escombros empezaban a caer alrededor de ella y se puso de pie de un brinco, encendiendo la espada de luz.

Al hacerlo apareció la forma de caja metálica de un AT-ST por una abertura irregular y apenas visible entre el humo. El módulo de mando giró hacia ella y sus cañones bláster dobles instalados en la barbilla abrieron fuego.

Mara se lanzó hacia un lado mientras la ráfaga abría un par de agujeros en el permacreto, justo donde estaba apenas un segundo antes. El módulo giró para seguirla y los cañones volvieron a disparar. Esquivó una de las descargas e inclinó su espada para atrapar la otra e intentar devolverla hacia su origen.

La maniobra estuvo a punto de terminar con la batalla en aquel preciso instante. Nunca había intentado bloquear una descarga tan potente y, en vez de devolver el disparo, su espada de luz estuvo a punto de rompérsele en las manos por el impacto.

Consiguió aferrarse a su arma y echar a correr, huyendo de las descargas e intentando ponerse a cubierto.

Lo logró, solo ligeramente, lanzándose detrás de un viejo y oxidado carguero de minerales que parecía no haberse movido de allí en años. La última ráfaga del AT-ST hizo un par de agujeros en la gruesa capa exterior del transporte, mientras corría hacia la parte trasera, donde el enorme volumen de los motores le ofrecería algo de protección.

Pero no por mucho tiempo. Se produjo una breve pausa y después oyó el rítmico crujido mecánico de las rodillas del AT-ST saliendo del socavón que la explosión había hecho en el hangar de carga. Escuchó atentamente mientras sus ojos estudiaban la azarosa distribución de las naves aparcadas que tenía alrededor, trazó un par de rutas evasivas según el lado que eligiese Caaldra para rodear al carguero. Era imposible escapar de un AT-ST cuando avanzaba en línea recta, al menos en distancias considerables, pero en una trayectoria sinuosa y llena de obstáculos como aquella, era mucho más ágil que aquella máquina pesada. Si conseguía colocarse bajo los cañones y cortarle una pata podría derribarlo.

El rechinar mecánico volvió a empezar. Iba hacia la derecha. Mara respondió yendo hacia la izquierda, tras el morro del transporte, bajo el que podría pasar al otro lado en cuanto apareciese el AT-ST.

Pero este ni apareció ni parecía dirigirse hacia ella. De hecho, por lo que escuchaba, le pareció que se estaba alejando.

Y de repente lo entendió. Se agachó por debajo del morro del transporte y corrió hacia el otro lado.

Caaldra había dejado de seguirla. Estaba conduciendo la gran máquina de combate hacia el sur, atravesando la pista de aterrizaje. Cuando lo vio, el AT-ST estaba derribando la barrera baja de los deslizadores terrestres y se dirigía hacia las calles prácticamente desiertas de la ciudad.

Silbó entre dientes. Caaldra había descubierto su trampa y se había negado a morder el anzuelo. En aquella parte de la ciudad las calles eran bastante estrechas pero relativamente rectas, ofreciéndole al AT-ST la ventaja de la velocidad en línea recta que había considerado ante. Lo único que Caaldra tenía que hacer era sacarle unos cuantos bloques de ventaja y robar un deslizador terrestre; se habría largado antes de que Mara pudiese alcanzarlo.

O eso parecía pensar él. Tras echar un último vistazo al AT-ST alejándose, se dio la vuelta y corrió hacia su Z-10. Dos minutos después estaba en el aire, en dirección al sur.

Se le había ocurrido que quizá Caaldra intentaría cambiar de dirección en cuanto saliese del puerto espacial, esperando desembarazarse de ella. Pero, aunque había algunos bloques de edificios más altos, la mayoría en aquella zona de la ciudad solo tenían una altura de dos o tres plantas, proporcionando poco refugio visual en aquel juego del escondite. Cuando se elevó sobre las naves aparcadas, pudo ver el AT-ST avanzando hacia el sur. Ajustó su impulsor a plena potencia atmosférica e inició la persecución.

Por desgracia, los edificios bajos que apenas ocultaban a la presa tampoco ocultaban al cazador. Es más, la única arma de la Z-10 era un pequeño bláster automático cuyo control de disparo estaba, extrañamente, incorporado en el paquete sensor de la nave. Si quería ganar aquella batalla, tendría que dar en el blanco a la primera y desde muy cerca.

Y con la visión de 360 grados que ofrecían las numerosas ventanas y ventanillas del AT-ST, el único ángulo desde el que tendría alguna posibilidad estaba justo encima de su blanco. Elevó la nave hacia el cielo y la estabilizó. Y cuando alcanzó al AT-ST, la lanzó en picado sobre él.

Estaba alineando las mirillas del bláster automático sobre la escotilla de entrada del AT-ST cuando vio que la torrera de cañones ligeros de bláster se giraba para apuntarle. Giró por completo el timón, interrumpiendo su descenso e intentando lanzarse hacia la derecha del AT-ST, donde los cañones no podrían alcanzarla.

Pero los sistemas de la Z-10 no se habían diseñado para aquel tipo de maniobras bruscas. Fue medio segundo demasiado lenta y la nave dio una sacudida, los motores habían recibido un impacto directo.

Estaba cayendo.

Forcejeó con la nave averiada, logrando convertir lo que iba a ser una colisión frontal contra el suelo en un deslizamiento ventral que desgarró el casco. La inercia la hizo deslizarse dos bloques enteros, con el punzante chirrido del metal rozando el permacreto aguijoneándole los oídos durante todo el recorrido.

Finalmente el chirrido se acalló y las fuertes sacudidas terminaron. Respirando con dificultad y arrugando la nariz por el olor acre de humo, metal quemado y fluidos derramados, salió de un salto de su asiento. Había destrozado la rampa en el aterrizaje, pero hizo tres cortes con su espada de luz para poder salir a través del parabrisas de la cabina.

El deslizamiento la había dejado a unos tres bloques al sur del punto en que Caaldra había destruido sus motores. Escaló con cuidado la nave en ruinas y se giró para mirar al norte, esperando que su enemigo hubiese aprovechado la oportunidad para cambiar de rumbo, hacia el norte y la *Vía Happer*, o al oeste y el palacio que ella sabía que era su destino final.

Pero no había hecho ni una cosa ni la otra. El AT-ST seguía avanzando hacia ella, con los blásters de su mandíbula buscándola por las calles como un centinela vigilante caminando al borde de un precipicio.

Al parecer, Caaldra dejaba de escapar y prefería vengarse.

La nave abatida desapareció entre los edificios y un segundo más tarde LaRone oyó a lo lejos el ruido de metal deslizándose sobre el permacreto.

—Está en el suelo —dijo, mirando alrededor.

Al sur pudo ver un deslizador terrestre aparcado, los correspondientes soldados de asalto debían de estar esparcidos por los edificios del vecindario. No vio más personal ni vehículos. Probablemente, no había nadie más en la zona.

Nadie aparte de la Mano del Juicio.

—Fuera —le dijo a Luke mientras daba media vuelta con el camión deslizador—. Tú también Solo. Id a buscar a vuestra amiga… nosotros vamos a ver si podemos ayudar a ese piloto.

Sorprendentemente, ni Luke ni Solo discutieron su decisión. Poco después LaRone estaba conduciendo el camión hacia el lugar del aterrizaje forzoso, siguiendo a Brightwater, que iba montado en su motojet.

Había caído hacia el norte, dos bloques más al oeste de donde estaban. Dobló la última esquina con el camión y se encontró con un aparición extraordinaria. A medio bloque de distancia estaban los restos del carguero ligero que había visto caer, retorcido y destruido, desprendiendo un humo negro de sus motores en llamas. El piloto, una joven con el pelo rubio cobrizo, salió por un agujero abierto en la cabina y se alejó.

Dos bloques más al norte vieron la imponente mole de un Transporte de Exploración Todoterreno haciendo chirriar sus patas y bajando por la calle, en dirección a todos ellos.

—¿Qué diantres hace *eso* aquí? —masculló Quiller.

—Brightwater… ve a echar un vistazo —ordenó LaRone, acelerando el camión deslizador hacia la nave estrellada con una sensación extraña en el estómago. Aquella mujer debía de ser la amiga de Luke y Solo; solo aquello podía explicar que alguien lanzase un AT-ST contra ella. Ahora que la habían encontrado y estaban a punto de atraparla, la captura de Luke y Solo también parecía inminente.

Tuvo claro que Marcross había llegado a la misma conclusión.

—No podemos entrometernos —dijo apresuradamente desde la parte trasera del camión—. Ya es suya.

—¿Y qué pasa con Luke y Solo? —preguntó Grave—. No podemos dejar que los cojan.

—Quizá no tengamos elección —dijo sombríamente LaRone. Pero debían intentarlo. Abrió la trayectoria del camión deslizador para hacer un giro en U hacia el lugar en el que habían dejado a los dos rebeldes, esperando llegar a tiempo para llevarlos de vuelta a la relativa seguridad de la Suwantek. Delante de ellos, Brightwater se aproximaba al AT-ST.

Sin previo aviso, los cañones bláster incorporados en la mandíbula del andador apuntaron hacia abajo y abrieron fuego.

El ataque inesperado estuvo a punto de costarle la vida a Brightwater. Giró la motojet y las descargas rozaron la veleta derecha y ametrallaron aquel lado de la moto. Tras girar, abrió gas a fondo, aunque los desperfectos en la dirección hicieron que su maniobra evasiva pareciese más el eslalon de un borracho. Los cañones del AT-ST lanzaron otras dos descargas, ambas desviadas, antes de volver a quedar en silencio.

Pero seguía acercándose.

Brightwater volvió hasta los restos de la nave caída mientras LaRone detenía el camión y salía de un salto, colocando su E-11 en posición de disparo.

—¡Alto! —le gritó a la mujer de pelo cobrizo. Vio que era muy joven, apenas tendría más de veinte años.

—Soy agente imperial —le respondió—. Nivel K-12; código de reconocimiento Hapspir Barrini. Dentro de ese AT-ST hay un criminal.

LaRone se dio cuenta de que se había quedado boquiabierto. Pero todos sus años de entrenamiento le hicieron reaccionar inmediatamente.

—Entendido, señora —dijo—. ¿Cuáles son las órdenes?

—Empecemos con algo de apoyo aéreo —dijo la agente—. Póngame con el comandante de su grupo.

LaRone frunció el ceño.

—En realidad no pertenecemos al pelotón principal…

—Comuníqueme con ellos —le espetó la agente.

—No podemos —dijo sombríamente Marcross—. El AT-ST tiene interferidas las comunicaciones.

—Pues tendremos que espabilarnos solos —dijo la mujer, gélidamente tranquila—. Tú, soldado de asalto, ¿tu motojet sigue operativa?

—Lo suficiente, señora —dijo Brightwater, dando la vuelta para encarar al AT-ST que avanzaba hacia ellos. LaRone vio que la armadura de la pierna derecha estaba ametrallada, los cañones bláster habían estado a punto de darle.

—Haga una maniobra evasiva hacia su derecha e intente atraer sus disparos —dijo la agente—. Francotirador, si gira el módulo de mando para seguirle con los cañones delanteros, apunte al lanzagranadas de conmoción de la parte derecha.

—Recibido —dijo Grave, colocando el cañón de su T-28 en posición de disparo.

—Si no gira el módulo o si vuelve a darse la vuelta —prosiguió, dirigiéndose a Brightwater—, rodéelo y pruebe con el radiador del motor impulsor y los conductos de ventilación. Su transmisor también está ahí detrás… quizá pueda destruirlo y eliminar la interferencia para poder solicitar refuerzos. Si el francotirador es capaz de anular el lanzagranadas, debería estar bastante a salvo en ese lado, pero tenga cuidado con la torreta del cañón bláster ligero de la izquierda.

—Lo tendré en cuenta —le aseguró Brightwater.

—Recuerde que si el francotirador no elimina el lanzagranadas, deberá estar atento a él —le recordó la mujer—. Si la cosa se complica, dé la vuelta al bloque y vuelva aquí. Ahora mismo es el único soldado móvil y no quiero que se sacrifique inútilmente.

LaRone se sorprendió. ¿Una agente imperial que se preocupaba por las tropas que comandaba? Aquello era noticia.

—¿Y los demás? —preguntó Marcross.

—Disparen para cubrirle e intenten desviar su atención —dijo la agente—. Retrocedan cuando se acerque e intenten atraerlo hasta que supere mi nave. Yo lo esperaré aquí.

LaRone miró a Grave. Esperar entre unos escombros en llamas en plena trayectoria de un AT-ST no era la mejor manera de llegar a la edad de jubilación.

—Señora, si puedo sugerirle…

—En marcha —le cortó la joven, colocándose junto a la nave en ruinas y agachándose—. Si pueden atraerlo lo suficiente, debería poder abatirlo.

¿Abatirlo? LaRone frunció el ceño, incrédulo. Después vio el cilindro delgado que sujetaba en la mano.

Una espada de luz.

Volvió a mirar su cara juvenil y sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Una agente imperial, una espada de luz… los rumores eran ciertos.

Aquella mujer era la Mano del Emperador.

—Ya tienen sus órdenes, soldados de asalto —dijo con los labios repentinamente secos—. En marcha.

Un bloque más adelante Luke pudo ver una docena de soldados de asalto, avanzando decididamente por la pasarela, y se detuvo de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Han, sin apartar la vista de los imperiales.

—Nada —dijo Luke—. Es aquí.

Han frunció el ceño, mirando por primera vez la puerta desvencijada y los menús descoloridos del escaparate que tenía al lado. ¿Un *tapcafé*?

—¿Está escondida *aquí*?

—Será mejor que entremos —le dijo Luke, haciendo un gesto con la cabeza hacía los soldados de asalto que se aproximaban.

Han sacudió la cabeza. ¿Su Altísima Excelencia en un lugar como aquel? Los místicos trucos Jedi de Luke debían de haber sufrido un cortocircuito.

Aun así, cualquier cosa era mejor que quedarse a la vista de los soldados de asalto. Abrió la puerta y entró…

Y se detuvo abruptamente, incrédulo. Al otro lado de la sala, entre las cabezas alienígenas, la vio. No estaba sentada en un rincón, intentando ocultarse con la capucha sobre la cabeza, sino de pie, serpenteando hábilmente por el abarrotado local, sirviendo bebidas.

Su Alteza Perfectísima llevaba puesto un delantal y estaba sirviendo las mesas.

—¡Ahí está! —dijo Luke emocionado.

—Sí, ya la veo —dijo Han, echando un vistazo más detenido al local. No se había producido un repentino silencio, ni se habían girado todas las cabezas, pero el ambiente en la sala se había cargado repentinamente de electricidad estática. Todos habían visto a los recién llegados y no parecían demasiado contentos.

—¿Y bien? —preguntó Luke con impaciencia.

Han respiró hondo.

—Con cuidado —le murmuró al chico. Acercó una mano a su bláster sin que se notase y empezó a avanzar entre las mesas.

A mitad de camino un par de adarianos enfundados en monos de trabajo polvorientos se plantaron silenciosamente frente a él.

—Tranquilos —dijo Han, levantando las dos manos—. Solo hemos venido a ver a una amiga.

—¿Han? —dijo Leia.

Miró entre los dos adarianos y la vio acercándose, con expresión de alivio y sorpresa.

—¿Interrumpimos algo? —preguntó él desenfadadamente.

—Me alegro muchísimo de que estéis aquí —dijo, mirando por encima de su hombro a Luke—. Los dos. ¿Cómo habéis sabido que estaba en problemas? Da lo mismo… tenemos que salir de aquí.

—Sí, es verdad —dijo Han—. ¿Hay alguna puerta trasera?

—Sí… por aquí —dijo Leia, tomándolo del brazo. Los dos adarianos se apartaron y Leia los guió entre las mesas hasta la cocina.

Una hembra mungra de ojos naranja esperaba junto a la puerta trasera.

—Que llegues sana y salva a tu destino, Leia Organa —dijo—. No te olvidaremos.

—Yo tampoco te olvidaré, Vicria —dijo Leia, inclinando la cabeza—. Algún día, cuando el esclavismo del Imperio termine…

—Te invitaremos a una copa —la cortó Han. La agarró por los hombros y la hizo salir. Encontraron un callejón, estrecho, mal iluminado y, al menos por el momento, desierto—. Vamos —dijo, sujetándola por el brazo y llevándola hacia el extremo norte del callejón.

—Han, eso ha sido muy grosero —dijo en tono acusador—. Esta gente me ha ayudado a ocultarme…

—¿Quieres quedarte ahí dándole las gracias hasta que Vader entre por la puerta? —la interrumpió Han—. Eso la ayudaría mucho cuando la interrogasen. Vamos… Chewie está esperando en el puerto espacial.

Casi habían llegado al extremo del callejón cuando Luke sujetó de repente a Han por el brazo.

—Ahí detrás… viene alguien —susurró.

Han miró hacia atrás. Por lo que vio el callejón seguía desierto.

Pero el chico había acertado demasiadas veces durante aquel viaje para dudar de él.

—Por allí —dijo, sacando su bláster mientras llevaba a Leia hacia unas papeleras situadas a un lado del callejón. La escondió detrás y se apretujó contra ella para ponerse a cubierto, sin dejar de mirar el callejón.

—Han… —empezó a decir Leia.

—¡Shh!

—Han, me aplastas —se quejó ella, sus palabras sonaron como si las hubiese dicho entre dientes.

—¿Quieres que me disparen? —contestó Han. Algo se estaba moviendo entre las sombras, avanzando hacia ellos rápidamente. Pasó entre una luz tenue—. Soldados exploradores —masculló Han, sintiendo un nudo en el estómago.

Aquella era la rutina del día: el cuerpo de soldados de asalto registraba los edificios de las calles principales, los soldados exploradores en motojets patrullaban los callejones en busca de fugitivos. Claro, limpio y eficaz.

Y Han tenía unos treinta segundos para encontrar la manera de eliminarlos.

Junto a él, Leia le estaba empujando el hombro.

—Estate quieta —le gruñó, mirando alrededor en busca de inspiración. No había más lugares para cubrirse ni ningún sitio en el que esconderse.

Lo que significaba que tendría que disparar a los imperiales. El problema era que, aunque podía eliminar a uno sin problemas desde donde estaba, el segundo no se iba a quedar esperando que volviera a disparar.

Pero tenía que correr el riesgo.

Desde algún punto cercano, una repentina ráfaga de fuego de bláster desgarró el silencioso aire nocturno. Apretó los dientes, levantó su bláster y lo apuntó al primer soldado explorador.

Tras un último empujón, Leia se escurrió entre las papeleras y él.

—¿Pero qué diantres estás *haciendo*? —le preguntó en voz baja.

—Dame tu bláster —le ordenó, mirando a los soldados exploradores que se aproximaban.

—*Escucha,* Su Excelen…

Sin más palabras, ella alargó la mano y le arrebató el bláster. Han intentó recuperarlo, pero Leia lo esquivó y lo apartó con el codo. Él miró a Luke, pero el chico tenía la vista clavada en los soldados exploradores y la frente arrugada por la concentración. Los lejanos disparos de bláster parecían arreciar y Han vio que los dos soldados se miraban desde sus motojets y aceleraban.

Leia disparó.

Pero no a los dos soldados, sino hacia la parte alta del edificio que quedaba al otro lado del callejón. Han levantó la vista, frunciendo el ceño, y para su sorpresa vio veinte metros de cañería doblada cuatro plantas más arriba. Con un chasquido desgarrador, la cañería se soltó y cayó al callejón. Se estrelló contra el permacreto delante de las motojets y rebotó justo a tiempo para golpear a los dos soldados directamente en las placas faciales.

Cayeron de las motos, uno de espaldas contra el suelo, el otro logró hacer un cuarto de giro antes de unirse a su compañero. Las motojets sin piloto se detuvieron y quedaron flotando. Los soldados exploradores no movían ni un pelo.

—Vamos —dijo Leia, lanzándole el bláster a Han—. ¿En qué puerto espacial has dicho que estáis?

—Greencliff—dijo él, echando un último vistazo a los soldados y la cañería destruida. Algún día tendría que preguntarle a Leia cómo se le había ocurrido *aquello.*

—Bien, vamos —repitió impaciente, agarrándolo por el brazo—. Antes de que echen en falta a esos dos.

—Un segundo —dijo Han, mirando las motojets vacías. Era peligroso, lo sabía… no había duda de que unos civiles en motojets llamarían la atención de cualquier soldado de asalto. Pero el tiempo que ganaban podía ser crucial, como mínimo podían utilizarlas unos cuantos bloques—. ¿Alguna vez has pilotado una de esas? —preguntó, empujándola hacia la moto más cercana.

—No —dijo Leia con cautela—. Han, no creo que…

—No, tiene razón… podemos hacerlo —dijo Luke. Se dirigió a una de las motos y montó con cuidado.

—Vale —dijo Leia, que no estaba del todo convencida—. Pero conduzco yo.

—Has dicho que no la habías conducido antes —le recordó Han.

—¿Y *tú* sí? —contestó ella.

—Bueno, las versiones militares no…

—Pues conduzco yo —concluyó ella—. Además, necesitas la mano del bláster libre, por si encontramos problemas.

Han hizo una mueca. Lógica femenina.

Aunque tenía parte de razón. A pesar de su talento para derribar cañerías, Han seguía siendo mejor tirador, sobre todo en vuelo.

—Por supuesto, Su Adorabilísima —dijo—. Suba.

Montaron en la otra motojet. Leia en el sillín y Han en equilibrio precario sobre la bolsa de material de emergencia de detrás. Le rodeó la cintura con la mano izquierda y notó, íntimamente complacido, que ella se estremecía ligeramente. Aquello podía ser incluso mejor de lo que pensaba.

Tanto Luke como ella tardaron un minuto en descifrar los controles y los primeros veinte metros de trayecto fueron bastante erráticos, mientras intentaban configurar los ajustes del acelerador. Pero después se hicieron con el control y volaron a buena velocidad, sin apartarse de los callejones oscuros. Por fortuna, el resto de patrullas de soldados exploradores no parecían haber llegado tan al norte.

O todos los soldados de asalto de la zona habían encontrado, de repente, cosas más importantes de las que ocuparse que una rebelde fugitiva. El fuego de bláster proveniente del noroeste se había intensificado, con distintos tipos de armas en juego. Se estaba librando una batalla importante, justo donde LaRone les había hecho bajar del camión deslizador.

Pero aunque los soldados de asalto estuviesen en problemas, ya tenían bastante con los suyos, al menos por el momento. Quizá, cuando estuviesen a salvo, a bordo de la Suwantek, podrían volver y averiguar qué estaba pasando.

Habían recorrido tres bloques y Luke y Leia finalmente habían alcanzado un ritmo bastante alto, cuando Han vio por el rabillo del ojo algo que volaba hacia el suroeste, justo sobre los tejados. Levantó la vista…

—¡Alto! —gritó, apretando a Leia por la cintura—. ¡Luke!

—¿Qué pasa? —dijo Leia por encima del hombro al detener la motojet.

—Esa es nuestra nave —le dijo Han, apuntando hacia el punto en que la Suwantek había desaparecido entre el paisaje urbano.

—¿Qué? —preguntó Luke, desconcertado—. ¿Dónde?

—Va hacia el fuego de bláster —dijo Han sombríamente—. Chewie va directo para allí.

—Esto no tiene buena pinta —dijo Luke.

—Claro que no —gruñó Han, sacando su comunicador y activándolo.

Aunque lo desconectó inmediatamente al oír la descarga de electricidad estática que desprendió.

—Las comunicaciones están interferidas —dijo, guardándose el comunicador en el cinturón y señalando el siguiente cruce—. Vamos… por allí. Tenemos que desviarlo.

—De acuerdo —dijo Leia, girando la motojet hacia allí. Luke ya iba camino del cruce.

Han hizo una mueca, agarrándose fuerte a Leia mientras esta daba un giro cerrado y lanzaba la motojet a máxima potencia. LaRone y sus amigos estaban en peligro, de acuerdo… podría apostar el hangar de carga de estribor del *Halcón* a que era así. Y, naturalmente, Chewie acudía al rescate.

Si salían vivos de aquello, se prometió siniestramente, iba a tener una larga conversación con el wookie sobre aquellas cosas. *Muy* larga.

El soldado explorador se levantó del suelo, huyendo a trompicones mientras su bláster lanzaba descargas desafiantes e inútiles contra el AT-ST que se le echaba encima. Mara se agachó junto a su carguero en llamas, parpadeando entre el humo que la rodeaba mientras cruzaba los dedos mentalmente. Los cañones bláster de la mandíbula del AT-ST bajaron para seguir al soldado y por un instante pensó que Caaldra iba a caer en la trampa.

Pero entonces los cañones volvieron a subir y la torreta del cañón ligero lateral giró y abrió fuego. El soldado esquivó las descargas, agachado entre las dos patas del andador, y se lanzó hacia el otro lado. La torreta lateral volvió a girar, sin dejar de abrir fuego. Cuando el explorador fue hacia la izquierda de Mara, fuera del alcance de la torreta, el lanzagranadas del otro lado del AT-ST le disparó.

La granada cayó en el permacreto, destruyó la mitad de las ventanas de un bloque y golpeó la cara de Mara como un martillo aterciopelado. Miró entre el humo, en tensión, pero cuando el aire se aclaró pudo ver al soldado explorador, aún sobre su motojet, desapareciendo tras una esquina por una calle lateral. A salvo, o como mínimo sin heridas de gravedad, y listo a volver para volver a intentarlo.

Los demás soldados de asalto no estaban de brazos cruzados, sino que habían fijado un patrón de fuego rítmico que estaba martilleando con devastadoras ráfagas las junturas, los racimos de sensores y las ventanillas del AT-ST. Pero este estaba diseñado precisamente para aquel tipo de combate y encajaba los disparos con facilidad. Casi parecía que Caaldra disfrutaba de la batalla, sobre todo de su superioridad. En lugar de

acelerar el vehículo, lo que habría abrumado a sus oponentes rápidamente, lo hacía caminar tranquilamente, retando a sus oponentes a que siguieran disparando.

Percibió movimiento a un lado y vio al comandante del escuadrón agachándose junto a ella.

—Le he ordenado que recule —dijo ella.

—Necesitaba consultarle algo —dijo con tensión—. Creemos que hemos encontrado la manera de abatirlo.

—Expliqúese.

—El sistema giroscópico está situado entre la parte inferior del módulo de mando y la plataforma de la pata —dijo el comandante—. Si puedo colocar a mi francotirador en uno de esos edificios de más adelante, podrá realizar un disparo limpio.

Mara miró hacia la calle, más allá de los soldados de asalto que se batían en retirada. Sí, allí había varios edificios que podrían servir.

El problema era que el francotirador solo dispondría de un disparo. Si fallaba, o si el sistema giroscópico era lo bastante resistente para sobrevivir al impacto, Caaldra solo tendría que darle la vuelta al módulo de mando para volar el edificio con el francotirador dentro.

Tanto el comandante como el francotirador eran perfectamente conscientes de ello.

—Que se prepare —ordenó Mara—. Esperemos no tener que utilizarlo.

—Bien —el comandante se preparó para salir corriendo.

Pero antes de poder moverse, algo rugió repentinamente sobre su cabeza, toda la batería de cañones bláster del AT-ST estaba abriendo fuego. Mara se agachó para buscar al intruso. ¿Los rastreadores de Vader se habían decidido por fin a investigar el alboroto que llegaba desde aquella parte de la ciudad?

Pero no se trataba de un transporte militar. De hecho no era ningún vehículo imperial. Era una especie de carguero con los rasgos difuminados por el humo, la oscuridad y su propia velocidad. Mientras miraba, el carguero dio la vuelta y volvió a atacar, ralentizando los repulsores, como si estudiase la inusual escena que tenía a sus pies.

—¡Sáquenlo de ahí! —ordenó Mara.

—Las comunicaciones están interferidas —le recordó el comandante.

—Ya lo sé —le espetó Mara—. Háganle señales… hagan *algo.* Ahí es como un pájaro posado sobre una rama baja.

—Lo intentaré —el comandante se levantó y alzó las manos. En aquel momento se oyó el repiqueteo de fuego de bláster detrás del AT-ST.

Luke llegó a la calle principal y detuvo su motojet tras una esquina. Leia se detuvo detrás de él y Han saltó de la moto, corriendo los últimos dos metros. Asomó la cabeza por la esquina con el bláster a punto.

A menos de medio bloque de distancia había un AT-ST imperial, de espaldas a ellos, caminando pesadamente hacia el sur. Otro bloque más allá, había una especie de nave derribada, probablemente el carguero que habían visto abatir. Entre el humo pudo ver a alguien de pie, que aparentemente ignoraba al andador que se le aproximaba, mientras que más atrás otras figuras difusas parecían estar disparando al AT-ST.

Y dando vueltas sobre sus cabezas, aparentemente con la intención de arremeter contra el AT-ST, estaba Chewbacca en la Suwantek de LaRone.

—Supongo que esto es más serio de lo que pensaba —dijo Leia con tensión.

—No lo dudes —le dijo Han, con la cabeza a mil por hora. Si pudiese advertir de alguna manera a Chewie, si pudiera hacerle volver al puerto espacial. Pero con todas las comunicaciones interferidas…

Miró el AT-ST, el espacio entre el módulo de mando y el ensamblado de las patas. Si las especificaciones técnicas eran correctas, allí era donde estaban todas sus antenas. Incluidas las que se ocupaban de las interferencias.

Merecía la pena probarlo. Apuntó su bláster hacia aquel espacio y abrió fuego.

—Pues háganle señales… hagan *algo* —ordenó la Mano del Emperador—. Ahí es como un pájaro posado sobre una rama baja.

—Lo intentaré —dijo LaRone, levantándose. *No dispares*, suplicó mentalmente mientras movía los brazos intentando llamar la atención de Chewbacca. *Por favor, no dispares.* Con las mejoras que el DSI había instalado en los sistemas de armamento de la Suwantek, probablemente bastaría un solo disparo de los cañones dobles para convertir el AT-ST en chatarra.

Por desgracia, también penetraría en el blindaje protector de las células de energía de alta intensidad y lo convertiría en una bola de fuego que aniquilaría a los soldados de asalto y destruiría la mayoría de edificios de aquel bloque, posiblemente incluso a la propia Suwantek.

Por suerte, Chewbacca parecía ser consciente de ello. Seguía sobrevolando el andador, pero nada parecía indicar que hubiese activado siquiera los cañones láser de la nave. LaRone volvió a agitar los brazos, intentando hacerle recular.

Después, inexplicablemente, la electricidad estática de doble nivel que emitía su comunicador se disipó abruptamente.

—Tenemos comunicaciones —le dijo a la joven que tenía al lado.

—Alguien ha eliminado las interferencias del AT-ST —dijo ella—. Ahora dígale que se aleje.

LaRone asintió, activó su comunicador y tecleó su frecuencia privada.

—Chewbacca, aquí LaRone —dijo, bajando la voz—. Tienes que salir de ahí. Nosotros nos encargamos de esto.

Al parecer no la había bajado lo suficiente.

—¿Conoce al piloto? —le preguntó la Mano del Emperador.

—Está asociado con nosotros —improvisó LaRone—. Le he dicho que vuelva al puerto espacial.

—Bien… no, espere un momento —dijo la joven. Miró fijamente el AT-ST que se aproximaba—. ¿Qué tipo de blindaje tiene esa nave?

—Razonablemente potente —le dijo LaRone, preguntándose inquieto qué se le estaba ocurriendo. Si la Suwantek entraba en combate, ella se daría cuenta de que era una nave de operaciones especiales camuflada. En diez sus amigos y él mismo estarían detenidos, pendientes de interrogatorio. Y una hora más tarde estarían en las garras del DSI.

—Bien, porque va a tener que encajar algunos disparos más —dijo la mujer—. Le explico mi nuevo plan…

—¿Que LaRone quiere que hagas qué? —preguntó Han por su comunicador, mirando la Suwantek mientras trazaba una amplia curva hacia el oeste, como si iniciase su regreso a GreenclifF—. Eso es una locura.

Chewbacca rugió una respuesta.

—Sí, él también está loco —gruñó Han.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Luke.

—¿Quién es LaRone? —añadió Leia.

—No sabemos exactamente quién es LaRone —dijo sombríamente Han—. Y quiere que Chewie haga de señuelo.

—¿De un *AT-ST?*—preguntó Leia, perpleja.

—Tranquila… esa nave es más resistente de lo que parece —dijo Han—. El problema no es ese. El problema es que, sin las interferencias, este lugar se va a llenar de soldados de asalto dentro de muy poco.

—En ese caso, ¿no deberíamos irnos? —preguntó Luke.

—¿Adonde? —le contestó Han—. ¿Volvemos al puerto espacial y fingimos que hemos venido de compras? Esa de ahí arriba es nuestra nave, ¿recuerdas?

—¿*Esa* es nuestra nave? —intervino Leia—. ¿Qué le ha pasado al *Halcón*?

—Se marcha —dijo antes de que Han pudiese responder.

La Suwantek estaba dando media vuelta detrás de los soldados de asalto. Bajó el morro, desvió la potencia a su impulsor y se lanzó directamente contra el AT-ST.

Mara estaba acurrucada en la parte trasera de la motojet, mirando hacia el estrecho callejón que tenía a medio bloque de distancia, cuando oyó el apagado sonido del comunicador del soldado explorador. En silencio, contó los segundos y se sujetó con fuerza a los hombros de él, agachándose…

Cuando su cuenta mental llegó a cero, el explorador aceleró la motojet y salieron a toda velocidad.

Mara entornó los ojos ante el repentino viento que le golpeaba la cara, agarrándose fuerte a los bordes de la placa pectoral del soldado. Más adelante, a la derecha, el AT-ST seguía avanzando, pero no podía verlo porque un edificio se lo tapaba, ni tampoco al

carguero que supuestamente lo seguía en aquel momento. El comandante del escuadrón lo estaba dirigiendo todo y Mara solo podía confiar en que supiera lo que se hacía.

La motojet se estaba acercando al final del callejón. Justo delante vio un borrón, el carguero pasando a toda velocidad y ganando altura. Por encima del rugido de su impulsor, oyó que el AT-ST abría fuego y vio que uno de sus pies acolchados golpeaba el permacreto justo delante de ellos. La motojet salió a toda velocidad.

Y Mara vio que su apuesta había salido bien. Caaldra se había lanzado a por el intruso cuando este pasó sobre su cabeza, tenía los blásters de su mandíbula apuntados tan alto como podía, la torreta del cañón ligero de la izquierda levantada y todos disparando a plena potencia. Era la respuesta lógica ante un atacante grande no identificado. De hecho, era lo mismo que había hecho Caaldra la primera vez que el carguero lo había sobrevolado.

Lo que parecía haber olvidado era que, con todas sus armas apuntando al cielo, dejaba desprotegido el terreno que quedaba bajo él. Con una habilidad exquisita, el soldado explorador lanzó su motojet justo hacia la trayectoria del AT-ST, pocos centímetros por delante de su siguiente paso.

Cuando pasaron delante del andador, Mara saltó.

Sus manos extendidas se agarraron a la base de los blásters de la mandíbula, frente al bastidor, y su inercia la hizo balancearse alrededor de las armas y aterrizar en el precario punto de apoyo del propio bastidor. Se empujó contra él y volvió a saltar, esta vez hasta la parte superior del módulo de mando.

Agarrándose con una mano al pasamano de la escotilla de entrada para no perder el equilibrio, sacó su espada de luz, la encendió e hizo un corte lateral en el fuerte blindaje, seccionando los asientos dobles de la cabina.

No pasó nada.

Siguió un instante arrodillada sobre la escotilla, con la mente en blanco, mientras el andador seguía caminando. No era posible… la cabina de un AT-ST era casi tan estrecha como la de un caza TIE. Tenía que haber atravesado al piloto.

Siempre que hubiera.

Y entonces lo entendió todo. Maldijo entre dientes, caminó hasta el enrejado del sistema de refrigeración de la cabina y clavó su filo en el mecanismo de bloqueo de la escotilla de entrada. Apagó el arma y abrió la escotilla.

La cabina estaba vacía.

Se deslizó con los pies por delante por la estrecha abertura y maniobró en aquel escaso espacio hasta llegar al asiento del piloto. Las secciones de orientación automática y el modo centinela del tablero de control brillaban en verde intenso; frunció el ceño y los desactivó. El pesado avance se detuvo y el AT-ST finalmente paró, con los cañones blásters bajando a su posición de apagado.

Se quedó un momento sentada donde estaba, mirando enfurecida los controles y sintiéndose una completa estúpida. La computadora de un AT-ST podía maniobrar con facilidad en el terreno sencillo de las calles de una ciudad y su modo centinela era capaz

de apuntar y disparar a cualquiera que se acercase lo suficiente sin un transpondedor con el código adecuado. Lo único que Caaldra había tenido que hacer había sido colocar la máquina en la dirección correcta, asegurarse de que caminaba lo bastante lentamente para que Mara creyera que tenía alguna posibilidad de detenerla y marcharse.

El Emperador se iba a cabrear. Vader no iba a permitir que aquello se olvidase jamás.

Respiró hondo, intentando alejar aquellos pensamientos de su cabeza. Ninguno de los dos debía enterarse de su fracaso, porque todavía no era definitivo. La computadora del AT-ST podía ser lo bastante competente para maniobrar en una calle, pero no era lo bastante sofisticada para salir sola del socavón que Caaldra había hecho en el hangar de carga en el que estaba la *Vía Happer.* Aquello significaba que Caaldra aún estaba dentro, que había estado en el puerto espacial de Greencliff y que no podía andar muy lejos. Además, sabía adonde iba.

Solo tenía que llegar antes que él.

La oleada de órdenes e informes que llegaron repentinamente por la frecuencia de comunicación general fueron el primer indicio que tuvo LaRone de que los rastreadores imperiales de la zona finalmente respondían. Pero ni siquiera él estaba preparado para la rapidez con que la calle empezó a llenarse de soldados de asalto. La mayoría de ellos fueron hacia el AT-ST inmóvil, otros se dirigieron hacia la Suwantek, que había aterrizado en plena calle, un bloque más al norte, con el morro apuntando al AT-ST y el flanco izquierdo rozando la hilera de edificios.

Algunos otros, demasiados, fueron directamente hacia LaRone y sus compañeros.

Un comandante de grupo se adelantó de este último escuadrón, mirándolos uno a uno, hasta que se detuvo en LaRone.

—Tú —dijo bruscamente—. Identifícate y explícate.

—El AT-ST fue robado y estaba fuera de control —dijo LaRone, señalándolo—. Mi escuadrón recibió órdenes de intentar abatirlo.

—¿Órdenes de quién? —preguntó el comandante de grupo.

—Mías —dijo una voz sobre ellos.

LaRone levantó la vista y vio a la Mano del Emperador bajando hábilmente por un lado del AT-ST, con la espada de luz guardada discretamente en el cinturón.

—¿Y quién es usted? —preguntó ásperamente el comandante de grupo.

—Una agente imperial —dijo la joven mientras bajaba los últimos tres metros hasta el permacreto—. Código de reconocimiento Hapspir Barrini.

El comandante de grupo pareció enderezarse.

—Sí, señora —dijo en un tono repentinamente formal—. Lord Vader nos informó de su presencia en Ciudad Makrin —señaló a LaRone—. ¿Estos hombres están con usted?

—De momento sí —dijo ella—. ¿Por qué?

—Necesito la designación de su unidad para mi informe.

—No conozco su designación —dijo la Mano—. Ni me importa —señaló a LaRone—. Dele las gracias al piloto del carguero y dígale que puede regresar al puerto espacial. ¿Explorador, esa cosa sigue operativa?

—Sí, señora, siempre que no tenga que hacer nada demasiado complicado —le aseguró Brightwater.

—Pues prepárela para volar —dijo ella—. Los demás, vuelvan a su camión deslizador.

—Un momento, señora —dijo el comandante de grupo, un poco aturullado. Se rumoreaba que Vader era muy riguroso con los procedimientos y aquello no era nada riguroso—. Debemos registrar el carguero antes de que se marche.

—Pueden registrarlo en el puerto espacial —le dijo la Mano del Emperador—. No lo quiero ahí, bloqueando la calle.

—Señora…

—Es una orden, comandante de grupo —atajó la protesta y miró a LaRone—. ¿Comandante?

—Sí, señora —dijo LaRone, que empezaba a preocuparse, mientras activaba la frecuencia privada de su comunicador. La Mano no se había dado cuenta porque en aquel momento estaba en la cabina del AT-ST pero cuando Chewbacca había aterrizado la Suwantek en el permacreto, había bajado la rampa de babor frente a la entrada del callejón contra el que la nave estaba ahora apretada. Desde donde estaba, no había podido ver si había subido alguien a bordo, pero la ubicación que había buscado el wookie era demasiado exacta para ser puramente accidental. Casi con total seguridad, Solo y Luke ya estaban a bordo, y muy probablemente también su amiga.

Y si los rastreadores de la 501 los encontraban…

Pero no podía hacer otra cosa que obedecer las órdenes.

—Piloto, puede volver al puerto espacial de GreenclifF —dijo, intentando sonar autoritario y relajado—. Gracias por su ayuda.

Se tensó, preguntándose si la respuesta en forma de rugido del wookie sería lo bastante larga para que los demás la oyeran a través de su casco. Pero…

—Recibido —dijo la voz de Solo—. Puede llamarnos cuando quiera… siempre es un placer echarles una mano.

Con un ligero titubeo, la Suwantek despegó del permacreto, rotó 180 grados y fue de vuelta hacia el puerto espacial.

—Dice que ha sido un placer ayudarnos —le transmitió La-Rone.

—Bien —dijo la Mano del Emperador—. Ahora suban al camión.

—*Después* de identificar su unidad —dijo el comandante de grupo, dando un paso para colocarse entre LaRone y su camión. Cambió los brazos de posición, pasando su E-11 de posición de descanso, cruzado frente al pecho, a posición de disparo desde la cadera, apuntando a LaRone.

LaRone hizo una mueca.

«Aquí termina todo» pensó fugazmente. «No en una batalla gloriosa contra algún enemigo del Imperio, sino en una situación ridicula.»

Y todo porque había visto un vehículo aéreo cayendo y había decidido intentar echar un mano.

Entonces, para su asombro, la Mano del Emperador se colocó entre el bláster que le apuntaba y él.

—Están conmigo —dijo en un tono tranquilo pero gélido como permaescarcha—. Su deber es acompañarme, su designación de unidad es la de ayudantes míos, el permiso se lo do*y yo.* ¿Alguna pregunta más?

—Señora…

—Repito, ¿alguna pregunta más?

La placa pectoral del comandante de grupo se movió cuando este respiró hondo.

—No, señora —dijo, volviendo a colocar el bláster en posición de descanso.

—Bien —dijo la mujer—. Lord Vader me dijo que no interfiriera en sus asuntos. Será mejor que sigan con ellos.

—Sí, señora —tras echar una última mirada a LaRone, el comandante se dio la vuelta y se marchó.

La joven lo observó durante los primeros pasos, después se giró hacia LaRone.

—Al camión —dijo ásperamente—. Primera parada: el puerto espacial.

Al cabo de un minuto iban hacia el norte, con LaRone a los controles.

—¿A qué punto exacto del puerto espacial, señora? —preguntó.

—Un carguero llamado *Vía Happer* —dijo—. De ahí salió el AT-ST.

—¿Cree que el ladrón ha vuelto allí?

—Es posible, aunque lo dudo —dijo—. Lo que quiero, básicamente, es inutilizarla para que *no pueda* escapar. También tengo que recoger algunas cosas que dejé a bordo.

LaRone frunció el ceño. *¿Ella* se había dejado cosas a bordo de la nave del ladrón?

—Entendido —dijo, deseando entender algo realmente.

—Y después —añadió la mujer—, iremos al palacio del gobernador.

LaRone sintió que se le tensaban los músculos.

—¿El palacio? —preguntó con cautela.

—Sí —dijo ella—. ¿Algún problema?

LaRone miró de reojo a Marcross, que estaba sentado junto a él. Incluso a través de la armadura pudo notar la rigidez poco natural de su compañero.

—No, señora —dijo LaRone—. Mi unidad está a su completa disposición.

—Sí —dijo ella suavemente—. Lo sé.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Resultó que Caaldra no había regresado a la *Vía Happer* en ausencia de Mara. De todas maneras, no podía saberlo antes de entrar y no debía asumir riesgos innecesarios. Se hizo acompañar por cuatro de los soldados de asalto, enviándolos por parejas a registrar el carguero, y dejó al soldado explorador haciendo guardia fuera.

Su mochila seguía exactamente donde la había dejado, aparentemente intacta. Solo aparentemente. Caaldra no había tocado gran parte del material, pero parecía haber dedicado una hora a manipular sus granadas y el pequeño bláster de mano. Los dejó allí y se puso otra vez el traje de combate negro, añadiendo esta vez la capa y las mangas para protegerse mejor de las miradas curiosas, los sensores y las bajas temperaturas del exterior. Se sujetó el bláster K-14 a la cintura, guardó la espada de luz en el cinturón y salió de la nave.

Diez minutos después, volvían a estar en la carretera, dirigiéndose hacia el oeste, al palacio, por una calle arbolada y desierta.

—¿Saben adonde vamos? —preguntó Mara desde el asiento trasero. Había insistido en organizar los asientos de aquella manera cuando los reensamblaron para el trayecto: ella sola detrás y los soldados de asalto sentados de dos en dos en las filas que tenía delante. Como siempre, el explorador iba delante en su motojet.

—Tenemos fijado un mapa —confirmó el comandante del escuadrón desde el asiento del piloto, señalando el monitor—. Nos indica la mejor ruta.

—Excelente —dijo. Sacó su espada de luz y dejó la empuñadura en el asiento que tenía delante, apuntando hacia delante—. Aún tenemos algunos minutos, así que cuéntenme su historia.

Uno de los soldados de asalto en el asiento de delante giró levemente la cabeza.

—¿Perdone? —preguntó. Su hombro derecho se movió ligeramente, delatando un movimiento de la mano hacia su E-11 enfundado.

Con un suspiro, Mara activó su espada de luz.

El filo magenta cobró vida con un zumbido, extendiéndose por el centro del camión entre dos cascos blancos.

—Dejen sus armas donde están —les advirtió, por si tener el filo de una espada de luz a treinta centímetros del cuello no resultaba suficientemente convincente—. Empezaremos con sus números de operación, la designación de su unidad y su misión actual. Todas las cosas que con tanto empeño le han ocultado antes al comandante de grupo.

Cuatro cascos se giraron cuando los soldados de asalto intercambiaron miradas por encima del filo de su espada.

—¿Son tímidos? —siguió en tono desenfadado—. Dejen que yo empiece. Ustedes y su carguero, *su* carguero, no el de un supuesto amigo ni socio, estuvieron en Gepparin después del ataque de la *Represalia* contra la base de los Cicatriz de Sangre. Los vi

aterrizar en la última plataforma intacta cuando despegué del refugio de emergencia del comodoro. ¿Les suena?

—Sí, señora, nos suena—dijo el comandante del escuadrón, con la voz tensa—. Pero no participamos en el ataque.

—Eso ya lo sé —dijo Mara—. De haberlo hecho, me habrían atacado cuando escapé. Pero ¿qué hacían allí?

—Estábamos buscando a los Cicatriz de Sangre —dijo el comandante—. Teníamos pruebas de que estaban reuniendo a otras organizaciones criminales del sector en una única y gran organización pirata. Fuimos a Gepparin con la intención de descubrir quién financiaba la operación.

—¿Y lo descubrieron?

Su casco giró al mirar de reojo a su compañero de asiento.

—Sí, creemos que sí.

—Bien —dijo ella—. Porque yo también. ¿Bajo qué autoridad operan?

—En realidad no… —su voz se apagó.

—No se preocupen, pueden contármelo —le tranquilizó Mara—, mi rango es casi el más alto posible, aunque no aparezco en ningún registro oficial —arqueó las cejas—. Supongo que *ustedes* tampoco están en ningún registro oficial, ¿no es así?

—No, no lo estamos —confirmó el comandante.

—¿Y cuál es la designación de su unidad?

Él volvió a dudar.

—Básicamente, se nos conoce como Mano del Juicio.

Mara arqueó una ceja.

—Suena demasiado poético para un comando de soldados de asalto —comentó—. Y aún *más* para el DSI.

—En realidad lo elegimos nosotros —intervino uno de los soldados.

—Y no estamos autorizados a revelar nada más —prosiguió el comandante—. Lo siento.

Mara frunció los labios. Podía presionarlos, por supuesto. Pero con el gobernador Choard posiblemente alertado de su presencia, sería difícil y peligroso intentar colarse en el palacio sola. Aquellos Mano del Juicio no la habían atacado cuando se marchó de Gepparin y, de hecho, habían acudido en su ayuda cuando el AT-ST de Caaldra la abatió.

Y con Vader y la 501 completamente centrados en buscar a Leia Organa, aquella era la ayuda más fiable que podría encontrar en Ciudad Makrin. Razón más que suficiente para desembarazarse de aquel entrometido comandante de grupo.

—Como quieran —dijo—. Pero sea cual sea su habitual cadena de mando, si es que la tienen, durante las próximas dos horas trabajan para mí. ¿Entendido?

—Sí, señora —dijo el comandante.

—Bien —dijo Mara. Apagó la espada de luz y se la guardó en el cinturón—. ¿Cuáles son sus números de operación?

—Normalmente solo usamos nombres —dijo el comandante—. Es… más corto. Más rápido en combate.

Siempre había opinado lo mismo. Pero al Mando de los Soldados de Asalto siempre le había gustado su sofisticado sistema de números.

—Pues sus nombres.

—Yo soy LaRone —el comandante señaló hacia la derecha—. Este es Marcross. Detrás de él está Grave y a mi espalda, Quiller. Nuestro soldado explorador es Brightwater.

—Llámenme Jade—les dijo ella, proyectándose con la Fuerza. Nunca había oído hablar de una unidad de soldados de asalto que vagase por el Imperio sin una cadena de mando asociada. Pero podía tratarse de algo organizado personalmente por el Emperador. De ser así, podrían reconocer su nombre.

Pero no se produjo ninguna reacción perceptible. Al parecer el Emperador había preferido mantener sus respectivos secretos.

—Señora —dijo Grave.

—Jade.

—Jade —corrigió el soldado—. ¿Puedo preguntar cuál es el plan a partir del momento que lleguemos al palacio?

—El plan es que yo me introduzca en el interior y ustedes me ayuden a hacerlo —dijo—. Es todo lo que necesitan saber.

—Sí, señora —dijo Grave.

—Y prepárense para encontrar cierta oposición —añadió—. Estoy segura que así será.

En el asiento delantero, Marcross miró de reojo a LaRone.

—Tranquila —dijo en un tono sombrío—. Estamos preparados.

La fiesta organizada apresuradamente por el gobernador Choard en la sala de baile de la planta baja había tenido demasiado ocupado a Disra aquella noche. Pero los invitados estaban empezando a desfilar y finalmente pudo escabullirse a su despacho. Encendió la luz, cerró la puerta y fue hacia su escritorio.

Dio tres pasos hasta que se dio cuenta repentinamente de que tenía visita.

—¿Por qué no contestas a tu comunicador? —preguntó Caaldra, levantando la vista de la computadora de Disra.

Este sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Qué demonios estaba haciendo Caaldra con su computadora?

—El gobernador ha organizado una fiesta esta noche —logró decir—. Debía mantener las apariencias.

—¿Una fiesta? —repitió Caaldra—. ¿Una *fiesta*? ¿Ahora?

— Eso es exactamente lo que tienes que hacer cuando tienes la ciudad plagada de soldados de asalto para tranquilizar a la gente del escalafón más alto —dijo Disra. Las rodillas le chasquearon al avanzar tranquilamente hacia el escritorio. Debajo de la silla tenía un bláster de mano escondido—. ¿Qué estás haciendo *tú* aquí?

La cara de Caaldra se retorció en una especie de sonrisa y por primera vez Disra percibió el dolor rígidamente controlado en los ojos de su interlocutor.

—Traerte tus AT-ST, por supuesto.

—¿Me refiero a qué haces aquí, en mi despacho? —aclaró, acercándose al escritorio. Desde su nueva posición, pudo ver la manga izquierda de Caaldra hecha jirones y el vendaje burdo que llevaba en el antebrazo—. ¿Qué te ha pasado?

—Un pequeño accidente —dijo Caaldra, levantando levemente el brazo—. Tuve que volar la bodega del carguero —torció los labios—. Supongo que tampoco te has enterado de nada.

—No he sabido nada de ti desde que me sacaste de la recepción para conseguirte permiso para aterrizar en palacio —dijo Disra entre dientes. En aquel momento le había parecido más importante dejarse ver en la estúpida fiesta de Choard que supervisar la inesperada llegada de Caaldra. Se dio cuenta de que se había equivocado—. Explícame los detalles.

—Para empezar, nuestra agente imperial logró, de alguna manera, salir de allí—dijo Caaldra—. Está en Ciudad Makrin.

Un escalofrío recorrió la espalda de Disra.

—Dijiste que habías manipulado la última nave operativa que quedaba en Gepparin.

—Parece que no fue suficiente —dijo Caaldra—. Diez minutos después de que yo aterrizase en GreenclifF, aterrizó ella a tres plataformas de distancia.

—¿Quieres decir que te ha *seguido* hasta aquí?

Caaldra ladeó la cabeza.

—Ojalá haya tenido tanta suerte.

Disra gruñó.

—Tienes un concepto extraño de la suerte.

—No, pero dispongo de ciertos datos nuevos —dijo Caaldra—. En el viaje desde Gepparin pude contactar con uno de mis contactos de la tripulación de la *Represalia*. Es muy probable que el ataque de Ozzel contra la base de los Cicatriz de Sangre no tuviese nada que ver con nosotros.

—Pensaba que ahora los imperiales dejaban en paz a los piratas.

—Y lo hacen, excepto cuando una operación puede encubrir oportunamente otras cosas —dijo sombríamente Caaldra—. Gran parte de esto son habladurías no contrastadas, pero parece que nuestra agente imperial podría haber encontrado algo que no debía en los archivos de la *Represalia* y que Ozzel la habría seguido hasta Gepparin para cerrarle la boca definitivamente.

—Bromeas —dijo Disra, mirándole fijamente—. ¿Qué *encontró*?

—Oficialmente, un asunto relacionado con una operación secreta del DSI a la que enviaron a algunos de los soldados de asalto de la *Represalia* —Caaldra arqueó una ceja—. Extraoficialmente, se rumorea que esos soldados de asalto no están en ninguna misión, sino que asesinaron a un oficial del DSI y desertaron.

Disra quedó boquiabierto.

—Imposible —insistió—. Los soldados de asalto no desertan. Nunca.

—Hasta ahora —apuntó Caaldra—. ¿Quién sabe? La putrefacción emana de las altas esferas y el Centro Imperial últimamente está particularmente podrido —hizo un gesto con la mano—. De ahí nuestra apuesta por la independencia, ¿recuerdas?

—Sí, gracias, *algo* recuerdo —dijo Disra mordazmente, la cabeza le bullía. Pero si la agente no iba tras ellos—. Un momento. ¿Cuántos soldados de asalto se supone que han desertado?

—Bravo —dijo Caaldra, inclinando la cabeza—. Cinco. El mismo número que aparece en los informes de Ranklinge sobre la caída de Cav'Saran.

Considerablemente menos de los tres escuadrones que la banda de motoristas Bargleg aseguraba que les habían atacado en Drunost, recordó Disra. ¿Pero desde cuándo se podía confiar en la veracidad de una banda de motoristas?

—¿Son esa unidad suelta de soldados de asalto que vaga por Shelsha?

—Los llamados Mano del Juicio —dijo Caaldra—. Todo bastante irónico, la verdad. Nos hemos estado preocupando por una agente imperial y su escuadrón privado de soldados de asalto, cuando, de hecho, si se los encontrase probablemente los ejecutaría en el acto a los cinco.

—Me reconforta saberlo —dijo Disra—. Si no estuviese fisgando en nuestros asuntos.

Caaldra negó con la cabeza.

—Te desvías de la cuestión. Eran los *soldados de asalto* los que buscaban a los Cicatriz de Sangre, no ella. No tenemos ningún motivo para creer que nos haya relacionado con los Cicatriz.

Disra reflexionó sobre aquello. Parecía razonable.

—Pero dices que te ha seguido hasta aquí.

—Lo único que sabe es que estaba con el comodoro en Gepparin —dijo Caaldra—. Supongo que por eso el idiota del controlador de la *Ejecutor* no me dejó aterrizar en el palacio.

Disra exhaló aliviado. Parecía que la agente no iba tras ellos. Todo aquello había sido una enorme coincidencia que Caaldra y él habían malinterpretado.

—Entonces estamos a salvo —dijo.

—Probablemente —dijo Caaldra—. Aunque es posible que encontrase algo entre las ruinas de Gepparin que nos inculpe. Debemos estar preparados, por si acaso.

Disra tembló. Por supuesto. Porque si la agente aparecía antes de que pudiera entregarle aquellos registros a Vader, podía acabar muy mal.

—¿Alguna idea de cuándo aparecerá? —preguntó.

Caaldra se encogió de hombros.

—Le dejé una pequeña distracción, pero puedo saber cuánto tiempo la habrá mantenido ocupada —señaló la computadora—. He elevado el nivel de seguridad de vuestras defensas antiintrusos externas, pero no puedo reconfigurar la estructura de la guardia sin autorización.

—Yo sí —dijo Disra, haciéndole un gesto para que se apartase—. ¿Será suficiente para detenerla?

—No si está de caza —dijo Caaldra, levantándose de la silla y echándose a un lado—. Y eso significa que debemos hacer nuestra maniobra final —arqueó las cejas—. Y debe ser *ya*.

Disra lo miró boquiabierto.

—¿Te has vuelto *loco?* ¿Declarar la independencia con Vader y los Quinientos uno aquí, en la ciudad?

—Si lo hacemos bien, tendrán asuntos más importantes de qué ocuparse que tú o yo —dijo Caaldra—. Ya he ordenado a los grupos de piratas y saqueadores que se coloquen en posición. Solo tienes que dar la orden.

Y en cuestión de minutos u horas el sector Shelsha quedaría envuelto en fuego, guerra y muerte. Los piratas atacarían y destruirían las guarniciones imperiales; los saqueadores tomarían plantas militares cruciales; y las bandas de motoristas y los topos bien ubicados se harían con el poder en las grandes ciudades y detendrían a los principales oficiales imperiales. La declaración de independencia sería un hecho y el Centro Imperial se vería obligado a reaccionar.

Ya no habría vuelta atrás.

—Puedo hacer unas cuantas llamadas —dijo Disra, activando el panel de comunicaciones—. Pero me llevará tiempo. Debes asegurarte de que la agente no entre hasta que haya terminado.

—Lo haré —confirmó sombríamente Caaldra—. Tú ocúpate de lo tuyo —se dio la vuelta y fue hacia la puerta secreta.

Disra lo miró marcharse, deseando sacar el bláster que tenía escondido y matarlo. Pero no se atrevió. Aún tenía que buscar aquellos registros y llevárselos a Vader, y no se hacía muchas ilusiones respecto a la capacidad de los guardias de palacio de impedir que la agente imperial llegase hasta allí. Solo Caaldra podría.

—Por cierto —le dijo—. ¿Alguien sabe dónde están ahora esos Mano del Juicio?

Caaldra negó con la cabeza.

—Por ahí, comportándose como cruzados de la esperanza y la gloria, sin duda —dijo—. No te preocupes. Cuando perdimos Gepparin, con ella se perdió su última esperanza de relacionarnos con los Cicatriz de Sangre —abrió la puerta y se adentró en el laberinto de pasadizos secretos.

—Esperemos que así sea —mascculló entre dientes Disra, mientras se giraba hacia su escritorio y encendía el panel de comunicaciones. Aquella noche no iba a enviar ningún mensaje a los piratas. No desde *aquel* palacio. No si podía evitarlo.

Tecleó en la computadora y volvió a sus archivos de registros. A Caaldra le había parecido irónico. No podía imaginar cuánto. Disra llevaba casi dos años manipulándolo, haciéndole pasar por aros que solo él veía. Ahora, sin embargo, su vida y su futuro dependían por completo de la habilidad de Caaldra para interceptar y eliminar a una agente imperial.

Solo esperaba que aquel tipo fuese tan bueno como decía.

Aún estaban a cinco bloques del recinto del palacio cuando LaRone empezó a ver centinelas de paisano.

—En realidad, creo que había otro más atrás —dijo Grave cuando LaRone lo comentó—. Un par de bloques antes. Es complicado decirlo… iba vestido como un camello de mala muerte.

—Sí, era un centinela —confirmó Jade desde el asiento trasero—. Pude verlo en sus ojos.

—¿Los gobernadores imperiales suelen tener pantallas de guardias tan amplias? —preguntó Quiller.

—Normalmente no —dijo Jade—. Parece que alguien en palacio no tiene la conciencia completamente tranquila.

—¿Y qué hacemos con ellos? —preguntó Grave cuando pasaron junto a otro de aquellos silenciosos vigías.

—Nada —dijo Jade—. Solo ven son unos cuantos soldados de asalto más en una ciudad abarrotada de ellos. Dudo que se molesten siquiera en alertar a nadie.

—Necesitaremos algo más que la armadura para entrar por la puerta principal —advirtió Quiller.

—Afortunadamente no entraremos por ella —dijo Jade—. El gobernador se hizo construir una auténtica mansión, con mucho terreno e infinidad de recovecos y escondrijos. Encontraremos la manera de entrar.

—Pero es probable que la pared perimetral esté controlada en seis puntos desde el Centro Imperial —advirtió Grave.

—Incluso siete u ocho —coincidió Jade—. No se preocupen… tengo cierta experiencia con esas cosas.

Marcross se estremeció junto a LaRone.

—Hay otro camino —dijo en voz baja—. Podemos usar la salida de emergencia del gobernador.

LaRone lo miró, sorprendido.

—¿Tiene una salida de emergencia?

—Como todos los gobernadores y moff —dijo Jade con cierto desdén—. ¿Cómo lo sabe, Marcross?

—Me crié en Ciudad Makrin —dijo este—. Era amigo del hijo de Choard, Crayg, de adolescente. La salida está en el sector noreste de la pared, al borde del distrito Farfarn, uno de los barrios obreros de la ciudad. Hay una puerta.

—¿Y Choard os dejaba entrar y salir por ella? —preguntó Quiller.

—No creo que lo supiera —dijo Marcross—. Está bastante alejada de la seguridad de la puerta principal, al borde de una de las zonas ajardinadas. Estanques, fuentes y árboles, con muchos adoquines, para no dejar huellas. Crayg solía escabullirse por ella de noche para ir a los clubes y las cantinas.

—¿Cómo falsificabais las placas de identificación? —preguntó Jade.

—No habían —dijo Marcross—. Creo que Choard temía tanto que sus propios guardias se le rebelasen como a cualquiera del exterior. No quería que nadie en palacio supiera de la existencia de esa salida. Pero se necesita una *llave maestra* para abrirla.

—Eso no es problema —le aseguró Jade—. Vayamos a echarle un vistazo.

La placa pectoral de Marcross se expandió ligeramente cuando respiró hondo.

—Gira a la derecha en la siguiente esquina.

Sus indicaciones los sacaron de la carretera principal y los llevaron hacia una zona ligeramente pantanosa atravesada por riachuelos sinuosos. Las calles se hicieron estrechas y reviradas mientras cruzaban y seguían el curso de los riachuelos, y LaRone se dio cuenta de que la mayoría de casas estaban construidas un metro por encima del suelo. Al parecer las inundaciones eran un problema frecuente por allí.

—Allí —dijo Marcross, señalando hacia delante—. Donde la pared se comba un poco hacia fuera y llega casi a la calle.

LaRone levantó el pie del acelerador, dejando que el camión deslizador se detuviera mientras miraba el punto que iluminaban sus focos.

—No parece muy segura —comentó con recelo Quiller—. Si sus enemigos son lo bastante listos para controlar todo el perímetro del recinto, caerá directamente en sus garras.

—Se supone que hay un caza pesado con armamento de largo alcance preparado y escondido en aquella casa de allí —dijo Marcross, señalando una casa desvencijada al otro lado de la calle—. También se supone que, entre el muro y la casa, hay un túnel con un campo de fuerza activable que ofrece acceso seguro. Aunque nunca lo he visto con mis propios ojos.

—¿Y qué pasa con la llave maestra? —preguntó Grave.

—No la necesitaremos —dijo Jade—. No vamos a entrar por ahí. Siga conduciendo, LaRone… ya le diré dónde parar.

—Si no vamos a usar esa puerta, ¿por qué me ha hecho enseñársela? —preguntó Marcross mientras LaRone arrancaba.

—Cuidado con su tono, soldado de asalto —le advirtió Jade—. No vamos a entrar por ahí porque esa será la puerta que usarán los conspiradores y no quiero cruzármelos hasta que estemos preparados. Allí… entre los dos árboles. Pare allí.

LaRone detuvo el camión deslizador.

—Bajen todos —ordenó Jade, abriendo su puerta—. Creen un perímetro de seguridad.

Caminó hasta la pared con la espada de luz en la mano. LaRone había colocado a los demás en formación de guardia-caja cuando Brightwater giró su motojet y se detuvo tras ellos.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

—No estoy seguro —reconoció LaRone, mirando a Jade de reojo. Estaba apoyada contra la pared, con las manos y una oreja apretadas contra la piedra fría. Se movía de forma lenta y metódica por la superficie en una cuadrícula de búsqueda horizontal y vertical—. Vamos a entrar, pero no estoy muy seguro de cómo.

—Discretamente y sin sufrir bajas —dijo Jade, apartándose de la pared—. ¿Han oído hablar alguna vez del gas cryseefa?

—Es un veneno ácido —dijo Brightwater—. Altamente corrosivo y letal para la mayoría de especies que necesitan oxígeno.

—Muy bien —Jade dio unos golpecitos en una parte de la pared—. Aquí hay un bote de cryseefa comprimido. *Y* aquí —indicó otro punto—. Y aquí. Y aquí.

—Colocados para matar a cualquiera que intente atravesar el muro —murmuró LaRone mientras le recorría un escalofrío de repulsión.

—Y a todo aquel a un radio de cincuenta metros —dijo Jade—. Un arma sencilla y muy poco selectiva.

—¿Y cómo puede saber dónde están los botes? —preguntó Grave.

—Las paredes como estas almacenan mucho calor durante el día —explicó Jade mientras sacaba su espada de luz. El filo magenta cobró vida con un zumbido—. La piedra y el metal hacen ruidos distintos al contraerse cuando se enfrían. Será mejor que se aparten.

Ninguno de los soldados de asalto se movió. Levantó la espada horizontalmente y apoyó suavemente la punta del filo sobre la piedra. Durante unos segundos siguió empujándola hacia dentro, después cambio la dirección hacia un lado, tallando con cuidado un círculo. Terminó el círculo y apagó la espada de luz.

—¿Quiere que lo arranquemos? —preguntó LaRone.

—No será necesario —levantó una mano hacia él e inhaló lentamente.

El tapón cilindrico que había tallado salió hacia el exterior de la pared con el apagado chirrido de piedra rozando con piedra. Marcross dio un paso adelante y lo cogió cuando cayó. Tras hacerle un gesto de agradecimiento, Jade volvió a encender su espada de luz y pasó al siguiente bote.

Cinco minutos después tenían seis cilindros de piedra en el suelo.

—¿Es todo? —murmuró LaRone.

—Es todo lo que debía preocuparnos —dijo, dándose la vuelta para mirarlos—. Ahora deben entenderme bien. Cuando crucemos esa pared entraremos en territorio enemigo. Si pueden progresar sin matar a ningún guardia, fantástico. Pero si tienen que matar a alguno, no duden ni un segundo.

—Entendido —dijo LaRone por todos.

Un minuto después, Jade había tallado una abertura lo bastante grande en las partes seguras de la pared. Al otro lado, LaRone pudo ver algunas de las zonas ajardinadas que Marcross les había descrito antes.

—¿Comandante? —le dijo Jade mientras apagaba la espada de luz—. Despliegue sus tropas.

LaRone asintió.

—Brightwater, tú irás a la puerta principal —ordenó—. Quiero saber qué aspecto tiene su seguridad, además de cuántos hombres tendrán disponibles cuando salte la liebre. Grave, Qui-11er: vosotros a los flancos. Marcross, tú delante. Acompañaréis a Jade hasta la entrada que os parezca mejor y la ayudaréis a entrar. Yo me ocupo de la retaguardia. Nos reunimos en cuanto Marcross nos meta dentro y volvemos a formarnos para una incursión discreta. Grave, échale una mano a Brightwater con la motojet.

Brightwater llevó la moto hasta la pared y la hizo pasar por la abertura con la ayuda de Grave. El explorador montó, la arrancó y se dirigió hacia la izquierda para cubrirse con la vegetación del jardín. Grave y Quiller fueron los siguientes, desviándose a izquierda y derecha, y Marcross fue tras ellos. LaRone dio un paso…

—Un momento, comandante —murmuró Jade, tocándole el brazo—. El principio de sensatez dicta que el segundo oficial conozca los detalles de la misión.

—Sí, señora —dijo LaRone, sintiendo que se le aceleraba ligeramente el pulso.

—Nuestro objetivo es el gobernador Choard —dijo ella—. Ha cometido alta traición, por conspirar con piratas que asaltan transportes imperiales y por enviar la *Represalia* hasta Gepparin para matarme. Crímenes que le hacen merecedor de la pena de muerte.

—Entendido —dijo LaRone, que sintió una extraña sensación de irrealidad que le envolvía como arena fina del desierto. Una cosa era estar sentado en el espacio o en un escondrijo de piratas debatiendo sobre prejuicios, deberes y principios morales, y otra muy distinta estar frente al palacio de un gobernador imperial planteándose su ejecución a sangre fría.

—Pues en marcha —dijo Jade. Se pasó la espada de luz a la mano izquierda, sacó su bláster con la derecha y entró por la abertura.

Para defender al Imperio y sus ciudadanos… LaRone se aseguró de que el seguro de su E-11 estaba quitado y la atravesó tras ella.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Parecía que al gobernador Choard le gustaban los jardines agrestes y naturales. Una vez cruzada la pared y un estrecho arroyo que corría paralelo a ella, se toparon con una amplia zona de árboles, arbustos apiñados y juncos, con un suelo compuesto básicamente de adoquines intercalados con láminas de corteza de árbol.

Extrañamente, durante los primeros minutos pareció que el enemigo no se había cerciorado de su entrada. Mara no vio ni oyó a nadie mientras avanzaban entre los árboles, ni tampoco percibió ningún incremento repentino en el nivel de alerta alrededor de ellos.

La zona boscosa ocupaba unos treinta metros y daba paso abruptamente a una amplia zona de césped, al otro lado de la cual pudieron ver una doble hilera de cómodas tumbonas colocadas cerca de la pared del palacio.

—Es el campo de juego —dijo Marcross, señalando el césped—. La puerta de detrás de las sillas da a la cocina auxiliar, donde se preparan refrescos para los jugadores y espectadores. —¿Qué hay después de la cocina auxiliar?

—La cocina principal —dijo Marcross—. Desde allí se accede al comedor privado de la primera planta, el comedor de gala y la sala de baile principal.

—¿Escaleras?

—Las más cercanas están tras la cocina, frente al pasillo de servicio —dijo Marcross—. Allí también hay turboascensores.

Mara frunció los labios mientras pensaba. Todo parecía muy claro, como si no hubiera ninguna duda. Pero, como de costumbre, las apariencias engañaban. Las paredes elegantemente almenadas del palacio se habían combinado con una iluminación decorativa de colores, cuidadosamente ubicada para crear espacios de sombras profundas en las paredes a intervalos regulares. La mayoría de aquellos recovecos probablemente albergaban centinelas, humanos, animales o droides, con la vista y demás sentidos concentrados en el amplio césped que los soldados de asalto y ella debían atravesar.

Pero aún se guardaba algún as en la manga. Dedicó un par de minutos a mover discretamente con la Fuerza un pequeño bote, hasta colocarlo contra el viento, y una neblina extrañamente persistente empezó a instalarse en los campos de visión más críticos.

LaRone masculló algo entre dientes y se le acercó.

—Brightwater ya tiene a la vista la entrada principal —le informó—. Hay cerca de cincuenta deslizadores terrestres civiles.

Mara frunció el ceño. ¿Una reunión de emergencia de los conspiradores compinchados con Choard?

—¿Es posible que se trate de asesores y estén en una reunión?

LaRone trasladó la pregunta.

—Los deslizadores son demasiado caros, incluso para servidores civiles de alto rango —dijo—. Lo más probable es que Choard esté celebrando una cena o una fiesta para los ciudadanos de las clases más altas.

—Eso puede ser un incordio —dijo, volviendo a mirar las ventanas iluminadas de la cocina. Si Choard estaba sirviendo la cena a un montón de invitados, la cocina probablemente no era el mejor sitio para colarse en el palacio—. Marcross, ¿qué hay encima de la cocina?

—Justo encima hay un pequeño almacén —dijo Marcross—. Con más mesas y sillas. Al lado hay salas de reuniones que dan al vestíbulo de delante del salón de baile.

De repente, sin previo aviso, unas enormes viñas brotaron del suelo del jardín que quedaba a sus espaldas.

Los cuatro soldados maldijeron sorprendidos y se dieron la vuelta, con los blásters apuntando hacia aquella repentina aparición.

—¡No! —gritó Mara.

Pero la advertencia llegó demasiado tarde. Cuando encendió la espada de luz ya habían disparado cuatro descargas de bláster, alcanzando de lleno a aquellas criaturas. Con un rugido chisporroteante, la masa vegetal prendió en llamas.

Y tras aquello, todo el sigilo de la incursión pasó a mejor vida.

—Adentro —les espetó Mara, apagando su espada de luz y saliendo corriendo de los arbustos hacia el campo abierto de césped.

—¿Qué demonios era *eso*? —preguntó LaRone cuando la alcanzó.

—Erupciones nouland —dijo Mara entre dientes. Unas figuras borrosas empezaban a emerger de los recovecos, la luz de los disparos de sus rifles bláster centelleaba mientras avanzaban para detener a los intrusos—. Se usan para delatar a los intrusos.

LaRone gruñó.

—Pues parece que funcionan.

—Sí —dijo Mara, tensa—. No son inteligentes, ni realmente peligrosas, pero son grandes, asustan y son muy inflamables. Debieron instalarlas después de que Marcross dejase de venir por aquí.

El par de centinelas más cercano abrió fuego, sus disparos pasaron cerca de la cabeza de Mara. LaRone respondió con un par de disparos precisos y uno de los centinelas cayó al suelo, inmóvil. Quiller, en el lado contrario, abatió al otro de un único disparo.

—¿Cuál es el nuevo plan? —gritó.

—El mismo que el antiguo —le dijo Mara, ralentizando el paso para que pudieran alcanzarla—. Coloqúense en cuña.

Los cuatro soldados de asalto la rodearon y se colocaron frente a ella, con LaRone y Marcross en la doble punta, Quiller y Grave ligeramente por detrás y ligeramente más separados. Mara se colocó en el centro de la formación, disparando con precisión a las parejas dispersas de guardias que convergían sobre ellos. El aire se iba llenando de descargas de bláster a medida que sus oponentes llegaban al rango de disparo óptimo y oyó el gruñido de uno de los soldados de asalto después de que un disparo atravesara su

armadura. Estaban a medio camino de la puerta de la cocina y las descargas silbaban cada vez más cerca.

Y entonces, a cincuenta metros, tras una esquina del edificio, aparecieron dos parejas de motos deslizadoras. Avanzaron a toda velocidad hacia los intrusos, sin preocuparse por los guardias que había entre ellos y sus objetivos, y abrieron fuego con sus cañones bláster colgantes.

—¡Sigan avanzando! —gritó Mara, guardando su bláster en la funda y encendiendo su espada de luz.

—Jade… —dijo LaRone.

—Es una orden —le cortó Mara. Salió de la relativa protección de su escudo móvil y se dio la vuelta para encarar a las motos que se aproximaban.

Para su sorpresa y desazón, la ignoraron por completo y se desviaron para mantener la trayectoria de interceptación de los soldados de asalto.

Reprimiendo una maldición, volvió a sacar su bláster. Contra aquellos cañones ni siquiera las armaduras de soldados de asalto les protegerían si se acercaban lo suficiente y no pensaba permitirlo. Colocó el ajuste del bláster a máxima potencia para abrir la válvula entre la cámara de gas y el incitador de conversión, y lo lanzó hacia las motos. A medio vuelo se proyectó con la Fuerza y lo sujetó firmemente, modificando su trayectoria y orientándolo para colocarlo justo delante de la primera moto deslizadora, frente a la línea de fuego del cañón bláster.

La explosión resultante fue bastante controlada, dentro de lo posible. El posterior disparo del cañón destruyó el armazón de la cámara de gas, hizo estallar el resto del arma y encendió una breve bola de fuego cuando las chispas encendieron el gas en expansión.

Pero aunque la explosión no había sido particularmente impresionante, su perfecta sincronización fue clave. La fuerza de la detonación golpeó el morro de la moto, provocando que el vehículo diera brincos como un animal enloquecido.

El piloto, concentrado en los soldados de asalto, no tuvo ninguna oportunidad. En aquel segundo crucial, la moto deslizadora se sacudió salvajemente mientras el guardia intentaba recuperar el control. Chocó lateralmente con su compañero y entonces fueron dos las motos deslizadoras fuera de control que sobrevolaban el campo de césped.

La pareja que venía detrás viró bruscamente para desviarse del camino. Trazaron una curva para recuperar su trayectoria cuando Grave los abatió a los dos con su T-28. Realizó dos disparos más y abatió también a los de las motos fuera de control.

—¿Viene? —le gritó LaRone a Mara.

—Ahora voy —dijo ella. Antes se detuvo para desviar un par de descargas de bláster y después corrió tras los soldados de asalto. Habían llegado a la puerta y LaRone estaba disparando a una cerradura sorprendentemente resistente.

—Atrás —le ordenó, terminando rápidamente con la resistencia de la cerradura con un corte de su espada de luz—. Entren los cuatro —dijo cuando la puerta se abrió. Al otro lado, vio utensilios de cocina y al personal huyendo frenéticamente, pero ningún bláster, de momento—. ¿Qué sabemos de Brightwater?

—Que tiene acorralado al personal de la puerta y la mayoría de sus vehículos —le dijo LaRone—. Se ha disculpado por las motos deslizadoras… no tiene ni idea de dónde han salido.

—Que tenga cuidado —dijo Mara, volviendo la vista hacia los guardias que convergían sobre ellos—. Entren… yo me ocupo de la retaguardia. Sellen la puerta, si pueden.

—¿Qué? ¿Pero…?

—Es una orden, comandante —dijo bruscamente—. Si no salgo de esta, ocúpese de culminar la misión.

—Sí, señora —dijo LaRone, esta vez en el tono profesional adecuado—. Buena suerte —tras lanzar una última ráfaga a los guardias, entró con los demás soldados de asalto y cerraron la puerta.

Mara apoyó la espalda contra la puerta y siguió desviando las descargas de bláster durante unos segundos. Pero sus oponentes se estaban acercando y cada vez apuntaban mejor, por lo que supo que en apenas unos instantes los efectos del camuflaje de su capa y traje de combate, además de la defensa impulsada por la Fuerza, serían incapaces de protegerla.

Aun así esperó dos segundos más, intentando darles más tiempo a los soldados de asalto para que sellaran la puerta. Después, apoyándose en la pared para darse impulso, esprintó hacia el bosque y la pared perimetral trasera.

Pudo dar dos pasos antes de que los guardias reaccionasen a su maniobra y otros tres antes de que las descargas de bláster volvieran a volar hacia ella. Dio dos pasos más y clavó los pies en el suelo, girando sobre sí misma al mismo tiempo que se detenía abruptamente. Con la espada de luz a punto, dobló las rodillas y recurrió a la Fuerza para ganar potencia y saltar.

Por un instante se elevó sobre los furiosos disparos de bláster, mientras los guardias intentaban reaccionar ante aquella táctica inesperada. Ya estaba por encima de la altura del segundo piso, casi en el tercero, acercándose a la pared a toda velocidad, cuando alcanzó la cúspide de su arco e inició el descenso. Al llegar a la pared, clavó su espada de luz en un amplio arco, cortando un círculo en la piedra. Recogió las rodillas contra su pecho y lanzó los pies por delante para golpear el centro del círculo.

Con un ruido atronador, el trozo de pared cayó hacia el interior. El impactó eliminó su inercia y por un segundo de infarto quedó balanceándose en el borde del agujero, luchando por recuperar el equilibrio. Después su mano libre encontró un lugar al que agarrarse en la repisa y consiguió meterse dentro cuando las descarga de bláster empezaban a volar hacia ella.

Cayó en el almacén que Marcross había mencionado, vacío excepto por dos carros cargados con mesas redondas de patas plegables y tres carretillas con pilas de sillas ornamentadas de respaldo alto que llegaban hasta la mitad de la pared. Solo se veía una puerta al otro lado de la habitación. Apagó la espada de luz y fue hacia ella.

Casi había llegado cuando un olor extraño le hizo arrugar la nariz. Sin detenerse, inició sus técnicas de amplificación sensorial.

Sintió una salpicadura repentina a sus pies. Bajó la vista, interrumpiendo la amplificación, y descubrió que había pisado un charco. En aquel momento apenas tenía unos milímetros de profundidad pero cuando pasó junto a sus pies pudo ver que estaba creciendo.

Uno de los dos carros con mesas estaba un par de metros hacia la izquierda de ella. Saltó sobre él, estando a punto de aplastarse la cabeza contra el techo. Las mesas repiquetearon cuando aterrizó y tuvo que sujetar un par para evitar que cayeran.

—¿Agente imperial? ¿Celina, o como te llames?

Mara levantó la vista y sus ojos sondearon la oscuridad del almacén. La voz se había oído apagada, eso significaba que provenía del otro lado de la puerta. Teniendo en cuenta el líquido que estaba inundando rápidamente la habitación, reflexionó sombríamente, era mejor estar fuera.

—Estoy aquí, Caaldra —gritó. El líquido ya había llegado casi a la pared del fondo, dejándola atrapada en medio del almacén—. Será mejor que llames a los de mantenimiento… aquí tenéis una fuga grave.

—Justo a tiempo —respondió él—. Esperaba que atravesaras una de las ventanas de las salas de reuniones, no la pared. Diría que he arruinado un par de moquetas para nada.

—Arruinarás mucho más que eso si esto sigue subiendo —le advirtió Mara—. ¿Qué problema tienes con el fuego? ¿Te quemaste de niño o qué?

—Por supuesto que no —le aseguró él—. Pero con los años he aprendido que el fuego y el agua son dos elementos para los que no están preparados ni los profesionales.

—Me aseguraré de no olvidarlo —prometió Mara.

—Seguro —dijo Caaldra—. Y si planeabas abalanzarte sobre mí cuando entrase con un encendedor, puedes olvidarte. El charco ya ha llegado hasta el vestíbulo, lo que significa que puedo encender tu lago de fuego privado sin necesidad de abrir la puerta.

Mara hizo una mueca. Justamente aquello era lo que tenía planeado. Ya podía descartarlo.

—Ya podrías haberlo hecho, sin tanta palabrería —comentó ella—. Supongo que quieres algo.

—Muy perceptiva —dijo en tono aprobatorio Caaldra—. Quiero llegar a un trato.

Mara arqueó una ceja.

—Te estoy escuchando. Obviamente.

—Básicamente, te quiero fuera de esto —dijo Caaldra—. *Completamente* fuera. Yo me marcho de Shelkonwa, tú no me denuncias y nadie intenta encontrarme.

—¿Y a cambio yo puedo marcharme sin chamuscarme?

—Y te doy los registros que necesitas para detener al administrador jefe Disra.

—¿Disra también está metido en esto? —preguntó ella, mirando alrededor. Ninguna ventana, ninguna otra puerta y el charco de líquido inflamable llegando casi hasta la altura de las rodillas.

Aunque quedaba el agujero que había hecho en la pared exterior. Y las tres carretillas con sillas.

—Está metido hasta el cuello —dijo desdeñosamente Caaldra—. En realidad, creo que ha sido el principal promotor de todo desde el principio.

—¿En serio? —dijo ella, proyectándose con la Fuerza hasta la silla más alta de la pila más cercana. Por un momento se enganchó a la silla de debajo, pero se terminó soltando. Flotó por la habitación y se posó en el suelo, a unos tres metros del borde de su carro, en dirección al agujero—. Me sorprende que alguien como el gobernador Choard permita que otro le organice el espectáculo.

—¿El espectáculo de *Choard?* —gruñó Caaldra—. Debes de estar bromeando. Ese idiota no sabe nada.

Mara sonrió tensamente.

—Buen intento, Caaldra, pero sé que no es así. Se necesita un moff o un gobernador para ordenar actuar a las fuerzas imperiales. Un administrador jefe no puede hacerlo.

—¿Quién ha dicho que pueda? —contestó Caaldra—. No pensábamos ordenarles nada a las guarniciones de Shelsha… en realidad pensábamos destruirlas.

—No seas obtuso —le regañó Mara mientras colocaba la segunda silla en posición, tres metros más adelante de la primera—. Me refiero al ataque de la *Represalia* en Gepparin.

—¿La *Represalia*? —repitió Caaldra—. Te desvías del tema. Eso no tuvo nada que ver con nosotros… El capitán Ozzel intentaba cubrirse las espaldas. Quería asegurarse de que no vivieras para contarle a nadie lo de sus desertores.

Mara frunció el ceño.

—¿Sus *qué?*

—Sus desertores —Caaldra soltó una carcajada—. Oh, qué raro *es* esto. ¿Alguien te tiende una trampa para matarte y ni siquiera sabes por qué?

—Deja de regodearte y ábreme los ojos —gruñó Mara.

—Resumiendo, parece que cinco soldados de asalto de la *Represalia* mataron a un mayor del DSI, robaron una de sus naves especiales y escaparon con ella.

Mara sintió que la respiración se le congelaba en los pulmones. *(Cinco* soldados de asalto?

—¿Sabes algo más sobre ellos? —preguntó con cautela.

—Solo que desde que se largaron han estado vagando por el sector Shelsha y metiendo sus narices en nuestros planes —dijo Caaldra refunfuñando—. Primero desbarataron el secuestro de unos rifles bláster pesados a los que les habíamos echado el ojo; después derrocaron a un patrullero jefe que habíamos colocado para liderar el ataque contra una fábrica de cazas estelares.

Y aquello dio sentido, de forma espantosa y repentina, al extraño comentario que había hecho Brock en la sala de mando de los Cicatriz de Sangre. ¿Sabías algo de los desertores? ¿O era eso lo que estabas buscando en la computadora de la Represalia?*

Desertores. Soldados de asalto. Cinco.

La Mano del Juicio.

—Es una historia muy interesante —dijo, intentando mostrarse relajada—. ¿Y dónde están ahora esos renegados?

—Probablemente por ahí, haciendo buenas obras —dijo Caaldra—. La cuestión es que Ozzel no informó de su desaparición e imaginó que se jugaba el cuello cuando interrogaste a sus soldados de asalto, o lo que fuera que hiciste cuando estuviste en su nave.

—En realidad, me colé en sus sistemas —murmuró Mara, a quien un horrible pensamiento la estaba desgarrando como el filo de un cuchillo. Era el ataque de la *Represalia* en Gepparin, *solo* aquel ataque, el que le había hecho cargar el peso de la culpa sobre las espaldas del gobernador Choard. Pero si Caaldra le estaba diciendo la verdad, Choard podía perfectamente ser inocente.

Un hombre inocente al que le había enviado a cinco soldados de asalto desertores para que lo mataran.

Apretó los dientes. Tenía que salir de allí cuanto antes. Levantó otra silla de la pila y la añadió a la hilera. Una más y tendría suficientes.

—¿Y qué quieres exactamente? —dijo, intentando ganar tiempo.

—Ya te lo he dicho —dijo Caaldra con un matiz de sospecha reptando por su voz—. Quiero salir de esto indemne. ¿Qué andas haciendo ahí dentro?

—Esperar que me aclares los detalles —contestó ella, maldiciéndose en silencio. Preocupada por su plan de huida y aún más por el equivocado ajusticiamiento que había ordenado, había olvidado por completo que Caaldra ya le había dicho lo que quería—. Conozco gente como tú —improvisó—. Lo quieres todo a tu gusto.

—Por supuesto —dijo Caaldra, en un tono cada vez más receloso—. Me llevaré la *Vía Happer*, aunque antes tendré que reparar el hangar de carga, y después me proporcionarás un salvoconducto para salir de Shelkonwa con suficiente combustible…

—Espera un momento —le interrumpió mientras colocaba la última silla en fila. Ahora solo tenía que pensar qué iba a hacer cuando estuviese fuera—. No esperarás que te deje marchar en una nave llena de material del ejército, ¿verdad?

—Considéralo una recompensa por ayudarte a evitar una crisis política potencialmente desastrosa —contestó Caaldra—. Disra está dispuesto a proclamar la independencia y sacar al sector Shelsha del Imperio.

—Debes de estar bromeando —se burló Mara, moviendo otra silla hacia la pared. A diferencia de las demás, esta no la colocó de pie sino plana, con el respaldo saliendo por la abertura—. O es *Disra* el que bromea. Tendría media flota en la órbita de su planeta en menos de una semana.

—¿De verdad crees que Palpatine emprendería represalias militares? —preguntó Caaldra—. ¿No crees que preferiría alcanzar un trato para mantener la discreción?

—El emperador Palpatine no hace ese tipo de tratos —dijo, levantando otras dos sillas de la pila y moviéndolas hacia el agujero. Apartó una del camino,

momentáneamente, y movió la otra para colocarla sobre las patas de la que tenía estirada, intentando engancharlas para que se sujetara a la que asomaba al exterior.

—¿Ni aunque se lo aconsejara una de sus agentes más especiales?

Mara asintió siniestramente para sí cuando por fin tuvo claro el motivo de aquella conversación. Caaldra no estaba interesado en ningún trato. Lo único que quería era tantearla, comprobar la reacción del Centro Imperial a su loco plan neoseparatista.

—Ni siquiera entonces —le dijo cuando encajó la silla con las otras dos—. Aunque es difícil saberlo porque, para empezar, yo jamás le haría semejante recomendación. Estás hablando de traición y eso comporta la pena de muerte automática.

A través de la puerta le pudo oír suspirando levemente.

—Lástima —dijo—. En ese caso, no me sirves de nada. Adiós, agente —se oyó el chasquido de una descarga de bláster.

Mara reaccionó instantáneamente, lanzándose desde su inestable posición sobre las mesas hasta la primera de las sillas. Cayó sobre ella y brincó hacia la segunda.

Estaba en pleno aire, camino a la tercera, cuando las llamas envolvieron sus piernas. Recurriendo a la Fuerza para contener el dolor, siguió avanzando. Delante, apenas visible en medio del humo y el calor abrasador, tenía el agujero. Aterrizó en la última silla de la fila, agachó la cabeza y saltó por la abertura, cayendo sobre el respaldo que salía hacia el patio.

La silla crujió ominosamente cuando cayó sobre ella pero, con las otras dos haciendo de contrapunto, resistió. El frío aire nocturno la envolvió y se detuvo un instante para inhalar un par de bocanadas en sus pulmones ardientes.

Pero allí estaba bastante más segura que dentro de la habitación. Los guardias de los que había escapado minutos antes seguían merodeando por el recinto, buscando objetivos. Cuando giró la cara hacia las llamas, oyó un grito y las descargas de bláster volvieron a volar alrededor de ella. Sacó su espada de luz, la encendió y se impulsó contra el respaldo de la silla, saltando hacia una de las ventanas de la tercera planta.

El transpariacero resultó mucho más fácil de cortar en vuelo que la pared de piedra de antes. El nuevo agujero la condujo a un amplio vestíbulo y, tras aterrizar en el suelo, echó a correr en silencio por la gruesa moqueta hacia donde creía que debía estar la puerta del almacén en llamas de la planta inferior.

Llegó hasta allí, dio cinco pasos más y se detuvo.

—Seguro que no te esperas esto —murmuró y cortó un círculo en el suelo.

Con un crujido de madera y piedra rota, el círculo se desmoronó. Mara cayó de pie sobre él y dobló las rodillas para absorber el impacto cuando se estrelló contra el suelo de la planta inferior.

Alrededor de la puerta del almacén había cuatro personas: Caaldra y tres hombres armados vestidos de civiles. Las cuatro cabezas se giraron hacia ella cuando bajó del trozo de suelo cortado, sus expresiones iban desde la perplejidad hasta la estupefacción. El tipo del extremo izquierdo reaccionó antes que los demás y movió su bláster para

disparar. Su recompensa fue ser el primero en morir después de que la espada de luz de Mara hiciese rebotar la descarga hacia él.

El segundo y tercero, a pesar de su atuendo civil, eran claramente soldados, como Caaldra. Sin una sola palabra ni señal con la mano, se lanzaron al suelo simultáneamente y en direcciones distintas, abriendo fuego en pleno vuelo. Desvió una de las descargas saltando hacia el tirador, mientras la del otro zumbaba en el aire a sus espaldas. Los ojos del primero se abrieron como platos cuando Mara dio otro paso hacia él y realizó otros dos disparos inútiles antes de que el filo magenta le atravesara el dorso. Mara se dio la vuelta y levantó su arma justo a tiempo para devolver el disparo final del otro.

Y Caaldra se quedó solo.

—Te he reservado para el final —dijo Mara en un tono familiar, sujetando su espada de luz en una desenfadada posición de guardia frente el bláster que la apuntaba—. ¿Quieres decir tus últimas palabras?

—Estás desperdiciando una excelente oportunidad —le advirtió Caaldra. Se percibía la tensión en su voz pero Mara pudo sentir que su mente estaba evaluando sus opciones de manera fría y desapasionada—. Aún estás a tiempo de hacer un trato.

—Cualquier posibilidad de hacer un trato se ha esfumado cuando has intentado achicharrarme —le dijo, dando un paso hacia él.

—Al menos dame la oportunidad de combatir —dijo Caaldra, con un punto de súplica fingida en la voz. Bajó el bláster y lo tiró al suelo—. Eres una luchadora, como yo. Arreglemos esto cara a cara, guerrero contra guerrero, sin armas.

Mara arqueó las cejas.

—¿Estás intentando apelar a mi orgullo profesional? —preguntó.

—Estoy apelando a tu sentido del juego limpio —la corrigió Caaldra—. ¿O eres como Vader y no sabes lo que es eso?

Mara sintió que se le endurecía la expresión.

—Acepto —tiró su espada de luz al suelo sin molestarse siquiera en apagarla.

Al hacerlo, Caaldra levantó la mano izquierda y sacó un bláster de mano que tenía escondido.

—Idiota —dijo y disparó.

Directamente contra el filo de la espada de luz que Mara hizo volar tranquilamente hasta su mano.

Caaldra dio una sacudida cuando el disparo rebotado le atravesó el pecho. Por un instante siguió en pie, mirándola con incredulidad. Después se le doblaron las rodillas y se desmoronó al suelo.

Mara se acercó a él y le arrancó el bláster de la mano inerte con una patada.

—Siempre juego limpio —dijo en voz baja—. Tan limpio como mis oponentes.

Los ojos ciegos de Caaldra no respondieron. Apagó la espada de luz y miró alrededor. Estaba en un amplio vestíbulo, igual que el de la planta superior. En el otro extremo pudo ver unas puertas talladas que conducían a la galería superior de la sala de baile. Si

Brightwater estaba en lo cierto sobre la naturaleza de la reunión, la sala de baile sería un buen lugar para buscar a Choard.

Solo esperaba encontrarlo antes que LaRone.

Con la cerradura separada de la puerta, no había manera de sellar la entrada de la cocina. Grave hizo todo lo que pudo, arrancando un trozo de tubería y metiéndolo entre el pomo y la pared. Después se adentraron en el edificio con LaRone al frente.

La mayoría del personal de cocina había huido frenéticamente mientras los soldados de asalto serpenteaban entre las distintas zonas de trabajo y estantes de utensilios camino a la puerta del otro extremo.

—¿Hacia dónde? —preguntó LaRone.

—A la sala de baile —dijo Marcross secamente.

LaRone asintió, recordando la especulación de Brightwater sobre la posible fiesta del gobernador Choard.

—Vale —dijo—. Manteneos atentos a posibles contratiempos.

Los contratiempos les esperaban en el pasillo que encontraron al cruzar la puerta de la cocina: media docena de guardias colocados en semicírculo y empuñando sus blásters.

Afortunadamente para aquellos guardias, la Mano del Juicio no mataba indiscriminadamente. Y encima habían tenido la suerte de colocar su línea defensiva dentro del rango de aturdimiento de los E-11.

—Ajustadlos a modo aturdimiento —les había ordenado LaRone mientras cambiaba el selector y apretaba el gatillo. El guardia más cercano dio unas sacudidas y cayó, mientras su bláster enviaba un espasmódico disparo final contra el techo. Otro guardia consiguió realizar dos disparos, uno de los cuales alcanzó a LaRone en la placa pectoral superior, pero los abatieron a todos.

—¿Estás bien? —preguntó Grave, inclinándose para echar un vistazo al punto ennegrecido en la armadura de LaRone.

—No es nada —le tranquilizó este, frunciendo el ceño al mover el hombro. Estaba claro que tenía una quemadura, pero la armadura había bloqueado la mayor parte de la energía y la herida no era lo bastante grave para ralentizarlo. Vio que Marcross ya estaba en marcha, avanzando por el pasillo hacia una arcada cubierta por una cortina fina ligeramente ondulada—. Marcross, espera.

Pero este no oyó la orden o la ignoró. Siguió adelante, bajando su E-11 a posición de disparo de cadera al llegar a la cortina. Al cruzarla su armadura reflejó una ola de luz multicolor y desapareció.

Maldiciendo entre dientes, LaRone empezó a trotar, con Grave y Quiller tras él. Llegaron a la cortina y LaRone la cruzó agachado.

La sala de baile estaba bastante llena de hombres y mujeres en sus mejores galas, claramente la élite de la sociedad de Shelkonwa. Pero en aquel momento parecían más

elegantes estatuas que seres vivos. Estaban quietos, en silencio y perplejos, algunos con las copas petrificadas en los labios, mirando a Marcross mientras este se dirigía al centro de la sala.

Allí, aparentemente tan sorprendido como sus invitados, estaba el gobernador Choard, con su voluminoso cuerpo en un traje formal y su frondosa barba brillando bajo la peculiar iluminación de la sala.

—Seguidme de cerca —les murmuró LaRone a los demás y salió tras Marcross, intentando alcanzarlo al mismo tiempo que mantenía un paso digno y profesional. La multitud se fue apartando y llegaron hasta Marcross, que se había detenido a un par de metros del gobernador.

Como era de prever, pensó LaRone, el gobernador fue el primero en hablar.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

LaRone respiró hondo.

—Gobernador Barshnis Choard, se le ha declarado culpable de traición y ha sido condenado a muerte —le anunció—. Nos han autorizado a hacer efectiva la sentencia.

—¿Qué? —dijo Choard, boquiabierto—. Eso es absurdo.

LaRone notó periféricamente que Grave y Quiller ya tenían apuntados sus E-11. Y las órdenes de Jade habían sido muy claras.

Pero cuando abrió la boca se dio cuenta que la orden se le atascaba en la garganta. No podía ordenarles que disparasen a un civil indefenso. No de aquella manera. No después de lo de Lágrima.

—Si es tan amable de acompañarnos —le dijo.

—¿Acompañar a unos soldados imperiales? —gruñó Choard—. Por supuesto que no —señaló con el dedo a un hombre alto con una túnica adornada con un ribete de cuero—. Siner… ve a buscar a mis guardias. Diles que los intrusos que buscan están aquí.

—Que nadie se mueva de donde está —ordenó LaRone, intentando desesperadamente decidir qué debía hacer. ¿El desafío de Choard era suficiente justificación para ejecutar las órdenes de Jade? ¿De verdad quería hacerlo?

Y entonces, para su sorpresa, Marcross se dio la vuelta y giró su rifle bláster para apuntar hacia su pecho.

—Bajad las armas —dijo en tono grave pero decidido—. Todos.

—¿Qué? —preguntó LaRone.

—Ya me habéis oído —dijo Marcross secamente—. Los tres. Ahora.

Durante un buen rato, LaRone miró fijamente aquella placa facial blanca, intentando percibir algo, lo que fuera, en la actitud de su compañero. Pero no vio nada.

—Lo digo en serio, comandante —dijo Marcross en el tenso silencio—. Bajadlas.

Comandante… y de repente volvió a verse a bordo de la Suwantek, después de la escaramuza con la banda de motoristas, su primera acción como equipo. *Conocer y entender a los hombres que tienes al mando. Y confiar en ellos.*

Confiar…

—Bajad las armas —confirmó sosegadamente LaRone, bajando el cañón de su E-11 y agachándose para dejarlo en el suelo. Desde un lado llegó un ruido metálico y extrañamente ruidoso en medio de aquel silencio, Quiller y Grave habían seguido su ejemplo.

—No entiendo nada —dijo Choard en un tono colérico y cada vez más perplejo—. ¿Qué demonios está pasando?

—Lo que está pasando —dijo Marcross, dándole la vuelta a su E-11 y entregándoselo al gobernador—, es que acabo de salvarte la vida —dio un paso atrás y se quitó el casco.

Los ojos de Choard se abrieron como platos.

—¿Saberan?

—Hola, tío Barshnis —dijo Marcross asintiendo—. Cuánto tiempo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

La sala de baile estaba silenciosa como una cripta cuando Mara cruzó la puerta de la galería. La barandilla era una pared de mármol tallado que le impedía ver qué estaba pasando allí abajo. Se acercó al borde de la galería y se asomó por encima de la pared.

LaRone y sus tres soldados de asalto estaban allí, frente a Choard, con un centenar aproximado de personas rodeándolos en absoluto silencio. Marcross se había quitado el casco.

Choard estaba apuntando el rifle bláster de Marcross a LaRone, Grave y Quiller.

Su primera reacción fue lanzar un suspiro de alivio. No solo había llegado hasta Choard a tiempo, sino que parecía que Marcross había impedido que LaRone ejecutara su errónea orden de ejecución. Ahora lo único que debía hacer era bajar, confirmar que el gobernador era inocente y atrapar a Disra y todos sus aliados que pudieran seguir sueltos.

—¿Tu *tío*? —dijo LaRone, en un tono desconcertado que se oyó claramente desde la galería.

—Ya os he dicho que era amigo de su hijo de adolescente —le recordó Marcross—. ¿Creéis que un gobernador de sector permitiría que cualquiera fuese amigo de su hijo?

—Sigo sin entender nada, Saberan, pero me alegro muchísimo de verte —dijo Choard—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Pertenecéis al grupo de lord Vader?

—No, somos una unidad distinta —dijo Marcross—. Somos solo nosotros cuatro, más un compañero que tiene acorralados a tus guardias del exterior.

—Supongo que por eso no acude nadie en nuestra ayuda —gruñó Choard—. Ahora, explícame de dónde sale esa disparatada acusación de traición.

Mara examinó la galería en la que estaba. Por desgracia, parecía no haber ninguna escalera que condujese a la planta baja. Tendría que saltar, lo que no haría ningún bien a sus piernas y pies quemados, o volver al vestíbulo y encontrar el camino hasta allí.

—Creen que estás implicado en un complot para utilizar bandas de piratas para asaltar instalaciones imperiales —dijo Marcross—. De hecho, hay una agente imperial en Ciudad Makrin que han enviado a matarte.

—Entiendo —dijo Choard en un tono repentinamente reflexivo.

—Creo que lo mejor sería llamar a lord Vader y pedirle que te ponga bajo la protección de los Quinientos uno, mientras aclaramos todo esto —prosiguió Marcross—. Préstame tu comunicador… el mío no se conecta a ninguna de sus frecuencias —dio un paso hacia Choard.

—Creo que no —dijo tranquilamente el gobernador, girando el bláster para apuntar al estómago de Marcross—. Lo último que queremos aquí son más imperiales.

Mara se puso rígida, su alivio se transformó inmediatamente en una ira fría. En realidad, tenía razón desde el principio. Pero, en vez de escuchar a sus instintos, había dejado que Caaldra y su palabrería le convencieran de lo contrario. Y ahora Marcross y sus compañeros iban a pagar muy caro su fallo.

Se proyectó hacia la Fuerza, intentando arrebatarle el bláster de las manos a Choard. Pero la distancia, la agitación emocional generada por una sala llena de invitados perplejos y la dolorosa distracción de sus propias quemaduras se combinaron para desbaratar sus esfuerzos.

Lo que solo le dejaba una opción, una única oportunidad de ayudar a LaRone y los suyos. Metió la mano en un bolsillo de su cinturón y sacó uno de los botes de neblina que pensaba utilizar para cubrir su aproximación por los jardines del palacio. En realidad aquel artefacto no estaba pensado para recintos cerrados pero, sin su bláster y con sus granadas inutilizadas en la *Vía Happer*, era todo lo que tenía.

Sacó el seguro, se proyectó hacia la Fuerza y se preparó para la acción.

Marcross quedó petrificado, mirando fijamente al gobernador.

—¿Tío? —dijo, desconcertado—. Tío, ¿qué estás haciendo?

—Me largo —respondió Choard, haciendo un gesto con el E-11 para que Marcross se colocase con sus compañeros—. Habría sido bonito proclamar la independencia de Shelsha desde palacio, pero no es necesario.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Marcross al ponerse junto a LaRone—. ¿Estás diciendo…? No puedes decirlo en *serio.*

—Nunca has entendido cómo funciona realmente la galaxia, ¿verdad, Saberan? —dijo Choard desdeñosamente—. Todo se basa en el poder, mi sobrinito idealista: poder real, poder potencial o poder percibido. Afortunadamente, con las fuerzas que tengo ahora a mi mando, tengo los tres.

—Tarkin también tenía poder —le recordó fríamente Grave—. Y ya vio de qué le sirvió.

Choard refunfuñó.

—Tarkin era un idiota. No cometeré los mismos errores que él.

—Cometerá otros —dijo LaRone—. La gente como usted siempre comete errores.

El E-11 giró para apuntar al pecho a LaRone.

—No, es la gente como *tú* la que siempre comete errores —dijo Choard—. Ahora, poco a poco…

—No, tío, tiene razón —dijo Marcross en un tono repentinamente extenuado—. Eres tú el que ha cometido varios errores. El primero fue darle a los Cicatriz de Sangre tu número no registrado de contacto por HoloRed, el que utilizábamos Crayg y yo cuando estábamos fuera del planeta y necesitábamos dinero. Fue el último número al que llamaron los piratas… lo descubrí en el registro de sus comunicaciones.

LaRone miró a Marcross, sorprendido. Así que era aquello lo que había provocado su reacción en Gepparin, por lo que había estado tan callado y tenso desde entonces. Se había enterado de que su propio tío había cometido alta traición…

—Pero no estaba completamente seguro de que nadie más pudiese tener acceso al número —Marcross prosiguió—. Así que debía darte la oportunidad de aclarar las cosas, en un sentido u otro. Ese ha sido tu segundo error: hablar demasiado. Como siempre —señaló con la mano a la multitud que los rodeaba—. Y esta vez ante testigos.

—Pueden contar lo que les plazca —le espetó Choard. Su cara había adquirido color de nubarrón. Apuntaba el bláster hacia Marcross—. En una hora el desafiante mensaje de Shelsha estará en la HoloRed.

Marcross sacudió la cabeza.

—No, tío. Porque has cometido un último error —señaló el arma que empuñaba—. Creer que ese bláster está cargado.

Y de repente un pequeño objeto voló sobre los congregados, cayó al suelo, justo delante de Choard, y estalló, creando una nube blanca.

Choard retrocedió, la descarga de su bláster iluminó la niebla cuando disparó. Pero el repentino movimiento había desviado el arma y el disparo dirigido al pecho de Marcross lo alcanzó en su brazo derecho. Este gruñó, tambaleándose ligeramente por el impacto.

—¡Soldados! —gritó LaRone, agachándose y buscando su E-11. Pero no necesitaban sus órdenes. Grave y Quiller ya habían recuperado sus armas y estaban cargando en direcciones contrarias, rodeando aquella niebla expansiva, colocándose para acorralar al enemigo. Sujetando firmemente su E-11, LaRone se lanzó directamente hacia la nube.

Pero rebotó al chocar con el corpulento Choard, cayendo de espaldas al suelo. Choard lanzó una maldición, apuntó el E-11 prestado a la cara de LaRone y apretó el gatillo, con los ojos desorbitados detrás del cañón.

Pero no pasó nada.

Volvió a intentarlo, una y otra vez, mientras la fiereza de su mirada se convertía en repentino horror y forcejeaba con el arma descargada. Periféricamente, LaRone vio que Grave y Quiller salían de la neblina, apuntando sus E-11…

—¡No! —gritó LaRone—. No.

Los dos soldados de asalto se detuvieron, ligeramente confundidos.

—¿Comandante? —preguntó Grave, vacilante, con el bláster apuntado a Choard.

—*Es* un traidor, señor —le recordó sombríamente Quiller.

LaRone miró a los ojos de Choard, viendo una rabia impotente y una ambición frustrada bullendo aún en ellos. Era tentador, debía reconocerlo. Era tremendamente tentador. Todo el caos y destrucción causados por aquel hombre, todas las vidas inocentes perdidas prematuramente por culpa de su ambición retorcida…

Vidas inocentes. Como las de la gente de Lágrima.

Y tras aquello, se dio cuenta de lo harto que estaba de matar.

—Sí, es un traidor —le dijo a Quiller mientras se reincorporaba—. Y será juzgado por ello. Que decidan su destino en los tribunales.

Dio deliberadamente la espalda al gobernador.

—¿Marcross? —preguntó, agachándose junto a su amigo.

Este se sujetaba el hombro, un acto instintivo y bastante inútil con la manga de su armadura aún puesta.

—Estoy bien —dijo—. Supongo que aún quedaba un disparo.

—Supongo que sí, loco idiota—dijo LaRone. Se volvió para mirar la neblina, que se estaba disipando y que probablemente le había salvado la vida a su amigo, y después se giró hacia la galería.

Allí estaba ella, por supuesto, mirándolos, como un ángel vengador.

—Gobernador Choard —gritó ella con una voz fría y clara—, queda detenido por traición.

Desde el pasillo del otro lado de la cortina llegó el repiqueteo de pasos a la carrera y poco después irrumpió en la sala de baile un sirviente en librea.

—Su Excelencia… —se interrumpió, deteniéndose repentinamente al ver a los soldados de asalto.

—¿Qué pasa? —preguntó LaRone.

Con gran esfuerzo, el sirviente volvió a mirar a su gobernador.

—Llegan noticias desde la puerta, Su Excelencia —logró decir, sus palabras salían como escurridas de un tubo de masilla espesa—. Lord Vader ha entrado en el recinto del palacio con… —sus ojos miraron discretamente a LaRone—, con un grupo de soldados imperiales. Nos han informado que el administrador jefe Disra viene con ellos.

—Excelente —gritó Jade desde la galería. Sorprendido, el sirviente levantó la cabeza para mirarla—. Vaya a buscar a lord Vader y escóltelo hasta aquí.

Mara desvió la mirada hacia LaRone… y este pudo ver en su cara que lo sabía. Que lo sabía todo… quién era él, quién eran los otros, cómo habían llegado hasta allí. Se había terminado, podían darse por muertos.

Pero entonces miró a Choard, un hombre con un camino salpicado de los cadáveres de centenares de seres inocentes y que habría matado a muchos millones más si no lo hubiesen detenido. LaRone, Grave, Quiller, Brightwater y, en particular, Marcross habían ayudado a impedirlo.

Sí, todo había terminado. Pero había merecido la pena.

Grave le quitó la manga de la armadura a Marcross y estaba tratándole la herida cuando Jade llegó junto a ellos.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Es una quemadura fea, pero la armadura absorbió la mayor parte de la descarga — le informó Grave—. Se recuperará.

—Bien —dijo Jade, mirando fríamente a Choard—. Confío en que se dé cuenta de que podía haber muerto aquí mismo —le dijo—. Si en vez de a estos hombres, me hubiese tenido a mí delante, *estaría* muerto.

—Cuánto me alegro —dijo Choard. Incluso con todo terminado, pensó LaRone, aquel hombre seguía manteniendo un tono desafiante.

Menudo gusano.

Una oleada de nerviosismo recorrió la congregación de ciudadanos de la élite, ahora alineados contra la pared. LaRone se mentalizó y se dio la vuelta.

Darth Vader había entrado en la sala y estaba junto a la cortina, con los puños apoyados en las caderas y examinando la situación. Su máscara y armaduras negras creaban un contraste radical con el blanco reluciente de los soldados de asalto que entraban tras él de manera rápida y eficiente.

—Lord Vader —dijo Jade, haciéndole un gesto con la cabeza.

—Mano del Emperador —contestó él, inclinando brevemente el casco. Avanzó con la capa hinchándose tras él—. Veo que has estado ocupada.

—Igual que tú —dijo Jade—. ¿Tengo entendido que tienes detenido al administrador jefe Disra?

—Lo tengo protegido —la corrigió Vader—. Hace dos horas acudió a mí con un informe completo sobre la traición del gobernador Choard.

—¿Eso hizo? Vaya —dijo secamente Jade—. Es apasionante lo rápido que los ácaros de las piedras abandonan el carguero de mineral cuando ven que está a punto de estrellarse. Otro intentó lo mismo conmigo.

—Lo del administrador es distinto —dijo Vader, en un frío tono de advertencia.

—Seguro que sí —dijo Jade, volviendo a inclinar la cabeza—. Y seguro que sus pruebas serán de gran utilidad en el juicio contra Choard. Enhorabuena. ¿Has podido organizar el transporte del prisionero al Centro Imperial? Ahora mismo no dispongo de mucho espacio en mi nave.

—Eso he oído —dijo el Señor Oscuro. LaRone intentó imaginárselo sonriendo tras la placa facial, pero era un esfuerzo vano—. ¿Y qué me dices de esos? —añadió Vader, haciendo un gesto hacia LaRone.

—¿Qué pasa con ellos?

—Tengo entendido que se negaron a identificar su unidad —dijo Vader en tono siniestro—. También me he enterado de que han desaparecido cinco soldados de asalto de la *Represalia*.

LaRone sintió que se le hacía un nudo en la garganta. No iban a llevarlos ante el Mando de los Soldados de Asalto ni a entregarlos al DSI. Vader en persona iba a ocuparse de ellos.

Como mínimo sería rápido. Probablemente.

Pero, para su sorpresa, Jade se encogió de hombros.

—Muy interesante, aunque irrelevante —dijo—. Estos soldados de asalto son míos.

—¿Tuyos?

—Tú tienes a toda la Quinientos uno —le recordó Jade—. Es evidente que no tienes nada que envidiarnos a mí y mi Mano del Juicio.

Vader se la quedó mirando fijamente. Jade le devolvió la mirada, impertérrita y firme.

Después, para alivio de LaRone, el Señor Oscuro se movió.

—Como quieras —dijo, levantando ligeramente una mano—. ¿Comandante?

Un comandante de grupo de los soldados de asalto dio un paso adelante.

—¿Sí, lord Vader?

—Lleve al gobernador Choard a la *Ejecutor* —le ordenó—. Y después registren el palacio —señaló a los ciudadanos de Ciudad Makrin alineados contra la pared—. Empezando por ellos.

—Sí, señor —el comandante hizo un gesto y dos de sus hombres se adelantaron, colocándose a los lados de Choard y empujándolo taciturnamente hacia la salida. Otra docena los rodearon, mientras que el resto se dispersó hacia la élite de Ciudad Makrin alienada contra las paredes.

Vader se dio la vuelta y la inexpresiva placa facial negra miró a LaRone por un instante. Después, medio girándose, inclinó la cabeza hacia Jade.

—Mano del Emperador —dijo. Recogiendo su capa, se dio la vuelta y se marchó.

LaRone miró a Jade y vio que le estaba mirando.

—¿Cuáles son las órdenes, señora? —dijo en un tono profesional.

—Aquí ya hemos terminado —dijo ella en el mismo tono—. Recogeremos a Brightwater al salir y volveremos hasta Greenclifif y su nave —su mirada se endureció—. Y por el camino me van a contar una historia. Pero esta vez la de *verdad.*

CAPÍTULO VEINTICUATRO

A Leia le brillaba la cara por el sudor cuando Han la dejo salir de la armería secreta del camarote.

—Ya está —dijo, tendiéndole una mano—. Han terminado y se han marchado.

—Han sido realmente minuciosos —comentó ella, ignorando su mano y saliendo de aquel reducido espacio por sí misma—. Los he oído merodear por aquí al menos tres veces.

—No les han gustado demasiado las motojets del hangar de carga —dijo Han mientras ella se sentaba sobre la cama. En aquel momento no tenía mucho aspecto de princesa, pensó Han, con aquellos pelos pegados al cuello y el delantal del tapcafé puesto. Pero bajo todo aquello aún se podía ver su dignidad regia. En realidad era una buena combinación—. Pero les he contado una milonga sobre excedentes militares y parece que se la han tragado —añadió.

—Seguramente comprobarán los números de serie —le advirtió Leia.

—Que lo hagan —dijo Han, encogiéndose de hombros—. Estaremos muy lejos cuando puedan localizarlos. Brightwater acaba de llamar… están volviendo.

—¿Brightwater es uno de los soldados de asalto desertores de los que me has hablado?

—Tranquila, son de fiar —le aseguró Han—. Aunque tampoco es necesario que les expliquemos quién eres exactamente. En cualquier caso, Chewie ya está preparando los motores… en un par de horas llegaremos hasta el *Halcón* y nos despediremos de ellos —arqueó una ceja—. A no ser que quieras quedarte e intentar convencer a LaRone de que se unan a la rebelión.

—¿A unos antiguos soldados de asalto? —contestó Leia con una sonrisa irónica—. Creo que no —dudó—. Sobre todo cuando ni siquiera soy capaz de convencerte a *ti* de que te unas.

Han hizo una mueca. Así que se *había* dado cuenta. Le pareció un poco extraño, pero le pareció halagador que lo hubiese pensado.

—Es un paso importante —le recordó Han.

—Lo sé —dijo Leia—. En particular para alguien acostumbrado a no recibir órdenes de nadie —desvió la mirada hacia el armario secreto y las armaduras de soldado de asalto—. Pero creo que desde Alderaan es imposible seguir manteniéndose neutral —añadió sosegadamente—. O apoyas la opresión del Imperio o la combates.

—Supongo que *podría* seguir con vosotros durante algún tiempo más —dijo evasivamente Han—. Pero no estoy preparado para jurarles lealtad eterna a Mon Mothma, Rieekan y los demás.

—Pues olvídate de ellos —dijo Leia, mirándolo seriamente—. Empieza por jurarle lealtad a una sola persona.

Han la miró y sintió un hormigueo extraño en el estómago. ¿Qué intentaba decirle realmente…?

—Chewbacca quiere unirse a nosotros —prosiguió Leia—. Hazlo por él y por todo lo que ha sufrido su pueblo bajo el Imperio.

El hormigueo se esfumó.

—Oh —dijo él.

—¿Oh, qué?

—Solo *oh* —dijo Han, recuperando la compostura—. Por cierto, será mejor que saque a Luke de su armario.

Leia abrió los ojos como platos.

—¿Quieres decir que aún no lo has *hecho*? ¿Te has quedado aquí hablando conmigo mientras sigue encerrado?

—Tiene una espada de luz —dijo Han débilmente—. Si se cansa, puede usarla para salir.

—Han…

—Hasta luego, princesa.

Pero tenía razón, debía reconocerlo. Podría empezar por jurar lealtad a una persona. Alguien como Chewie.

O quizás otra.

Jade escuchó en silencio la historia de LaRone mientras Quiller conducía el camión deslizador por las tranquilas calles de Ciudad Makrin.

—Deberían haber acudido al comandante de su unidad —dijo cuando terminó—. Hay procedimientos para tratar ese tipo de incidentes si existe una probabilidad alta de alegar defensa propia.

—¿Procedimientos que no hubiesen terminado con nuestra entrega al DSI?

—Es verdad —admitió Jade—. De todas formas, deberían haberse entregado. Ahora ya es demasiado tarde.

—Probablemente —dijo LaRone, intentando interpretar la expresión de ella. Completamente en vano… no tenía la menor idea de qué pasaba tras aquellos brillantes ojos verdes—. Pero, para ser sincero, a estas alturas ya no queremos volver. Después de Lágrima… —se detuvo, sentía que se le hacía un nudo en la garganta.

—Sí. Pueden estar seguros de que me ocuparé de eso —prometió severamente Jade—. Ordenar matanzas de civiles va contra todo lo que defiende el Imperio. Si es cierto, les prometo que alguien lo pagará muy caro.

LaRone miró de reojo a Marcross. Este hizo una mueca, mostrándole su acuerdo en silencio. A pesar de toda su fuerza y competencia, la Mano del Emperador tenía una visión terriblemente cándida de lo que defendía realmente el Imperio.

Ya aprendería.

—¿Qué va a hacer con nosotros? —preguntó Quiller.

Jade se quedó en silencio un buen rato.

—Son desertores —dijo finalmente—. Hicieron un juramento de lealtad al Imperio y lo han roto. Eso, técnicamente, es tan traición como la conspiración de Choard.

—Lo entendemos —dijo LaRone—. Pero, con el debido respeto, nuestro juramento fue el de defender el Imperio y a sus ciudadanos.

—¿Y creen que eso es lo que están haciendo? —replicó Jade—. ¿Vagando por la galaxia como balas perdidas de cañón láser?

—Lo que es seguro es que así protegemos mejor a los ciudadanos que en Lágrima —dijo Grave.

LaRone frunció el ceño. Jade no respondió.

Vieron el puerto espacial de Greencliff antes de que volviera a hablar.

—¿Con qué nombre opera en este momento su nave?

—Se llama *Lanza de Melnor*—le dijo LaRone.

—Llamaré a la *Ejecutor* y les daré autorización para despegar —dijo—. Márchense de Shelkonwa y no vuelvan jamás.

LaRone miró a Marcross y después a Jade.

—Gracias —dijo—. ¿Puedo preguntar por qué?

La joven miró por la ventanilla mientras entraban en el puerto espacial.

—Me han ayudado a identificar y detener a un traidor —titubeó—. Además, hace solo unos días acepté perdonar a un hombre que ha hecho más contra el Imperio y sus ciudadanos de lo que ninguno de ustedes podrá hacer jamás. A él ya no puedo concederle ese perdón. Así que se lo concedo a ustedes.

—Sí, señora —dijo LaRone, deseando saber de qué estaba hablando—. Gracias de nuevo.

Quiller llevó el camión deslizador hasta debajo de la Suwantek y lo detuvo.

—Solo deben mantener la discreción y no meterse en problemas —dijo Jade, abriendo la puerta y bajando—. Es muy probable que los próximos imperiales con los que se topen no sean tan generosos.

Miró a Marcross y a LaRone le pareció que inclinaba la cabeza hacia él. Empezó a darse la vuelta pero se giró.

—Ah, una cosa más. ¿Ese nombre de *Mano del Juicio*?

—¿Sí? —dijo LaRone, frunciendo el ceño.

—Olvídenlo —les ordenó—. Solo hay una Mano en el Imperio, y soy yo —volvió a darse la vuelta y se perdió en la oscuridad de la noche.

Brightwater acercó su maltrecha motojet hasta los controles e hizo bajar el montacargas de la Suwantek.

—¿Qué demonios ha *pasado* aquí? —le preguntó mientras LaRone bajaba rígidamente del camión deslizador.

—Una especie de conflicto político, supongo que podríamos llamarlo así —dijo LaRone—. Afortunadamente, en este caso no me importa considerarme derrotado. Asegurémonos que Solo y los suyos siguen a bordo y larguémonos de aquí.

—Por mí perfecto —dijo Brightwater mientras la plataforma del montacargas se posaba sobre el permacreto—. ¿Y esta vez vamos a ser discretos y mantenernos alejados de los problemas, como ha dicho ella?

LaRone miró cómo Quiller subía el camión a la plataforma.

—No sé cómo vamos a hacerlo —reconoció finalmente—. Juramos defender a los ciudadanos del Imperio. Y ahí fuera hay muchos peligros de los que defenderse.

—La verdad es que estaba deseando que dijeras eso —dijo Brightwater, apoyando brevemente la mano sobre su hombro—. A pesar de todos los baches y rasguños, está claro que este rollo heroico ayuda a dormir mejor por las noches.

—Totalmente de acuerdo —dijo LaRone—. Llevemos a nuestros pasajeros de vuelta al *Halcón* y sigamos con nuestras vidas —volvió la cabeza para el palacio—. Y con nuestro deber.

El Emperador se reclinó en su trono, sus ojos amarillos brillaron bajo su capucha mientras miraba a las dos figuras que tenía de pie frente a él.

—Parece que Organa se os ha escurrido entre los dedos —dijo, su voz cavernosa era imposible de interpretar.

—Eso parece, Maestro —reconoció Vader, bajando la cabeza hacia el Emperador en señal de contrición—. La búsqueda no dio ningún fruto —su casco se giró ligeramente hacia Mara—. Pero alguien permitió la salida de un vehículo antes de que esa búsqueda hubiese terminado.

—¿Hija? —dijo el Emperador.

—El carguero transportaba una unidad de soldados de asalto que tuve a mis órdenes —dijo Mara—. Es completamente imposible que Organa pudiese colarse de polizón sin que la descubrieran. Además, los escáneres de la *Ejecutor* solo detectaron cinco formas de vida a bordo —miró a Vader—. En realidad ni siquiera estoy segura de que Organa estuviese en ningún momento en Shelkonwa —añadió—. Sospecho que el administrador jefe Disra inventó esa historia para asegurarse de que lord Vader fuera personalmente hasta Ciudad Makrin.

—¿Para qué?

—Según Disra, llevaba tiempo recopilando pruebas sobre la conspiración de Choard —dijo Mara—. El problema al delatar a un superior es asegurarse de entregarle las pruebas alguien que no sea amigo de este ni de otro conspirador —hizo un gesto hacia Vader—. ¿Quién podría ofrecerle más garantías que lord Vader?

—¿Y quién mejor situado para ayudarle a hacer realidad sus ambiciones? —sugirió el Emperador.

—Es cierto que Disra desea remplazar a Choard como gobernador —confirmó Vader.

—Claro que sí —dijo el Emperador y Mara pudo percibir que su enojo empezaba a diluirse— Ahora no. Quizá más adelante —hizo un gesto—. En cualquier caso, la guerra continúa. Vuelve a tus deberes, lord Vader —sonrió a Mara—. En cuanto a ti, hija mía, en tus aposentos te espera tu próxima misión.

Habían salido de la sala del trono y avanzaban por un largo pasillo cuando Vader por fin habló.

—¿Qué opinas de Disra?

—Es un estafador y un conspirador —dijo abiertamente Mara—. Yo no me fiaría de él.

—Coincido contigo —dijo Vader—. No pienso hacerlo.

—Bien —Mara dudó—. Tengo que pedirte un favor, lord Vader.

Se produjo una breve pausa.

—Adelante.

—Respecto al capitán Ozzel —dijo Mara—. Asegura que su ataque contra la base pirata de Gepparin no tiene nada que ver conmigo sino que fue consecuencia de informaciones confidenciales proporcionadas por el coronel Somoril.

—¿Y Somoril lo confirma? —preguntó Vader desdeñosamente.

—Por supuesto —dijo Mara en el mismo tono. A pesar de todas sus diferencias, reflexionó, Vader y ella como mínimo opinaban lo mismo sobre el DSI—. Y con sus historias bien complementadas no dispongo de base para realizar un interrogatorio de verdad.

—¿Y qué quieres que haga?

—No estoy muy segura —confesó Mara—. Supongo que tener controlado a Ozzel. No sé si es desleal, fácil de manipular o sencillamente estúpido. Pero creo que debemos controlarlo.

Vader continuó en silencio unos pasos más.

—Yo me ocupo —dijo finalmente—. Creo que podré arreglarlo.

—¿Condesa? —gritó una voz desde el pasillo que acababan de cruzar—. ¿Condesa *Claria*?

Mara miró hacia el pasillo y vio una figura familiar viniendo apresuradamente a su encuentro.

—Vaya, hola, general Deerian —dijo ella, deteniéndose a esperarlo. Vader ni siquiera aminoró el paso y siguió su camino—. ¿Qué está haciendo aquí? —preguntó cuando Deerian llegó a su altura.

—Tengo un nuevo puesto —dijo Deerian con un punto de orgullo—. Me han destinado al equipo encargado de mejorar las defensas planetarias del Centro Imperial.

—Enhorabuena —dijo Mara—. Imagino que lamentará haber tenido que abandonar las comodidades del palacio del moff Glovstoak.

—Ni mucho menos —dijo Deerian, con expresión sombría—. No sé si se ha enterado, pero justo después de mi traslado, Glovstoak fue detenido y llevado ante los tribunales, acusado de malversación y traición.

—No, no sabía nada —dijo Mara sinceramente.

—Fue una gran conmoción para todos nosotros —dijo Deerian, sacudiendo la cabeza—. Imagine a un hombre como él abusando de su posición y autoridad.

—Increíble —dijo Mara.

—Bueno, me esperan en una reunión —dijo Deerian, la tristeza desapareció de su cara—. Pero la he visto y quería saludarla.

—Celebro que lo haya hecho —dijo Mara—. Buena suerte, general.

—Buena suerte para usted también, condesa —Deerian le hizo una reverencia y siguió por el pasillo.

Mara lo miró marcharse y un calor recorrió su cuerpo. LaRone podía contar lo que quisiera sobre los abusos de poder y era evidente que debían ocuparse de ellos. Pero mientras el Imperio pudiese producir hombres como el general Deerian merecía la pena defenderlo. Merecía su energía y su vida.

Y su lealtad.

Se giró hacia la capa de Vader, hinchada por el viento, y fue a sus aposentos, donde le esperaba la siguiente misión.